¿CONOCES REALMENTE A LA PERSONA QUE AMAS?

HANNAH MICHELL



OCULTO EN LOS ESCOMBROS

MOTUS

OCULTO EN LOS ESCOMRBOS

Hannah Michell

Traducción: Susana Sáenz

MOTUS

Título original: *Excavations*
Edición original: Folio Literary Management, LLC
Derechos de traducción gestionados por International Editors' Co.

@2023 Hannah Michell
Se han hecho valer los derechos morales del autor.

© 2025 Trini Vergara Ediciones
www.trinivergaraediciones.com

© 2025 Motus Thriller
www.motus-thriller.com

España · México · Argentina
ISBN: 978-84-19767-61-5

Índice de contenido

1. PORTADILLA
2. LEGALES
3. EL DERRUMBE
4. SEIS AÑOS ANTES
5. VEINTICUATRO HORAS DESPUÉS DEL DERRUMBE
6. DOS DÍAS DESPUÉS DEL DERRUMBE
7. TREINTA Y SEIS HORAS DESPUÉS DEL DERRUMBE
8. TRES DÍAS DESPUÉS DEL DERRUMBE
9. CUATRO DÍAS DESPUÉS DEL DERRUMBE
10. SIETE DÍAS DESPUÉS DEL DERRUMBE
11. OCHO DÍAS DESPUÉS DEL DERRUMBE
12. DIEZ DÍAS DESPUÉS DEL DERRUMBE
13. ONCE DÍAS DESPUÉS DEL DERRUMBE
14. DOCE DÍAS DESPUÉS DEL DERRUMBE
15. VEINTIÚN DÍAS DESPUÉS DEL DERRUMBE
16. VEINTIDOS DÍAS DESPUÉS DEL DERRUMBE
17. VEINTITRÉS DÍAS DESPUÉS DEL DERRUMBE
18. VEINTICUATRO DÍAS DESPUÉS DEL DERRUMBE
19. VEINTISÉIS DÍAS DESPUÉS DEL DERRUMBE
20. TREINTA Y TRES DÍAS DESPUÉS DEL DERRUMBE
21. TREINTA Y SEIS DÍAS DESPUÉS DEL DERRUMBE
22. TREINTA Y OCHO DÍAS DESPUÉS DEL DERRUMBE
23. CUARENTA DÍAS DESPUÉS DEL DERRUMBE
24. CUARENTA Y DOS DÍAS DESPUÉS DEL DERRUMBE
25. CUARENTA Y CINCO DÍAS DESPUÉS DEL DERRUMBE
26. CUARENTA Y SEIS DÍAS DESPUÉS DEL DERRUMBE (A. M.)
27. CUARENTA Y SEIS DÍAS DESPUÉS DEL DERRUMBE (P. M.)
28. CUARENTA Y SIETE DÍAS DESPUÉS DEL DERRUMBE

29. CUARENTA Y OCHO DÍAS DESPUÉS DEL DERRUMBE
30. VEINTIDOS AÑOS DESPUÉS DEL DERRUMBE
31. VEINTICUATRO AÑOS DESPUÉS DEL DERRUMBE
32. EL DERRUMBE
33. UNA SEMANA DESPUÉS
34. TRES MESES MÁS TARDE
35. SI TE HA GUSTADO ESTA NOVELA...
36. HANNAH MITCHELL
37. MANIFIESTO MOTUS

EL DERRUMBE

1992

JAE ERA UN HOMBRE DE palabra y le había prometido a Sae que llegaría a casa a las seis en punto. Sae miró el reloj de cuco verde de la cocina, esperando que el pajarito anunciara la hora. La última media hora antes de su regreso era la más dura. Faltaba muy poco y, sin embargo, se hacía muy pesada la espera. Los niños se estaban cansando y sus movimientos descoordinados se volvían cada vez más frenéticos en el pequeño apartamento.

Imaginó que Jae cruzaba las barreras, a punto de entrar en el metro, yendo hacia ellos. Unas horas antes, cuando Sae se reencontró con los niños, se había sentido feliz de verlos. Mientras esperaba en la verja de la guardería, los observó jugando en el patio sin que notaran su presencia. Luego, llegaba el momento que ella tanto adoraba, cuando la veían y, dando gritos de alegría, se lanzaban a sus brazos.

Le costaba acostumbrarse a ser llamada mamá por alguien: esa forma de invisibilizar su nombre la hacía sentir un poco extraña. Sin embargo, en esos encuentros con su hijo más pequeño, Hoon-min, cuando se abrazaban, ella se sentía viva y poderosa, como un capitán que rescata a los tripulantes de un barco que naufraga, sentimiento que duraba solo unos instantes, antes de que se le crisparan los nervios con el correr de las horas y ella comenzara a mirar el reloj a la espera de la llegada del padre.

Los niños tenían hambre, pero ella quería esperar a Jae. Durante semanas, su trabajo de ingeniero lo había mantenido en la obra de la construcción de la Torre Aspiración casi todo el día. Esta noche, había prometido llegar temprano para que pudieran cenar juntos, aunque ya eran las seis y cuarto, y no había ni rastro de él. Ella se sentía como una tetera llena a punto de hervir, y el llanto de Hoon-min era la llama que amenazaba con hacerla desbordar. Después de confirmar que los niños no hubieran desconectado nuevamente el teléfono de la pared, preparó arroz y algas, sin sentir culpa por estar

ofreciéndoles una comida tan pobre. "No es que sea así todos los días", diría Jae. Él sabía cómo apaciguarla. Sintió que se ablandaba pensando en eso, así que se esforzó por mantenerse enfadada.

A eso de las siete, Sae no tuvo más remedio que aceptar que Jae no llegaría a tiempo. Pensó en dejarle un mensaje en su busca, pero seguramente él llamaría en cualquier momento, con la excusa de que lo habían retenido en la Torre con algún tema. Entonces, se hizo cargo de las tareas de la noche, y comenzó a prepararles el baño a los niños, les pidió que dejaran de jugar con sus penes, que no la salpicaran con agua ni se echaran agua en los ojos. Por supuesto, no le hicieron caso. Seung-min quería salir del agua. Dijo que tenía mucho calor. Hoon-min quería quedarse. Ella respiró profundamente, empezó a sentir que su paciencia se iba extinguiendo como una débil llama. Se sentó en un banco bajo, con la espalda contra los azulejos mojados mientras ellos lo salpicaban todo. Cuando comenzó a incomodarle la espalda, les anunció que era momento de salir y, como era de esperar, la ignoraron.

—¡Vamos! ¡A salir del agua! —les gritó.

La severidad de su voz los detuvo al instante. Obedientes, salieron de la bañera y la miraron con asombro. Sae se giró; ya se sentía arrepentida. Le disgustaba quitarles la alegría, pero estaba agotada, y ellos tenían que irse a la cama.

—¿Dónde está papi?

—No lo sé.

—Quiero a papi.

En ese momento, Hoon-min comenzó a lloriquear. Seung-min salió corriendo, dejando un reguero de agua a su paso mientras se lanzaba sobre la cama tendida en el suelo. Sae se apresuró a ponerles el pijama, apagó la luz y les advirtió que, si no se calmaban, los dejaría durmiendo solos. Las palabras tuvieron el efecto deseado. Cayeron agotados en la cama, y Sae se acostó entre los dos. Dieron varias vueltas, inquietos por el calor. Los niños se le colgaron de los lóbulos de sus orejas. Ella era una suerte de juguete para ellos, su conexión a tierra. La mano de Hoon-min se volvió más pesada cuando se dio vuelta, bostezando y adormecido, y comenzó a tironear de la camiseta de su madre. Con dos años, todavía tenía

la costumbre de dormirse mamando, pero ella había resuelto destetarlo. Le tomó la mano y se la apretó. "No". El ritmo de la respiración de Seung-min cambió, se fue tranquilizando, pero sus ojos se mantuvieron abiertos en un punto fijo en el techo con la pintura agrietada.

Sae oyó un ruido fuera y contuvo la respiración, temiendo que Jae hubiera elegido justo ese momento para llegar a casa. Todo su esfuerzo para calmarlos se perdería si los niños veían a su padre.

Transcurrieron unos minutos. No hubo ruido de pasos, solo los sonidos que emitía la vieja nevera en la cocina, el rumor sordo y apagado del tráfico distante en la autopista y la rítmica respiración de los niños. Habían dejado de moverse, y sus largas pestañas se habían aquietado. Qué milagro, qué belleza era verlos en la oscuridad, dormidos. Lo primero que hacía Jae cuando llegaba tarde a casa era ir a mirar a los niños, acurrucados, durmiendo juntos, como un ladrón que revisa la seguridad de su tesoro robado. A ella le encantaba que él los valorara tanto siempre, que no sintiera, como ella, la ambivalencia de amarlos y de desear apartarse de ellos por momentos, esa contradicción de estar distante y presente a la vez. Quería que crecieran, pero también que siguieran siendo pequeños. La devoción de Jae por los niños era un lazo de unión muy fuerte en su relación; aun así, en esa devoción, ella también presentía el fantasma de una niñez sin cariño: para él, la familia era algo inasible, como un pez que se escurre entre los dedos.

La quietud no era natural en los niños. Sae comenzó a sentir una punzada de ansiedad en el estómago. Tal vez, una premonición. Salió de la habitación para resistir el impulso de despertarlos. Mientras encendía un espiral verde para ahuyentar a los mosquitos, su enfado se fue transformando en inquietud. Eran las ocho y cuarto. Le envió un mensaje a Jae a su busca. No era normal que no llamara. Durante todo el día, el aire tórrido había presagiado un verano implacable. Muy pronto, llegaría la temporada de monzones trayendo a un invitado no deseado, una criatura húmeda que cobraría vida en sus libros, sus sábanas y sus almohadones. Había algo de jactancia en esa pegajosidad, en la forma en que los invitaba a quitarse las capas de vestimenta, empapando todo en las

húmedas noches de un calor que no los dejaba dormir y los hacía apartarse el uno del otro. Jae siempre había sido un hombre de pocas palabras, pero desde hacía meses parecía preocupado y distante, inquieto por su proyecto en la Torre Aspiración más taciturno que de costumbre. Hacía poco tiempo, se habían sucedido una serie de cortes de energía nocturnos en la ciudad, cuando ya no había luz para trabajar, y se habían acostumbrado a sentarse en el balcón a compartir una lata de cerveza fría. Sae había sentido entonces que Jae volvía a ella.

Sae salió al balcón y miró el asiento vacío de Jae. Las incontables ventanas de los apartamentos del edificio que los miraban le parecieron como un montón de pantallas en miniatura que proyectaban vidas similares a la suya. Esas escenas eran lo más cercano a las entrevistas que había hecho para su trabajo, cuando recogía testimonios y relatos tumultuosos de la vida bajo la dictadura. Echaba de menos el ritmo de trabajo en el periódico, sintiendo el pulso y la vibración de las últimas noticias, pero había una comodidad reconfortante en la monotonía de sus días en casa con los niños. El sonido del teléfono la sacó de estos pensamientos; atendió de inmediato para que no se despertaran a los niños.

Pero no era Jae. Era Bora, que vivía en el edificio, en un apartamento dos pisos más arriba.

—Solo llamo para confirmar si Jae ya ha llegado a casa. Dijiste que volvería temprano —agregó Bora. Sae se dio cuenta de que estaba comiendo mientras hablaba y frunció el ceño, sorprendida por la formalidad de la llamada.

—¿Qué quieres decir?

Oyó que el cable del teléfono se movía. La voz de Bora sonó un poco más fuerte.

—Ya ha vuelto, ¿verdad?

—No, de hecho, se está retrasando.

Se hizo una pausa. La voz de Bora sonó extraña cuando volvió a hablar.

—Enciende la televisión —dijo despacio—, la noticia está en todas partes.

La tele parpadeaba mostrando la imagen de un coche tumbado en una calle sembrada de escombros. Trabajadores uniformados caminaban en medio de los cristales rotos tapándose la boca con las manos. La cámara giró para mostrar las nubes de polvo y humo que se levantaban.

Un entrevistador envuelto en polvo le acercó el micrófono a un hombre de traje cubierto de tierra: "Se oyó un estruendo, y la mitad del edificio simplemente se desplomó. Nunca había visto algo así. Supe que tenía que salir cuando comencé a oír los ruidos. Era como el gruñido de un animal. Pero hay más —tartamudeó secándose el sudor del rostro con la mano—. Todavía hay gente atrapada dentro".

La habitación comenzó a girar, y ella se aferró a la mesa de la tele con ambas manos. El auricular del teléfono se deslizó hasta su hombro, y tuvo la sensación de que la presión en los oídos distorsionaba todos los sonidos. Ahora, la voz de Bora se oía a la distancia.

—¿Has tenido noticias de él?

Sae inclinó la cabeza hacia el hombro para que no se le cayera el auricular, y lo presionó contra su oído.

—Eso no es… no es… —Sae no podía pronunciar en voz alta las palabras "Torre Aspiración"—. ¿Cuándo sucedió?

—Hace dos horas. ¿Qué pasa?

—Es que… no sé nada de Jae —dijo Sae consternada. Se hizo una pausa.

—Estoy segura de que él está… —comenzó a decir Bora.

Sae intentó decir algo, pero un sonido extraño escapó de su boca.

—Bajo ahora mismo —sentenció Bora.

Sae se quedó sentada con un zumbido sordo en la cabeza, con el auricular aún en la mano. Luego, con mucha calma, marcó el número de la oficina de su marido. Sin respuesta. Dejó otro mensaje en su busca y volvió a mirar la pantalla. Un niño señalaba las ruinas llorando, la gente cubierta de polvo pasaba cojeando ante las cámaras.

En ese momento, el familiar paso de Bora en pantuflas se oyó desde las escaleras antes de que apareciera en la puerta.

—Seguro que está en camino —dijo Bora con una débil sonrisa, sacándose las pantuflas antes de entrar a sentarse con Sae en el suelo. Bora se sentó formalmente sobre sus rodillas como si ya estuvieran en un funeral—. Debe haber una buena explicación de por qué no ha llamado —añadió—. No pienses lo peor.

Pero lo peor ya había entrado inadvertido, un huésped sin invitación que presidía la espera. Las noticias habían concluido, y una telenovela había comenzado sin que nadie la mirara.

—Tengo que ir allí —dijo Sae y se puso de pie. Empezó a sentir que la sangre volvía a correr por sus venas.

Recorrió la habitación, necesitaba moverse. Esperar sin saber nada era una locura, y no podía soportarlo.

—¿No es mejor que esperes aquí? Podría llegar a casa en cualquier momento.

—Oí en las noticias que no hay suficientes voluntarios. —Sae tenía la sensación de que su cuerpo se movía por sí solo sin que ella lo dirigiera—. ¿Te quedas aquí con los niños? Te llamaré para ver cómo están. Mándame un mensaje al busca si te enteras de algo.

Bora asintió, llena de dudas.

Al llegar a la puerta, recordó la forma en que Jae en ocasiones giraba sobre sus talones antes de salir del apartamento y cruzaba la habitación para abrazarla. Como si le preocupara que ella no lo quisiera cuando regresara. Jae. Cerrado e impenetrable. Su sostén. Seguramente, estaría allí ayudando a los que habían quedado atrapados. Era propio de él haberse comprometido en las tareas de los voluntarios y haberse olvidado de llamar.

Jae era un hombre predecible y coherente; nunca se distraía en su regreso a casa, y prefería los recorridos por calles tranquilas a las multitudes en las avenidas, llenas del estruendo de las motocicletas y del murmullo de los vendedores. Amaba la tranquilidad, los sonidos suaves de la intimidad familiar en los callejones residenciales del interior. Ella no podía ir tan rápido como quería por estos pasajes estrechos; esperaba verlo cada vez que llegaba a una esquina.

En la calle principal, Sae pasó junto a los vendedores en las tiendas, que estaban con la vista fija en las pantallas de la televisión,

y pudo percibir el susurro rítmico de la ciudad que se replegaba sobre sí misma en cuanto se aproximaba una crisis. En la estación, compró un billete de metro, pasó por los torniquetes y subió al primero que llegó, buscándolo entre la multitud borrosa de rostros mientras el metro arrancaba.

Apretada contra los otros pasajeros, recordó sus viajes de vuelta a casa en autobús cuando eran estudiantes, la forma en que jugaban a que eran completos extraños después de pasar los controles de los oficiales de civil, hasta que él rozaba su cuerpo con el de ella, y ella giraba la mano para que él con la punta del dedo le acariciara la palma. Pensó en la forma en que él había consolado a los estudiantes nuevos durante una protesta violenta. Cómo había tranquilizado a un estudiante de primer año diciéndole: "Van a tener que pasar por encima de mí para hacerte daño. No te preocupes". Ese recuerdo la serenó. Estaba segura de que lo encontraría cubierto de polvo, agotado y salvando a alguien del desastre.

La estación de metro más próxima a la Torre estaba cerrada, y mientras el vagón rodaba lentamente a la siguiente estación, Sae sintió que su corazón de aceleraba. Varias veces creyó verlo —la correa verde de su reloj, el viejo portafolio de cuero negro que se negaba a desechar—, pero con lo que se encontraba era con el rostro ansioso de un desconocido que la miraba.

En la calle, la zona había sido acordonada para facilitar el acceso de los vehículos de emergencia. Le levantó el ánimo ver una larga cola de gente esperando frente a la cabina telefónica para hacer una llamada. "Es por eso", pensó, que Jae no había podido comunicarse con ella. Relajó la tensión de las manos y se secó las palmas húmedas en los pantalones cortos. Seguramente, estaba allí de pie en algún lugar de la fila, impaciente, esperando para llamarla. Al acercarse al edificio, sintió el olor del cemento mojado mientras personas con las ropas desgarradas deambulaban a su alrededor. El aire era denso, opacado por el humo, y ella sintió una opresión en el pecho.

Dobló una esquina y, por un instante, los focos le resultaron demasiado intensos y no pudo ver la escena. Las noticias que había visto no la habían preparado para esto: el edificio estaba sobre sus

cuatro pilares, pero el interior estaba vacío. Por un instante, se sintió muy aturdida como para hacer algún movimiento. Una enorme columna partida yacía desplomada entre los cables que emergían como si fueran venas. A su alrededor, un páramo de hierros retorcidos y una pila de escombros. Avanzó hacia la polvareda tapándose la boca con el hueco del codo. La multitud avanzaba hacia la columna de humo se alzaba hacia el límite mismo de la escena, donde los rescatistas estaban sacando objetos de entre los escombros —bloques de hormigón, unidades de aire acondicionado, botellas rotas de licor importado— para ver si oían las voces de quienes habían quedado sepultados.

Mientras se abría paso entre los espectadores, en busca de quienes removían los escombros, comenzó a darse cuenta de que había subestimado la escala del desastre: Torre Aspiración en su enormidad era un monstruo caído en tierra. La escena frente a ella era la de una ciudad destrozada por una bomba. Era imposible imaginar que cualquiera que hubiera estado cerca del edificio podía haber salido ileso.

Un grupo de sanitarios la empujó a un lado para pasar.

—Usted no puede estar aquí —sentenció uno de ellos.

—Estoy buscando a alguien —dijo ella. Casi no reconoció el tono débil de su propia voz.

Uno de los voluntarios con las mangas manchadas de sangre se separó del grupo y le hizo una seña con la cabeza en dirección a la estación de metro.

—Hay una zona de espera para los familiares en el gimnasio. Puede ir allí.

Empezó a protestar para decir que Jae estaba entre los voluntarios, pero antes de terminar de hablar, llegó un hombre con un chaleco reflectante a informar que faltaban camillas. Sae rodeó el perímetro, trepando por grandes bloques de hormigón, cristales astillados, consciente de las sirenas en la distancia, las voces urgentes y desconocidas, los cláxones de los coches en las calles vecinas.

Por encima del estruendo, oyó que alguien decía su nombre. Al volverse, vio un rostro familiar. Nunca se había sentido tan feliz de

ver a Tae-kyu. Su antiguo colega del periódico *Diario Seúl* antes de que dejara su trabajo solo unos meses atrás. Tae-kyu era para ella lo más parecido a un padre. En su preocupación por encontrar a Jae, no había pensado en que él podría estar allí.

—Hace falta una crisis nacional para que aparezcas —dijo él gritando sobre el ruido de las máquinas, mientras pisaba unas gafas con la montura torcida. Al acercarse, ella vio que tenía la frente empapada de sudor y cubierta de cenizas. Él miró por encima de su hombro y señaló los escombros—. ¿Alguna vez te habías preguntado cómo se veían sesenta y cinco pisos hechos polvo?

Ella no pudo ni esbozar una sonrisa para sintonizar con el tipo de humor compartido con el que antes habían informado de otros desastres. Él le recordó la altura de la Torre, y ella casi no pudo articular la pregunta.

—¿Creen que pueda haber supervivientes? —preguntó ella.

—Solo en el sótano, donde había un supermercado, y tal vez en los primeros pisos, donde estaban las tiendas de lujo —dijo él—. La mayoría de los pisos superiores tenían oficinas, así que allí abajo debe haber sobre todo mujeres y niños.

Cuando Sae se quedó en silencio, por lo que Tae-kyu continuó hablando.

—Me alegro de verte. Debería haberme imaginado que no te quedarías en tu casa mucho tiempo. ¿Por qué no me comentaste que has encontrado un nuevo trabajo?

Cerca de los pies de Tae-kyu, había un zapato de niño aplastado, pero él no lo vio. Ella reconoció esa expresión vivaz en su rostro: en las crisis era cuando más se le notaba. No sabía cómo decirle por qué estaba allí, y él no parecía interpretar su desasosiego.

—No me digas que te has ido a trabajar con el *Times* —dijo secándose el sudor del rostro con una pequeña toalla que tenía alrededor del cuello.

—No, yo no…

—Bien —dijo él—. ¿Has oído lo de los saqueos? —Se volvió para mirar al equipo de soldados que dirigían los movimientos de una grúa que estaba levantando una gran masa de cemento del medio de los escombros—. Dicen que podría haber más de tres mil

personas atrapadas allí abajo, y hay gente que piensa en excavar a ver si encuentra un bolso de Louis Vuitton. ¿En qué clase de sociedad vivimos? ¿Con saqueadores que están excavando los escombros para llevarse un bolso de un diseñador de lujo? —La miró unos instantes—. No es algo que puedas entender. Nunca has tenido nada de diseño, ¿no es cierto? Venga, estoy bromeando. Un par de meses fuera del trabajo, y ya has perdido el sentido del humor…

Se detuvo de repente como si hubiera visto algo en el suelo. Ella miró hacia abajo y vio que él miraba sus pies: tenía puestas solo las pantuflas que usaba dentro de la casa.

—No es el trabajo lo que te ha traído hasta aquí, ¿verdad? —dijo mirándola desconcertado y poniéndole la mano sobre el hombro después de un momento.

—Es Jae. —Ella desvió la mirada. Jae había estado trabajando en la instalación de una piscina en la terraza de la Torre. No quería ver el rostro de Tae-kyu cuando le dijera esto o verlo analizar las probabilidades. Era más fácil quedarse con la ilusión de un milagro si él no le daba los detalles—. Está trabajando aquí.

Esto pareció afectarlo visiblemente. Tae-kyu carraspeó como si fuera a decir algo, pero el silencio se instaló entre ellos. Sae se retiró el cabello negro de la frente y se despegó la camiseta empapada de sudor de la espalda.

—Él está aquí en algún lugar —dijo ella, echando una mirada a una camilla improvisada que estaban metiendo en una ambulancia —. Tengo que encontrarlo.

La momentánea parálisis de Tae-kyu era enervante; Sae nunca lo había visto quedarse sin palabras. Trató de imaginar en qué se hubieran centrado de haber sido esto una nota periodística para su trabajo.

—¿Tienen idea de cómo sucedió?

La pregunta pareció animarlo, y carraspeó un poco antes de hablar.

—Se especula con que puede haber sido una explosión de gas. O incluso una bomba.

Sae asintió. Percibió de repente que tenía la garganta seca y áspera; pensó en el vuelo de Korean Air que había explotado a

manos de terroristas norcoreanos unos años atrás. Tae-kyu se dio cuenta de que su comentario no había sido oportuno.

—Yo no soy ningún experto, pero la forma en que se han dispersado los escombros no parece propia de una explosión. Se hubieran producido más daños en los edificios vecinos. Dicen que podría haber muchos supervivientes. Es solo cuestión de sacarlos de debajo de los escombros.

Acababa de decir estas palabras, cuando se oyó un estruendo seguido de gritos. Los sonidos se apagaron, los taladros se acallaron. Lo que quedaba en pie de la estructura pareció inclinarse hacia un lado, la grúa se fue ladeando con ella, los límites del terreno parecieron levantarse. Algo se quebró con estrépito, y las vigas que aún estaban en pie se sacudieron. Lo que quedó a la vista fue tan solo una nube densa y gris.

SEIS AÑOS ANTES

1986

SAE CONOCIÓ A JAE EL año en que cumplía diecinueve años, durante una manifestación. Lo que comenzó como una pequeña protesta contra el dictador Chun Doo-hwan se extendió como reguero de pólvora de una universidad a otra. Habían enviado helicópteros a la protesta en la Universidad Nacional de Seúl, y la barricada en el vestíbulo central se ocultaba tras una espesa capa de gases lacrimógenos. Sae retrocedió hasta la desierta biblioteca. Se deslizó por los oscuros pasillos de los anaqueles, tocando con sus dedos los libros polvorientos, hasta que se dio cuenta de que no estaba sola. Rodeada del halo de luz de una lámpara, una figura solitaria estaba inclinada sobre un escritorio. Llevaba puesta una camiseta rayada de béisbol, azul y blanca, y tenía una espesa cabellera de rizos negros y salvajes que se alzaban como llamaradas. Se veía imponente como una estatua, como si las protestas del exterior fueran una proyección de una antigua película de guerra. El campus había sido clausurado unas horas antes. Los otros manifestantes, los amigos de Sae, se habían refugiado en las montañas que lo rodeaban. El barullo de los cánticos, los silbidos, los tambores, los tanques se había prolongado durante horas. La idea de que alguien pudiera concentrarse en medio de la manifestación le pareció verdaderamente asombrosa.

—Debemos irnos —sugirió, tocándolo levemente al ver que tenía puestos auriculares. Observó la línea esbelta de su antebrazo hasta el hombro, medio iluminada por la lámpara—. La policía está aquí.

Si la presencia de ella lo había sobresaltado, no lo demostró en absoluto, solo se encogió de hombros.

—Tengo un examen —dijo.

—¿Realmente, puedes estudiar en medio de esto? —La pregunta salió de la boca de Sae con cierto fastidio.

Los estudiantes se habían unido al movimiento en contra del Gobierno por muchas razones: por las fotografías de los cuerpos en las tumbas sin identificar, por la posibilidad de ser arrestados por

poseer un libro de poesía, por las torturas a quienes se atrevieran a hablar en contra de la dictadura. Ella entendía a quienes tuvieran demasiado miedo de participar en el movimiento, pero la concentración de él demostraba que lo que sucedía a su alrededor le era indiferente.

Él percibió la acusación en la pregunta que le había hecho.

—No puedo suspender este examen —le respondió.

Se oyó un portazo en la distancia. Se sintieron las vibraciones en el vaso de agua sobre el escritorio junto a una pila de libros. Tenía que seguir huyendo: había escuchado las historias de lo que les hacían a las jóvenes estudiantes en la prisión. Pero se sentía paralizada, como si una fuerza magnética la mantuviera sujeta a ese lugar.

—¿No te interesa lo que está sucediendo?

—¿Es importante que me interese? —respondió él con otra pregunta—. ¿Qué cambiaría?

Ella se ruborizó y sintió que su rostro se enrojecía bajo la bandana.

El estruendo en la escalera se hizo más fuerte. Debía irse.

—No puedo involucrarme —dijo él, pero ella detectó que su tono se iba ablandando.

Resonaban voces al final del corredor. Ella se quedó paralizada sin saber hacia dónde ir hasta que sintió la mano de él sobre su brazo, llevándola hacia la ventana.

—Por aquí —dijo, mientras abría una puerta y la cerraba detrás de ella.

El armario del conserje no era más que un cubículo. Ella se apoyó contra la pared, levantando un poco del polvo que flotaba a través de un pequeño haz de luz que se filtraba por una rendija de vidrio en la puerta. Unos pasos pesados seguidos de conversaciones se oyeron fuera. Controló la respiración y trató de calmar los latidos del corazón, galopando en su pecho. Le pareció que habían pasado horas hasta que oyó unos pasos acercarse a la puerta, y esta se abrió dejando entrar la luz.

—Ya se han ido, ¿estás bien? —dijo él.

El peligro había pasado, y con el alivio, le sobrevino una incontenible necesidad de llorar. Miró hacia el suelo y parpadeó con fuerza hasta que el sentimiento se aquietó. Cuando se recuperó después de unos instantes, se dio cuenta de que él era alto. Tenía el físico, le pareció, de un nadador.

—Pensé que no querías involucrarte —dijo ella bajándose la bandana hasta la barbilla.

—No puedo darme el lujo de suspender este examen, ¿de acuerdo? —agregó él.

La mirada de Sae se dirigió a sus zapatos gastados, con las suelas abiertas en las puntas como una boca sorprendida. Probablemente, estaba en la universidad con una beca. Le dio vergüenza haberle malinterpretado.

—Te deben dar rabia los estudiantes como nosotros, que alteramos las clases —dijo ella.

Él soltó una risa.

—¿Por qué? Es mucho más fácil ser el mejor de la clase cuando los más brillantes de la nación dejan de hacer exámenes para pelear por sus opiniones políticas.

La respuesta le provocó a Sae una sonrisa. El suave aroma a sudor en la nuca de él era reconfortante, el olor a detergente la remitía a una vida más común. El descanso se había convertido en una rareza. Estaba cansada. De correr, de estar en guerra con el poder. De batallar contra su propio miedo.

—No es que tenga miedo —continuó él.

—No tienes que darme ninguna explicación.

—No lo sé —dudó él—. No estoy seguro de cuánta libertad tenemos en la pobreza.

Ese era el tipo de detestable razonamiento que Chun y su predecesor, Park, habían usado para justificar sus ambiciosos objetivos económicos, pero por primera vez, ella pudo ver por qué la visión del dictador de tener un país más rico podía resultar atractiva a un estudiante becado como él. Pensó en el libro que tenía en su mochila; la simple posesión era suficiente para ser arrestada, pero ella lo llevaba consigo todo el tiempo. Es lo que había motivado su búsqueda de la verdad sobre su país. Descubrir un sistema de poder

que ocultaba los episodios desagradables de la historia fue lo que agobió a los jóvenes estudiantes. Habían llegado a las mejores instituciones educativas del país para crecer en conocimiento y se cuestionaban qué era en realidad "conocer". Parte de su rebelión se originaba en el compromiso de reclamar por un pasado más honesto.

—¿Cómo podemos celebrar la riqueza que se ha obtenido por medio del trabajo esclavo? ¿La riqueza de un país construida a costa del silencio de quienes se han resistido a las malas prácticas de las empresas debido a la explotación laboral o de quienes han protestado contra la complicidad del silencio? —Ella respiró profundamente y continuó—. ¿Crees realmente que a las grandes corporaciones como Taehan les importa algo de la vida humana?

Se produjo un silencio atronador. Se oyó un helicóptero a cierta distancia y, cuando volvió a mirarlo, lo encontró observando su rostro, como si quisiera descifrar lo que estaba pensando. Él se balanceó de un pie al otro, con las manos en los bolsillos.

—Estás protestando contra la dictadura, ¿no? —dijo finalmente—. ¿Qué tiene que ver esto con el Grupo Taehan?

—Es un ejemplo… —dijo ella encogiéndose de hombros—. El Gobierno y los negocios duermen en la misma cama. Los negocios no son los que cometen los asesinatos, pero están sostenidos por un sistema que los condona.

—Eso no es lo mismo que decir que las compañías son responsables.

—Son cómplices —lo interrumpió ella, dudando de repente de por qué sentía que debía convencerlo de algo en ese momento. Desde fuera, llegaban gritos. El cartel verde de salida más allá de las estanterías había comenzado a parpadear. Levantó su mochila.

—Dijiste que no te querías involucrar —agregó—. Me tengo que ir. Gracias por lo de hace un rato.

Cuando se disponía a partir, sintió la mano de él sobre su muñeca, el aliento cálido sobre su hombro.

—Espera —le dijo.

Fuera, una voz de barítono ladraba mensajes por un megáfono para que los estudiantes se rindieran. Sae sintió que se ruborizaba

cuando él se inclinó hacia ella.

—Tienes un poco de pasta dentífrica, aquí —dijo acercándose. Le limpió la mejilla con el pulgar—. Es una señal inequívoca. La policía sabrá al instante que eres una manifestante.

—Ni siquiera sirve —dijo riendo, avergonzada—. El gas lacrimógeno arde como el demonio.

Él continuó observándola, como si quisiera tratar de juntar más información para entender lo que ella estaba pensando.

—Escúchame —le dijo—. Tal vez sea porque soy la clase de tipo que necesita que falte la mitad de los estudiantes para poder aprobar un examen, pero no lo entiendo. Quisiera entenderte mejor, pero no puedo.

Ella asintió y se volvió hacia la oscura escalera. A mitad de camino, se detuvo y abrió el cierre de su mochila. Sacó su ejemplar de *¿Qué es la historia?*, garabateó una nota para él en el margen de la portada del segundo capítulo "La sociedad y el individuo". Si era lo suficientemente curioso como para leer el libro, encontraría su mensaje.

Él seguía de pie junto al escritorio cuando ella volvió.

—Tal vez, esto te ayude —dijo dándole el libro. Él se dio cuenta de que lo estaba poniendo a prueba.

Al volverse hacia la escalera, Sae seguía sintiendo, como marcado a fuego, el suave contacto del pulgar sobre su mejilla.

VEINTICUATRO HORAS DESPUÉS DEL DERRUMBE

QUIENES ESPERABAN NOTICIAS DE SUS familiares estaban reunidos en el gran gimnasio de una escuela. Había muchas colchonetas en el suelo. Se habían instalado varios ventiladores; las luces se mantenían bajas por el calor. El micrófono central que anunciaba los nombres de quienes habían sido rescatados estaba en silencio.

—Vamos —le dijo Tae-kyu, alcanzándole un rollo de gimbap—. Tienes que comer.

Ella cogió el rollo, pero no hizo ningún ademán de llevarlo a la boca; dejó que la cobertura de alga se abriera y el contenido se desparramara en su regazo.

—Tendrías que pensar en volver a tu casa —le sugirió él.

Sae quitó las verduras derramadas de sus pantalones cortos y con calma fue recogiendo trozos del arroz pegajoso sobre la palma de su mano.

—No voy a ninguna parte.

—El segundo derrumbe hizo que las operaciones de rescate se volvieran más complicadas. Va a llevar más tiempo encontrar a quienes están bajo los escombros.

—Ya lo sé —replicó Sae.

Tae-kyu sabía mejor que nadie cuánto detestaba ella el tono paternalista. Él era el único en *Diario Seúl* que había cumplido su deseo de que la trataran como un igual y de que le hablaran con respeto.

—No te van a dar una medalla por estar aguantando aquí la espera —le dijo mientras bebía un trago de café de su vaso desechable—. Han pasado veinticuatro horas. ¿No crees que deberías estar con tus hijos? Seguramente, están preocupados por si su madre también ha desaparecido.

—Voy a estirar un poco las piernas y a ver si escucho algo más —comentó ella.

Su mirada se deslizó por las familias que acurrucadas, algunas acunadas en un abrazo, otras sollozando en silencio mientras

trataban de dormir. Otros con la mirada fija, perdida. A través de las puertas abiertas del gimnasio, Sae alcanzó a percibir el final de la noche en el cielo y el calor agobiante que comenzaba a adueñarse de la mañana. Un olor a tierra y a yeso flotaba denso en el aire.

Durante la noche, habían llevado un contenedor para utilizar como oficina improvisada en el lugar del siniestro. Sae se acercó a los hombres de traje que estaban de pie fuera.

—Busco a alguien que estaba en el edificio —le dijo a un hombre con casco—. Estaba trabajando para L&S Arquitectos.

—Usted no puede estar aquí —sentenció él—. Debe esperar dentro del gimnasio.

—Lo sé —respondió ella—, pero si pudiera decirme algo… —Su voz se fue apagando.

Esto pareció ablandarlo, y sin otra palabra, entró al contenedor y volvió al instante con una carpeta en las manos. Revisó la lista con el dedo.

—¿Cómo era el nombre de la empresa? —preguntó frunciendo el ceño.

—L&S Arquitectos —dijo ella.

—No veo ninguna empresa L&S aquí. —Siguió revisando y dio la vuelta a varias páginas—. Acabamos de empezar. Tal vez, pueda volver a preguntar dentro de unos días.

Sae asintió mansamente y volvió al gimnasio, sorprendida de repente al ver un rostro familiar. Era la señora Bae, la esposa del socio de Jae. Tenía el cabello sujeto hacia atrás, pero varios mechones se le habían pegado al rostro con el sudor, y tenía la base de maquillaje corrida.

—¿Ha escuchado algo? —le preguntó Sae—. ¿Alguna noticia del señor Bae?

La señora Bae negó con la cabeza. Se veía asustada, sus ojos iban de Sae a la puerta del gimnasio.

—Se había quejado por el calor que hacía en el sótano. Algún problema con los aires acondicionados que no habían funcionado bien toda la semana. —Su mano temblaba mientras se secaba el sudor que, como un pequeño bigote, se le había formado sobre el labio.

—¿En el sótano? ¿Jae estaba con él? —preguntó Sae. Sintió un repentino alivio. El segundo derrumbe le había quitado toda esperanza de encontrar a Jae con vida. Si estaba en el sótano en el momento en que la Torre se desplomó, era más probable que hubiera sobrevivido—. Se suponía que la piscina estaría en el piso superior. ¿No estaban trabajando allí?

—¿Piscina? —La señora Bae frunció el ceño como si no tuviera ni idea de qué hablaba Sae. Entonces, se le cruzó un pensamiento y desvió la mirada. Con sus ojos fijos en el suelo, murmuró—: Sí, la piscina.

Cuando la señora Bae volvió a mirarla un instante, Sae vio la desesperación en sus ojos, como un pájaro atrapado golpeando sus alas contra el cristal. Era esa mirada que Sae había llegado a conocer bien durante sus años de entrevistas realizadas para el periódico a familiares traumatizados. Un silencio gobernado por el miedo.

—Me figuro que eso significa que no pudieron terminar el trabajo —susurró la señora Bae—. Se suponía que nadie lo sabía.

—¿Nadie debía saber lo de la piscina? —preguntó Sae, desconcertada.

Sae quería sacudir a la señora Bae, forzarla a dar alguna explicación para que estos fragmentos formaran algo inteligible. Pero era evidente que la señora Bae estaba entrando en un estado de *shock*, como si estuviera en un trance, y parecía no escucharla. Entonces, Sae la cogió del brazo y la ayudó a tomar asiento.

—Déjeme traerle un vaso de agua —le dijo con dulzura.

DOS DÍAS DESPUÉS DEL DERRUMBE

MYONG-HEE SOSTENÍA UN CIGARRILLO ENTRE los labios mientras colocaba las largas varas de lirios en un florero del escritorio en la recepción, descontenta con el arreglo. Song-mi, su chica de más confianza llegaba tarde nuevamente, por tercera noche consecutiva. Andaba en algo, y Myong-hee necesitaba saber en qué. En su línea de trabajo, la ausencia de una chica siempre significaba algo. Si alguna desaparecía durante unas horas, lo más probable era que estuviera sintiendo cómo la vergüenza se escurría entre sus piernas, mientras se aferraba a la cama como si fuera una balsa hasta recuperar la sobriedad. Si pasaba más de un día, tal vez, era que había decidido no volver más al club. Treinta y seis horas, y la chica se había ido para siempre, o estaba muerta, tirada en una zanja con los ojos abiertos, o en camino a estarlo. Durante tres noches seguidas, Song-mi había llegado varias horas después de la apertura del club, sin maquillaje, dudando frente al espejo antes de colocarse a desgano rubor en las mejillas. A diferencia de las otras chicas, no tenía una montaña de deudas, pero trabajaba con la esperanza de cruzarse en alguna cama con un ejecutivo de los medios que se fijara en ella y la convirtiera en una estrella. Si la chica estaba perdiendo su ambición, Myong-hee debía saberlo de inmediato.

Myong-hee se alejó un poco para admirar el resultado de su arreglo floral. Daba lo mismo: no importaba cuántas veces volviera a colocar los tallos, las flores caían desvanecidas, sin vida. Ninguno de los clientes prestaría atención a los lirios, pero para ella, los detalles eran importantes. El club, Myongwolgwan, era un santuario nocturno, un lugar donde los hombres podían relajarse, cortar con todo. Donde podían desahogarse y decir lo que hubieran querido decir a sus jefes y ser perdonados. Todo en la decoración del Myongwolgwan —el antiguo espejo comprado a un vendedor en París, los caros sofás de cuero en los salones de karaoke, los techos con espejos, los reservados tapizados en terciopelo y el pesado mobiliario— había sido elegido con cuidado para recrear una atmósfera de lujo.

Cada salón de karaoke era ligeramente distinto en tamaño y tema para adaptarse a la ocasión del evento que se celebraría entre sus paredes. El más grande, pintado de amarillo pálido, se usaba generalmente para pequeños equipos de un departamento y tenía espacio para diez hombres y la misma cantidad de chicas. Sobre tres paredes, había sofás tapizados con cuero muy fino y suave, donde los hombres comenzaban la noche bebiendo antes de pasar al escenario a bailar y cantar frente a unas enormes pantallas de televisión.

Lejos del florero, Myong-hee comenzó a revisar las habitaciones antes de abrir el club para la noche. Lugares que un momento antes le habían parecido aceptables, de repente, le resultaron inadecuados y desequilibrados: los espejos torcidos, algo de suciedad en un rincón que ella ya había limpiado a conciencia con un trapo. Se puso un par de guantes de goma, revisó los espacios debajo de los sofás y de las mesas de cada habitación. Repasó las superficies con lejía, disfrutando del ardor que provocaba en su nariz. Encontró un calcetín con un agujero. Un paquete de cigarrillos vacío. Un condón rajado. Tendría que recordarles a las chicas que se pusieran firmes en que los hombres no se quitaran los pantalones hasta llegar a las habitaciones privadas en el piso superior. Detrás de un cojín, encontró una fotografía. Una mujer con una cuidada melena, una leve sonrisa, ojos amorosos color almendra. Una esposa o una novia. Alguien que podría encontrar manchas de pintalabios en un cuello. Que no tendría más remedio que aceptar la explicación que su marido le diera. "*¿Cómo* iba yo a decir que no? Iban todos. Es una cuestión de trabajo. Otra exigencia de la oficina". Una tarea obligada como en el servicio militar. La mujer de la fotografía se parecía a Song-mi, con su cutis de porcelana y sus grandes ojos. Esa misma calidez que permitía a Song-mi entrar en una conversación más personal y persuadir a los hombres a que hablaran con libertad de cualquier tema.

La noche comenzó a desarrollarse lentamente, con menos clientes de lo habitual. El derrumbe de la Torre dos días antes había afectado el ánimo nacional, y los hombres se apresuraban a volver a casa con sus familias, a las que normalmente ignoraban. Myong-hee había

escuchado las noticias en la radio y las había absorbido sin que le afectaran. Tal vez, había existido un tiempo en que esas noticias le hubieran dado la esperanza de que había llegado el momento del ajuste de cuentas para Grupo Taehan Pero ella ya no creía ni en el karma ni en la justicia. No cuando se trataba de dinero.

Había un barullo en lo alto de las escaleras, y un grupo de hombres con olor a sake apareció en la entrada del club. A lo largo de los años, ella había aprendido a asociar ciertas características con los hombres que trabajaban en distintos sectores de la industria. Los ejecutivos se conducían con un aire de autoridad, como si el club fuera una extensión de sus oficinas, un espacio de relax, su derecho adquirido. Los académicos eran los peor vestidos y disimulaban su malestar intelectual por frecuentar estos lugares siendo extremadamente generosos con las chicas, y muy hipócritas, en realidad. Los que estaban en las industrias de servicios eran amables, pero resultaban ser caprichosos y exigentes. Los empleados de menor rango de cualquier industria eran los clientes preferidos de las chicas: nerviosos y poco acostumbrados a este ritual del lugar de trabajo, todavía eran respetuosos y con frecuencia estaban demasiado ebrios para tener sexo.

Reconoció a una figura que emergió de la oscuridad de la escalera y entró al club.

—¡Señor Shim! Me alegro de verlo —exclamó ella con su sonrisa más brillante.

Conocía al señor Shim desde que era empleado de un banco; luego, fue ascendiendo hasta convertirse en un alto ejecutivo en el área de préstamos corporativos. Dándole el brazo, ella condujo al grupo hacia un salón.

—¿Quiénes son estos hombres espléndidos que lo acompañan? —preguntó Myong-hee.

—Son mis inversores más importantes —respondió el señor Shim —. Estaba presumiendo con ellos diciéndoles que usted tiene a las mujeres más bellas de toda la ciudad.

—¡Nos dijo que son las que tienen los pechos más grandes! —bromeó un hombre desconocido de nariz aguileña y manchas en las sienes.

—Es muy amable —dijo Myong-hee, sonriendo.

—Pero parece que usted se ha tomado un descanso —agregó el narigón guiñándole el ojo.

Myong-hee se cubrió la boca mientras reía, y sus ojos se concentraron en el reloj de oro y los gemelos de aspecto caro. Era una actuación que ella podía manejar a la perfección.

—Bueno, ¡yo solo trabajo desde mi escritorio! ¡Alguien tiene que organizar este lugar! Pero ahora que conozco sus preferencias, me aseguraré de enviarle el tipo de chica que le gusta.

—A mí me gusta ella —les dijo a los hombres mientras le daba una palmadita a Myong-hee en el trasero. Myong-hee lo ayudó a quitarse la chaqueta y vio la etiqueta de un diseñador extranjero y el tíquet de la tintorería todavía sujeto al forro interior.

Una vez que los hombres se acomodaron, Myong-hee se escabulló hacia la sala de espera donde las chicas se estaban preparando, descansaban o esperaban a que las llamaran. Era un espacio reducido pero muy bien iluminado, con productos de maquillaje por todas partes, incluso sobre la tele, que emitía la lista de los temas musicales de la semana. El puf que usaba Song-mi estaba aplastado, como ella lo había dejado, en un rincón. Seri enroscó la tapa de su laca para uñas, y Mae cerró su libro y se arregló el cabello cuando Myong-hee se volvió hacia ella.

—El hombre del traje italiano. Es nuevo. Averigua quién es y qué hace.

Después de la calma de la tarde, todo empezó a suceder al mismo tiempo. Varios grupos llegaron simultáneamente. Hombres con el aliento agrio a soja y ajo, con los trajes desprendiendo olor a carne asada. La mayoría eran clientes regulares. Myong-hee se esforzó por demostrarles que los recordaba estando atenta a los detalles más pequeños: sus aperitivos preferidos, el whisky que les gustaba. Ella tenía siempre en mente cuánto querían gastar sus clientes y sabía que no debía cobrarles de más. Cada gesto era deliberado, especialmente escogido para que sus clientes volvieran una y otra vez.

Bien pasada la medianoche, cuando Myong-hee se disponía a hacer un recuento de las existencias de bebidas, llegó el señor Li. Era un empleado muy antiguo del Grupo Taehan, con la mandíbula cuadrada, el cabello grasiento y unos ojos pequeños amigables. Bajó pesadamente por la escalera.

—Señor Li —dijo ella alzando las cejas con sorpresa, una estudiada expresión de alegría—. ¡Qué coincidencia! Estaba pensando en usted. Que inesperada visita en este momento… —Allí, se detuvo, al darse cuenta de que sería un error sacar el tema de una crisis en el trabajo—. ¡Para usted no pasan los días, siempre joven! —lo halagó cambiando de táctica.

A decir verdad, se lo veía demacrado, con un halo de preocupación en un rostro flácido, de mejillas pesadas e hinchadas; la piel del cuello como la de un ave recién desplumada.

—¿Ha venido en busca de compañía o está esperando a alguien? —le preguntó. Había aprendido desde hacía mucho tiempo que nunca debía dar por sentado que conocía las intenciones de un hombre cuando iba a sus salones.

—¿Ha llegado ya el jefe? —preguntó el señor Li.

—No, no sé nada de él —le respondió ella, redirigiendo al señor Li hacia el más lujoso de los salones. Si Yung estaba en camino, era preciso ofrecerle lo mejor.

—Necesitamos un lugar tranquilo para hablar —dijo el señor Li en tono conspirativo—. La oficina está rodeada de periodistas, imposible entrar o salir sin ser acosado.

—Vaya —agregó Myong-hee.

Estaba intrigada, pero no preguntó nada más. Era lo que siempre le decía a Song-mi: que parezca que no estás interesada en el trabajo y deja que los hombres bajen la guardia. En realidad, a los hombres rara vez les preocupaba que las mujeres escucharan sobre sus temas laborales. Mientras entraban al salón, lo ayudó a quitarse la chaqueta y le encendió un cigarrillo.

—Tenemos que ver de qué modo explicar la ausencia del director. Quiero decir, qué dirá la prensa. Si creen que se ha marchado, ¿qué supondrán que va a pasar?

No era una pregunta retórica. El señor Li era un hombre que necesitaba tener el control de la información. El Grupo Taehan tenía miles de proyectos de construcción en todo el mundo. La desaparición del director pondría en peligro esos contratos y los del futuro, pero ella fingió ignorancia para que el señor Li se sintiera más cómodo.

—Cielos, no estoy segura —dijo Myong-hee conteniendo la respiración—. No haría quedar muy bien a la compañía.

—Tenemos más de mil muertos e incluso más heridos. Nadie va a salir de esto con las manos limpias. Lo último que necesitamos es que nuestros clientes piensen que nuestros métodos no son seguros. Si el director desaparece en el momento álgido de la crisis, eso nos hace ver como culpables, ¿no te parece?

Myong-hee asintió. La idea de que, al final, el director podría ser considerado responsable le aceleró el pulso. Le pesaban las mejillas al intentar mantener la sonrisa; la vista se le nubló un poco. Se movió incómoda en su asiento, recordando que estaba en medio de su actuación. Quería saber más, pero no quería mostrar ansiedad. La habilidad para obtener información tenía sus tiempos. Si Yung tenía el estado de ánimo adecuado, podría sacarle más detalles después.

—¿Qué tal si le ofrezco alguna compañía mientras espera?

El señor Li asintió agradecido. Al salir, Myong-hee lamentó que Song-mi no estuviera allí para sentarse con los hombres cuando el presidente del Grupo Taehan llegara. Era en quien Myong-hee podía confiar para reportar la conversación.

Más tarde esa noche, en una habitación escasamente amueblada en los salones de karaoke, Myong-hee se inclinó sobre el cuerpo desnudo del señor Li para apagar una lámpara.

—No lo hagas —dijo el señor Li—. Quiero poder verte. ¿Alguna vez te he comentado que me recuerdas a alguien?

A sus cincuenta años, ella era consciente de que aún era bella. Sabía también que la seducción dependía tanto de hacer sentir al otro deseado como de la propia belleza, pero incluso así alejó su rostro de la luz de la lámpara, incómoda con este escrutinio. Se puso aceite en las palmas de las manos con la esperanza de silenciarlo, de

poder terminar el trabajo sin que él la penetrara, y sacarle la información que quisiera después. Él tanteó debajo de su sostén y le apretó el pecho.

—Quítate esa cosa —dijo con voz áspera.

Ella obedeció, sintiendo cómo se le endurecían los pezones por el frío, pero en cuanto lo hizo, él pareció perder interés en sus pechos, buscó bajo su falda e introdujo sus dedos dentro de ella. Hacía mucho que Myong-hee no desempeñaba ese papel con un cliente. Había olvidado que gran parte de la intimidad residía en percibir de cerca el olor de un extraño, de conocer qué es lo último que ha comido por su aliento. Pero había también una ventaja: esos minutos dorados después de que acabara, cuando estuviera más relajado, cuando ella le pudiera preguntar lo que quisiera. Retomó el ritmo con sus manos, alentada por la respiración que se le aceleraba, pero justo cuando creía que iba a acabar, él le asió la muñeca.

—No tan rápido. Quiero acabar dentro de ti.

Le levantó la falda hasta la cintura. Cuando ella se movió para acostarse, él se negó y le pidió que se volviera. Fue un alivio y una afrenta que él no quisiera ver su rostro. La penetró, pero sus movimientos eran desganados. Cuando se volvió para mirarlo, vio que su rostro estaba húmedo y congestionado por el esfuerzo.

—No funciona —dijo él.

—Sucede a veces —trató de animarlo ella, con la esperanza de que esto no se volviera una interminable noche de intentos frustrados—. Debería pedirle a su esposa que le prepare un plato de anguilas. Dicen que ayudan a la potencia sexual.

Él se secó el rostro con la mano y alejó con suavidad las nalgas de Myong-hee.

—Está bajo mucha presión —continuó ella, presintiendo que no faltaba mucho para que desembuchara.

Él se acostó pesadamente junto a ella y se restregó los ojos con los dedos.

—Estoy acabado. Todos lo estamos.

—Grupo Taehan ya ha tenido problemas antes —dijo ella conciliatoria.

El señor Li se incorporó y suspiró, cogiendo su copa con mano temblorosa.

—No lo entiendes, podría haberse evitado. No sé cómo saldremos de esta —señaló. Las palabras finales se fueron ahogando en su garganta—. No quiero ir a prisión.

—¿Por qué iría usted a prisión?

—Bueno —dijo mientras se acostaba de lado—, porque alguien tiene que ir preso.

Escondió la cabeza en su pecho, y ella lo abrazó, sorprendida por la repentina lástima que sintió. Ella sabía cómo había construido su imperio el director y cómo a los hombres comunes como el señor Li se les prometía lo mejor, solo para usarlos y descartarlos. Comenzó a nublársele la vista como antes esa misma noche, su cuerpo enrojecido, su furia tan profundamente enterrada seguía viva.

—Estás temblando —dijo el señor Li, con súbita ternura mientras le acariciaba el rostro, malinterpretando su reacción—. No te preocupes, vamos a salir de esto.

Más tarde, Myong-hee estaba sentada con la cabeza entre las piernas, un cigarrillo en los dedos. Quería moverse, pero no podía, encorvada, luchando con un dolor en el pecho que amenazaba con extenderse si ella no hacía algo inmediatamente. Por lo general, se ponía en movimiento para calmarlo, pero se le habían acabado las botellas que tirar, las superficies que limpiar, y los sofás de cuero ya estaban repasados con un trapo húmedo. No tenía más nada que hacer, solo tomar un taxi para ir a casa. Las luces de los karaokes y los hoteles por hora la deslumbraron al pasar. Amor desechable para vidas desechables.

Levantó la cabeza al oír el chirrido de la puerta de atrás. Alguien había entrado. Dudó pero caminó hacia la puerta.

—¿Quién está allí?

Una figura avanzó en la oscuridad. Myong-hee retrocedió atemorizada. Sintió alivio al ver que era Song-mi. Tenía unas ojeras oscuras e, incluso en la penumbra, su piel parecía manchada y su cabello grasiento y sucio. ¿Dónde estaba la chica de pícaro sentido del humor y espíritu de lucha?

—¿Dónde has estado? —preguntó Myong-hee, aunque lo que deseaba preguntar era por qué había vuelto, esta chica estúpida. ¿Por qué no había huido de esta vida cuando tuvo la oportunidad?

TREINTA Y SEIS HORAS DESPUÉS DEL DERRUMBE

LO PRIMERO QUE VIO SAE cuando abrió la puerta de calle fue la chaqueta de trabajo de Jae colgada en el respaldo de una silla junto a la mesa de la cocina. Entró a la sala, con el corazón en la boca. Un abrumador alivio —ha vuelto—, todo fue un mal sueño. Entonces, oyó un suspiro y vio a Bora dormida en el sofá. Volvió a mirar y lo único que encontró fue la confirmación de la ausencia de Jae: no estaban sus zapatos colocados junto a la puerta de entrada, tampoco estaban sus llaves en el plato de porcelana china. En ese momento, se dio cuenta de que la chaqueta había estado allí desde hacía varios días. Ella la había sacado para dársela, mientras le decía que todavía hacía frío por las mañanas. Él la había dejado, hacía un calor sofocante donde trabajaba.

Al recordar el comentario de la señora Bae sobre el calor en el sótano, encontró un motivo para alimentar la esperanza. Si Jae había estado trabajando en el sótano, todavía existía la posibilidad de que estuviera vivo. Soltó su bolso y se sirvió un vaso de agua, mientras repasaba lo que le había dicho la señora Bae sobre la piscina. Dejó el vaso, sin beber ni un sorbo, y se inclinó sobre el fregadero. Sus pensamientos se habían encadenado sin parar y no lograba descifrar los comentarios de la señora Bae.

—¿Cuándo has vuelto? —preguntó Bora sorprendida y con voz de dormida.

—Ahora mismo —respondió Sae, haciendo presión sobre los ojos con las palmas de las manos—. ¿Te dieron mucho trabajo los niños?

—Hoon-min estuvo llorando por ti como una hora. Seung-min se durmió consolándolo.

—Discúlpame, tendría que haberte llamado —dijo ella observando el reguero de juguetes esparcido por la sala, testimonio del día de ausencia.

—No me dejó que lo tocara —señaló Bora. Comenzó a decir algo, pero pareció cambiar de idea, y se volvió a Sae—. Preguntaron por ti todo el tiempo.

—¿Qué les dijiste? —preguntó Sale tratando de no mostrarse sobresaltada.

Cogió del suelo el muñeco Super Sentai. Le faltaba la cabeza. Miró alrededor y lo puso junto a la chaqueta de Jae.

—Que Jae tenía mucho trabajo y que fuiste a ayudarlo —respondió masajeándose el hombro derecho—. ¿Has avisado a su familia?

—Tienes razón —dijo Sae colocándole la cabeza al Power Ranger, y no le explicó a Bora que Jae no tenía a nadie en el mundo—. Debería hacerlo.

—¿Quieres que me quede?

—No, creo que intentaré dormir.

—Hazlo —sugirió Bora—. Mañana vuelvo para ver cómo siguen.

Sin saber qué hacer ahora que se había quedado sola, Sae llenó la bañera y se desvistió. Hacía demasiado calor para darse un baño caliente, pero necesitaba desprenderse del interminable torbellino de preguntas sin respuesta. Examinó los moratones de sus brazos y piernas. Marcas que no recordaba haberse hecho. Criar a dos muchachos era un trabajo físico intenso; su cuerpo era usado varias veces al día como escudo para amortiguar los golpes de sus juegos. ¿Cómo podría hacerlo, cómo podría seguir siendo esa madre para ellos sin Jae? No había nadie más. Nadie a quien llamar para darle las noticias. Ni una madre que se hundiera hasta quedar de rodillas al escucharlas. Cuando nació Seung-min, había vuelto a preguntar a Jae sobre el tema de su familia, movida por una nueva curiosidad sobre el linaje y la historia. Recordaba cómo se le tensaban los hombros, cómo se iba retrayendo con cada pregunta.

Se echó agua en el rostro y apretó los ojos para aclarar sus pensamientos. Él volvería a casa pronto. Habría una buena explicación. Se reirían juntos después, aliviados de no haber perdido lo que ahora sabían que tenían, y culpables de que otros no hubieran sido tan afortunados.

Se sentó en la bañera, sus rodillas emergían del agua como si fueran los picos de unas montañas. Jae le decía lo suaves que eran. "Estas no son las rodillas de un soldado de la revolución", decía. La primera vez que durmieron juntos había sido en un motel con el

techo que goteaba, y la luz parpadeante de un semáforo averiado afuera. Jae tenía el aspecto de un actor de Hollywood, de mandíbula firme y ojos almendrados que se arqueaban cuando sonreía. Ella recordaba sentirse abrumada: el suave goteo de la lluvia en el bol de acero inoxidable, la luz que proyectaba diferentes sombras sobre su cuerpo, el saber que al día siguiente habría nuevas protestas y que tal vez no tendrían la suerte de escapar de la policía de nuevo.

Se oyó un ruido en el corredor fuera del apartamento. Salió de la bañera, se secó rápidamente y fue hasta la puerta. Pero la cocina estaba tal como la había dejado, con la chaqueta de Jae aguardándolo, descansando en la silla.

El reloj de cuco verde en la pared anunció que eran las dos de la madrugada. Unas treinta y seis horas desde que la Torre se había desplomado. ¿Era un error haber regresado a casa en lugar de quedarse en el sitio a monitorear el desarrollo de los rescates? Aquí en el apartamento, se sentía como suspendida, como si caminara sobre una cuerda floja, prisionera de una espera que la paralizaba. Recogió los juguetes diseminados en la sala y lavó algunos platos que estaban en el fregadero.

Encendió la tele, pero se dio cuenta de que no podía seguir el hilo de los personajes o de la trama. La apagó y repasó los lomos de varios libros hasta que encontró el que buscaba. Revisó las notas al margen escritas en la clara letra de Jae. Durante años, se habían dejado notas en los libros que se intercambiaban: eran mensajes con palabras que sentían que eran demasiado íntimas para decirlas en voz alta; o más tarde, cuando los niños nacieron, las escribían porque nunca parecía el momento adecuado para pronunciarlas.

Una vez, abrió la novela *Inmortalidad*, que Jae la había instado a leer, y se encontró con unas palabras que él había subrayado: "En el álgebra del amor, un niño es el símbolo de la suma mágica de dos seres". En el margen, había escrito "El día se hace largo sin ti. Te echamos de menos".

Sacó la vieja copia de *¿Qué es la historia?* y pasó las páginas buscando la nota en el margen que ella le había dejado.

Encontrémonos en la torre del reloj el miércoles.

Lo que Sae no había escrito a Jae en los márgenes de la copia de *¿Qué es la historia?* era que ella había llegado a la universidad inocente, llena de ilusiones de que su amigo de la infancia Il-hyung hubiera madurado lo suficiente como para darse cuenta de que sus sentimientos por él no eran puramente platónicos. Todo había sucedido el año antes de que él partiera para la universidad: estaban recostados en una tienda cerca del mar en la oscuridad cuando ella tuvo una revelación: la certeza de que cualquier cosa podía suceder entre ellos —algo de naturaleza sexual o incluso violento— y que nadie tendría por qué saberlo. Habían pasado casi toda su infancia juntos, solos en los campos cerca de la playa, y era la primera vez que ella se preguntaba si él la veía como una mujer, más que como una extensión de sí mismo. Esos sentimientos la llevaron a replantearse la amistad que tenían, y más tarde fueron dejando huella en torno a su deseo. Cuando Il-hyung se fue a la universidad, ella ya estaba segura del amor que sentía.

Se escribieron cartas en el año que estuvieron separados —él era un año mayor—, hasta que el intercambio comenzó a languidecer. Al principio, ella pensó que, como pronto se verían en la misma universidad, era normal, pero cuando lo vio nuevamente, percibió que él había cambiado. Se había dejado el cabello largo y usaba gafas con una montura demasiado grande para su rostro. La primera vez que se encontraron en el campus, donde ella era ahora una alumna del primer año, fue en una esquina de la universidad. La mirada de él se dirigía a las calles llenas de estudiantes, a los oficiales de policía sin uniformes que había en cada esquina. Parecía que todo le llamaba la atención excepto ella.

Él se había convertido en un estudiante de Cine, y cada pregunta que Sae le hacía los llevaba siempre al mismo lugar.

—Si lo piensas, no es solo barato hacer estas películas sobre azafatas —decía él—. Tienen el propósito de distraer a las masas de lo que pasa en el país. Mejor satisfacer al pueblo con suspense barato a hablar seriamente de la lucha de la clase obrera, ¿no es cierto?

Ella asintió, sorprendida por el giro de la conversación.

Se detuvo de repente y la miró directo a los ojos por primera vez.

—Lo que estaba diciendo, Sae, es que el romance es la última fantasía. Una maniobra distractiva. Centrarse en las relaciones individuales es una distracción de lo que podemos hacer por la comunidad, por la sociedad en general.

Ahora sí, Sae, por fin, lo había entendido. Parecía que él estaba buscando la forma de decirle indirectamente por qué no había respondido sus cartas. Antes de que ella pudiera responder, él señaló una puerta que los condujo por la escalera hacia un café en un sótano donde un grupo de estudiantes estaba reunido alrededor de una mesa.

—¿Qué recordáis que os dijeron sobre el levantamiento de Gwangju hace tres años? —les preguntó un estudiante de los cursos superiores de rostro alargado, después de servirles un té de cebada caliente.

Sae no recordaba casi nada. Se había publicado un pequeño artículo en el periódico sobre una escaramuza en la ciudad. Cuatro infiltrados de Corea del Norte habían tratado de incitar a una revolución.

—Se calificó como un insignificante alzamiento de simpatizantes comunistas, minimizado en los periódicos como un pequeño incidente. Pero circularon rumores de que había un confinamiento. Que miles de ciudadanos civiles habían sido asesinados por los militares. Algunos habían sido enterrados en fosas comunes fuera de la ciudad —dijo Il-hyung. Y volviéndose hacia Sae, agregó—: ¿No te resulta preocupante que algo así haya sucedido y no nos hayamos enterado?

El estudiante avanzado le arrojó a Sae un libro en el regazo. Las imágenes fotocopiadas estaban borrosas, pero los movimientos violentos se veían con claridad. Los bastones en el aire a punto de dar el segundo golpe eran claros. Una mujer embarazada estaba tirada en el suelo, con un halo de sangre alrededor de la cabeza.

—Esto es lo que nuestro Gobierno fascista está dispuesto a hacerle a cualquier disidente.

Sae miró a Il-hyung descompuesta, sin entender por qué la sometía a esto. Entonces, recordó al estudiante que se había enfrentado a un profesor en su disertación sobre la subida al poder

del dictador: "¿Qué pasó en Gwangju? —preguntó—. ¿Vamos a hablar sobre lo que sucedió allí?".

El profesor terminó la clase antes, y el estudiante que hizo la pregunta nunca más apareció. En ese momento, ella no le había prestado demasiada atención. Era más fácil pensar que el chico se había desilusionado con el profesor y había abandonado la materia. Ahora, vio otra posibilidad. Que lo hubieran silenciado. Y de pronto, lo creyó, que una ciudad entera hubiera estado sitiada mientras que el resto del país estaba ciego y sordo.

—Llegó la hora de despertar y de enfrentarnos a lo que ha sido sacrificado en nombre del progreso. La historia —Il-hyung hizo una pausa y miró a Sae a los ojos— no es la que nos contaron. Nos dijeron que extremistas y rebeldes habían atacado la ciudad. Mintieron. Nos dijeron que no hubo víctimas civiles. Mintieron. Se trataba de estudiantes y de civiles que se habían reunido para pedir el fin del estado de sitio. Estudiantes de nuestra edad, fusilados por fuerzas parapoliciales. Manifestantes y observadores inocentes fueron asesinados. Los familiares de los desaparecidos estaban demasiado asustados para recurrir a las autoridades. ¿Cómo es posible que tantas muertes pasaran desapercibidas? ¿Cómo pueden ser olvidadas con tanta rapidez? ¿Cómo puede ser que nos estemos enterando de lo sucedido por medio de periódicos extranjeros?

Dos estudiantes del grupo habían comenzado a sollozar, otros observaban a Il-hyung intensamente como si no supieran si creerle o no. Ella no estaba acostumbrada a esta nueva versión de su personalidad, tan seria. En secundaria, Il-hyung solía recurrir al humor en los momentos de tensión. Sae estaba desconcertada con este personaje tan lleno de autoridad, con este nuevo carisma, y esperaba a que se quitara esa máscara en privado. Pero aun cuando sospechaba que aquello podía ser una actuación, se sentía profundamente perturbada por lo que había revelado la reunión. Así que, unas horas más tarde, cuando el estudiante mayor los invitó a integrar un grupo de lectura para analizar textos prohibidos, ella aceptó inmediatamente.

Cuando se levantaba para irse, sintió la mano de Il-hyung sobre su hombro. Le alcanzó un libro envuelto en una hoja de periódico.

—Debes leer esto.

Cuando trató de desenvolverlo para ver la cubierta, él la detuvo.

—Espera a llegar a tu casa, y que no te atrapen con él encima. Lo discutiremos la semana que viene.

De vuelta en el escritorio de su habitación, Sae encendió las luces y le quitó el envoltorio. *¿Qué es la historia?* El nombre del autor, Edward Hallet Carr, estaba grabado en letras doradas en la tapa dura. Lo leyó lo más rápido que pudo, hojeando el diccionario coreano-español para buscar las palabras que no conocía.

> Cuando leas una obra sobre historia, mantente atento al zumbido detrás de las palabras y que te resulte extraño. Si no detectas ninguno, tal vez estés sordo o el historiador sea muy aburrido. Los hechos no son tan concretos como son los peces en la red del pescador. Son más bien como los peces que nadan en un vasto e inaccesible océano, y lo que el historiador logre pescar dependerá en parte de la suerte, pero, sobre todo, de la zona del océano en la que elija pescar y de las tácticas que utilice; y por supuesto, estos dos factores están determinados por la clase de pez que quiera pescar. En líneas generales, el historiador obtendrá el tipo de hechos que busca. La historia es interpretación de los hechos.

Se apoyó en el respaldo de la silla. Un pequeño garabato en el ángulo de la página le llamó la atención. "¿Quién escribió nuestros libros de historia?". En todos los años de la escuela, ¿alguna vez los habían invitado a preguntar algo a alguien? La historia era igual que la ciencia. Los hechos eran simples hechos. Irrefutables. Lo que había sucedido en Gwangju demostraba que lo que ellos sabían sobre los eventos había sido filtrado, los hechos habían sido ocultados. Si no sabían lo que estaba sucediendo en su país, entonces, no tenían ni idea de la historia. Si no tenían ni idea de la historia, no sabían quiénes eran. Envolvió la cubierta del libro con la hoja de periódico de nuevo, salió de la habitación y fue a la terraza. Su corazón latía con fuerza; le aterraba todo lo que no podía responder. Abajo, en el jardín, estaba tendida la ropa lavada. Más abajo en la montaña, las luces del centro de Seúl brillaban con el pulso de la industria. Sin duda, todavía había gente trabajando de noche para alcanzar metas ambiciosas establecidas por sus

empleadores. Incluso como estudiantes, se esperaba que trabajaran desde el amanecer hasta la noche. Nunca había tiempo para el descanso o el esparcimiento, ni hablar de la contemplación o del desafío del *establishment*.

Después de la muerte de su padre, Sae decidió que haría lo que fuera necesario para irse de Mallipo, para ir a la Universidad Nacional de Seúl y volver a ayudar a su madre. Se convirtió en una bestia de carga, memorizaba mecánicamente todo lo que debía saber para el examen: se iba directo a su escritorio a estudiar en cuanto terminaba su horario escolar y estudiaba hasta la madrugada. No se permitía sentir ni hambre, ni sed, ni soledad. Ella imaginaba que la universidad sería el antídoto para el descenso familiar a la pobreza; esperaba poder reencaminar la vida de su madre. Todos los días, su madre se desviaba de vuelta del mercado, aunque el camino fuera más largo, para evitar enfrentarse a sus acreedores. El título universitario prometía una salida práctica, pero también una experiencia diferente de los días de aprendizaje memorístico de la escuela: la esperanza de sentirse inspirada, de ser testigo de apasionados debates con los profesores, de la libertad en la discusión de ideas. La universidad representaba la posibilidad de cultivar el intelecto y de alimentar la curiosidad.

Cuando su primer profesor, un hombrecillo vestido con un chaleco de punto a pesar del calor de finales de agosto, entró a la clase y comenzó a hablar en una suave y temblorosa voz, sus esperanzas se diluyeron. Los habían engañado para que fueran estudiosos y aplicados, y les habían vendido un sueño falso. A medida que se desarrollaba la clase de Sociología, se dio cuenta de que era una extensión de las clases de la secundaria.

Tenían que escuchar y centrarse en textos preseleccionados. Cada vez que un estudiante levantaba la mano para hacer una pregunta, el profesor lo hacía callar. Más tarde, se enteraría de que la presencia de agentes estatales en las clases había reprimido toda muestra de espontaneidad.

Después de la primera reunión a la que la había invitado Il-hyung, Sae descubrió que la educación que realmente importaba sucedía en la clandestinidad. Sus compañeros estudiaban textos introducidos a

escondidas, como la obra de Lenin *¿Qué hacer?* Mantenían animadas discusiones, estableciendo paralelismos entre el desarrollo industrial descrito por *El capital* de Marx y lo que estaba sucediendo en Corea del Sur. Nadie estaba autorizado a criticar la ambiciosa agenda económica del Gobierno, pero en estos grupos, los mayores hablaban abiertamente y de forma crítica de la manera en que el desarrollo económico del país estaba basado en un sistema equivalente al trabajo esclavo.

Sae sacó mucho más provecho de estas lecturas y discusiones que de los textos que analizaba en clase. Dudaba si el comunismo era realmente el mejor sistema para la sociedad, pero de lo que sí estaba segura era de que la gente debía tener la oportunidad de decidir por sí misma. Lo que la perturbaba particularmente era el silenciamiento de la verdad, la idea de aprender dentro de un sistema que ocultaba textos y que mantenía en la oscuridad hechos clave para presentar una versión heroica y pulcra de la historia. Ella creía que el conocimiento no debía ser un instrumento del poder, sino algo libremente disponible para todos. Les decían que la resistencia a una autoridad injusta significaba perder la juventud y los privilegios. Después de todo, debían agradecer la suerte de recibir una educación mientras otros trabajadores de su misma edad debían luchar para ganarse la vida.

La necesidad de terminar con la dictadura era la única certeza de Sae; se convirtió en su objetivo más importante. Dejó de asistir a las clases. Los deberes le parecían triviales. Ella y otros estudiantes del movimiento aprovechaban cada oportunidad para dar voz a su resistencia y a su rechazo a la dictadura. Creían que era su derecho hacer uso de sus privilegios, no ocuparse de sus propios intereses, sino preocuparse por los de los demás.

Durante el primer año en el movimiento, hubo pequeñas manifestaciones casi a diario. Ella solo era responsable de juntar piedras para arrojárselas a los guardias armados durante las protestas. Otros compañeros le indicaban cuándo y dónde ir a la siguiente manifestación, a menudo con apenas media hora de antelación. Después de ese primer verano, la presentaron a más miembros de la familia clandestina, alumnos de cursos superiores

que venían organizando las protestas desde hacía años. Le enseñaron cómo hacer un cóctel molotov, le dieron más libros para leer, escucharon y mantuvieron con ella debates interesantísimos. Hacia el final del primer año en la universidad, ella ya era responsable de reclutar y de adoctrinar a los estudiantes más jóvenes. Lentamente, se empezó a sentir más alejada de Il-hyung. No podía dejar de notar que él con frecuencia les pedía a las mujeres que prepararan bocadillos y comidas mientras que los hombres se dedicaban a los textos, o les sugería a ellas que se ofrecieran para cuidar a los niños mientras ellos ayudaban a los granjeros en sus tareas y se enteraban de cómo funcionaba el ciclo de producción. Las otras estudiantes la consideraban arrogante porque se negaba a preparar café para los estudiantes mayores durante las reuniones. Una de las estudiantes mayores la regañó por provocar divisiones en el movimiento con sus principios feministas. "¿Quién tiene tiempo para los derechos de las mujeres —le decían— cuando la democracia está en juego?".

Ellos habían estado luchando por una causa que debía unirlos. En cambio, ella se sentía alejada. Parte de esa alienación era intencionada. La idea era que no generaran un vínculo de familiaridad entre ellos, para que no hubiera nada que revelar en un interrogatorio si llegaban a ser detenidos.

Con el tiempo, Sae comenzó a cansarse, tras haber sido testigo de la angustia y del resentimiento de los padres cuyos hogares ella había limpiado de pruebas después de que alguno de sus compañeros de clase había sido arrestado. Una madre le arrojó un vaso de agua a la cara, y la culpó por la participación de su hijo en el movimiento, por el interrogatorio al que toda la familia sería sometida.

Así que, cuando encontró a Jae esperándola en la torre del reloj, una semana después de conocerlo, lo primero que sintió fue vergüenza. ¿Había sido sincero su deseo de involucrarlo en el movimiento? Solo había deseado verlo de nuevo.

—Encontraste mi nota —le dijo.

Llevaba una camisa escocesa arrugada y unos vaqueros gastados. El mismo par de zapatos con la suela despegada que calzaba cuando

se conocieron en la biblioteca. Parecía nervioso, miraba por encima de su hombro de vez en cuando. A la luz del día, su rostro parecía más angosto, sus rasgos más delicados de lo que recordaba.

—Quería verte de nuevo —comenzó a decir, con la mirada todavía vagando sobre la multitud de estudiantes que los rodeaba—. Quiero decir… —agregó metiéndose las manos en los bolsillos delanteros—, quería conversar sobre el libro. Me surgieron muchas preguntas.

En sus ojos se veía un desencanto nuevo, como si viera al mundo a través de un filtro o una lente diferente. A ella también le había sucedido. Esa mirada que lo cuestionaba todo. Ella quería transmitirle paz. Tranquilizarlo rozándole la mano.

—¿Por qué no paseamos un poco? ¿Y si vamos a un lugar un poco más tranquilo?

Atravesaron el campus hacia el sendero del bosque. Él comenzó a hablar sobre lo que había leído. Cómo esa lectura le había hecho reflexionar acerca del poder de una manera completamente distinta. Cómo nunca había pensado que la historia que le habían enseñado podía tener omisiones intencionadas. A ella le encantaron sus reflexiones. Sus palabras eran medidas, fruto de la reflexión. Le gustó que hiciera preguntas y que se enganchara con sus respuestas en lugar de sentar cátedra como hacía Il-hyung.

—Hay algo más, ¿no es cierto? —dijo él—. No me diste el libro solo para probar un punto filosófico sobre quién escribe la historia.

Ella dudó. Él tenía un aire de fragilidad, de necesidad de conocimiento. Lo más duro de conocer la verdad es que no hay forma de desaprenderla: nada vuelve a ser lo que era antes.

—Tenemos un grupo que se reúne todas las semanas. Leemos libros que están prohibidos. En ocasiones, hablamos sobre los hechos que se publican en la prensa. Sobre el Gobierno y lo que podemos hacer para resistir.

La marcha se hizo más lenta. El cielo intensamente azul se escondía ahora detrás de un manto de nubes. Sae se sentó en una roca y estudió su rostro con el bosquecillo de bambú de fondo. Él miró hacia abajo.

—Es una decisión personal si quieres unirte o aprender más sobre el tema —dijo ella, dándose cuenta de lo poco que él le había

contado sobre su vida—. No sé nada sobre ti. Esto tiene un coste personal en tu vida familiar. No conozco a nadie que haya podido salvar su relación con sus padres. No sé si tú…

—No hay nada para salvar —se apuró a decir.

—Oh —dijo ella, observando el ojal roto de su camisa. Ya había percibido algo de su historia, su soledad, en la biblioteca—. Lo siento.

La roca en la que Sae se había sentado era terriblemente incómoda. Se puso de pie y le acomodó el cuello de la camisa. En ese momento, recordó el gesto de protección que él había tenido con ella cuando le rozó suavemente la mejilla en la biblioteca. No fue hasta varios años después cuando ella comprendió que había buscado un aliado en él, un refugio a la alienación del movimiento. Lo que no sabía, en ese entonces, era que él se convertiría en uno de sus más fervientes miembros.

TRES DÍAS DESPUÉS DEL DERRUMBE

—¿CUÁNDO VUELVE PAPI DEL VIAJE? —preguntó Seung-min.

Se había negado a bajar al parque mientras Hoon-min dormía la siesta, empeñado en aferrarse a sus piernas. Sae lo sentía demasiado caliente sobre su piel desnuda, demasiado pesado sobre su regazo, pero no había forma de convencerlo de que se apartara unos pasos de su lado.

—Volverá pronto, en cuanto termine el trabajo.

Junto a ellos estaba sentada en silencio la señora Song quitando los tallos secos de una cebolleta. Desde que Sae había regresado del lugar del derrumbe, no había estado casi nunca sola, siempre alguna vecina, en ocasiones dos, la acompañaban en la sala haciendo alguna tarea. Las había conocido hacía poco tiempo, esposas y amas de casa que se pasaban las tardes quejándose de sus vidas: el vacío de sus matrimonios, sus esposos, antes cariñosos, ahora amargados. La circularidad de sus días, el interminable ciclo de los platos, sus suegras que no cesaban de importunarlas, las guarniciones —los pepinos en conserva, las espinacas bañadas en aceite de sésamo, los rabanitos en conserva— que daban tanto trabajo y que se consumían tan rápido. "Qué sentido tenía cuidar la vestimenta, la apariencia", decían, si ya nadie las veía. Se habían convertido en "mujeres invisibles". Escuchaba estas historias como si fuera una periodista infiltrada, como si fuera un nuevo reportaje, sin aceptar del todo que bien podía ser una de ellas ahora, tras haber abandonado su trabajo en el periódico.

En estas reuniones, ellas esperaban con ansia que Sae se despachara con sus quejas sobre Jae. ¿Cómo hacía ella para decirles que él no era como los otros maridos? ¿Que Jae los trataba a ella y a sus hijos como si fueran sus tesoros, la familia que nunca había tenido de niño? Si estaba cansado, nunca se quejaba. Podía parecerles a los demás un poco serio y frío, pero en presencia de su pequeña familia, era animado y divertido.

—¿Nos va a traer muchos regalos? —preguntó Seung-min.

—Sí —respondió ella sin mucha convicción.

Quería que se bajara de su regazo, que acabara con la serie interminable de preguntas. No sabía cuánto tiempo más podría contener el estallido que se cernía sobre ella: su frustración por la espera, la falta de espacio, la sensación de que no podía quedarse a solas con su miedo.

—¿Pero cuántos regalos? —insistió subiendo a su regazo de nuevo.

—¿Por qué no vas a jugar afuera, Seung-min? —le dijo soltándose de su abrazo.

Él le tocó el borde de la nariz con el dedo.

—¿Por qué tienes los ojos rojos, mami?

—Seung-min, ¿por qué no subes a mi apartamento a ver si Soo-ah ha terminado los deberes? Si ya lo ha hecho, podéis ir juntos a comprar un helado —sugirió la señora Song.

Seung-min miró a Sae antes de irse sin muchas ganas a buscar a la hija de la señora Song.

En cuanto desapareció por la escalera, la señora Song le preguntó.

—¿No hay noticias todavía?

—No —dijo Sae simplemente.

Habían pasado tres días, y sus llamadas a los hospitales no habían dado ningún resultado. La señora Song abrió la boca para decir algo; luego, pareció reconsiderarlo y siguió quitando tallos a la cebolleta que tenía en la mano. Justo en ese momento, comenzó a sonar el teléfono, y Sae saltó para responder.

—Soy yo —dijo Tae-kyu—. ¿Has podido hablar con los hospitales?

—No desde anoche.

—Han oído voces bajo los escombros, y hay un equipo removiendo los bloques de hormigón ahora —informó Tae-kyu—. Han colocado una manguera para darles agua.

—Voy para allá lo más rápido que pueda.

—No, no vengas todavía. No me han dado ningún nombre, creo que se trata de una parte del equipo de limpieza. Pero son buenas noticias, significa que todavía hay gente viva allí abajo.

Sae se aferró al auricular con más fuerza. La esperanza que sentía en el pecho se contrarrestaba con el creciente pesimismo.

—Han descartado que haya sido una bomba. Creen que la causa podría ser estructural. Están investigando los cimientos en este momento.

Los pensamientos de Sae volvieron a los comentarios de la señora Bae. Si la piscina infinita se estaba construyendo en el piso 65, ¿que estaban haciendo el señor Bae y Jae en el sótano? No podía recordar si él tenía una oficina en la Torre. ¿Por qué estarían trabajando en el sótano? ¿Los habrían llamado para revisar los cimientos de la Torre?

—Tengo que colgar —concluyó Sae, dejando que el auricular se le deslizara por la mejilla.

Trató de llamar a la señora Bae, pero la línea estaba ocupada. La señora Song la miraba expectante, aguardando las noticias. Sae sintió una punzada de egoísmo. De repente, no sabía si la atención de los vecinos se debía a que estaban allí para ayudar o para ser testigos de cómo ella se iba desmoronando.

—Dicen que pueden haber encontrado algo —informó Sae cogiendo su bolso—. ¿Podrías cuidar a los niños?

El ascensor del edificio donde vivía la señora Bae estaba estropeado, así que Sae subió por las escaleras. Al ver la súbita lluvia que caía sin cesar, pensó en quienes esperaban a ser sacados de entre los escombros. Un superviviente rescatado el día anterior aseguró que se había salvado bebiendo agua de lluvia. Ahora, la lluvia arreciaba y formaba charcos en la calle. ¿Cuántas personas más esperaban bajo las capas de tierra? ¿Cuántas ansiaban ver un haz de luz en la oscuridad? ¿Escuchar el sonido de otra voz?

Al llegar arriba debió detenerse, le faltaba el aire, se sentía mareada. Se cogió la cabeza con las manos. Se detuvo unos instantes para recuperar el aliento y ver de nuevo el pasillo con nitidez. Apenas una semana atrás, se había sentado con Jae en el balcón bajo el calor abrasador; recordó el momento en el que los sudorosos labios de él se fundieron con los suyos. Él la besó, pero sus pensamientos estaban en otra parte. Ella apoyó la lata de cerveza helada sobre su pecho desnudo; lo sobresaltó, pero logró llamar su atención.

—¿En qué mundo estás? No parece que estuvieras aquí, aun cuando estás sentado a mi lado.

Él miró la lata antes de sostenerle la mirada.

—Estoy aquí.

—Te veo preocupado últimamente.

—Es el trabajo —dijo acercando la cerveza a sus labios. En el silencio que siguió, Sae tuvo la sensación de que él estaba ordenando sus ideas para ver qué podía decirle y qué debía callar. Finalmente, la rodeó con el brazo—. Cuando todo termine, saldremos de la ciudad.

—¿A dónde iríamos? —sonrió Sae.

—¿Jeju-do? ¿Pusan? A cualquier lugar, lo que importa es que estemos juntos.

—¿Y cuándo sería eso?

—Cada día puede ser el último.

—No sabía que estabas tan cerca de terminar.

—No es eso lo que quise decir.

—¿Qué quieres decir, entonces? —Sae frunció el ceño.

—No sé por dónde empezar —dijo él jugueteando con la anilla de la lata de cerveza.

—Empieza por donde quieras —sugirió ella con una sonrisa—. No es un discurso para agradecer un premio.

—Nunca deberíamos haber aceptado hacerla, ¿sabes? Todo este tema de la piscina no es…

—Papi, ya has llegado —se oyó una voz somnolienta detrás de ellos. Era Seung-min, que se restregaba los ojos—. ¿Por qué está tan oscuro?

—Yo lo llevo a la cama —dijo Jae poniéndose de pie.

Ella lo esperó, pero él no volvió.

Cuando fue a ver qué pasaba, encontró a Jae profundamente dormido entro los dos angelitos, refugiado en el nido de sus alas.

Después de tocar el timbre varias veces, Sae llamó a la puerta y se dio cuenta de que estaba abierta.

—¿Hay alguien en casa?

No hubo respuesta. El apartamento era más pequeño de lo que ella esperaba y tenía un aire nostálgico, melancólico. De esperanzas de luna de miel descoloridas y de deseos perdidos. Un papel tapiz de tela rosa cubría las paredes, ondulado por la humedad. Cuando se estaba descalzando, oyó el tono de marcado del teléfono, y cruzó la sala para colgar el auricular en su lugar. El fregadero estaba lleno de platos sucios. Manchas blancuzcas de agua sobre el suelo iban de la cocina a la sala.

La luz que quedaba del día revelaba una fina capa de polvo sobre los muebles. En la habitación, estaba encendida la radio con el volumen muy bajo, y varios abrigos yacían esparcidos sobre la cama. Sae abrió la puerta del ropero y vio las perchas vacías suspendidas como esqueletos en la barra. Los cajones estaban abiertos, colgando inestables, indicando las prisas de la partida.

Cerró la puerta y abrió la siguiente. Apuró la marcha de una habitación a otra. Se asomó al balcón, abrió el ropero de la entrada, revisó la segunda habitación. Se fijó en los espacios vacíos del estante donde algunos pares de zapatos habían sido seleccionados para el viaje.

Volvió al ropero del vestíbulo y se quedó mirándolo como si viera la escena desde una gran altura. Sae recordó la mirada esquiva de la señora Bae, su palpable miedo. Entonces, lo comprendió todo, y la verdad, como una descarga eléctrica, recorrió sus venas. El señor Bae estaba vivo porque tampoco estaba su ropa.

9 a. m., 26 de agosto de 2016
Residencia del director, distrito Gugi, Seúl

Si hay algo en lo que me especialicé para llegar a ser un empresario exitoso fue en mi intuición para captar a las personas. Usted se compró un traje nuevo para esta entrevista, sus zapatos también parecen nuevos, pero la forma en que se sienta indica que lo incomoda mi presencia. Creí que usted sería el intrépido periodista y que yo sería el indefenso sujeto de un interrogatorio. Debería sentirse cómodo preguntándome lo que fuera si va a trabajar para mí.

Seguramente, ha leído sobre mí; por eso, comprendo que se puede sentir intimidado. A lo largo de mi carrera, me han llamado de muchas maneras. Magnate. El padre de la economía surcoreana. Un periodista de *The Times de Corea* me llamó "el general de los milagros" por lo que había logrado con Grupo Taehan. Eso me gustó. Es verdad que cuando me dicen que algo es imposible, siento un cosquilleo en mis entrañas, una comezón que se apodera de mi cuerpo y un impulso irrefrenable de demostrarles que están equivocados. Después de todo, nada es más absurdo que decir que algo es imposible sin siquiera intentarlo. ¿Por qué limitar el mundo por no atreverse a salir de lo que a uno le es conocido? Un pionero es una persona dispuesta a lanzarse contra los límites posibles y, al hacerlo, amplía los horizontes del mundo.

Me pregunta dónde me encontraba en los días posteriores al derrumbe de la Torre. Se habló mucho de que no se conocía mi paradero en los días que siguieron al colapso. Se rumoreaba que había huido del país, en un intento de evadir mi responsabilidad por lo sucedido. Se sugirió que mi ausencia en ese momento era la prueba de mi culpabilidad. Pero le aseguro que no me estaba escondiendo.

Ya no es un secreto de que en ese preciso instante yo estaba enfrentando mi propia mortalidad mientras un joven doctor me mostraba una sombra amenazante en la placa de rayos X, que revelaba un linfoma en estadio tres que se había formado en la zona del hígado y del corazón.

En ese momento, me pregunté, ¿de qué tengo que arrepentirme? Tenía setenta y cinco años y había levantado un imperio de sesenta empresas y servicios de construcción, automóviles, astilleros, electrónica, petroquímicos, refinerías de petróleo, servicios de ingeniería, complejos de rascacielos, grandes almacenes, hoteles y medios de comunicación. Había hecho en mi vida más que suficiente como para retirarme.

Le pregunté al médico cuánto tiempo me quedaba. Me respondió que seis meses, mientras observaba mi rostro buscando algún signo de desesperación. Le preocupaba

que yo no hubiera entendido la real gravedad de mi enfermedad. Que yo pudiera demandarlo en el futuro. Pero mi silencio era un simple desafío a la muerte. Yo había ordenado la construcción de la autopista más corta entre Seúl y Pusan. Como no se pueden mover las montañas, las atravesamos con túneles. Me negaba a que me dijeran cuándo iba a morir. Llamé a mi secretario, que me esperaba fuera del consultorio. Le di instrucciones para asegurarme de que nadie supiera los resultados de los exámenes. Estábamos a unos días de cerrar un contrato con la ciudad para comenzar un proyecto de construcción de importancia: repavimentar el centro cívico y convertirlo en un área peatonal. No podía dejar que el alcalde pensara que algo podía fallar. Y no podía permitir que las acciones de mi compañía se desplomaran basándose en noticias falsas. Porque yo me sentía, en ese momento, perfectamente. Tenía un poco de acidez de vez en cuando y, últimamente, me había relajado un poco respecto al dinero: me permití tener un chofer que me llevara a mi oficina a cinco kilómetros en las frías mañanas en que la pierna me molestaba, y me compré un segundo par de zapatos.

No soy supersticioso, pero se me ocurrió que tal vez era esta nueva actitud frente a la vida la que me había provocado el cáncer. Decidí que este diagnóstico no era un motivo de preocupación, solo una excusa para abrir una botella de whisky escocés Macallan M que había recibido de un antiguo capitán americano que conocí durante la guerra.

Volví a mi oficina a atender los negocios: llamadas a mis gerentes en Abu Dabi, Tokio, Dallas y Detroit para que me pasaran los partes diarios de los proyectos de construcción en curso. Después, le di instrucciones a mi secretario de que hiciera interconsultas con los más famosos especialistas de tres continentes para que revisaran la radiografía y acordaran el tratamiento. Le dije que no debían molestarme bajo ningún concepto. Confiado en que podría vencer a los tumores que crecían en mi cuerpo, esta nueva condición me pareció una señal de que debía tomarme un descanso para considerar lo que quería lograr en el tiempo que me quedara. Despedí a mi chofer y conduje tres horas hacia el sur de Seúl, hacia las montañas.

Tengo una modesta propiedad allí. Deseo que, cuando se encuentren los restos de mi familia en Corea del Norte, los entierren aquí para reunir a la familia. Por ahora, solo hay un túmulo, la tumba de mi hijo menor, Geun-ye. ¡Qué solitaria se veía! Cómo me tentaba la idea de perecer para acompañarlo. No sé cuánto tiempo me quedé allí, junto a su tumba, revisando una y otra vez las extrañas circunstancias de su muerte, como hago cada vez que visito su tumba. Luego, conduje hasta la casa de campo en

las cercanías y leí las notas de los gerentes tratando de entender una vez más lo que había sucedido.

La casa de campo es sencilla. Es la réplica del hogar donde crecí con mi padre. No tiene teléfono. Había sido una larga temporada de mucho trabajo, y me di cuenta de que, para poder mantener este ritmo y luchar por mi vida, necesitaba descansar. No había pasado más de un día cuando vi aparecer el coche de mi secretario en el horizonte.

Llegó sudando profusamente, con su cabeza medio calva toda brillante. Me di cuenta de que venía con malas noticias. Con el paso de los años, he ido conociendo bien las actitudes del señor Gong. Su enorme incomodidad de ser el portador de malas noticias. Comienza con un tic en el cuello que trata de suavizar con la mano derecha antes de sacudir la muñeca como si estuviera alejando a un pequeño animal salvaje que le estuviera mordisqueando el hombro. Había hecho estos mismos gestos cuando un deslizamiento se había cobrado la vida de varios trabajadores que estaban cavando un túnel en la montaña para la construcción de una autopista y cuando uno de los gerentes de una construcción había sido tomado como rehén en Medio Oriente.

El señor Gong entró al patio y se arremangó los pantalones hasta la rodilla antes de sentarse en el suelo de madera para quitarse los zapatos. Le costaba mucho no mirarme a los ojos.

—¿Qué sucede? —le pregunté enfadado por que hubiera desobedecido mis órdenes de no ser molestado y que solo lo hiciera en caso de traer noticias catastrofistas.

—La Torre Aspiración se ha derrumbado.

Mi primer pensamiento fue actuar con urgencia. Todos los recursos del Grupo Taehan debían dirigirse al rescate. En una crisis, hay que mantener la calma y ser sistemático en el enfoque que se adopte. Hay que saber pelear batallas en varios frentes. Mantener una visión general de cómo deben encajar las piezas. Pero de repente fue como si un viejo perro hubiera desenterrado los huesos crudos de mi dolor, exponiéndolos a la luz. Esa tragedia personal parecía explicar incluso que la Torre se hubiera desplomado. El señor Gong me observó atento, esperando una respuesta. Me aclaré la garganta e intenté hablar, pero no pude emitir sonido alguno. Lo único en lo que podía pensar en ese momento era en que nada de esto hubiera pasado de no haber sido por Geun-ye, mi hijo menor. No hubiera sucedido si Geun-ye estuviera vivo todavía.

Espero que esto lo satisfaga como respuesta. Mi último biógrafo era un idiota. Tal vez, ustedes los periodistas son todos iguales. Buscando la parte más jugosa de la carne para separarla del hueso, cambiarle la forma, cocinarla y alardear de haber descubierto la prueba. Cómo les gusta ofrecer historias que convienen a sus intereses. Qué poco interés en considerar el contexto. La historia. ¿Lo comprende ahora? No me estaba ocultando, estaba haciendo un duelo. Me imagino que habrá visto las instrucciones que le di a mi secretario. Recuerde que ahora no está trabajando para el periódico. Está trabajando para mí. Un escritor fantasma es un simple escriba que anota los hechos. ¿Usted ve esta casa? Todo cristales y luz. Le pedí a mis arquitectos que la construyeran como un testamento a mi transparencia. Como mi biógrafo, usted tiene mi compromiso. Solo le diré la verdad. La historia tal como sucedió.

CUATRO DÍAS DESPUÉS DEL DERRUMBE

—¿A DÓNDE VAMOS? —PREGUNTÓ SEUNG-MIN, aferrándose a la mano de Sae mientras subían desde la estación del metro.

Sae sentía sobre su piel el aliento caliente de las calles. Acortaron camino a través del mercado techado, y Seung-min se detuvo cuando pasaron junto a los recipientes de acero inoxidable con pequeños pulpos vivos y un tanque lleno de anguilas. Sae se dio prisa, y él echó a correr más rápido atraído por los cristales empañados de las máquinas de granizado naranja y rosa.

—¡Venga! —dijo en tono urgente.

En la oficina de Jae, al menos, podría encontrar algunas respuestas. Hoon-min se tiró al suelo. Sae miró su reloj. Era más tarde de lo que pensaba. Perdía constantemente la noción del tiempo, sus pensamientos se desvanecían antes de concretarse. Abrió el bolso y sacó la mochila portabebés, colocó a Hoon-min en su espalda y lo aseguró bien. Sintió el calor de su cuerpecito contra el suyo. Seung-min corrió hacia la parrilla abierta donde pinchos de pollo se doraban en el calor del sol de la tarde. Seung-min rozó con sus dedos los bordes de las mesas, los platos con el condimentado kimchi, los grandes cuencos con verduras. Estaba a punto de tocar una fila de rollos de gimbap cuando su madre le gritó.

—¡Deja de tocarlo todo!

Seung-min retrocedió, intimidado por la dureza de su voz y comenzó a llorar. Las lágrimas del niño la llenaron de culpa. Se inclinó para acariciarle el hombro.

—¿Tienes hambre?

Él sacudió la cabeza negando.

—Llévame a mí también, mami. No quiero andar más.

—Solo un poco más —le dijo ella suavemente—. Ya casi hemos llegado.

Comenzó a llorar más fuerte, y ella lo cogió con firmeza de la mano y se dirigió hacia el edificio de pocos pisos al final del mercado. Seung-min se soltó cuando reconoció dónde estaban, y se deslizó con rapidez entre los puestos llenos de gente.

—¡Papi! ¡Vamos a ver a papi! —exclamó lleno de gozo cuando ella lo alcanzó al pie de la escalera.

Su entusiasmo ante la perspectiva de ver a su padre era tan convincente que Sae se permitió, por un instante, creer que lo encontrarían allí, en su oficina.

Cuando Sae lo alcanzó en la escalera, vio su rostro triste, contra la puerta de cristal.

—¿Qué pasa? —preguntó Sae.

Seung-min no respondió. Cuando ella hubo subido los escalones, vio que el pequeño espacio de la oficina había sido remodelado.

En el lugar donde habían estado los cuatro escritorios, ahora había una pila de cajas. Los recibió una mujer joven que Sae no reconoció. Estaba vestida formalmente con una blusa de manga corta y una falda azul. Cuando se levantó de su escritorio, Sae vio los calcetines blancos que asomaban de sus pantuflas. La mujer encendió un segundo ventilador.

—¿En qué puedo ayudarla?

Sae movió a Hoon-min sobre su espalda y sintió la desagradable sensación de tener la camiseta húmeda donde lo había tenido apoyado.

—¿Esto es… L&S Arquitectos?

La mujer se alegró de saber la respuesta a esa pregunta.

—No. Nos acabamos de mudar aquí —dijo quitándose el chicle de la boca.

Jae nunca había mencionado que fueran a cambiarse de oficina. Sae cerró los ojos por un momento. ¿Se le habría olvidado? Aun si hubieran estado hablando mientras se ocupaba de los niños, una mudanza le parecía que era un dato que no se le podía haber pasado. Un tema del que habrían hablado más de una vez.

—¿Sabe usted cuándo se mudó la otra empresa?

La mujer negó con la cabeza.

—¿Tal vez hace unos seis meses? No estoy segura. Pero oí que fueron a la quiebra. No pudieron competir con las empresas más grandes, supongo.

Esto era una novedad para Sae. Echó una ojeada a las pilas de folletos sobre algún tipo de equipo médico. Dos enormes pósters con

fotos de una máquina y radiografías colgaban de las paredes. Sae recordó los cajones vacíos de la señora Bae. ¿Era posible que el señor Bae le hubiera pedido a Jae que mantuviera en secreto la mudanza? ¿Para ocultar un cambio en las circunstancias de la compañía? Sae nunca confió en el señor Bae, un hombre de baja estatura con cara de cerdo y ojos escrutadores, de mirada lasciva, vagando por la habitación y posándose sobre las mujeres. Pero el señor Bae parecía estar muy bien conectado y había contratado a Jae cuando más necesitaba el trabajo, a pesar de sus antecedentes de arresto y de sus estudios de ingeniería sin finalizar.

Sae intentó recordar si en invierno Jae le había mencionado que estaba preocupado por el dinero. Fue en ese entonces cuando firmó el contrato para trabajar en la torre. Su actitud frente al contrato le había parecido extrañamente ambivalente a Sae, y se preguntaba si era por la ansiedad de trabajar para una empresa tan importante como el Grupo Taehan.

—¿Y usted quién es?

—Soy… —dudó antes de continuar— la esposa de alguien que solía trabajar aquí. ¿Tiene alguna información sobre dónde pueden haber ido los últimos inquilinos? ¿O un teléfono?

Ella negó con la cabeza.

—No sé qué decirle. Acabamos de mudarnos. Podría hablar con el dueño del edificio. Tal vez él sepa algo. —La mujer escribió un número de teléfono en un papel y se volvió a meter el chicle en la boca mientras se lo daba.

Cuando Sae se volvía para irse, la mujer le pidió que esperara y le entregó una caja.

—Quedaron algunas cosas cuando se fueron. No sé si servirán para algo, pero tal vez usted quiera conservarlas.

Seung-min miró a Sae mientras cogía la caja antes de seguirla hacia la escalera.

—¿Dónde está papi? —preguntó, esta vez más despacio.

—No lo sé —contestó Sae, permaneciendo unos momentos en la escalera, enceguecida por la luz de la tarde.

El peso del cuerpo dormido de Hoon-min sobre su espalda le estaba presionando la cintura. Seung-min tomó la mano de Sae. Los

ruidos de la calle se filtraban desde la puerta al pie de la escalera, los cláxones y las sirenas se oían por encima de los demás ruidos.

—¿Mami? —preguntó Seung-min, apretando sus dedos.

Ella se quedó inmóvil un momento, tratando de no caer, con la mano apoyada contra la pared. ¿Iba Jae a contárselo —que la compañía se trasladaba o que el proyecto no iba como lo habían planeado— cuando fueron interrumpidos por Seung-min la semana anterior? Nuevas incertidumbres la invadieron cuando vio una grieta en la pintura de la pequeña ventana en el entrepiso. El color de abajo revelaba que el interior de las paredes había estado pintado de verde lima alguna vez en lugar del blanco que se veía ahora. Al retirar la mano, se desprendió una pequeña capa de pintura. Rascó el borde descascarillado, y se preguntó cuánto más se desprendería si continuaba escarbando.

Ya eran más de las ocho y media cuando volvieron a su casa. Ver la sala a oscuras cuando abrió la puerta la apesadumbró. Cada hora anunciada por el reloj sin noticias de Jae parecía reverberar como una amenaza. Solo cuando Seung-min pateó un coche de juguete que salió disparado en la pequeña sala ella se dio cuenta de que los niños no habían cenado nada. Una rabia incontrolable estaba tomando impulso, la ira, alimentada por el hambre, crecía como un tornado. Sae tendría que actuar rápido para sofocarlo. El caldo de pollo que estaba sobre la cocina se había echado a perder con el calor, la capa superior flotaba como una gelatina. En medio del apuro, se sintió reconfortada y agradecida por las vecinas que habían guardado más sopa en la nevera para más tarde. La sopa de carne y rabanitos les vendría bien. La puso en una cacerola y encendió el fogón, mientras sus pensamientos volvían a la oficina y a la caja que le habían entregado. Solo cuando la sopa hirvió, y se salió de la cacerola, volvió a la realidad. Puso deprisa un poco de arroz en los tazones, preparó otros dos para la sopa y llamó a los niños a la mesa.

—No —dijo Seung-min, rechazando la sopa.

—¿No? —preguntó ella intrigada.

—Está roto.

El borde del tazón estaba descascarillado. Seung-min era un chico lleno de energía, pero también muy selectivo a la hora de comer. Muchos vecinos comentaban lo flaco que estaba, su columna y sus costillas tan marcadas. Sae trataba de darle sus gustos, pero ahora estaba muy cansada.

—No importa, tómate la sopa.

—No, quiero otro.

Comenzó a lloriquear empujando el tazón sobre la mesa. Se derramó el contenido al suelo. Del llanto pasó a un alarido histérico. Todo lo que ella quería era un momento de tranquilidad, y así poder ordenar el alboroto mental que tenía de modo de poder seguir el hilo de sus pensamientos. La ola de frustración que estaba tratando de surfear cayó con fuerza y sintió un deseo incontenible de golpearlo. Le dio un tirón para bajarlo de la silla, y sintió cómo se le distendía el hombro del brazo del que lo había cogido.

—Tenemos que arreglarnos con lo que tenemos, te guste o no, ¿entiendes?

El miedo en sus ojos la aterró. Lo soltó y vio cómo la palidez de su brazo empezaba a tomar color. Todas las historias que se oían en las noticias sobre las malas madres, esos actos brutales, comenzaban de este modo. Si había sido una buena madre antes era porque no había sido puesta a prueba en nada de importancia. De pronto, volvió en sí y dio un paso atrás, horrorizada de su propia ira.

—Lo siento —dijo ella.

Si Jae hubiera estado en su misma posición, le habría explicado las cosas con calma a Seung-min. Pero ella no podía. Lo que pudo hacer fue abrazarlo fuerte contra su pecho.

—Quiero a papi —dijo él.

—Lo sé, yo también.

—¿Cuándo vuelve papi?

—No lo sé —dijo ella.

¿Era verdad? Asumir lo peor era decirle una mentira.

La caja que la secretaria le había dado contenía varios artículos: una carpeta sobre un antiguo proyecto de construcción en un pueblo rural, unas viejas facturas de contratistas escritas a mano y una

agenda del año anterior. Había nombres y teléfonos garabateados en la parte posterior, pero nada que tuviera sentido para ella. Nada que indicara que L&S Arquitectos tuviera dificultades financieras.

En cuanto los niños se durmieron, Sae encendió la luz en la pequeña habitación secundaria que usaban como trastero. Algunas de las cajas apiladas bajo la ventana eran de ella; carpetas de su época en el periódico que no se decidía a tirar. Solo había una o dos cajas de Jae que ella nunca se había molestado en revisar. Contenían libros viejos de su época de estudiante, algo de poesía y algunas de las primeras fotos de Seung-min recién nacido. Encontró un bloc de dibujo lleno de diseños arquitectónicos, y el croquis detallado de un *hanok*, una casa tradicional coreana, dibujada con finas líneas en negro. Cuando conoció a Jae, él solía dibujar edificios. Observando este detallado dibujo del *hanok*, lo que más le llamó la atención fue su capacidad de ver las cosas como una composición de pequeños detalles. Le impresionó la pulcritud, la intención de cada línea. Ella, en cambio, era desordenada a menos que la obligaran a organizarse. Ella esquivaba las decisiones; él las analizaba, las razonaba, pero las posponía con frecuencia porque odiaba equivocarse. Si había algún motivo de tensión en su hogar era porque ella no era tan organizada como él. Sae comprendía que había crecido dentro de un ambiente de comodidad hasta la muerte de su padre, mientras que para Jae todos los gastos habían sido fruto de una negociación o del sacrificio de otro recurso.

Revisando las cajas, encontró los libros de sus años de universidad. En una hoja arrugada, tenía el poema "Tiramos el libro más de diez veces", por el que el poeta Yang Song-U había sido sentenciado a cinco años de prisión. Ella lo había observado mientras él lo leía con las manos firmes: "Tiramos el libro más de diez veces / por el ejército, por la policía secreta / y ahora por el hambre". Más tarde, compartieron otras obras igualmente peligrosas de Engels, Orwell y Lawrence. Las esquinas de las páginas estaban dobladas, y los pasajes, subrayados en lápiz. Alguna nota o pregunta ocasional en los márgenes. Al principio, ella lo había puesto a prueba para ver cuál de esos anzuelos —el libro sobre poesía norcoreana, la historia de la intervención americana en la guerra de Corea—

finalmente lo haría desistir. Pero él siempre le devolvía los libros con las páginas llenas de más preguntas. Con cada libro que le devolvía, él parecía estar más seguro de su compromiso. Durante los debates en los que analizaban las condiciones de trabajo en las fábricas, Sae vio la expresión de intensa concentración en su rostro, la misma que había visto en el primer encuentro en la biblioteca.

Varios meses después de ese primer encuentro, él le pasó un libro de ficción: *La insoportable levedad del ser* de Milan Kundera. Antes de esto, solo habían intercambiado informes, textos históricos o teóricos. Una obra de ficción era una invitación de otro tipo. Ella volvió a su habitación y hojeó el libro, buscando las notas al margen y los pasajes subrayados que acostumbraba a ver, y encontró solo uno. "No sabes cuán feliz me hace estar contigo". Esto era lo máximo que Jae se atrevía a expresar.

Las semanas siguientes, ella tuvo la sensación de que él la evitaba, y de que ella había malinterpretado sus intenciones al darle ese libro. La próxima vez que se encontraron fue un mes después cuando corrían por un callejón sin salida cerca de la universidad. Durante el verano, las protestas contra la dictadura se habían intensificado. Un estudiante había sido asesinado durante un interrogatorio: la tráquea destrozada contra el borde de una bañera cuando la policía lo mantenía bajo el agua. Ahora, ya no solo eran estudiantes los que tomaban las calles, se habían sumado taxistas, empleados de oficinas, obreros de las fábricas.

La ciudad se había acostumbrado a replegarse al sonido de las tropas que avanzaban. Los mercados al aire libre —los puestos de venta de relojes, los quioscos que vendían dulces americanos de contrabando, los cubos llenos de agua salada rebosantes de erizos y pulpos frescos— habían desaparecido, estaban escondidos. Pero ahora los vendedores abandonaban sus puestos y tomaban las calles, ya no se ocultaban.

—Es un callejón sin salida —le dijo a Jae cuando doblaron la esquina. Los policías antidisturbios no estaban lejos. Justo en la esquina, sintió que él la empujaba por una puerta. Por un momento, ella quedó en la oscuridad, oyendo solo el sonido de sus

respiraciones y las descargas de balas en los escalones de fuera. Entonces, se abrió una pequeña ventana y un hombre los iluminó con su linterna.

—No hay luz —dijo una voz decidida—. Las habitaciones valen tres mil wons la noche. ¿Tenéis dinero?

Sae sacó un billete de cien dólares que guardaba en su bolsillo trasero para emergencias.

—¿Dólares americanos? No tengo cambio —aclaró el posadero, tomando el billete de todas maneras.

Tenía el rostro delgado, pero el cuello hinchado a Sae le recordaba a un sapo. Cerró la ventana y abrió la puerta, señalando en dirección al pasillo.

—Os daré la mejor habitación de la casa —comentó con una sonrisa, dándole una palmada a Jae en el hombro—. Podéis tomarse vuestro tiempo, quedaros todo lo que queráis.

La habitación tenía los cristales esmerilados y un techo con formas hexagonales. En cuanto salió el posadero, Sae se desmoronó en el suelo, agotada como si fuera un nadador que ha permanecido en el agua demasiado tiempo. Jae abrió la ventana y vigiló el callejón de abajo.

—Probablemente, estemos a salvo aquí por ahora —dijo. Y después, agregó—: Han arrestado a Jong-hwan.

—Lo sé —asintió ella en voz baja—. Tendremos que ir a limpiar de pruebas su casa e informar a su familia…

—Debería haber sido yo —dijo él con la respiración agitada—. Entonces, no importaría; me refiero a él y a su familia…

—Parece que también te han alcanzado a ti —observó viendo la mancha de sangre que tenía en su chaqueta vaquera. Le subió la manga—. Estás sangrando.

Él pareció no oírla.

—De haber sido yo… estaría bien. Todo bien.

—Quítatela —le dijo ella con ternura, sin saber cómo calmarlo. Notó un pánico en él que no había visto nunca antes—. Debemos detener la hemorragia.

Lo ayudó a desabrocharse la camisa. La cama enrollada que estaba en el rincón se volvió, de pronto, insinuante, y ella trató de

apartar de su mente a los huéspedes que habían ocupado estas habitaciones antes que ellos. Sacó de su mochila una camiseta de repuesto y la hizo jirones para poder vendar su bíceps. Sintió la tensión de su músculo mientras ajustaba el vendaje.

—Leí el de Kundera —dijo ella tratando de distraerlo—. Franz me recordó a ti. —No tuvo tanto coraje como para mencionarle las palabras que él había subrayado—. La forma en que el lenguaje lo desilusiona, el hecho de que nunca podía decir lo que realmente quería.

Podía oír que su respiración alterada se iba aquietando poco a poco. Él guardó silencio durante tanto tiempo que ella empezó a pensar que tal vez lo había malinterpretado. Durante días, después de haberle dado el libro, él había evitado mirarla a los ojos. ¿Habría malinterpretado lo que él quiso decir? Después de todo, era un libro de segunda mano. Otro lector podría haber subrayado esas palabras. Quizá, no estaba tratando de decirle nada en absoluto.

—¿Tú crees que Il-hyung lo siente así? —dijo él después.

—¿Qué tiene que ver él con esto? —preguntó ella.

—Sois pareja, ¿no es cierto?

—No —contestó ella—. ¿De verdad lo crees?

—Él está enamorado de ti —contestó él.

Ella se rio.

—De ninguna manera. Él no cree en el amor. Piensa que es una invento burgués.

Ella lo ayudó a ponerse de nuevo la camisa. Él puso su mano sobre la de ella, y la apretó contra su pecho. Podía sentir el incesante latir de su corazón, el calor abrasador de su piel.

—¿Tú también lo piensas? —preguntó ella con suavidad—. ¿Qué es un invento?

—No importa lo que yo pienso —respondió él—. Sé lo que siento. Me preguntaste hace unos días a qué le temo…

—Anímate a decírmelo —le retó ella sonriendo—, Franz.

Él se inclinó hacia ella, dudando un instante antes de quedar tan cerca que ella pudo sentir el suave vello de su labio superior, su aliento cálido rozándole la nariz. Sus labios se sentían carnosos y tibios, y ella volvió a sentir lo que había sentido una vez cuando,

nadando muy cerca del borde de una cascada, se dio cuenta de que estaba a punto de caer al vacío.

—Querías saber qué provocó el derrumbe de la Torre —le dijo Tae-kyu en cuanto ella respondió la llamada—. Habrá una declaración mañana temprano.

—¿Y bien?

—Han descartado los explosivos. Es un problema estructural, te lo dije, ¿no es cierto? No tengo el nombre de la compañía todavía, pero la teoría preliminar es que hubo un error de cálculo fundamental con respecto al peso que podían soportar las vigas.

—¿Error de qué?

—No capté los detalles exactos. Como te imaginarás, el Grupo Taehan quiere tener el control de la declaración. Pero, según se comenta, lo que intentaron hacer fue una remodelación, y eso provocó el estrés de los materiales de la Torre.

Todo pareció detenerse y hacerse más denso. Sae se presionó las sienes y cerró los ojos. Todas las ventanas del apartamento estaban abiertas, y se podían oír los sonidos de las otras viviendas vecinas: un perro gimiendo bajo el calor abrasador, risas estrepitosas, gritos ahogados por la música.

—Una remodelación —repitió Sae.

—Algo que se añadió, como un piso más o… —agregó él.

—Una piscina —lo interrumpió ella, pensando en los armarios vaciados del señor Bae.

—Sí —dijo él con un atisbo de sorpresa en su voz. Oyó sonido de papeleo, como si él estuviera buscando una nota que lo confirmara.

Sae no le había dicho nada sobre su encuentro con la señora Bae.

—¿No estaba Jae trabajando para una compañía de ingeniería? ¿Qué dijiste que estaba haciendo allí?

En cuanto colgó el teléfono, cruzó la sala hacia el armario y sacó un bolso de viaje. Entró sigilosamente en la habitación donde los niños estaban durmiendo y tomó unas camisetas y algunos pantalones cortos de los cajones. Solo había un lugar al que podían ir. ¿Cuánto tiempo tenía antes de que se supiera que L&S Arquitectos era

responsable del derrumbe de Torre Aspiración? Una vez que los periodistas supieran quiénes eran los responsables, los acecharían como buitres, rodeando el apartamento en busca de información. Entonces, ya no les podría ocultar a los niños la desaparición de Jae.

11.30 p. m., 27 de septiembre de 2016
Residencia del director, distrito Gugi, Seúl

Un periodista puede convertirse en escritor, pero un escritor no puede convertirse en periodista, según parece. ¿Fue Ronald Reagan quien dijo "Confía, pero confirma" en sus negociaciones con la Unión Soviética? Espero que usted no nos considere como esos adversarios y, si ayuda a afianzar la relación, estoy dispuesto a revisar los hechos del derrumbe de Torre Aspiración.

Torre Aspiración tenía menos de cinco años de antigüedad, pero era el momento de hacer cambios, una remodelación. Hasta hace poco, los ciudadanos de nuestro gran país habían trabajado tan duro que el concepto de ocio era considerado un lujo que la mayoría no podía darse. Pero todo el mundo necesita desconectarse de vez en cuando. Mi hijo mayor, Yung, sugirió que construyéramos una piscina infinita en el piso superior de la Torre para ser aprovechada por ese creciente grupo de personas que podía gastar dinero en su tiempo libre. Tercerizamos el proyecto, contratando a un equipo de ingenieros que se especializaba en remodelaciones. El proyecto marchaba bien. Habíamos fijado la fecha de la inauguración para fin de mes. Llenaron la piscina para que los empleados pudieran disfrutar de un chapuzón antes de la inauguración oficial. Entonces, aparecieron las grietas. Lo denominan "sobrecarga estructural". Los ingenieros eran expertos en remodelaciones, pero no habían calculado el peso del agua en la piscina. En el Grupo Taehan, hacemos especial hincapié en ser meticulosos. No hay nada que sustituya a la precisión. Cuando comencé mi primer negocio en una fábrica de cemento, por ejemplo, era esencial que revisáramos los planos originales para confirmar la relación correcta del cemento y el agua para la estructura en cuestión. Hay contratistas que engañan o tratan de ahorrar dinero diluyendo la mezcla de hormigón. Pero si hay algo que todo emprendedor exitoso sabe es que la confianza es fundamental en los negocios. Uno puede alcanzar el éxito estafando a un socio, pero un mentiroso compulsivo tendrá una pésima reputación, y la reputación lo es todo cuando lo que se busca es que el éxito perdure en el tiempo.

La gente cree que fundé Grupo Taehan para hacer dinero. Me ven como un inconformista que aceptó la oportunidad que se le presentó porque no tenía nada que perder. Nada más lejos de la realidad. Quien crea que el dinero es lo que da sentido a mi compañía está mal informado. Fundé Grupo Taehan por mi familia. Cada familia de este país tiene un integrante arrebatado tempranamente por una catástrofe nacional. Nuestro pueblo ha soportado la opresión a manos de los japoneses, la guerra, la

pobreza, la división de nuestra nación a lo largo de dos generaciones. Todos tenemos nuestra manera personal de lidiar con las pérdidas. Grupo Taehan fue la mía.

En esta época, tenemos diversas festividades —Navidad, San Valentín, el día Blanco, los cumpleaños, las fiestas patrias, Fin de Año, el Año Nuevo de la Luna—, todas ellas importantes para mis empresas porque son excelentes oportunidades para vender productos especiales. Un evento genera urgencia. ¿Hay algo mejor que la urgencia para hacer una venta? Por eso, para esos días importantes reforzamos nuestros recursos. Pero, antes de que me acuse de avaro por querer generar ganancias, permítame compartir este pensamiento. Se me ocurrió, reflexionando sobre mi infancia, que estas celebraciones también son hitos a lo largo del año que nos dan una sensación del paso del tiempo, como si fueran marcadores en el mapa de la memoria. Verá, cuando estaba creciendo, cada día era igual al anterior, y mi padre nos inculcó que debíamos trabajar duro sin importar la época del año. Y, aunque sabíamos la altura del año en la que estábamos debido a las estaciones, durante nuestra infancia percibimos una especie de atemporalidad que prolongaba eternamente el hambre que sentíamos.

Crecimos durante la ocupación japonesa de Corea, en un lugar que ahora llamamos "Corea del Norte". No puedo decirle con exactitud cuándo comenzaron a cambiar las cosas. Muy pronto, nos encontramos peleando más y más; los más pequeños lloraban por cualquier cosa. Cuando comenzaban las discusiones, nuestro padre dejaba de intervenir y se ausentaba. Era como si no pudiera soportar el ruido, o ver cómo peleábamos. El hambre nos volvió irritables, las porciones de arroz eran cada vez más aguadas, con pocos vegetales que dividíamos en nueve porciones, y no eran suficientes para alimentarnos.

Allí fue cuando nuestro padre comenzó a abandonarnos. Cada noche, cuando él pensaba que estábamos dormidos, se levantaba, se ponía su grueso abrigo y salía para volver justo antes de que nos despertáramos al amanecer. Yo sabía que él se iba a enojar si alguno de nosotros lo seguía, así que resistí la tentación, pero sabía que salía para tratar de conseguir lo que fuera para alimentarnos.

El invierno en que Bok-nyuh, mi hermana menor, comenzó a gritar y se desmayó por la fiebre, atravesamos la situación más extrema de nuestras vidas. La cosecha de ese otoño había sido escasa, y el monzón había destruido todo nuestro trabajo durante la época de la siembra. Habíamos podido cosechar muy poco para vender.

—Necesitamos un doctor —dijo mi madre acunando a Bok-nyuh.

—No tenemos con qué pagar —dijo mi padre.

—No nos van a rechazar, mira cómo está —dijo mi madre—. ¿Por qué no lo intentas?

Mis hermanos y yo nos miramos extrañados porque nunca antes habíamos oído a mi madre hablarle así a mi padre. Mi madre se levantó y fue hasta el antiguo armario donde guardaba aguja e hilo, y tomó un trozo de lienzo usado. De allí, sacó un broche de plata y se lo entregó a mi padre.

Él negó con la cabeza.

—Si los japoneses descubren que tenemos objetos valiosos escondidos, no quiero ni pensar lo que sucedería.

—Se trata de la vida de tu hija.

Mi padre cogió sin ganas el broche, mirándolo como si fuera el origen de nuestra miseria. Se puso el abrigo, y yo me puse de pie de un brinco y le dije que quería acompañarlo. Un día entero de caminata hasta el siguiente pueblo, a lo largo de un sendero escarpado e irregular a través de una montaña. Necesitaría ayuda. Buscamos la carretilla que habíamos usado en tantas cosechas para mover los granos desde el campo hasta el granero. Mi madre trajo varias mantas de abrigo, y le hicimos a Bok-nyuh una cunita allí dentro. Su rostro ardía por la fiebre a pesar del frío.

Comenzamos a caminar arrastrando nuestros cuerpos y la pesada carretilla. Teníamos la esperanza de que Bok-nyuh se quedara dormida, pero ella se doblaba de dolor y gritaba. La alcé y la puse sobre mi espalda, como hacía mamá con frecuencia, y se calmó.

Habíamos caminado un rato largo cuando vi que los zapatos de goma de mi padre se habían abierto y que sus calcetines estaban empapados por la nieve.

—¿Por qué no nos sentamos un momento? —dijo jadeando. Parecía que algo más le estaba causando dolor.

—¿Qué le pasa, padre?

—Tal vez deberíamos detenernos aquí —agregó.

Pensando que el dolor de pies era insoportable, me ofrecí a seguir viaje sin él. Bok-nyuh seguía dormida en mi espalda. No había ido muchas veces al pueblo, pero creía que estábamos a mitad de camino. No estaba completamente seguro, pero intenté mostrarme confiado. Esperaba que él se negara, pero en lugar de hacerlo, asintió lentamente, como si yo hubiera dicho lo más coherente del mundo. Teníamos una sola lámpara, pero decidimos que yo la llevaría. Dejé la carretilla con mi padre y me alejé de él. Se quedó solo en la oscuridad. Varias veces pensé en volver, me resultaba cada vez más complicado cargar el cuerpo pesado de mi hermanita dormida. Pero sabía que si me detenía sería muy difícil recomenzar, así que seguí

caminando hasta que atisbé a la distancia los techos de paja de las casas de la aldea. Un flujo tibio se desparramó por mi espalda. Bok-nyuh se había orinado. No habíamos traído una muda para ella, así que hice lo que pude y la arropé con las mantas para que no se enfriara.

Un hombre con una carreta y un buey se acercó por el sendero serpenteante.

—Necesito un doctor. Es para mi hermanita —dije.

El hombre nos miró por un momento.

—¿De dónde venís?

Le conté que había caminado toda la noche, se apiadó de mí y ofreció llevarnos en su carreta. Solo cuando me senté, me di cuenta de lo que me dolían las piernas y los pies. Las mejillas de Bok-nyuh estaban enrojecidas y estaba tan débil que no tenía fuerzas ni para gemir.

Resultó ser mononucleosis.

—Está desnutrida —dijo el doctor— y deshidratada.

Me preguntó dónde vivíamos y por qué habíamos tardado tanto en buscar ayuda. El broche de plata de mi madre me ardía en el bolsillo, pero no quería entregarlo. Así que mentí y le dije que éramos huérfanos, que veníamos de las montañas. El doctor nos observó largamente y me dijo que no nos cobraría nada. Nos alimentó y nos dijo que volviéramos en una semana, que iba a conseguirme un trabajo.

Mi padre nos había dicho que la cosecha había sido mala, y que sería difícil conseguir comida o que sería muy cara, pero cuando salíamos de la casa del doctor para volver con la familia, pasamos por un mercado y me sorprendió ver batatas, patatas, espinacas, berenjenas y pescado desecado. Nunca había visto semejante abundancia, alfombras llenas de zapatos de goma, cuencos de cobre, lienzos de colores.

Un extraño e inquietante sentimiento se apoderó de mí. Llevaba a Bok-nyuh sobre mi espalda y le cantaba para mantenerla de buen ánimo, a pesar de que el mío comenzaba a decaer. Probablemente, fue en ese momento cuando comenzó todo. La duda. Verá, antes de ese viaje a la aldea, no sabía que había otros modos de vida. La pobreza es una condición que cobra un sentido nuevo cuando ves que solo es una de muchas posibilidades. Entonces es cuando se vuelve insoportable, como una picazón bajo el omóplato donde no puedes llegar para rascarte. Ese viaje al mercado arrojó luz sobre la forma en que vivíamos. Vi que los rostros podían ser más redondos, que todo era más brillante y que era posible reír. De repente, me sentí inquieto y con deseos de volver, de explorar este otro mundo. Pero hice a un lado esos pensamientos cada vez que se presentaban. Porque un hijo no desafía a su padre.

Mis hermanos se sintieron felices de vernos volver. Varios de ellos lloraron de alegría al ver que Bok-nyuh estaba viva. Mi madre me acarició la cabeza y me apretó las manos, demasiado emocionada como para hablar. Pero mi padre no dijo nada. No me felicitó, ni siquiera notó que habíamos regresado.

De pronto, todo lo que había amado de mi casa se veía diferente. No podía dejar de imaginar la casa del doctor, el brillo de los tablones del suelo en su casa, su impecable hanbok, de colores llamativos, líneas simples y sin bolsillos, tan limpio, tan nuevo. Hasta esa incursión en la aldea, yo no había tenido nada con qué comparar nuestro nivel de vida. Ahora, veía que todo en casa estaba roto o usado hasta quedar inutilizable. En cuanto tuve oportunidad, fui a la despensa cerca del fogón donde almacenábamos los granos y las verduras. Las grandes vasijas de cerámica estaban llenas de pasta de pimienta roja y pasta de soja, pero solo pude entrar una bolsa de arroz que no nos duraría ni hasta finales del invierno. Cuando volví a la casa, vi a mi padre sentado al borde del porche, mirando los campos congelados. Quise preguntarle cómo íbamos a sobrevivir el resto del invierno, pero me dio miedo cuál podía ser su respuesta. Todavía, no habíamos pagado el impuesto que se suponía que debíamos pagarles a los japoneses cada mes, y yo no estaba seguro de cuánto quedaría para nosotros después.

—Padre, ¿no le parece una buena noticia que Bok-nyuh esté mejor? —le pregunté.

—¿Padre?

—No te preocupes —respondió—. Yo los cuidaré.

Pero su respuesta me causó escalofríos. Tenía la mirada perdida. Se me ocurrió que tal vez estaba pensando en que si le hubiera sucedido lo peor a Bok-nyuh, habría una boca menos para alimentar.

Esa noche me desperté, y mi padre se había ido de la habitación que todos compartíamos. Salí y lo llamé. Traté de ver el sendero frente a mí a través del vaho de mi propio aliento. Lo encontré en medio del campo, cavando la tierra helada solo con sus manos, como loco, sus manos enrojecidas y ensangrentadas, pero seguía sin parar como un animal feroz.

—*Padre, padre* —repetí una y otra vez, pero él no parecía darse cuenta de que yo estaba allí. La mirada perdida en sus ojos me asustó. Traté de sacudirlo para sacarlo del trance, pero se lo veía paralizado.

En ocasiones, cuando uno se ve forzado a actuar, esa acción viene desde una fuerza interior que es puro instinto. Nunca he sido una persona reflexiva. En mí, todo es agallas y sentimiento. Y fue entonces cuando lo supe, igual que he sabido estos años —cuándo jugarme todo por un negocio y cuándo retirarme si alguien no es de

fiar— que tenía que partir en ese momento. Yo era el hijo mayor. Tenía que hacer algo por mi familia. Cuando mi padre recuperara el sentido, pensé que iba a estar orgulloso de mis acciones.

Volví a la casa y escribí una nota para mi familia. Con la luna como mi única guía, pasé junto a mi padre y seguí el camino de la montaña. El broche de plata de mi madre, que seguía guardado en mi calcetín desde que había vuelto de la aldea, sería el pago inicial de lo que se convertiría en Grupo Taehan.

A todo el mundo le encantan las infinitas historias de cómo pasar de la pobreza a la riqueza; sin embargo, no parece usted conmovido. Ahora, me doy cuenta de que los periodistas y los emprendedores son más parecidos de lo que se ve a priori. Un emprendedor con una idea germen es un hombre inquieto, que no logra dormir, ni pensar en nada más. Usted está luchando con algo, lo puedo ver en su rostro. Vamos, adelante, puede preguntarme lo que desee. Así es como se construye la confianza. Después de todo, no hay nada más crucial en cualquier relación —de negocios o personal— que consolidar la confianza, ¿no está de acuerdo?

SIETE DÍAS DESPUÉS DEL DERRUMBE

—Pensé que me había olvidado —dijo Myong-hee haciendo una mueca en broma mientras el señor Li entraba al club.

—He estado viviendo en la oficina —dijo—. Tal vez tú no ves las noticias.

—Mientras se trate de trabajo y no de otra mujer lo que lo mantiene alejado… —dijo ella, pellizcando juguetona su brazo, forzando un tono desenfadado a la conversación.

La verdad es que ella había estado evitando las noticias. ¿Qué sentido tenía observar una lucha que era predecible, cuando el ganador era siempre el mismo?

Lo tomó del brazo y lo condujo por el pasillo.

—¿Qué le apetece para esta noche?

—Solo un lugar donde podamos estar solos —dijo en voz baja—. Vine para hablar contigo.

—¿Conmigo? —preguntó ella dejando de actuar por un momento, sorprendida. Sonrió con incertidumbre, soltando su brazo. Él le acarició la mejilla y ella tomó su mano, recelosa y desconcertada. Una cosa era que posaran la mirada sobre ella en esas habitaciones, otra muy distinta que la vieran de verdad—. ¿Qué tiene en mente? —dijo intentando recuperar el compás de su juego.

Él dio un paso atrás, un poco irritado.

—¿Nos podemos sentar?

—Por supuesto —respondió ella, cogiéndolo del brazo y conduciéndolo a la parte más pequeña e íntima del club.

Cuando volvió con una bandeja de bebidas y aperitivos, encontró al señor Li pensativo, sentado con un cigarrillo entre los dedos, acariciándose el labio con el pulgar. Llenó el vaso con whisky y se lo alcanzó.

—¿Le pasa algo? —preguntó ella, sintiéndose extrañamente protectora. Se esforzó por sonreír y le puso el dedo entre sus cejas, suavizándole la arruga que recorría su ceño.

—La cosa no va bien —dijo él, llevándose el vaso a la boca.

Myong-hee se acomodó en el sofá, que de repente le pareció demasiado blando.

El señor Li revolvía el hielo en el vaso.

—Se emitió una circular una hora antes de que el edificio se derrumbara que decía que los directivos debían evacuarlo. Algunos de los gerentes informaron de que el edificio estaba haciendo ruidos extraños desde hacía semanas.

Myong-hee lo escuchó en silencio.

—¿Quiere decir que algunas personas sabían que el edificio podía derrumbarse?

—Habrá una investigación. Si descubren que yo he destruido pruebas, voy a quedar en la línea de fuego.

—¿Qué pruebas? —preguntó ella.

—Eso no importa —respondió—. No es eso por lo que estoy aquí.

Se volvió para quedar frente a ella y sostuvo el vaso con ambas manos.

—He trabajado toda mi vida recibiendo órdenes de mis superiores. No quiero ir a prisión por ellos también. Parto a Los Ángeles mañana. Tengo algo de dinero guardado. Una vez que me establezca allí, le pediré a alguien que venda mi casa aquí, y eso me alcanzará para vivir un tiempo.

Myong-hee lo miró intrigada, sin entender por qué le estaba diciendo esto a ella.

El señor Li dejó el vaso y se restregó las manos como si se estuviera decidiendo a hacer algo.

—Dicen que la comida es muy buena allí. El clima es más agradable. El tráfico igual de malo. ¿Por qué no vienes conmigo?

Myong-hee soltó una risa para ocultar su sorpresa.

—¿A Los Ángeles?

—Encontré una antigua foto mientras limpiaba mi escritorio. Y ahí fue cuando me di cuenta de la razón por la que me resultas tan familiar.

Myong-hee se mordió el labio, sin poder decir nada.

—Trabajabas en Grupo Taehan, ¿no? ¿Qué sucedió?

Myong-hee forzó una tensa sonrisa y juntó las manos sobre el regazo, apretando la uña del pulgar contra el borde del dedo índice.

¿Qué le sucedió a la joven que había estado en Grupo Taehan? Su ingenuidad de esos años fue humillante. Cuando el director la invitó a cenar, se creyó que seguramente le habían informado a él de que ella era muy eficiente en el trabajo. No había notado que las mujeres no progresaban hacia los puestos más importantes. "Eso es lo que pasa cuando se es joven", pensó. "Uno siempre se cree excepcional".

El director se había acercado a ella en un almuerzo de celebración de los treinta años de la compañía. Sus ojos eran cálidos. Las finas líneas que rodeaban su boca sugerían que reía con facilidad y a menudo.

—¿Myong-hee-shi? —le dijo. Ella se volvió sorprendida de que supiera su nombre—. ¿Tal vez podría considerar la posibilidad de cenar conmigo? Podríamos conversar sobre su futuro.

El restaurante japonés al que fueron tenía unos salones privados con puertas correderas de papel de arroz. Él la tomó de la cintura y la condujo al interior. Se sentaron en el suelo con las piernas debajo de la mesa, sus pies se rozaban de vez en cuando.

—Cuénteme de dónde es usted —dijo él sirviéndole una bebida.

El director no llevaba corbata, y el botón superior de su camisa estaba desabrochado. Su indumentaria relajada le hizo perder la timidez. Era como un hermano mayor, a pesar de que tenía edad para ser su padre.

Ella le contó que se había criado en el campo y que se habían mudado a la ciudad después de la muerte de su madre.

—Debe de ser muy solitario encontrarse en la gran ciudad. Sé cómo se siente estar sin la familia en una gran ciudad como esta. —Mientras él le contaba la historia de cómo había llegado a vivir a Seúl, sin saber qué le había ocurrido a su familia, se veía como un niño perdido. Ella sintió deseos de abrazarlo, de consolarlo—. Nosotros, la gente de campo, tenemos que ayudarnos —comentó él.

Le dio la mano para despedirse. La retuvo un momento más de lo necesario. Ella se sonrojó y miró hacia abajo. El sentimiento había sido mutuo en ese instante. Deseos de protegerse. Ella sintió que había encontrado en él un alma gemela.

Su amabilidad le había llegado al corazón, demasiado ingenua para pensar en otra cosa cuando recibió una nota del secretario diciendo que el director quería verla en el Plaza Hotel.

—¿Necesita que lleve algo de la oficina? —preguntó.

—No será necesario —dijo el secretario esquivando su mirada. Las instrucciones eran que lo buscara en el último piso del hotel.

Ella miró hacia arriba para ver la altura del hotel antes de cruzar las puertas giratorias doradas. Tal vez, pensó, quería mostrarle la vista. Hablarle sobre los lugares a los que la gente de campo podía llegar si trabajaban con ahínco.

Tocó el timbre de la habitación 1101, la suite presidencial. El director abrió la puerta, con el auricular del teléfono en el oído. La hizo pasar junto a él, y le indicó con un gesto que se sentara en el sofá mientras él se retiraba a otra habitación, con un largo cable de teléfono siguiéndolo como una correa. Ella se sentó obediente en el duro sofá, esperando a que regresara. Desde su lugar, solo alcanzaba a ver las cimas de las montañas contra el brillante cielo azul.

Cuando el director volvió de la otra habitación, cuarenta minutos después, no hubo disculpas ni explicaciones. Le ofreció un cigarrillo, que ella no aceptó.

—Me gusta que no fumes —dijo.

Le ofreció un trago que ella aceptó con gusto, aunque no estaba segura de que él lo aprobara. Fue a sentarse a su lado.

—Qué agradable es que pasemos un rato así, juntos y solos —dijo él—. No tengo el privilegio de una compañía tan bella con frecuencia. No hay tiempo para nada más en este negocio. A veces, me preocupa desaparecer.

Él la miró con expresión dolida, y ella le puso la mano sobre el rostro. Myong-hee lo comprendió. Él la había buscado como refugio a su soledad. Él la besó y metió la mano bajo su falda. Ella se echó hacia atrás con sorpresa, su mano instintivamente detuvo la de él. Esto pareció encantarle.

—Quiero que seas mi compañera. Es un negocio muy solitario. Lo sabes mejor que nadie.

Ella asintió, confundida. Obediencia a la autoridad, a los mayores, era lo que le habían inculcado desde niña. Myong-hee nunca había podido rechazar a quien necesitaba ayuda. El alcohol volvió difusos los contornos de la escena. Casi no podía creerlo cuando él la llevó, abriendo la puerta, a la enorme cama en la habitación contigua. No parecía esperar que ella hiciera nada. Con delicadeza, la fue desvistiendo como si desenvolviera un regalo. Cuando desabrochó su blusa y la abrió, ella sintió que se enrojecían sus mejillas. Él se quitó la camisa y el cinturón. Sus pezones oscuros la sorprendieron. Oyó como se bajaba la cremallera del pantalón, pero no se atrevía a mirar lo que sacaría de allí. Le levantó la falda, que le quedó a la altura de la cintura, y le arrancó la ropa interior. Hizo una larga pausa. Myong-hee no se atrevió a mirarlo, avergonzada.. Todo lo que sabía sobre lo que estaba a punto de pasar era fragmentario y teórico. Ignoraba qué le ocurriría y qué le pasaría en el cuerpo. Su respiración se aceleró. Sintió frío en el estómago y en los pechos. La aspereza de sus manos contra sus costillas, la fuerza con la que la sujetaba, le generaron una repentina duda. ¿Era él un protector, un amigo? Él la apretó contra su cuerpo. Cuando ella gritó de dolor y se retorció bajo su cuerpo, él la inmovilizó sujetándola de las muñecas. Arremetió con su dureza hasta quebrarla, la cáscara de huevo se resquebrajó y la yema se derramó. Sus movimientos eran frenéticos, no era un hombre sino un oso, hurgando más y más hondo dentro de ella.

Después de recuperar el aliento, le dijo:

—Dicen que la primera vez es la peor. No te va a doler tanto la próxima.

Myong-hee no sabía qué decir. Solo entonces se dio cuenta de que había una única ventana angosta a lo largo de la habitación. Acostada en la cama no se veían las montañas. Solo el cielo azul oscuro.

***

—Ven conmigo a América —dijo el señor Li—. Tengo algo de dinero. Seré bueno contigo.

La oferta era como una cama tibia para un cuerpo cansado. Ya no más encuentros nocturnos con hombres, dejando que la tocaran cuando ella no lo deseaba. Las interminables preocupaciones por el dinero, un paso en falso con la policía, y podía terminar entre rejas. Tomar un vuelo y pisar tierra en el mismo lugar que su hija.

—Necesito un poco de tiempo para pensarlo —dijo ella.

—Tengo el pasaje listo para ti —insistió cogiéndola de la mano.

La ternura del gesto la hizo sonrojarse.

—Te estaré esperando en el aeropuerto mañana por la noche.

OCHO DÍAS DESPUÉS DEL DERRUMBE

Sae observó, bajo la incipiente luz del amanecer, los campos de arroz que se veían desde la autopista. Los niños desbordaban de emoción cuando subieron al autobús, y a ella le llevó cerca de una hora calmarlos. Ahora, dormían a su lado, tenía tiempo para pensar, para considerar la posibilidad de que la Torre se hubiera desplomado a causa de un error de los ingenieros. Recordó los cuidadosos bosquejos de Jae, hechos sobre papel con un bolígrafo negro, ninguna línea corregida, ningún error. Él era el tipo de persona que revisa el trabajo de los otros meticulosamente. Sin embargo, el comunicado de la empresa reafirmaba que la desaparición del señor Bae solo podía atribuirse a su culpabilidad.

Seung-min murmuraba en sueños, y Sae lo arropó con su abrigo. Apoyó la cabeza contra la ventana. Los comentarios de la señora Bae fuera del gimnasio la carcomían. ¿Qué había querido decir con que no habían podido terminar el trabajo? ¿Era posible que Jae se hubiera escondido porque era cómplice de ese error? Ella quería creer que él no la hubiera mantenido al margen de este modo —no era un cobarde—, pero la realidad es que ya en otra oportunidad la había abandonado.

***

Sucedió al año de comenzar la relación. Sae acababa de graduarse con la nota mínima y había empezado a trabajar como pasante en *Diario Seúl*, un periódico recién fundado por periodistas disidentes que habían sido despedidos de los controlados por el Gobierno autoritario. Sae estaba encantada con lo que prometía el periódico: su compromiso de hacerle rendir cuentas al Gobierno y de desenmascararlo. La desilusionó que, si bien sus valores políticos estaban alineados, la mayoría de los periodistas de más jerarquía eran desagradables. Solo Tae-kyu la trataba con respeto.

Jae había dejado los estudios por un tiempo y había encontrado trabajo en una fábrica de cemento en Ansan, a una hora y media de Seúl. Durante seis meses, se vieron solo los fines de semana, cuando él tomaba el tren para ir a visitarla. Una tarde, ella se detuvo

en la fábrica de vuelta de unas entrevistas que había realizado en Gwangju. Tenía la ilusión de darle una sorpresa, pero él se mostró nervioso y distante.

—No pareces feliz de verme —dijo ella—. ¿Qué te ocurre?

—El director vino hoy a hacer una visita —respondió él con la mirada clavada en los portones de la fábrica. Era como si temiera la vuelta del director—. Todo el mundo está nervioso.

—Salgamos de aquí —sugirió Sae con vivacidad—. Si nos vamos ahora, llegamos a tiempo a la estación para volver a Seúl. Pero, cuando llegaron, el tren acababa de partir, así que fueron a una posada. El encargado los miró con desaprobación cuando le pidieron una sola habitación. Jae había estado taciturno desde que dejaron la fábrica. Ella trató de distraerlo contándole lo que le había sucedido, cuando estuvo entrevistando a un testigo de un levantamiento.

—Tae-kyu había estado meses tratando de contactarlo. No quería hablar con nosotros. Le aseguramos que la información iría a un archivo, sabemos que no se puede publicar cualquier cosa en este momento porque no sería seguro. De todas maneras, Tae-kyu quería que yo saliera de la habitación, pensaba que el tipo hablaría si se quedaban solos. Entonces, salí, fui a la cocina, y la esposa me contó todo lo que ella había visto. ¡A nadie se le ocurrió preguntarle a la mujer!

Cuando vio que Jae ni siquiera había esbozado una sonrisa, la suya se desdibujó.

—Has estado muy callado desde que salimos. ¿Ha pasado algo?

Él cogió la tetera de cobre de la habitación y sirvió dos tazas de té caliente.

—¿Qué significa para ti todo esto? —preguntó.

Ella se inquietó, sin entender bien a qué se refería. En la agonizante luz del atardecer, la reticencia de Jae parecía cobrar un nuevo sentido.

—¿Todo esto?

Él sonrió levemente.

—Las protestas. Nuestro trabajo en las fábricas. ¿Qué significan para ti? —Tomó varios tragos de té y se sirvió otra taza—. ¿Me verías del mismo modo si yo no estuviera involucrado en el movimiento?

Con cierto alivio, ella comenzó a entenderlo. Jae había estado planeando una protesta con los obreros desde hacía semanas. La visita del director lo había asustado.

—Tú has sido quien más ha hecho por el movimiento —dijo ella.

Había ayudado a unos estudiantes a infiltrarse en las fábricas falsificando sus números de identidad y a otros a organizar programas educativos fuera del horario laboral. Él mismo había trabajado en la fábrica. Y las cosas habían mejorado. Después del anuncio del dictador de que se celebrarían elecciones presidenciales a finales de ese año, los obreros se habían envalentonado para continuar exigiendo mejores condiciones de trabajo. Era la hora del movimiento obrero. A ella le pareció que no era ninguna vergüenza que él tuviera deseos de dejar la lucha.

—No has respondido a mi pregunta.

—Jae —dijo ella sorprendida. ¿Cómo podía dudar de ella?—, no estás hablando en serio, ¿verdad?

—Estás conmigo porque te has hecho una idea de qué tipo de persona soy.

—¿Qué quieres decir?

—Porque estoy comprometido con todo esto. Si no fuera así, me verías de otra manera.

—No —dijo ella cogiéndole la mano—. De ningún modo es así.

En esa primera caminata al salir de la biblioteca, él le había dicho que estaba estudiando para ser ingeniero de estructuras, pero que en realidad le hubiera gustado estudiar Arquitectura. En los meses siguientes, el movimiento les exigió que se convirtieran en trabajadores y sacrificaran sus estudios. Muchos se negaron, pero Jae no. Sae se quedó maravillada por la forma en que se alejó de su título como si no significara nada para él. Ahora, se preguntaba si lo estaría lamentando.

—Deberías terminar tu carrera. Estudia Arquitectura. ¿Eso es lo que te preocupa? ¿Tienes miedo de que los demás crean que te has vendido? ¿O que te has dado por vencido? ¿A qué le temes?

Él se quedó en silencio durante unos momentos. Sae estaba comenzando a cansarse de sus silencios.

—No confías en mí —sentenció ella.

—¿De qué hablas?

—Nunca me dices nada de ti. No me dices a qué le temes. De hecho, ¡nunca me dices nada!

—¿Qué quieres que te diga?

—Las cosas que la gente se cuenta. Cómo fue su niñez. Las cosas tontas que hacía de niño. ¡Ese tipo de cosas!

Bajo la implacable luz de la bombilla desnuda podía percibirse la dureza en su expresión.

—¿Lo preguntas porque te importa o porque quieres satisfacer tu propia curiosidad?

Ella sintió como si la hubiera abofeteado. Nunca le había dicho nada que le hiciera tanto daño, y ella sabía que dolía porque era verdad. Sae se entrometía en la vida de los demás, no respetaba los lugares íntimos a los que ni ellos mismos se atrevían a entrar. Pero la idea de que Jae pensara eso de ella era doblemente dolorosa.

—¿Soy una molestia para ti?

—Exiges demasiado de la gente. ¿Has pensado alguna vez cuánto les cuesta a las personas responderte?

—¿Soy una molestia para ti? No se lo pregunto a cualquiera. Te lo pregunto a ti. Te quiero.

Lo vio hacer un gesto de dolor como si lo hubiera golpeado. Nunca antes se lo había dicho. Cuando los ojos de Jae se encontraron con los suyos, estaban llenos de lágrimas.

—No digas eso.

Ella trató de controlar el temblor en sus labios.

—¿No me quieres?

—¿Has pensado alguna vez que amar pueda significar algo distinto para mí, Sae?

Ella trató de acariciarle la mejilla, pero él la esquivó.

—Él hacía poner a los niños en fila. Yo era el menor. Aprendí a no ofender. Pero eso no me salvó de tener que ver lo que sucedía. ¿Sabes cómo es? ¿Oler la sangre de los otros niños mientras los golpean? ¿Ese es el tipo de cosas que quieres saber?

Ella deseó preguntarle a quién se refería, pero no quiso presionarlo. Le puso la mano sobre el hombro. Él dejo que lo tocara.

—Nada de lo que me cuentes me haría cambiar lo que pienso de ti.

Ante su sorpresa él comenzó a llorar, se cubrió el rostro con las manos.

—No tiene que doler —dijo—. Yo nunca te haría daño. Te amo.

Se durmió en sus brazos, para despertarse sola, en una habitación vacía, con la luz azulada del amanecer filtrándose a través de los paneles de papel de arroz de la posada. A su lado, una nota: "Lo siento. Creo que debemos dejar de vernos".

Corrió fuera de la habitación envolviendo su desnudez con la manta. El posadero estaba alimentando a las gallinas y dijo sin mirarla: —Se fue hace una hora. ¿Qué ocurre? ¿Olvidó pagarle?

Sae lo miró con fastidio y fue a vestirse. Repasó lo sucedido la noche anterior. Lo había ahuyentado con sus preguntas. Era culpa suya. Tenía que encontrarlo. Todavía, era temprano. Pensó que podría buscarlo en la fábrica. Pero cuando habló con su jefe, le dijo que Jae no había ido a trabajar. Fue a la estación del tren, pensando que podía estar allí, pero no había nadie. Pasó todo el día siguiente tratando de encontrarlo, preguntando a los amigos si sabían dónde podía estar, pero nadie sabía nada.

Y entonces, dos días después, escuchó las noticias. Había sido arrestado.

***

En los meses que siguieron a su detención, Sae no pudo dormir. Las náuseas eran su constante compañía. Por la noche acostada en la cama y despierta, era consciente de todos los olores, los desagradables olores humanos que llegaban desde la calle. Se sentía asqueada del mundo. La Ley Nacional de Seguridad era invocada para disciplinar a cualquiera que desafiara el sistema. Los sospechosos de fomentar la inestabilidad eran arrancados de sus hogares a medianoche, con los ojos vendados y llevados a la División Anticomunista de la Policía Nacional. Algunos eran torturados en habitaciones de hotel. Les decían que si morían durante las torturas los declararían como desaparecidos. O que los

llevarían hasta la frontera, los obligarían a cruzarla y los matarían de un tiro por desertores.

Durante el día trabajaba en el periódico, mientras investigaba sobre dónde podía estar detenido Jae. Buscó en las prisiones, escribió mensajes secretos en revistas que los guardias que simpatizaban con la causa hacían pasar a escondidas tras las rejas. Se las devolvían con mensajes de sus amigos detenidos. Nadie lo había visto. Temió lo peor. Imaginó que los informes de los forenses terminaban en el fuego. "La tráquea fue dañada antes de que se ahogara". Sus venas estalladas por las descargas de la picana eléctrica. Una tumba sin nombre.

Los fines de semana volvía a la fábrica donde él trabajaba, entrevistaba a los obreros, tratando de encontrar a alguno que supiera algo. Nadie parecía saber qué le había sucedido. Unos meses después, ella se encontró a un antiguo compañero de clase que no había visto en mucho tiempo. Había sido arrestado unos años atrás y había envejecido prematuramente, el cabello canoso, la dentadura llena de huecos. Él le habló sobre Joguska, un templo donde se refugiaban algunos estudiantes que huían de la policía.

—Tú eras íntima de Jae, ¿no es cierto? —dijo—. Él estuvo allí.

Su corazón se desplomó como la fruta que ha comenzado a pudrirse en la vid.

Se fue directo a la estación de Seúl, en sentido contrario a la multitud que regresaba a su casa, para tomar el tren hacia una ciudad cercana a la montaña. Caminó sola por un camino empinado y rocoso, guiándose por el sonido de la campana de la torre que estaba en la cima y el eco ocasional de un gong con forma de pez de madera.

A la entrada del templo, un monje la recibió con un bol de bambú lleno de agua. La condujo a través de un patio de tierra a un templo más pequeño con la pintura roja descascarillada en los pilares. Jae estaba reparando el techo. Trabajaba con el torso desnudo y sostenía dos tejas con las manos enguantadas. Ella lo observó, conteniendo su deseo de tocarlo. Cuando él notó su presencia, su sorpresa fue evidente. Saltó desde el techo, aterrizó con suavidad en el suelo. Se acercó, pero no la abrazó.

—¿Cómo me has encontrado?

Parecía que su preocupación era que, si ella lo había encontrado, otros también lo harían.

—Min-young me dijo que te había visto aquí.

Él se inclinó sobre la bomba de agua, se enjuagó y se presionó los ojos por un momento antes de mirarla.

Más tarde, estuvieron fuera del campanario al atardecer, cerca del templo que había sobrevivido a los cambios políticos durante más de trescientos años, en un paisaje con los ginkgos más antiguos que la propia república.

—¿Por qué has venido? —dijo él. Había en su voz un tono monocorde desconocido. La pregunta la desconcertó.

—¿Cómo puedes preguntarme eso? —replicó ella.

El perfil de las montañas se encendía bajo el sol del atardecer. Los enebros parecían agitarse como si soplara un fuerte viento. ¿Era posible que algo cambiara permanentemente por el impacto de un instante?

Las únicas pistas de lo que aquellos meses de separación habían sido para él se veían en el nervioso tic de su ojo, en los callos endurecidos de sus manos. Por su delgadez, parecía más alto y frágil, sus hombros se habían encogido, como cuando un hombre entra de afuera y hace frío.

—Te he buscado por todas partes.

—No lo deberías haber hecho —dijo con la mirada clavada en el suelo.

—Creí que habías muerto —aclaró Sae, elevando la voz más de lo que hubiera querido.

El eco de su voz se esparció por el valle, y varios pájaros levantaron vuelo. Sintió deseos de empujarlo, de hacer que la mirara. ¿Estaba tan vacío de sentimientos que no podía imaginar por qué ella estaba allí?

—Ca… casi me vuelvo loca —tartamudeó—. Yo te metí en esto. ¿Cómo no iba a buscarte?

—No te culpo por nada, si eso es lo que te preocupa. Ya está, has limpiado tu conciencia. Te puedes ir.

—¿Qué te han hecho? —Cuando se acercó para tocar su rostro, él dio un paso atrás.

—Si te marchas ahora, llegarás a tomar el último tren de vuelta a Seúl.

—Voy a llevarte conmigo —dijo ella.

—No soy bueno para ti, Sae. No puedo darte lo que necesitas.

Él tragó y murmuró algo que Sae no llegó a oír. Cuando se encontraron sus miradas, ella vio que él contenía las lágrimas.

El corazón de Sae se sacudió. Era el primer signo de que él todavía sentía algo por ella.

—¿Te hicieron daño?

—¿Puedes marcharte, por favor? —La cogió del hombro como para llevarla hacia la salida.

—No sin ti —dijo ella.

—Vete, antes de que pierda el coraje. Trata de perdonarme.

Ella se soltó y meneó la cabeza, decidida.

—No puedo —dijo—. Estoy embarazada, Jae.

El conductor del autobús anunció que harían una parada para descansar. Seung-min pateó el asiento vacío que tenía delante y, cuando Sae le puso la mano sobre la pierna, la miró con súbita curiosidad.

—¿Ella es nuestra abuela de verdad? —preguntó.

—Sí —dijo Sae, mirando de reojo el camión que pasaba junto a ellos y cuya carga oscilante parecía a punto de desparramarse.

Abrió la ventana, a pesar de que el aire acondicionado estaba encendido. Necesitaba aire, algo que aliviara la presión que sentía en la cabeza.

—¿Por qué no ha venido nunca a vernos? —preguntó con curiosidad Seung-min.

Sae se miró los zapatos gastados y los pantalones sucios. ¿Qué pensaría su madre? Ella siempre se había imaginado que volvería feliz a su hogar. Para mostrarle a su madre que se había equivocado.

—Ha estado ocupada —murmuró Sae.

—¿Es mala y da miedo? —preguntó Hoon-min.

—No siempre, no —contestó Sae.

—¿Saber hacer magia?

—No lo creo —dijo Sae mientras el autobús se detenía en la parada de descanso.

Los niños saltaron fuera, nerviosos. Seung-min tomó la delantera, Hoon-min lo siguió de cerca hasta que pisó un desnivel del asfalto y se cayó. Sae lo levantó mientras lloraba y trató de consolarlo cuando vio una pantalla de televisión. Había una fotografía del señor Bae en las noticias. El presentador anunció que se ofrecía una recompensa por su arresto.

—¿Mami, qué pasa? ¿Por qué estás temblando? —preguntó Hoon-min.

Ella miró a los hambrientos pasajeros que se arremolinaban ante los quioscos de comida, buscando con qué entretenerse. Le urgía encontrar un lugar donde pensar. Una máquina que expendía juguetes al otro lado del local pareció ser la solución. Después de llevar a los niños hacia allí, colocó unas monedas en las ranuras y obtuvo dos huevos de plástico, cada uno con una pequeña figura de un Transformer en su interior. Puso uno en la mano de Seung-min y otro en la de Hoon-min.

—Os podéis quedar con ellos si no hacéis más preguntas —les dijo.

Llegaron a Mallipo, envueltos en el aroma del cálido aire marino, caminaron por la angosta acera de tiendas con puertas correderas de metal y toldos de plástico verde donde una vez los habitantes de la aldea habían colgado un cartel de felicitaciones para ella y para Il-hyung cuando obtuvieron una beca para asistir a la Universidad Nacional de Seúl. Pasaron los puestos callejeros con la pesca del día de camarones que se secaban al sol. No había nada en ese camino, o en los que se bifurcaban, que ella no conociera como la palma de su mano. En los días que siguieron al anuncio de la beca obtenida, los aldeanos le gritaban felicitándola en medio de la lluvia o cruzaban la calle para estrecharle la mano. En la glorieta de la ladera, se había despedido de su madre, que lloraba. Había esperado a Il-hyung en la tienda de la aldea cada mañana para caminar juntos a la escuela. Para la mayoría, su ciudad natal era

más conocida por sus extensas playas de arena suave, y sus increíbles atardeceres. El muelle era lo que permanecía fijo en su memoria, donde esperaba el regreso de la lancha de su padre cada tarde, y estudiaba su rostro para adivinar si la pesca había sido buena. El consuelo de volver a su hogar estaba teñido de la tristeza por lo que había sucedido en los años después de su partida.

En lo alto de la colina, al final del sendero de tierra, estaba el familiar bloque de cemento y la puerta azul. Llamó y, como no hubo respuesta, empujó la puerta y condujo a los niños hacia el patio. Su madre salió de la sala y se detuvo de repente al verlos. Llevaba puesto un vestido de punto amarillo claro a pesar del calor. Tenía el cabello recién teñido y peinado. Sae temía que su madre hubiera envejecido tanto que no hubiera podido reconocerla desde el último encuentro, pero todavía conservaba un aire juvenil. Las únicas señales de vejez estaban en sus mejillas un tanto manchadas y en las puntas de sus dedos un poco curvadas.

—¿Eres tú, Sae? —dijo.

Sae pudo ver que su madre resistía el impulso de salir hasta la puerta. Su mirada se detuvo en los niños durante mucho tiempo antes de quitarse las pantuflas para entrar de nuevo en la casa.

Sae cogió a los niños tan fuerte de la mano que los hizo gemir.

—¿Qué estás haciendo ahí fuera? —preguntó su madre—. ¿No vais a entrar?

Sae había olvidado el calor que hace en el campo y podía sentir el sudor por los tirantes del sujetador y por debajo de los pantalones cortos. Como si les hubiera leído el pensamiento, su madre les preparó un vaso bien frío de polvo de cereales tostados y agua, y acercó el ventilador desde el otro extremo de la sala. El gesto pareció formal, como si fueran el huésped indeseado que alguna vez fue Jae. Sae recordaba cómo su madre se negaba a mirarlo, observaba solo sus zapatos gastados, su espanto ante la revelación de que era huérfano y que había pasado un tiempo en prisión. Sae había sido rebelde e inmanejable mucho antes de conocerlo, pero su madre lo había culpado por involucrarla en el movimiento estudiantil.

—¡Te va a arruinar la vida! —le había gritado.

Como si esa advertencia por sí sola pudiera protegerla y mantenerla alejada de las manifestaciones, de la línea de fuego, del impulso que la arrastraba a los brazos de Jae.

¿Cómo podían empezar una conversación que había estado en suspenso desde hacía seis años? Con cuidado, deslizándose por la superficie del pasado, hasta llegar a un tiempo anterior a Jae. Su madre habló del pueblo, de toda la gente que se había ido a la ciudad, de sus hermanos, sin mirarla demasiado. Los niños jugaban con los juguetes que sus sobrinos habían desechado, encantados con el súbito espacio enorme de la casa de campo.

—¡Saltamontes! —dijo Seung-min con el rostro enrojecido de emoción mientras bebía agua.

—Si vais hasta la puerta, también veréis ranas —comentó su madre dándole una palmada en la espalda.

Sae sintió cierta envidia por ese afecto tan espontáneo, sin saber si el amor de su madre por ella se había desgastado después de tantas desilusiones. También, sintió alivio de que lo sucedido antes de los niños no pesara sobre ellos. Su madre, que jamás pasaba junto a un bebé sin acariciarle la mejilla, que siempre había tenido una afinidad especial con los niños pequeños, parecía como si compartiera un lenguaje secreto con ellos. Eso también explicaba su negativa a verlos: sabía que una vez que los conociera no podría contener el deseo de volver a verlos.

Los niños corrieron en dirección a la puerta.

—Ya son mayores, los años más duros se han terminado —dijo su madre mirándola directamente por primera vez—. Pero tú tienes muy mal aspecto. ¿Cuándo comiste una comida normal por última vez?

Sae miró hacia las grietas entre los tablones de madera.

—¿Oíste lo de la Torre? —Fue todo lo que alcanzó a decir.

—Lo vi en las noticias —contestó su madre intrigada.

—No he podido encontrarlo —aclaró Sae con la voz enronquecida.

Un extraño gemido escapó de la boca de su madre. Los niños se volvieron a mirar en esa dirección. Al principio, creyó que su madre era muy generosa al llorar la pérdida de una persona a la que había

rechazado con tanta vehemencia, hasta que se dio cuenta, cuando ella le cogió la mano, de que sus lágrimas eran por Sae.

Aquí, en la seguridad del hogar de su infancia al que había regresado después de tantos años de exilio, sintió un vértigo en el estómago como si se estuviera cayendo. Hasta ese momento, había enfrentado la crisis con coraje, había sido la mejor versión de sí misma en la adversidad, pero ahora le faltaba el aire, no podía respirar, estaba como suspendida en la nada. Cerró los ojos, esperando el impacto tardío, como cuando de estudiante se despertaba con un dolor punzante en la espalda, si registrar la herida hasta que el *shock* pasaba, días después de haber recibido los bastonazos propinados por la policía estatal.

Sae cayó en brazos de su madre, agradecida de que estuviera allí para ella.

DIEZ DÍAS DESPUÉS DEL DERRUMBE

Sae sostuvo el auricular del teléfono contra su oído, oyéndolo sonar mientras miraba a Hoon-min, en cuclillas detrás de la gran cacerola de barro de su madre para preparar kimchi, escondido de Seung-min. Se estaba poniendo el sol, y un agradable viento tibio flotaba en el aire. Sae se imaginó hablándole a Jae sobre los niños, descalzos y despreocupados, pasando el día con las piernas bronceadas y en medio de gritos felices. Se encontró pensando en cuánto le gustaría a él este lugar, y en el particular don de Jae para cultivar plantas. En cómo le encantaría ensuciarse las manos en la tierra de estos campos.

Sintió un nudo en la garganta y se quedó muda cuando Tae-kyu respondió al otro lado de la línea.

—¿Hola?

—Soy yo —dijo ella—. Eres un hombre difícil de localizar.

—He estado muy ocupado —agregó él. Su voz sonó distante, como si tuviera el teléfono lejos del rostro.

—Me he venido a casa de mi madre —dijo Sae—. Pensé que lo mejor era alejarnos de la ciudad por un tiempo.

Él se aclaró la garganta y habló con rapidez.

—Ha sido una buena idea.

—¿Hay más noticias? ¿Por qué hay una recompensa por el arresto del señor Bae? ¿No anunciaron que lo sucedido había sido resultado de un error? —preguntó Sae, observando a Seung-min arrastrarse hasta Hoon-min con una manguera en las manos.

—Existen pruebas de que estaban utilizando materiales de mala calidad, que estaban diluyendo el cemento para ahorrar costes. La policía quiere detenerlo para interrogarlo, pero no puede encontrarlo. La cosa no tiene buena pinta. —Se expresaba de forma escueta, y Sae sabía que hablaba así cuando no quería dar más información.

Hoon-min lanzó un grito cuando Seung-min lo empapó con agua. El viento ya no era agradable, traía con él olor a animal y hedor a podredumbre. Ella se imaginó que así era como se sentiría ser

golpeado por la detonación de una bomba en la ciudad vecina, y se quedó sin aliento.

—Hay algo más —añadió él—. Han desescombrado un poco más el sitio y han desenterrado el sótano del aparcamiento.

Por un momento, ella no estuvo segura de qué estaba queriendo decirle. Su voz era más amable después de una pausa.

—Hay unos cuantos cuerpos que no han podido identificar, Sae.

Ella no supo cuánto tiempo se quedó así, inmóvil, paralizada, sin oír las risas de los niños, observando el cielo que se oscurecía. Recordó la infelicidad de Jae por las tardes, los armarios vacíos de los Bae, las oficinas desmanteladas. Todo volvía al mismo punto: Jae era tan cuidadoso. Tan preciso en su trabajo. Y luego, la incomodidad de la señora Bae en el gimnasio. Esa mirada de confusión cuando ella mencionó la piscina. Se le estrujó el estómago. Como si tuviera plomo en las entrañas. Sucedían cosas violentas en el mundo más allá de su conciencia. Sucedían silenciosamente en la habitación contigua. Era una sensación conocida que a veces la invadía cuando trabajaba en el periódico, entrevistando testigos con Tae-kyu. Cuando cerraba su cuaderno y se lo guardaba en el bolsillo y se alejaba de la escena o de la entrevista, llegaba al pie de la escalera como si les hubieran dado un mazazo en la cabeza. No lograban entender lo que había sucedido hasta mucho tiempo después.

—Tengo que volver a la ciudad —le dijo Sae a su madre.

—¿Qué ha pasado?

No estaba segura de cómo decirle que volvía por Jae. Incluso ahora, sentía la necesidad de protegerlo. ¿Cómo decirle a su madre que Jae podría ser responsable de lo que había sucedido? Era como si a los ojos de su madre Jae no hubiera hecho ya suficiente daño a la familia.

—Me necesitan en el periódico —le dijo.

—¿Y los niños? —preguntó su madre. Parecía asustada de que Sae los alejara de su lado.

Sae observó en medio de la sala a Hoon-min, cansado de tanto sol, chupándose el pulgar frente a la tele. Aun mientras jugaba con Seung-min en la delicia del jardín de su madre, muchas veces se

daba cuenta de que él la buscaba con la mirada. Por la noche, su brazo era un tentáculo, procuraba su contacto en sueños antes de enroscarse bajo su brazo, con la pierna cruzada sobre su cadera. Pero, también, se estaba encariñando con su abuela. La noche anterior, Sae vio cómo su madre arremangó los puños de los pijamas de manga larga de los niños para lavarles las manos antes de dormir, con una paciencia que ella nunca había tenido. Estarían bien con ella.

—Volveré a por ellos en una semana —dijo sabiendo que era obvio que esa era su intención desde el principio, aunque trataba de convencerse de que había ido hasta allí por los niños.

Su madre le colocó un mechón de cabello tras la oreja, y dejó caer su mano al instante, como si se hubiera pescado a sí misma haciendo algo indebido.

—Haz lo que desees —sentenció secándose las manos en el delantal mientras se alejaba de ella—. Siempre lo haces. ¿Cómo podría detenerte?

ONCE DÍAS DESPUÉS DEL DERRUMBE

MYONG-HEE SE PUSO UNA FALDA marrón hasta la pantorrilla y una blusa de algodón estampada como cada jueves, y subió al autobús en un viaje de una hora hacia el oeste de la ciudad. Durante años, el Holt International Children's Services había funcionado en un edificio bajo de brillantes ladrillos rojos. Ahora, se había convertido en un edificio contemporáneo, todo de acero con ventanas del suelo al techo. La adopción, según parece, era un negocio rentable.

Los ojos le dolían con la luz, no había dormido en toda la noche, dando vueltas y vueltas, evaluando el ofrecimiento del señor Li. No se lo había tomado muy en serio la primera vez, no había ido a encontrarse con él en el aeropuerto como le había pedido, pero cuando la llamó desde Los Ángeles la noche anterior, se dio cuenta de que estaba tentada de aceptar. Myong-hee se quedó unos instantes en el patio, con las mismas dudas de siempre; sin embargo, acudía una vez por semana, mes tras mes, año tras año. Como si buscara un miembro amputado. En el interior, las oficinas olían a pintura fresca, café quemado y plástico. Las salas de los niños estaban en el piso de abajo, en lo que quedaba del antiguo edificio. La sala la embargó con el dulce aroma a vainilla de la fórmula para bebés y el toque avinagrado del sudor de los que habían permanecido demasiado tiempo en sus cunitas. Iba cada vez que podía para coger a los recién nacidos y alimentarlos, cambiarles los pañales, con la idea de recordar el olor de sus propios bebés.

Mientras se lavaba las manos en el lavabo, observó las cunas, tratando de adivinar a qué niño le faltaba lo que más deseaba. El llanto de un bebé con el rostro enrojecido se había vuelto un alarido. La etiqueta a los pies de la cuna tenía los detalles: una semana de vida, madre Shim-ji, dieciséis años; padre desconocido. Era pequeño para tener solo una semana, liviano como una pluma. A Myong-hee le dio miedo que se desvaneciera en el aire. Le revisó el pañal y le preparó un biberón, y lo paseó por la habitación en brazos, con la mano sobre el pequeño pecho mientras observaba cuál sería el siguiente que atendería.

Incluso décadas más tarde, el acto de ir allí seguía siendo una penitencia, un castigo; deambular por una sala repleta de recién nacidos insaciables, en medio de un coro de llantos superpuestos, donde ella nunca alcanzaba a consolarlos a todos. Pero también fue una forma de estar más cerca de lo que había perdido, de pedir perdón, al acariciar esas mejillas regordetas y al verlos satisfechos de leche. Por lo general, solía estar sola en la sala, faltaban voluntarias; las jóvenes universitarias preferían a bebés más mayores. Así que fue una sorpresa cuando se abrió la puerta, y entró una mujer de piel blanca y en un elegante atuendo atándose las tiras del delantal. Le canturreó al bebé más cercano a la puerta y lo cogió, le cambió los pañales y se lo sentó en el regazo. Habían dispuesto las sillas en círculo en el centro de la sala, como para que quienes se sentaran pudieran conversar, como si fuera una reunión de adictos en rehabilitación.

—A usted le deben de gustar los bebés —observó la mujer después de un momento.

—No estaría aquí si no fuera así —dijo Myong-hee, y se arrepintió de inmediato de ese comentario sarcástico que rechazaba de entrada a cualquiera que intentara acercarse a ella.

Recordó la habitación en el hotel por horas con la pequeña ventana que daba a otro edificio, de paredes tan finas que se podía oír la respiración acelerada de las parejas en la habitación contigua, los susurros del hombre que ofrecía más dinero por una posición diferente, los sollozos de un borracho, el encargado echando a un cliente que se había quedado más tiempo de lo pactado. Ese hotel había albergado a un mundo entero de vergüenza y, sin embargo, ella era la más despreciada de los residentes. Una madre soltera. Como si fuera el peor de los pecados.

Dejó al bebé en la cuna y trató de calmar a otro, alzándolo en sus brazos; esta vez era una niña de cabellos negros erizados como si tuvieran electricidad. La madre diecinueve años, el padre desconocido.

—Me gusta ayudar donde puedo —dijo Myong-hee sentándose junto a la mujer en un intento de reconciliación.

—¿Está usted con la iglesia?

Ella negó con la cabeza.

—Bien. Pensé que podría ser una de esas santurronas —dijo riéndose y cubriéndose la boca con la mano, como si le complaciera poder decir lo que pensaba en voz alta—. Tengo tres hijos. Me costó criarlos, ¡pero crecieron demasiado rápido! Mi marido se ha jubilado. El viejo no sabe qué hacer con su vida, y discutimos todo el tiempo. Así que trato de no ponerme en su camino. A veces, voy a visitar a mis hijos mayores, pero están demasiado ocupados con sus vidas. ¿Sabe qué? No es agradable estar en casa sintiendo que soy una carga para mis hijos. ¿Y usted?

—Mellizas —dijo Myong-hee con una sonrisa tímida, dándose cuenta de que no era tan fácil inventarse un personaje en este entorno.

—Entonces, debió de tener mucho trabajo.

Con el paso de los años, los pocos recuerdos que tenía de su hija se habían diluido. Cuando se daba cuenta de que sus pensamientos se derivaban hacia esa pérdida, se ponía a hacer cosas: vaciaba los cubos de basura, secaba las marcas de sudor de los sofás, preparaba bebidas para dárselas a las chicas y se libraba de la sucesión de recuerdos que llevaba siempre consigo. Pero un día descubrió que todo lo que tenía en su memoria era un resumen, la sensación de que en algún momento hubo algo que ahora había perdido. Como ese dolor que persiste en un hueso roto mucho después de haberse curado.

Al principio, Myong-hee le creyó a la agencia de adopción cuando le dijeron que su hija había sido enviada a un lugar mejor. Practicó el inglés que había aprendido gratis en los institutos cerca de los cuarteles, preguntando a los soldados americanos —cuerpos enormes, huesos anchos, como si fueran de otra especie—: qué podrían ver si miraban por las ventanas de sus casas en su ciudad natal.

Los hombres le hablaban sobre el desierto, las montañas. Los lagos. El frío. El calor. Las planicies. Cada descripción hacía tambalear las pocas certezas a las que aún se aferraba Myong-hee. Uno de los hombres le contó que nunca había visto la nieve hasta llegar a Corea. Otro dijo que los inviernos coreanos eran suaves

comparados con los del Medio Oeste. La América que ella se formó a partir de estas historias no era un lugar, sino un territorio tan vasto que comprendía muchos países. Buscar a su hija allí sería como buscar una semilla de sésamo en una enorme vasija de arroz. Le habían asegurado que la niña había sido enviada a un lugar de mejores oportunidades, donde el hambre solo existía en los cuentos de hadas o en los libros de historia.

Pero cuanto más veía a aquellos hombres y sentía sus manos amasar su cuerpo como si fuera carne sobre una tabla de picar —esa mirada hambrienta que la atravesaba—, empezó a temer que existieran muchas formas de hambre, y más de una manera en la que su hija podía estar famélica.

—Solo una de ellas sobrevivió —agregó, sin saber por qué le decía esto a una extraña—. Mi hija está viva.

—¿Dónde está ahora? —preguntó la mujer después de una pausa.

—En América.

—Ah. ¿En qué parte?

Por un momento no dijo nada, la inmensidad de América se volvió de repente apabullante. Myong-hee se dio cuenta de que la otra mujer la miraba con curiosidad. Se miró la blusa, la falda sencilla, y se preguntó si había algo en su ropa que pudiera delatarla. Se levantó de repente y dejó al niño en su cuna, le puso la mano sobre el pecho un momento y luego fue hacia otro, molesta de que esta mujer la hiciera sentir avergonzada.

—Discúlpeme, no quise entrometerme. Siempre me dicen que pregunto demasiado. Solo se lo dije porque mi hijo me llevó a San Francisco el año pasado. ¡Nunca tuve tanto frío! Y la comida me sentó muy mal. ¡Al tercer día, terminamos en un restaurante coreano! Creo que lo mío no son los viajes. Soy feliz donde estoy.

Pocas mujeres le habían hablado así, como si fueran viejas amigas. Ella había evitado hacerse amiga de ninguna mujer en ese lugar. Unos años atrás, un grupo de ellas se reunía cada tres semanas. Mujeres que también habían entregado a sus bebés y habían cambiado de opinión. Mujeres que habían sido demasiado pobres como para cuidar a sus hijos. Todas sentían que habían sido engañadas para que dejaran a sus niños allí con la falsa promesa de

que podrían volver a buscarlos. Se habían agrupado porque querían hacer algo cuando se enteraron de que el administrador del orfanato había tratado de aumentar el número de niños internados para conseguir más ayuda internacional. Se unieron para tratar de lograr el apoyo de la policía y de los funcionarios de la ciudad, pero a nadie pareció interesarle el problema. Los funcionarios simplemente las culparon por haber tenido hijos. Después de un tiempo, las reuniones fueron haciéndose menos frecuentes. La amistad que las unía era muy dolorosa. Encontrarse era un recordatorio perpetuo de un pasado irrevocable del que no había vuelta atrás.

Myong-hee se dio cuenta de que la mujer no estaba prestando nada de atención al bebé, y los llantos de los otros no parecían molestarla en absoluto. Se preguntó qué estaba haciendo allí. ¿Estaba buscando la compañía de otras voluntarias? Había en ella algo aniñado. Parecía ser una de esas mujeres con una vida social activa, que vivía del chismorreo.

En cuanto ella se sentó, la mujer se puso de pie nuevamente.

—Me tengo que ir. El viejo no cocina, morirá de hambre si lo dejo solo. El tiempo se me ha pasado volando.

Myong-hee parpadeó ante el comentario. Ella nunca había vivido con un hombre. ¿Estaba preparada para llevar una vida doméstica? ¿Qué significaba estar encadenada a un hombre casi desconocido, sin dinero? ¿Cuánto tiempo pasaría hasta que comenzara a preguntarle sobre su historia con otros hombres? ¿Antes de que la desechara como a un mueble usado?

—¿Tal vez la vea de nuevo la semana próxima?

—Estaré aquí —dijo Myong-hee con timidez, retirando el biberón de la boca de la bebé que chupaba desganada, casi dormida. Myong-hee dejó a la niña en la cuna, que de repente se despertó, pero se quedó en silencio. ¿Cuándo aprenden los bebés a no llorar, al menos no para llamar la atención de su madre? Los ojitos de la bebé estaban alertas, como buscando algo, y Myong-hee sintió la necesidad de salir de la sala sabiendo que la desilusionaría también.

Al volver a la oficina, Myong-hee se paseó frente al escritorio hasta que la secretaria no pudo disimular más que no la veía.

—El bebé de Shim Ji-won. Se lo ve muy delgado. ¿Cuál es la historia de la madre? —preguntó.

—Usted sabe que no le podemos dar esa información —dijo la secretaria mirando la pantalla de su ordenador.

—¿Alguna noticia del caso de Lee Myong-hee?

—Sabemos quién es usted —dijo la secretaria sin mirarla.

—¿Tiene alguna noticia para mí?

—Lo mismo que le decimos cada semana: la llamaremos en cuanto recibamos alguna comunicación desde Estados Unidos.

Myong-hee clavó sus uñas en la taza desechable que tenía en la mano pensando en los hombres que había conocido en todos esos años. Hombres que querían dejar su cuerpo marcado con moratones, hombres que comenzaban a llorar en cuanto ella corría la puerta de papel de arroz, hombres que querían que ella fuera maternal con ellos, hombres que solo querían poseerla por detrás, hombres que la querían dócil, y pequeños hombres que la querían enorme y poderosa. No quería saber más nada de esos hombres. Y en ese instante, así de simple, tomó la decisión de no ir con el señor Li. Cuando llegara la carta de su hija, quería estar libre de deudas. Encontraría la forma de liberarse de esta existencia.

Encontraría una nueva vida sin hombres como el señor Li. Se convertiría en una madre que valiera la pena encontrar.

***

Comenzó a llover copiosamente en el momento en que Sae subió al autobús nocturno a Seúl. El aire acondicionado olía a humedad. Solo otros dos pasajeros estaban sentados y, cuando Sae pasó a su lado, desviaron la mirada. Era como si ella ya estuviera marcada, como si la vinculación con el desastre se le viera en el rostro. Tal vez, también se le veía la expresión de pánico por la tarea que la aguardaba en la morgue.

¿Era posible que Jae se hubiera escondido? Ya la había abandonado una vez, pero las circunstancias habían sido diferentes. Ella recordó la promesa que le había hecho en el pequeño ático alquilado al poco tiempo de encontrarlo en el templo. Estaba en sus

brazos, y sentía la calidez de su cuerpo detrás, su mano protectora sobre el vientre hinchado.

—¿Por qué no estás dormida? —preguntó Jae.

—Tú tampoco estás durmiendo —contestó ella.

—¿Estás incómoda?

Ella sonrió ante la preocupación en su voz.

—No —negó ella, reprimiendo el deseo de ver qué hubiera hecho él si ella decía que lo estaba. Subió la manta hasta cubrirse los hombros, sintió como se relajaba él a su lado—. No puedo creer que este lugar sea nuestro. Todavía, no parece un hogar.

—Encontraremos algo más grande muy pronto.

—No quise decir eso —respondió ella.

Después de meses de ocultarlo de los residentes de la habitación universitaria, se sintió triunfante, como si hubieran ganado un espacio para ellos en el mundo.

—Finalmente, tenemos un lugar, nuestro —dijo ella.

Sintió que él estaba preocupado. No tenían dinero, y Jae no había encontrado un trabajo todavía en la ciudad. El periódico le pagaba muy poco y, una vez que naciera el bebé, tendría que dejarlo.

—Entonces, quedémonos despiertos —agregó él—. No tienes que sacarme de madrugada para que no me vean. Somos libres. Tú y yo.

—Y Bichito.

—Y Bichito —repitió él respirando profundamente—. ¿Crees que se parecerá a mí? Me gustaría que ella tuviera tu nariz.

—Podría ser un niño —aventuró ella colocando las mantas para que no le presionaran las costillas—. No puedo creer el tamaño que tengo. Estoy enorme. ¿Te seguiré gustando cuando esté tan gorda que no pueda caminar?

—Por supuesto —afirmó él. Pero ella lo notó preocupado—. ¿Eso podría pasar?

—No —dijo ella—. No lo sé.

—Me parece que esto es algo que deberíamos saber. Vivimos en un cuarto piso sin ascensor.

—Tenemos poco tiempo —se rio ella—. Podrías practicar subir las escaleras cargando varias bolsas de arroz. A ver si sacas algo de músculo en las piernas.

—Suenas igual que mi sargento de instrucción del ejército —respondió él. Le acarició el vientre con sus manos—. Eres perfecta.

Le levantó la camiseta y se inclinó sobre ella, le besó la cadera. Esto la hizo sentir increíblemente poderosa. Desde que ella lo había encontrado, habían buscado desesperadamente un lugar donde vivir y una forma de llevar adelante una vida juntos. El alivio inicial de encontrarlo enmascaró la ansiedad que ella sentía ahora, de haberlo obligado, de haberlo encadenado. No sabía si podía confiar en ese gesto de adoración. ¿No la había hecho sentir de ese modo en el pasado? ¿E incluso así era capaz de abandonarla, de dejarla sola?

—¿Me quieres?

—Sabes que sí —contestó él, sin inmutarse por la pregunta, con el calor de su respiración rozándole la oreja.

Ella sostuvo su mano cuando él buscaba su pecho.

—¿Por qué me abandonaste en la posada? —preguntó. Era la primera vez que ella se atrevía a preguntarle.

Él hundió el rostro en su cabello, sin decir nada. Sae temió que no respondiera. Que esto se convirtiera en otro de esos profundos silencios que abrían un abismo entre ellos. Había cosas que presentía que no podía preguntar. Sobre los interrogatorios. Había escuchado historias de estudiantes que habían cambiado a consecuencia de las torturas. Que hablaban de la soledad de la que no podían desprenderse, de la alteración del sentido del tiempo. Cuando no estaban recibiendo descargas eléctricas en los genitales, los sumergían en agua, los mantenían en habitaciones sin ventanas donde los guardias les daban comida a intervalos irregulares para que perdieran el sentido del tiempo. Tenía miedo de presionarlo y de alejarlo con sus preguntas.

—Es que no quería desilusionarte —dijo él después de un rato—. No quiero que tengas que renunciar a nada por mí. No dejes de trabajar en el periódico. No quiero que tu vida se empobrezca porque has conocido a alguien como yo.

Esto sonó como si él no tuviera deseos de ser parte de su vida, pero también como una advertencia. Él podría volver a desaparecer.

La lámpara de la calle entraba como un rayo de luz. Ella se volvió para mirarlo y percibió, al girar, el peso de su vientre. Le tocó el

rostro con la mano. Sintió su barba incipiente; ya no era tan jovencito como cuando lo conoció.

—Yo te elegí a ti; vine a buscarte —dijo ella—. Quiero que lo recuerdes.

—Lo sé.

—¿Me prometes algo? —dijo ella.

Él le acarició el cabello y ella llevó la mano de Jae hasta sus labios para besarla.

—Prométeme que nunca volverás a desaparecer.

—Te lo prometo.

DOCE DÍAS DESPUÉS DEL DERRUMBE

El empleado de la morgue levantó la sábana. Sae miró hacia el suelo, vio de reojo un cráneo aplastado, dudaba si estaba en condiciones de atravesar esa puerta hacia un mundo en el que no estuviera Jae. Se obligó a mirar. Mechones de cabello incrustados en lo que quedaba de la frente del cadáver. Le faltaba la mitad del rostro. Miró el resto del cuerpo: el torso rojizo y musculoso, los pezones oscuros; del lado izquierdo, un miembro visiblemente destrozado que parecía más el colmillo de un elefante que un brazo.

—No es él —dijo recuperando el aliento.

—¿Cuántos años dijo que tenía su marido? —preguntó el empleado. Su calva brillaba grasienta.

—Treinta.

—Hay dos cuerpos de esa edad, más o menos de la altura que usted describió, aunque hay otros que tal vez quiera ver, solo para estar segura. Si tiene hermanos, podría solicitar una prueba de ADN.

—Era huérfano. Pero uno de mis hijos podría dar una muestra.

Sintió la mirada del hombre sobre ella.

—No pensé en preguntarle; debe de haberlos tenido muy joven.

Sintió un extraño impulso de reír y pensó en guardarse el comentario para contárselo más tarde a Jae. "El empleado de la morgue estaba flirteando conmigo cuando te estaba buscando". Sacó otro cuerpo y levantó la sábana. Sae sintió que el estómago se le estrujaba.

—¿Ve esto? —dijo él deslizando su mano bajo la mano del cadáver y levantándola para mostrarle unas abrasiones rojizas—. No tiene huellas digitales, se le borraron. Imagino que estaba tratando de arañar los escombros para salir. ¿Ve la piel descolorida aquí? Son manchas de nicotina. ¿Su marido fumaba?

Ella negó con la cabeza. Esas no eran sus manos. Las de Jae eran más finas, fuertes alrededor de los nudillos. Pensó en la habitación de los estudiantes. En la extensión de su cuerpo en las sombras en ese lugar donde no intercambiaban palabra alguna. Cualquier cosa más allá de un susurro podía oírse en las habitaciones contiguas. Los

estudiantes tenían la entrada prohibida en las habitaciones de las chicas, pero en ocasiones, cuando ella lograba que Jae entrara, se despertaban muy temprano al día siguiente cuando oían una voz cantando con una guitarra acústica a tres puertas de distancia, seguido del clic del reproductor de la cinta. Esa habitación que podían cruzar en tres pasos. Gran parte de los primeros tiempos lo habían pasado en habitaciones donde no podían hablar o divulgar sus secretos, con paredes porosas que filtraban todo a los vecinos. Allí, no había palabras, solo se comunicaban con una mirada y una caricia. En esa habitación, empezaron a conocer sus cuerpos y a encontrar cicatrices de historias que permanecieron calladas, como los símbolos pintados por los ancestros en los muros de las cavernas. Si le dieran una pequeña parte de la piel de Jae, pensó ella, la reconocería.

Desilusionado, el empleado de la morgue cerró la puerta del refrigerador y siguió con la siguiente.

—¿Tenía el cuerpo de su esposo alguna marca visible?

—Tenía una marca de nacimiento sobre el corazón. Se parecía a la huella de un conejo.

El empleado asintió indiferente y tomó nota del dato.

—¿Algo más? ¿Alguna fractura previa?

—No que yo sepa.

Lo que fuera que le hubieran hecho en prisión hacía años no le había dejado ninguna marca. Cuando Jae volvió a ella, el daño era invisible; las cicatrices más importantes parecían estar en su mente.

Un olor fuerte a pollo en descomposición acompañaba al tercer cuerpo. Por la altura, no se trataba de Jae.

—No es él.

—¿Ha revisado en las otras morgues?

—Esta es la primera.

Volvió a mirar la fila de cuerpos que debían poner nuevamente dentro de las cámaras. Cuerpos que alguna vez habían sido lavados amorosamente por una madre, acariciados y abrazados, que habían sentido el toque cálido de un otro y que ahora yacían en total soledad. ¿Dónde estaba Jae? ¿Dónde, sin sus muchachos trepándole

por las piernas ni la tibieza de la mano de Sae en su espalda durante el sueño?

Viendo la expresión en el rostro de Sae, el empleado la miró compasivo y dijo:

—Con el tiempo, todo será más fácil, si es que le sirve de consuelo. Estaré bien atento a una marca de huella de conejo. ¿Por qué no me deja el número de su busca?

Tae-kyu la esperaba en la entrada del hospital, justo encima de la morgue. Sae detestaba llorar frente a él, pero no pudo contenerse. Él la cogió del brazo y la llevó a un banco de la entrada, fuera de la vista de las miradas curiosas de la gente.

—Te pedí que esperaras —le dijo enfadado—. Dije que te acompañaría. ¿Por qué entraste sola?

—¿Hay algo que no entiendo? Dime, ¿me estoy perdiendo de algo? —dijo ella ignorando su pregunta.

Lo que más quería en el mundo era ver el rostro de Jae, oírle decir que la había estado buscando, que todo era un error, que no tenía nada que ver con lo sucedido. Pero en ese instante, ella se dio cuenta de que lo que Tae-kyu callara la torturaría, le haría desconfiar de él. Necesitaba saber qué había sucedido. Estaba decidida a encontrar una respuesta, aun si ello significaba cavar en la tierra con sus propias manos para encontrarla. Cerró los ojos, sintiendo el ardor en los párpados hinchados.

—No pueden ser responsables de esto, ¿no es cierto? —se preguntó. El calor húmedo comenzó a colarse dentro de su ropa, disipando el frío de la morgue—. Jae dijo que estaban recortando gastos. Estaba muy disgustado. Pero no puedo creerlo. ¿Cómo voy a enfrentarme a todas esas familias?

—Bueno —dijo Tae-kyu apoyando los codos sobre las rodillas—. No tienes que preocuparte por eso por ahora. Solo han mencionado al señor Bae. Nadie va a tocar a tu puerta todavía.

—¿No te parece extraño? —dijo Sae sorprendida.

—¿Quieres una turba furiosa frente a tu puerta?

—No. Pero ¿por qué no han mencionado también a Jae?

—El señor Bae era el director de la compañía. Las familias solo quieren saber quién estaba a cargo. No es que necesiten los nombres de todos lo que… ¿Qué sucede? Eh, ¿a dónde vas?

***

En la desorientación y confusión de los primeros días que siguieron al derrumbe, Sae se había concentrado en la búsqueda de Jae, y más tarde, del señor Bae. No había considerado ampliar su búsqueda a otras personas que ella podría conocer.

Después de la visita a la morgue, Sae buscó en el archivo del periódico. Cada día después del derrumbe, el periódico había publicado los nombres de las víctimas junto a la lista de supervivientes.

Volviendo a revisar esa lista, se topó con un nombre familiar: Lim Hae-soo. Era un nombre común, pero era el nombre de la única otra empleada permanente que trabajaba en la oficina con Jae y con el señor Bae. Parecía demasiada coincidencia que otra persona con el mismo nombre estuviera en la lista de supervivientes. Habían trabajado en una pequeña oficina donde la intimidad resultaba inevitable. Sae tenía la esperanza de que Hae-soo pudiera contarle a qué frustraciones se enfrentaba Jae en su trabajo en la Torre.

Fue difícil localizar a Hae-soo, su madre la atendió desconfiada al teléfono, habló solamente sobre sus problemas económicos y sobre la preocupación por su hija, pero Sae dedujo que Hae-soo se estaba recuperando todavía en el hospital Ansan.

El hospital era un edificio flamante con suelo de mármol y una recepción muy moderna. Sae se acercó a una recepcionista con los labios pintados de rojo.

—Vengo a visitar a Lim Hae-soo —dijo.

La recepcionista escribió algo en su ordenador antes de mirarla brevemente.

—Habitación 401 —le indicó—. Puede coger el ascensor que está allí.

En el cuarto piso, la luz del atardecer reveló una gran cantidad de pacientes compartiendo la espera en una estrecha sala. La madre de Hae-soo le había dicho que su familia tenía problemas económicos,

así que encontrarla en una habitación privada fue una sorpresa. Había una pequeña zona con un sofá donde supuestamente las visitas podían sentarse. Un gran ramo de azucenas y rosas ocupaba casi toda la mesilla de noche.

Hae-soo estaba dormida, su brazo vendado reposaba sobre el estómago. El cabello largo se veía grasiento y sucio. Sae no estaba segura de cuánto tiempo había estado sentada hasta que Hae-soo se despertó.

—Hola —dijo con voz ronca y abriendo mucho los ojos. Sae no sabía si la había reconocido—. ¿Puedes traerme agua?

Sae se levantó y llenó un vaso con el té de cebada de una jarra que había sobre la mesa.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Sae cogiéndole la mano.

—No lo sé. —Hae-soo sonrió débilmente—. He estado durmiendo mucho…

—¿Sientes dolor? —Sae le señaló el brazo—. Llevas un vendaje considerable.

—¿Sí? La verdad es que sí —dijo, insegura de qué estaba haciendo ella allí. Pero después de un momento, pareció entender la situación —. En la escuela, había una chica que se rompió el brazo y todos firmaron el yeso con mensajes muy dulces. Me daba un poco de envidia, durante un tiempo, me dieron ganas de tener uno así.

—Me imagino. Yo podría ser la primera en firmar tu yeso.

La sonrisa de Hae-soo se volvió una mueca de dolor cuando intentó moverse en la cama.

—¿Estás bien? —preguntó Sae.

—Son los moratones en las costillas. Me duele cuando me rio.

—Entonces, no te haré ninguna broma —agregó Sae.

—La otra noche estuve viendo una comedia en la tele. Es lo único que me apetece ver, y tuve que apagarla. Me estaba muriendo de risa. Era esa parte tan cómica donde…

Hae-soo continuó describiendo la actuación del comediante con gran detalle, y abruptamente recordó sus días en secundaria. Habló sin parar, como si temiera el silencio. Sae esperaba el momento apropiado para entrar en la conversación, pero después de un

tiempo, presintió que el fluir de la conciencia de Hae-soo era una forma de protegerse.

Solo se detuvo cuando la enfermera fue a verificar el suero conectado a la vía. Entonces, cerró la boca. Sae vio la oportunidad de preguntar.

—No sé si lo sabes, pero no he podido encontrar a Jae. Tenía la esperanza de que…

—¿Sabes de qué tengo antojo? —la interrumpió Hae-soo de repente. Parecía aterrada con lo que Sae pudiera decir—. Del plato de pasta con camarones y crema del restaurante que hay abajo. A veces, no almuerzo durante toda la semana para ahorrar y poder pedir el plato entero para mí sola.

Sae se quedó descolocada con este cambio de tema y no supo bien cómo responderle.

—¿Quieres que te traiga algo de abajo?

—No, debajo de la oficina, quise decir. ¿Te parece raro que quisiera comer sola? Yo nunca como acompañada.

—Todos necesitamos un descanso de vez en cuando —dijo Sae finalmente.

—El señor Bae me pedía que hiciera cosas, algunas veces, cosas que no tenía ni idea de cómo hacer. Me dejaba siempre notas con tareas para hacer. Era abrumador.

Sae asintió, alentándola a continuar.

—Pensé en renunciar. Ni siquiera tenía que estar en la Torre. Normalmente, estoy en Buam-dong, rara vez me piden que vaya al sitio de la obra. Pero el señor Bae me pidió que buscara un sobre para mandarlo por correo. Yo estaba en el patio interior. Allí, hay una perfumería junto al café. Me iba a dar un gusto. Por eso estaba allí —dijo. El vaso le temblaba en la mano—. Y de repente, se oyó ese ruido. Todavía, lo siento en mi cabeza. Como un largo gemido.

Sae se alertó al oír la mención de Buam-dong, una tranquila zona residencial. Antes de que Sae pudiera preguntarle algo más sobre eso, Hae-soo continuó.

—Me han dicho que el hueso está destrozado. No recuerdo cuántos clavos me dijo el cirujano que me pusieron. Podría haber

sido mucho peor. Creen que una columna cayó sobre mí. Tuvieron que cortarla para poder sacarme.

—Lo siento mucho, debe ser muy difícil todo esto para ti —dijo Sae, y la escena que imaginaba se entrelazaba con sus recuerdos de los escombros mientras buscaba a Jae—. Creo que no eras la única que se sentía infeliz en el trabajo —comenzó con cautela—. Jae creía que el proyecto de Torre Aspiración no iba como debía.

Hae-soo jugueteaba con un hilo del borde de la manta, tratando de contener las lágrimas. Sus miradas se encontraron brevemente, y Hae-soo miró en otra dirección.

—Lo de siempre —dijo encogiendo los hombros. Pareció que la respuesta no era suficiente—. Un plazo de finalización muy exigente. Preocupaciones de dinero. Nos tuvimos que mudar porque se frustró uno de los proyectos. Los inversores se quedaron sin dinero. Hubo un problema con el edificio, y eso lo complicó todo.

—¿Un problema? ¿Cuándo dices "el edificio" te refieres a Torre Aspiración?

Los ojos de Hae-soo se abrieron mucho, como si se hubiera dado cuenta de que había cometido un error.

—Yo no sé nada de los detalles.

Sae decidió no presionarla.

—¿Había alguien de los que trabajaban con Jae con quien él estuviera en conflicto?

—No lo sé, no creo —se apuró a responder Hae-soo.

Se quedaron en silencio unos minutos.

—Están diciendo que el edificio se derrumbó debido a fallos de cálculo de L&S. ¿Crees que eso es cierto?

Hae-soo negó enfáticamente con la cabeza.

—Se supone que no debo hablar con nadie —dijo muy despacio.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Sae—. ¿El señor Bae te dijo que no hablaras conmigo?

Hae-soo estaba muy nerviosa.

—Lo siento —se disculpó—. Creo que debes marcharte.

En el puesto de enfermería, fuera de la habitación, Sae se acercó a una joven enfermera que tenía un gran lunar al lado de la nariz.

—¿Puedo preguntarle algo? Es sobre Lim Hae-soo, de la 401. ¿Tiene muchas visitas? ¿Algún novio?

La enfermera encogió los hombros.

—¿Por qué lo pregunta?

—Vi ese ramo de flores tan caro—Sae trató de sonar natural—. He intentado acercarme a ella durante años y siempre me rechaza. Me pregunto si ya tiene a alguien.

La enfermera pareció relajarse.

—No lo creo. Solo tuvo una visita. Un hombre joven, parecía un ejecutivo. Me parece que tenía que ver con su trabajo.

—Gracias —dijo Sae, metiendo las manos en los bolsillos para que la enfermera no viera cómo le temblaban. Quería preguntarle quién pagaba la habitación privada, pero sabía que no se lo dirían.

Bajó por la escalera en lugar de tomar el ascensor y salió al calor, pensando en la oficina que Hae-soo había mencionado en Buam-dong. Era un lugar muy inusual para una oficina. Por primera vez en muchos días, se sintió calmada. Finalmente, tenía algo con qué investigar, un sendero a seguir en medio de la espesura. Encontró una cabina telefónica y sostuvo el auricular en la mano hasta que supo cómo manejaría la llamada.

Buam-dong estaba asentado al pie de la montaña Inwangsan, al final de un puesto militar que había sido abierto al público recientemente. El barrio estaba lleno de amplias viviendas de familia rodeadas de imponentes rejas. La única luz en la angosta calle principal provenía de una pequeña tienda ubicada en una esquina, era del tipo de las que estaban siendo lentamente reemplazadas por las fluorescentes tiendas abiertas veinticuatro horas. Los otros pocos negocios —una cafetería y un pequeño restaurante— estaban cerrados de noche. Sae se acercó a una inmobiliaria al final de la calle, donde un hombre corpulento estaba sentado con las piernas cruzadas leyendo el periódico.

—Está cerrado —dijo sin desviar la mirada del periódico.

—Estoy esperando a alguien. Vengo de parte de Ingeniería L&S. Llamé hace un rato —comentó ella forzando una sonrisa—. Soy la

prima de Hae-soo. Me pidió que le hiciera un favor. Me dijo que usted seguramente tendría una llave de repuesto de las oficinas.

—Ah, sí… —dijo tocando el bolsillo de su camisa, despreocupado —. No he visto al señor Bae desde hace tiempo. Debe estar ocupado. Siempre está ahí fuera, en el callejón, fumando y caminando de arriba abajo como si esperara malas noticias.

La sugerencia de que era poco probable que se encontrara con el señor Bae en la oficina no logró tranquilizarla. Estaba segura de que algún tipo de enfrentamiento era inevitable, ya fuera mediante evidencias o mediante algunas señales que la llevaran hasta Jae.

—Está trabajando en un contrato fuera de la ciudad —dijo ella con rapidez.

Era evidente que el hombre no tenía ni idea sobre L&S, sobre lo que había sucedido, o de que estuvieran conectados de alguna forma a la Torre. La última dificultad fue encontrar la oficina, a pesar de que, en la conversación con Hae-soo, ella le había dado una pista. Sae estaba familiarizada con lo que son los pequeños negocios en vecindades como esta, la forma en la que la información circula como una suave brisa. Debía tener cuidado de no despertar ninguna sospecha. Le dio las gracias al hombre antes de simular que recordaba algo.

—¿Hay un restaurante italiano por aquí? Le prometí a mi hijo que le llevaría pasta.

La oficina estaba en el segundo piso, en un apartamento residencial justo encima de un restaurante italiano que ya había cerrado. Sae se detuvo en lo alto de la escalera, apoyó la oreja suavemente sobre la puerta, y no oyó nada más que el latido acelerado de su corazón. Después de unos instantes, abrió la puerta y encontró una pequeña habitación con dos escritorios angostos. Había olor a encierro. La pequeña cocina no estaba en uso, y habían apilado varias cajas sobre el fregadero. En el alfeizar de la ventana, un gran cenicero lleno de colillas. Ella buscó signos de que alguien pudiera haber estado viviendo en la oficina, pero no había nada que se pareciera a una cama; tampoco, había restos de comida. Resultaba evidente que ni el señor Bae ni Jae habían usado la oficina como lugar de refugio.

Sae reconoció de inmediato uno de los escritorios como el que podría ser de Hae-soo: bien organizado y con un florero con una flor muerta y marcas de agua. En el otro escritorio, encontró un calendario escrito con la clara letra de Jae. Verlo fue como traerlo de vuelta a la vida en esa habitación, y la invadió la desesperación: la sensación de que debía encontrarlo con urgencia, el miedo de que esto fuera todo lo que quedaba de él.

Miró a su alrededor, cajones y papeles sobre el escritorio. En alguna parte, pensó, encontraría una pista vital o un detalle que la llevaría hasta él. Abrió los cajones y revisó los papeles en busca de un contrato que pudiera detallar el trabajo que L&S había acordado realizar, o incluso una factura o un acuerdo con un nombre de contacto en Grupo Taehan.

Después de intentar abrir un cajón cerrado con llave con un clip, se dio por vencida y se sentó en el escritorio de Hae-soo a mirar un libro de contabilidad, pasando el dedo por transacciones que no le decían nada. Cerró el libro y cruzó la habitación para revisar los papeles en el otro escritorio. Debajo de varios manuales, encontró sepultado un sobre color naranja con un juego de planos, y su corazón se aceleró mientras lo abría, reconoció los bocetos de la estructura de Torre Aspiración Revisó las páginas varias veces, tratando de descifrar las notas y los cálculos, más consciente que nunca de que tendría que resolverlo sola.

VEINTIÚN DÍAS DESPUÉS DEL DERRUMBE

—SÍRVEME OTRA COPA —DIJO YUNG apoyando su vaso sobre la mesa.

Myong-hee se detuvo un instante antes de coger la botella de whisky vacía frente a ella, un tanto sorprendida. Él nunca había sido un gran bebedor; siempre respetaba el límite que se había impuesto de no más de dos whiskies. A lo largo de los años, ella se había maravillado por su control: la forma en que vaciaba su vaso o lo cambiaba por otro vacío en la mesa mientras sus colegas de negocios se emborrachaban. Era un hombre que mantenía el control total de sus intercambios de negocios, incluso de los personales; no era vulnerable ante nadie.

—¿Más de lo mismo?

El asintió.

Ella salió de la habitación a buscar otra botella, se demoró un poco para alargar la noche. Con la frente amplia y el cabello hacia atrás, Yung no se parecía a su padre, el director, pero un gesto suyo bastaba para traerlo a la habitación y, a Myong-hee, eso le producía sentimientos ambivalentes. Llevó una fuente de frutas y de sepia seca y cogió su vaso para servirle.

—Antes de que se me olvide, hubo una reunión que quería contarte —dijo ella—. El director de préstamos corporativos del Banco Nara vino con el señor Jo de Sangmyong Electrónica. Estuvieron conversando sobre la adquisición de una compañía llamada Onha Tech. Parece que habían desarrollado una tecnología especial…

—Ahora no. No puedo —la interrumpió Yung levantando la mano.

Myong-hee asintió, aunque la respuesta le resultó inesperada. Creyó que él había ido a escuchar sus informes, y no porque no tuviera otro lugar a donde ir a beber. El reciente comunicado de que un tercero contratado resultaría responsable por el derrumbe de la Torre había seguido rápidamente a los rumores de que Grupo Taehan todavía podía ser demandado. Darse cuenta de que el desastre constituía una verdadera amenaza al Grupo Taehan la llenaba de un extraño cosquilleo que no podía definir.

—Dijeron en las noticias que se trataba de una piscina —dijo ella con calma, alisándose la falda. Ello suponía que incluso si el público era indulgente, el director nunca lo sería—. ¿Cómo se lo está tomando el señor director?

—No sabría decirte —respondió Yung con una mueca—. No sé dónde está el viejo. —Yung se llevó el vaso a los labios—. Parece que no puedo localizar a nadie en estos días. El señor Bae, ese enano incompetente de mierda. Solo le pedí una cosa. ¿Es tan difícil encontrar a alguien?

Se inclinó hacia delante y apoyó los codos sobre las rodillas.

—El señor Li venía mucho por aquí. ¿Te dijo a dónde iba?

—Ojalá pudiera decírtelo —señaló ella bajando la mirada, con temor a que sus ojos la delataran. Pero vio que no hacía falta preocuparse. Yung no estaba mirándola.

—Es una broma. Por supuesto que no te lo diría a ti. No sé por qué lo dije. —Yung arrastraba las palabras y se volcó lo que le quedaba del whisky sobre la camisa. Ni se dio cuenta. Comenzó a reírse—. Tal vez, padre tiene razón. No soy tan meticuloso ni tan paranoico como él. Padre solía llevarnos a dar una vuelta por sus fábricas. Quería que supiéramos que él conocía cada departamento, cada sección de la línea de producción como la palma de su mano. Luego, nos llevaba a la cumbre del Nasam y, desde allí, señalaba cada uno de los edificios que había construido. No para mostrarnos nuestra herencia, sino porque quería que supiéramos que él había construido todo de la nada. Un recordatorio de que nosotros nunca lograríamos tanto como él.

Llegó el turno de Myong-hee de tomarse una copa, molesta por cómo se había derivado la conversación. Solo quería algo que le quemara la lengua para quitarse el nerviosismo, aunque le costaba detener los recuerdos, sobre todo si Yung quería hablar del pasado. Ella exploró el límite entre su sensación de gratitud hacia él y el resentimiento que crecía, fruto del abuso prolongado de sus intercambios. A lo largo de los años, ella había compartido con Yung la información que pasaba por sus salones que pudiera darle a Grupo Taehan una ventaja competitiva: rumores de fusiones de compañías, noticias sobre inversiones hechas por compañías

extranjeras, detalles de los productos que estaban siendo desarrollados por pequeñas compañías y que Grupo Taehan podría hacer mejor. A cambio, ella tendría contacto con Geun-ye. Al principio, vivía para escuchar los detalles. "¿Había tenido cólicos?" "¿Quién lo cogía cuando tenía una rabieta?". Pero con el paso de los años, le pareció mejor no saber nada. Igual que ahora Yung no quería esos retazos de información que ella había juntado en las últimas semanas, ella tampoco quería oírlo hablar de Geun-ye. Después de todo, no es tanto lo que el corazón puede soportar.

—El próximo director tiene que ser el custodio de su legado —estaba diciendo él—. No hay más espacio para errores.

—¿Crees que tu posición como el próximo director está en peligro? —preguntó ella, y cuando escuchó la respuesta, se dio cuenta con entusiasmo de que el Grupo Taehan estaba en verdadero peligro.

Yung se ofuscó.

—¿Me estás tomando el pelo? Esta es la prueba final. Padre quiere probar si yo puedo sacar al Grupo Taehan de esta crisis. Creo que este ha sido su plan todo el tiempo. Y yo lo voy a arreglar. Lo haré. Se dará cuenta de que me debería haber tenido siempre en mente para la dirección. ¿Qué es lo que veía en Geun-ye? Siempre fue Geun-ye, Geun-ye, Geun-ye. Todo vuelve a él, ¿no?

—Creo que ya has bebido suficiente —dijo ella cogiendo con suavidad el vaso de su mano. Estaba impactada por la amargura en la voz de Yung. Habían pasado años desde la muerte de su hermano y todavía le dolía a Myong-hee oír su nombre—. No hablemos más de Geun-ye.

Durante varias semanas, el impacto por el derrumbe de la Torre había sido palpable, pero gradualmente los negocios volvieron a funcionar; los hombres estaban retomando sus rutinas.

Esa noche, un poco antes, Myong-hee había tenido que lidiar con una chica que había bebido demasiado y se había quedado dormida mientras entretenía a un grupo de hombres, había consolado a un joven empleado de una firma naviera que lloraba a su exnovia y había tenido que despedir a un grupo porque todas sus salas estaban ocupadas.

Ahora, un hombre fingía que había perdido su cartera y sus tarjetas de crédito, y había comenzado a discutir cuando Myong-hee insistió en que tendría que encontrar una forma de pagar.

—Francamente —decía el hombre de rostro colorado y denso aliento ácido—, no tendría que cobrarme. ¿Usted sabe quién soy yo?

Myong-hee sonrió cortésmente.

—Con el debido respeto, todos los clientes que…

—Le he preguntado si sabe quién soy yo —gritó como si la confusión se hubiera originado por el volumen con el que estaba hablando—. Soy un gerente, ¿lo comprende? En una compañía importante. —Arrastraba las palabras mientras trataba de sostener la cabeza con la mano con el codo vacilante apoyado en el mostrador.

—Tengo mucho dinero —dijo—. Sabe usted, creo que una de sus chicas cogió mi dinero. Sé que no debería haber confiado en ellas. Qué nido de víboras es este lugar.

—Señor Lee —dijo Myong-hee—. Si usted necesita hacer alguna llamada para que alguien pueda pagar su cuenta, le puedo facilitar…

—Yo me hago cargo del tema. —Una voz profunda interrumpió desde atrás.

Era un hombre alto, peinado con cuidado y con raya a un costado. Parecía tener unos treinta y tantos años, y su rostro fresco y sin arrugas resultaba vagamente familiar.

—Lamento los inconvenientes —dijo él, colocando su tarjeta de crédito sobre el mostrador. Llevaba un Rolex de oro y elegantes gemelos.

—¿Quién es usted? —quiso saber el señor Lee.

—¿Por qué no lo llevo hasta un taxi? —dijo el hombre alto tomando al señor Lee por los hombros.

Cuando el hombre alto regresó a buscar su tarjeta de crédito, unos momentos después, la mayoría de las salas se había vaciado, y Myong-hee se sentía cansada y con deseos de meterse en la cama.

—No sé por qué la gente viene aquí cuando sabe que no puede pagarlo —dijo él, recuperando el aliento, como si hubiera corrido de vuelta para verla.

—Pasa muy a menudo —respondió ella encantada—. Le traeré una copa, cortesía de la casa, por supuesto.

Mientras Myong-hee iba atrás del bar para servirle un whisky, recordó que él había estado allí antes acompañando a un grupo de banqueros que habían ido poco después del derrumbe de la Torre.

—¿Cómo está el señor Shim? —preguntó ella—. Usted estaba con él la otra noche. ¿También trabaja en el Banco Nara?

—No —dijo él buscando en su bolsillo una tarjeta reluciente.

Byun Sang-hoon

—No trabajo en el banco. Soy administrador de los fondos privados de unas pocas personas de alto patrimonio.

—No debe ser un trabajo fácil —dijo ella—. Por mi experiencia, esos clientes tienden a ser personas difíciles. Aquí está —indicó dejando el vaso sobre el bar frente a él.

El señor Byun tomó un trago de whisky sin prisa. Parecía un hombre que sabía apreciar las cosas más refinadas de la vida. Myong-hee presintió que era muy bueno en lo que hacía.

—Los clientes no son difíciles —explicó—. La cuestión es saber más que los demás. Cuando los analistas de los bancos terminan de redactar sus informes para asesorar a sus inversores institucionales, ya es muy tarde. Lo mejor es conocer los secretos de una empresa antes de que ellos mismos los conozcan.

—¿Qué quiere decir? —preguntó ella fingiendo ignorancia, aunque internamente estaba bien atenta, de repente, a la posibilidad de que fuera un policía encubierto que investigaba su arreglo con Yung.

Sus ojos lo escudriñaron en busca de alguna pista, pero rápidamente desechó la idea. Su intuición le dijo que él tenía dinero y que le estaba diciendo la verdad.

—Imagínese —explicó—. Si hubiera un juicio y el Grupo Taehan fuera condenado, ¡la compañía desaparecería! Los contratos que tiene alrededor del mundo caerían, y todos los bienes de la compañía serían rematados para compensar a las familias de las víctimas. Si yo fuera un inversor, lo querría saber lo antes posible. — Cogió el vaso y le dio un buen trago sin desviar de ella la mirada. Ella se dio cuenta de que quería algo. La sensación de intriga que había tenido antes regresó, y ella se volvió para apoyarse en la

barra. Durante años, se había preocupado por sus deudas y por su propia supervivencia. No había espacio para soñar que el director pudiera recibir el castigo que merecía.

—Los rumores dicen que el presidente del Grupo Taehan viene aquí de vez en cuando. Yo pagaría mucho por ser una mosca en la pared —dijo él dejando el vaso en el mostrador.

—¿Qué le hace pensar que un hombre en su posición tendría tiempo para venir a un lugar como este en medio de semejante crisis? —preguntó ella. Esta defensa de Yung era lo habitual. No sabía demasiado sobre el señor Byun como para revelar ninguna información—. Sería muy difícil conservar la reputación de Myongwolgwan si mis clientes pensaran que las paredes escuchan —dijo sosteniéndole la mirada—. Sería muy dañino para el negocio.

—Sería compensada, por supuesto. Piénselo —dijo él bebiendo lo que le queda en el vaso.

Myong-hee lo vio salir, mientras pensaba en la circular que el señor Li mencionó, la prueba que él decía haber destruido. La crisis era mucho mayor de lo que Grupo Taehan había informado al público, pero ¿era suficiente como para derribar a la compañía? No estaba segura. Un titán como el director no caería fácilmente. Repasó el mostrador del bar y repuso las botellas de alcohol, consciente de que en el transcurso de la noche su ánimo había mejorado. Se dio cuenta de que el intermitente estremecimiento que sentía no era nerviosismo sino algo peligrosamente parecido a la esperanza.

5.30 p. m., 30 de octubre de 2016
Residencia del director, distrito Gugi, Seúl

Desde la muerte de Geun-ye he reflexionado con frecuencia sobre la relación entre padres e hijos. Me parece que los padres pueden conocer a sus hijos íntimamente sin comprenderlos, y viceversa. Incluso hoy, muchos años después, todavía me doy cuenta de que mis recuerdos más tempranos, los más felices, los tengo con mi padre. Mi amor por él era simple, sin complicaciones. Nunca olvidaré el bamboleo de su barriga cuando reía, la tensión de los músculos bajo su fina y arrugada piel mientras esperábamos que un mapache cayera en la trampa que habíamos construido.

Era un hombre de pocas palabras, pero le encantaba actuar. En invierno, cuando nos apretujábamos en nuestra pequeña choza para no sentir frío, nos deleitaba con sus actuaciones de oso y de los animales de las historias que comenzaba pero que nunca terminaba. Por la mañana, mis hermanos y yo tratábamos de recordar la última parte de la historia que habíamos escuchado antes de caer dormidos, y siempre nos faltaba el final.

Lo adoraba, pero él no comprendió lo que yo estaba tratando de hacer por nuestra familia. El primer trabajo que conseguí después de dejar a la familia fue de repartidor, llevando en bicicleta verduras y arroz desde el mercado hasta los hogares pudientes de los japoneses en la aldea. En la primera entrega, sentí cómo aullaba mi estómago. Imaginaba el dolor en las barrigas de mis hermanos. Miré a los vendedores del mercado ocupados con sus tareas. Ni me veían, era invisible. Sería fácil, pensé, escaparme con la comida y fugarme por el sendero de la montaña. Podía sentir cómo fluía mi saliva ante el pensamiento, pero también sabía que era una solución a corto plazo. Tal vez, la comida alcanzaría para un mes como mucho, ¿y después qué? No, no cedería ante lo que más deseaba en ese momento porque pondría en riesgo lo que necesitaba a largo plazo.

La entrega era para una rica familia japonesa. Miré la casa desde la verja y admiré el gran jardín, la quietud del estanque donde nadaban las carpas. Me llenó de coraje. Era posible vivir así, pensé, si trabajaba con esfuerzo. Así que corrí de vuelta al mercado, ansioso de hacer la siguiente entrega. Me hice visible a los vendedores, me familiaricé con los trayectos más cortos por los callejones traseros del mercado hacia los barrios más prósperos. Cada noche caía rendido en cuanto mi cabeza tocaba la bolsa de arroz que usaba como almohada. Tenía un arreglo con el dueño de un restaurante que había descubierto que le robaban por la noche. Dormía en el umbral

del restaurante y cuidaba el inventario, acunado por el olor a pescado podrido, y ocasionalmente me despertaba el mordisco de una rata en los dedos del pie.

En el transcurso de varios meses, los vendedores del mercado me habían apodado "el Rayo". Si alguien necesitaba una entrega urgente, me llamaban. Una tarde, llegué a una casa de rejas doradas donde un caballero les gritaba a sus empleados. Tenía un rostro delgado y un pequeño bigote que escondía una fila de grandes dientes desiguales. Me quedé allí, escuchando. Estaba furioso porque su chofer no había vuelto de hacer una importante entrega. Entonces notó mi presencia y me preguntó si sabía conducir.

Yo asentí, y me pidió que fuera a la fábrica de cemento que tenía para que pudiera hacer la entrega por la noche. Dije que lo haría. Lo único que debía resolver era un pequeño problema: yo no sabía conducir. Corrí a buscar a mi amigo Won-san que trabajaba en casa de un rico coreano que tenía un coche y le pregunté si podía enseñarme. Sucedió que justamente el empresario coreano dueño del coche estaba de viaje en Japón, y su chofer estuvo encantado de mostrarme cómo hacer los cambios en el sedán de cuatro puertas.

Por la noche, ya me sentía confiado de que podía conducir de un lugar a otro. Pensé que se trataría de un sedán, pero cuando el señor Oshida me llevó detrás del cobertizo, se dirigió a un enorme camión cinco veces más grande que el sedán. Miré el interior de la cabina. La maquinaria parecía similar. Arranqué el motor. El volante era mucho más pesado, la palanca de cambios no se movía como yo esperaba, pero logré hacer avanzar el camión. El hombre sentado a mi lado no lo podía creer cuando salimos a la carretera, y me preguntó si había conducido antes. Así y todo, logramos llegar al lugar.

Fue un comienzo accidentado, pero también fue una lección importante para mí: no hace falta saber todo sobre la operación de un negocio; es posible aprender mientras se avanza. Después de mostrar mi valía como chofer, el señor Oshida me contrató en la fábrica para hacer de todo: tareas de mantenimiento, cargar camiones y hacer entregas.

"Nunca paras de hacer preguntas, ¿verdad, Rayo? Si no te tuviera tanto aprecio diría que estás insubordinándote", me dijo un día. Es cierto que yo era muy curioso sobre todos los aspectos del negocio. También, hacía muchas preguntas para poder mejorar los procesos donde se pudiera.

Si las cosas podían hacerse más rápido, después de todo, se podía lograr más. Supongo que llamé la atención del señor Oshida con todas mis preguntas, y un día me invitó a su oficina. Dijo que estaba impresionado con la forma en que pensaba y

quería que viera los libros. No tenía ni idea de qué quiso decir con "ver los libros", pero dije que lo haría de todas maneras. Después de varios meses trabajando en contabilidad, me convertí en un contable seguro de mí mismo.

Volví a mi casa todas las veces que pude en los siguientes diez años, llevando bolsas de arroz y ropa nueva para mis hermanos y hermanas. Estaban fascinados de verme. Comíamos todos juntos, y les encantaban mis descripciones de la ciudad. Mi padre con frecuencia se retiraba durante esas conversaciones. No le gustaba que no viviera en casa. En esa ocasión particular, había ido a casa para decirle algo a mi padre. Unos días antes, había oído por casualidad al señor Oshida hablar por teléfono y tenía una primera pista de que Japón estaba perdiendo la guerra. En vista de toda esta incertidumbre, fui a casa para pedirle consejo si debía pedir un préstamo y ofrecerle al señor Oshida comprarle la empresa. A mi padre no le pareció bien.

—Has hecho mucho para ayudarnos —dijo mirándome—. Tus hermanos están saliendo adelante.

—Me alegra, yo…

—Pero no renuncies a esta tierra. Una vez que los japoneses abandonen la península, recuperaremos el control de nuestra tierra. Necesitaremos más ayuda. Será más fácil con tus hermanos ya crecidos, pero necesitamos tu ayuda aquí. Ya tuviste tus aventuras, y ahora quiero que vuelvas a casa.

—¿Qué estás diciendo? —le dije—. Estoy trabajando lejos de casa para que podamos sobrevivir aquí.

Era como si no me hubiera escuchado.

—Si me dijeras que quieres dejarnos porque deseas convertirte en un catedrático, entonces lo entendería. ¿Pero un emprendedor? No es una profesión honorable.

—¿Y cómo alimentaría a la familia si fuera un catedrático? —le pregunté—. ¿Se puede llenar el estómago con ideas? No comeríamos más que papel.

Se alejó de mí.

—La ciudad ya te ha cambiado mucho. Solo piensas en ti mismo, en hacerte rico. Has perdido de vista a la familia.

—¡Solo pienso en la familia! No puedo soportar veros vivir así.

—¿Cómo le levantas la voz a tu propio padre? Ya no te conozco.

Me latía el corazón con furia. No podía entender el pensamiento de mi padre. ¿Cómo podía estar tan ciego a nuestra pobreza?

Volví a Seúl, con el corazón entristecido por la discusión. Unos días después, los japoneses se rindieron a las fuerzas aliadas. Al poco tiempo, el día en que Corea se

liberó de Japón, entré a la oficina del señor Oshida y lo encontré muerto. Se había pegado un tiro.

Un mes después, tomé un préstamo y le hice una oferta a la viuda del señor Oshida. Compré la fábrica de cemento. Verá, yo tenía un sueño. Que podría ahorrar lo suficiente como para comprar una casa en Seúl para toda la familia. Entonces, tal vez, padre vería finalmente lo que estaba tratando de lograr. No sabía que una guerra se estaba preparando igual que una avalancha en el horizonte. No sabía lo que le sucedería a nuestro gran país.

Aprendí mucho sobre la construcción siendo un simple proveedor, y muy pronto, no me alcanzó con ser solo una parte del proceso. Al principio, era simplemente el subcontratista de firmas de construcción establecidas y tomaba el negocio que me ofrecieran. La presencia de los americanos creó una gran cantidad de proyectos y, hacia 1950, yo tenía una reputación de confiabilidad y eficiencia como compañía constructora. Grupo Taehan había crecido considerablemente y tenía una fuerza de trabajo de casi setenta hombres. Se hablaba de la guerra en esos días; era siempre una posibilidad, pero una mañana, me desperté con el sonido de una explosión. Salí a la calle y vi a la multitud corriendo en una dirección.

Paré a un hombre, y me dijo que el puente entre la parte norte y sur de la ciudad había sido bombardeado y que avanzaban los norcoreanos. No tuve más alternativa que abandonar las obras de construcción, cerrar mi tienda y juntar todo el dinero en efectivo que tenía. Todos nos convertimos en refugiados, andando trescientos kilómetros desde Seúl a Pusan.

En Pusan, estuve intranquilo y preocupado por mi familia. Me hice amigo de un teniente del Ejército de Estados Unidos llamado Henry MacMan. Era un hombre pequeño con el cabello castaño claro, que compensaba su escasa estatura con una musculatura imponente. Le rogué que me diera un pase para ir al norte. Me advirtió que no era seguro. Me torturaba no tener noticias de mi familia. Cada noche visitaba la tienda del teniente y le pedía si había alguna forma de llegar al norte de la península. Escuché a escondidas a través de las lonas de su tienda al general haciendo planes, y se me ocurrió uno a mí. Yo había dejado todo en Seúl y solo contaba con mi carreta y un buey, pero para la mañana siguiente, había contratado varios trabajadores y ofrecí mis servicios al Ejército. Sugerí que necesitarían ayuda en las obras a medida que avanzaran hacia el norte, y ofrecí mis servicios.

La noche antes de partir con el Ejército, sentí una mano en mi brazo y vi un rostro familiar. Era So-nyuh, una chica con la que había crecido en mi aldea.

Llevaba el pelo corto, en forma de melena; las escasas raciones de alimento les habían quitado la frescura a sus mejillas. Nos abrazamos mientras que en mi interior crecía la esperanza de que si ella había logrado llegar al sur, era posible que mi familia hubiera logrado huir también. Pero resultó que ella estaba en Seúl varios meses antes de la invasión, visitando a unos parientes que vivían allí. Caminamos hacia el asentamiento donde muchos habían construido sus chozas con alfombras de yute, cajas desechadas y metal de latas de conserva aplastadas. Mientras la llevaba hasta su casa, recordé que nuestras familias hacían frecuentes bromas cuando éramos pequeños de que nos casaríamos. Broma o no, decidí en ese instante que cuando regresara del norte, honraría los deseos de mi familia.

En los dos años siguientes, colaboré con el Ejército americano en la instalación de sus bases. En esos días, me entrené gradualmente a dormir cada vez un poco menos por la noche. Se convirtió en un hábito para el resto de mi vida dormir solo cuatro horas por noche. Ahora, debido a la medicación, me veo obligado a dormir todo el día. De joven, algo así me hubiera vuelto loco. Cuando no estoy trabajando, me siento inquieto y me invade una sensación de inutilidad. Soy un hombre que necesita mantenerse ocupado. Permanecer cerca de los americanos fue lucrativo, porque aprendí muchas cosas antes que la mayoría, y pude usar esta información en mi favor. Así fue cómo pude descubrir planes del Ejército americano, estar en el lugar correcto en el momento apropiado. Lo que más necesitaban era mano de obra mientras establecían sus bases y cuarteles generales más permanentes en medio de la ciudad.

Con rapidez, pude reunir un grupo de hombres muy trabajadores que se congregaban en los cimientos de la base del ejército a cambio de comida y una paga de unos pocos wons. Una vez que terminó la guerra, ya no hubo escasez de trabajo. Una ciudad entera —qué digo, un país en realidad— debía ser reconstruido. De ese modo, comenzó mi empresa de construcción. Al principio, vender información sobre los movimientos del Ejército resultó más lucrativo que mis proyectos de construcción. Cualquiera que quisiera comenzar con un negocio venía a consultarme porque yo sabía qué estaban haciendo los americanos. Pronto, llegaron a mi puerta los aspirantes a políticos, preguntando qué podían hacer para mejorar sus posibilidades de ganar las voluntades de los americanos, porque todos sabían que esa era la única manera de triunfar en la política.

Nunca pude volver a mi ciudad natal de Yongchonggun, pero honré el deseo de mi padre y me casé con So-nyuh. En todos estos años, he pagado para que investiguen el paradero de mi familia sin mucho éxito. A medida que comencé a reconstruir

nuestro país, pensé que si yo no podía encontrarlos, tal vez sería más fácil que ellos me encontraran a mí. Era importante, más que ninguna otra cosa, que mi trabajo fuera visible. Pensaba que, si construía algo inmenso, eso nos reuniría. No tuve otra alternativa que luchar por el éxito de Grupo Taehan. Esa era mi antorcha en la oscuridad, una luz que guiara a mi familia de vuelta hacia mí.

VEINTIDOS DÍAS DESPUÉS DEL DERRUMBE

HACÍA MENOS DE UN AÑO que Sae había dejado su trabajo en *Diario Seúl*, pero en ese momento, parecía que las oficinas habían entrado en decadencia. Se desanimó al ver varios cubículos vacíos, los escritorios llenos de polvo. Era difícil no sentir que el periódico había perdido la motivación de decir la verdad ante el poder o, tal vez, lo que ocurría era que se había agotado al intentarlo. La mesa con el café en el centro de la redacción estaba llena de tazas y platos sucios, servilletas mojadas en envases desechables vacíos, vasos de papel y palillos de madera. Era temprano, pero ella había preferido esperar a Tae-kyu en vez de volver al apartamento vacío, extrañamente tranquilo sin los niños. Para su sorpresa, el editor todavía no había llegado, Tae-kyu estaba dormido en un sofá, con una mano sobre los ojos. Sae recogió la botella de soju vacía que estaba en el suelo, y lo sacudió. Se despertó sobresaltado, parpadeando varias veces antes de sacar las gafas de debajo de unos cojines.

—¿Qué hora es?

—Seis y treinta, dijo ella.

Él se restregó el rostro y se recostó de lado.

—¿Qué haces aquí?

—No podía dormir —dijo ella—. ¿Cuánto hace que duermes aquí?

Se levantó pesadamente y se alisó el cabello, resignado a la idea de que no podría seguir durmiendo.

—Hace un tiempo. Incluso desde antes de la Torre.

—Voy a hacer café —dijo ella dirigiéndose a unos estantes a buscar la tetera. El fregadero estaba lleno de tazas sucias.

—¿Dónde están todos? —preguntó Sae, mientras ponía dos vasos desechables en la mesa y miraba a su alrededor, consternada.

—Esto solo no me sirve —dijo Tae-kyu después de un trago, ignorando deliberadamente la pregunta—. Voy a necesitar un caldo. ¿Por qué no vamos a buscar el desayuno?

—¿Vas a responder mi pregunta? —inquirió Sae mientras esperaban la sopa.

—¿Vas a decirme por qué tienes ese aspecto?

—¿Qué aspecto?

—El aspecto de un coyote. Has olfateado algo, estás hambrienta por capturar la presa.

—Responde tú primero —exigió ella.

—Solo somos dos ahora, yo y el reportero Kang —dijo él.

Una camarera de rostro pálido y labios rojo intenso llegó con la sopa bien caliente.

—Lim se fue al *Times*, Lee renunció después de una discusión con el nuevo editor. No se contrataron sustitutos por falta de presupuesto —aclaró tomando una cucharada—. Tu turno.

—Grupo Taehan está ocultando algo sobre la Torre —dijo ella.

Tae-kyu continuó dando tragos del caldo, sin inmutarse.

—¿En qué te basas?

—Encontré a Hae-soo en una habitación privada de un hospital. Parece que le habían dado instrucciones de que no hablara con nadie sobre lo que L&S estaba haciendo en la Torre. Pero conseguí localizar sus oficinas nuevas y encontré esto —explicó colocando el libro contable sobre la mesa.

—Has estado ocupada —dijo él sin sorpresa—. ¿Qué es eso?

—Las cuentas de L&S Arquitectos —contestó ella—. ¿Qué te parece?

Tae-kyu se secó la boca con una servilleta de papel y la estrujó antes de coger el libro. Después de un momento, la camarera de rostro pálido volvió y les preguntó si habían terminado. Parecía deseosa de que se fueran, así podía llevarse los platos y limpiar la mesa.

Sae observó a Tae-kyu mientras leía las facturas, tratando de detectar si él veía lo mismo que ella había visto.

—"Presupuesto por daños a causa de una tormenta en una tienda rural" —leyó él—. "Renovación de un pequeño apartamento, un agregado de…". —Carraspeó como lo hacía frecuentemente cuando se enfrentaba a un hecho incoherente—. Es una empresa de poca monta. Nunca han hecho nada a gran escala, como la Torre.

—Exacto —confirmó ella—. ¿Por qué contrataría Grupo Taehan a un equipo sin experiencia para un trabajo de semejante envergadura?

Tae-kyu cerró el libro y se restregó las mejillas.

—Tal vez, eran los más baratos —sugirió.

—Solo que tampoco hay pruebas de que haya habido un proceso de licitación para el proyecto. No pidieron presupuestos.

—Hay algo más que te preocupa —observó él después de un momento.

—Nunca se lo pregunté a Jae. No se me ocurrió —respondió ella —. Me perturba no haber pensado en preguntárselo hace seis meses.

—No seas tan dura contigo —indicó Tae-kyu con una sonrisa burlona—. A veces, no vemos a las personas que tenemos más cerca.

—Bueno, bueno, mira quién está aquí. —Suh, el editor, un hombre regordete con piernas flacas, se puso de pie con cierto esfuerzo cuando Tae-kyu y Sae entraron a su oficina—. Tienes esa mirada —dijo jovial—. Si no te conociera tanto diría que estas investigando para un reportaje. ¿Cómo están los niños?

—Quisiera ayudar a Tae-kyu con una historia —confesó ella—. Investigar sobre qué estaba haciendo L&S Arquitectos en Torre Aspiración.

Él lanzó una risotada.

—No has cambiado nada. ¿Qué tal si primero me saludas? Creía que eso ya era de público conocimiento, ¿no? Que L&S cometió un error y tiraron abajo la Torre.

Sae y Tae-kyu intercambiaron miradas y Sae dijo:

—Nadie había oído hablar de L&S Arquitectos en la industria. Resulta sospechoso que les adjudicaran un proyecto de semejante magnitud sin un proceso de licitación.

Suh permaneció impasible.

—Este país se construyó sobre el favoritismo. No me parece sospechoso.

La falta de curiosidad del editor explicaba por qué habían renunciado los otros periodistas y el triste estado en el que se encontraba el periódico al que ella tanto le había dado.

—Lo que los lectores quieren leer son las historias de los que perdieron a sus seres queridos. Historias de interés humano. La muerte vende. Los lectores no pueden dejar de leerlas. No sería correcto volver la atención hacia Grupo Taehan; estamos hablando de una tragedia. Nuestro símbolo nacional del éxito convertido en una ruina de escombros.

Sae le lanzó a Tae-kyu una mirada.

—Ese es el tipo de historias que escribe el *Times*. *Diario Seúl* siempre ha investigado el favoritismo y la injusticia y…

—No creo que lleve mucho tiempo hacer un par de llamadas para preguntar con qué otras empresas estaba asociada L&S Arquitectos —sugirió Tae-kyu en tono conciliador—. O quién era responsable de gestionar ese centro de esparcimiento una vez que la piscina estuviera abierta al público. —Sae casi no lograba comprender sus reservas y apretó los dientes para no gritar.

Suh miró a Tae-kyu y a Sae, y se dio cuenta de que estaban confabulando contra él.

—De acuerdo, haced esas llamadas, pero también quiero las historias de interés humano para el final del día. ¿Entendido?

Esa tarde, Tae-kyu la llevó en coche a las oficinas de L&S; ella corrió hasta la escalera cubriéndose la cabeza con la chaqueta por el aguacero; se quedó parada en la puerta después de abrirla para ver si había signos de que alguien hubiera estado allí después de su última visita. Todo estaba tal como ella lo había dejado.

Cuando Tae-kyu entró en la oficina, sus gafas se empañaron con el vapor, y miró el espacio sin ver nada hasta que limpió los cristales.

—La verdad es que es una empresa muy pequeña, ¿no? —señaló —. Imagino que algunas compañías honran sus orígenes humildes, ¿pero esto? ¿Has oído los rumores de que el director de Grupo Taehan había trabajado en un cuchitril infestado de cucarachas al terminar la guerra?

Ella encogió los hombros desinteresada, concentrada en estudiar los papeles sobre el escritorio. Esa mañana, habían hecho algunas llamadas y habían descubierto que una empresa llamada SM Salud había presentado una propuesta para gestionar el centro de esparcimiento en el último piso de Torre Aspiración, cuando se terminara la piscina. Pero una investigación sobre SM Salud reveló que no tenían un historial de proyectos u operaciones. Sae quería ver si podía encontrar alguna referencia o contrato entre SM Salud y L&S Arquitectos.

Cuando hizo una pausa, se dio cuenta de que habían pasado varias horas, y ninguno de los dos se había movido.

—¿De verdad que no te están esperando en tu casa en algún momento? —le preguntó a Tae-kyu después de un rato.

Tae-kyu soltó una risa suave.

—Dejaron de esperarme en casa hace varios años. Es más, me dijeron que no vuelva nunca más.

—¿Qué hiciste? —preguntó ella tratando de mantener un tono jovial.

Inmediatamente se arrepintió, recordando cómo Jae le había reprochado esa tendencia suya a interrogar a la gente, hurgando en lugares dolorosos para satisfacer su propia curiosidad.

—Lo que te dije antes. Dejé de prestarles atención. Es que nos ocupamos menos de quienes están más cerca de nosotros. Me centré en el lugar equivocado. Descuidé a mi familia y ahora lo lamento.

Sae sintió cómo se ruborizaba ante esta inesperada confesión de Tae-kyu. Él le había impresionado siempre como un hombre sin remordimientos, que tenía la sabiduría necesaria para no dar nunca un paso en falso.

—Lo siento mucho —se disculpó ella.

—¿Cómo están los niños?

—Están muy bien —dijo ella, tratando de enmascarar el hecho de que, en realidad, no había pensado en cómo estaban para nada. Era más fácil sumergirse en la investigación, mantener esa sensación de que iba hacia delante si no pensaba en ellos, ni en cómo les diría que Jae había desaparecido.

—Creo que es importante que estés allí con ellos —agregó él—. No es que no puedas relacionarte con ellos más adelante, sino que, pasado un cierto momento, ya no sabes qué preguntas hacerles. Dejas de saber cuáles son las cosas relevantes para ellos.

Sae pensó en la seguridad con la que actuaba Jae como padre, cómo sabía lo que necesitaban. En ocasiones, esa seguridad sobre qué era lo mejor para los niños, su vínculo con ellos, la había puesto celosa. Recordó una vez que, al volver de una entrevista realizada a los supervivientes de la masacre de Gwangju para un artículo conmemorativo, no había podido desprenderse de la oscuridad de esas historias al llegar a su casa. Era como si hubiera regresado a una vida en la que se había vuelto una desconocida. Jae y los niños parecían autosuficientes; su presencia era superflua. Jae se dio cuenta de que ella se había quedado en silencio y le puso la mano sobre el hombro.

—¿Te dejó mal la entrevista?

—No —contestó ella—, solo estoy cansada.

Sintió la caricia en la nuca y le cogió la mano para mostrarle que no estaba enfadada con él.

—¿Necesitas quedarte un rato tranquila? —preguntó con dulzura —. ¿Te molestan los niños?

—No. De hecho, me gustaría estar más tiempo con ellos. —No fue capaz de decirle que sentía celos.

¿Cómo era posible? Sabía era la envidia de cada una de las madres del país. Cuando le contó a una amiga que Jae se quedaba en casa con los niños, su amiga no se lo podía creer.

—¿Y si dejara de trabajar por un tiempo? —le dijo sin poder mirarlo de frente—. ¿Y me quedara en casa? Tal vez, tú podrías encontrar un trabajo.

Ella sintió que la mano de Jae se tensaba sobre su espalda.

—¿Qué podría hacer? —preguntó él—. Después de todo este tiempo sin trabajar.

—Bueno, la situación va a empeorar cuanto más tiempo pase, ¿no es cierto? Dijiste que querías graduarte.

—¿Qué es lo que deseas? ¿Más dinero?

—No —dijo ella, sorprendida por la pregunta.

—¿Me consideras menos porque me quedo en casa a cuidar a los niños?

—¿De dónde has sacado eso? —La sugerencia la irritó.

Le parecía que él quería comenzar una discusión.

—¿Por qué no puedo disfrutar un poco de las cosas buenas de la vida? ¿Por qué tengo que ser yo la que trabaje viendo cadáveres? ¿Y si yo quisiera ser quien se queda en casa para abrazarlos y alimentarlos?

—Creía que querías continuar el trabajo que comenzamos en la universidad —respondió él, sin ninguna animosidad en su voz—. No quería que sacrificaras nada por mí.

Detestaba cuando él hablaba así. Esa forma de desvalorizarse a sí mismo dentro del matrimonio. Como si él no hubiera cambiado la vida de ella para mejor. Era una forma de ocultarse.

—Es que estoy muy cansada —añadió ella apoyando la cabeza contra el pecho de él.

Al poco tiempo, Jae volvió a casa y le dijo que había conseguido trabajo con el señor Bae.

—Voy a tomar un poco de aire fresco —anunció Sae poniéndose de pie—. El café ya no me funciona.

Caminó hasta la cabina telefónica de la esquina y llamó a su madre. En cuanto oyó las voces de los niños, le sobrevino la necesidad de cortar enseguida. Era más sencillo tenerlos a la distancia que descubrir que su amor por ellos ya no era algo simple y sereno, sino algo que había comenzado a dolerle.

***

Unas horas más tarde, Tae-kyu se levantó para marcharse.

—¿Cuándo fue la última vez que pudiste dormir más de cuatro horas? —preguntó.

—No lo recuerdo —contestó ella.

—Inténtalo esta noche si puedes —dijo él.

Cuando se dirigía hacia la puerta, Sae se dio cuenta de lo que faltaba.

—Me acabo de dar cuenta de algo —dijo.

—¿Sí? —Tae-kyu volvió a entrar a la habitación.

—¿No sería lógico encontrar algunas muestras en alguna parte?

—¿Muestras?

—Si estás construyendo una piscina, ¿no tendrías una factura por la compra de azulejos, por ejemplo? ¿O muestras de los azulejos que recubren la piscina? —Había captado toda su atención—. Cuando me encontré con la señora Bae, ella se mostró confundida cuando le pregunté por la piscina. ¿Y si…? —dijo Sae—. ¿Y si no había ninguna piscina?

Tae-kyu volvió al escritorio y recorrió las notas escritas en los planos.

—No soy un experto, pero hay algunos cálculos aquí de la resistencia de carga del resto de la estructura. Deberíamos hablar con alguien que pueda descifrar esto por nosotros.

Ella asintió.

—Se han cumplido las seis horas que pactamos —dijo él.

Ella murmuró que trataría de terminar, perdida en la revisión de las facturas.

No estaba segura de cuánto tiempo había pasado cuando oyó un ruido al pie de las escaleras.

—¿Has olvidado algo? —preguntó.

Tae-kyu era famoso por sus olvidos y por la tendencia a dejar sus posesiones más preciadas en los lugares por donde pasaba. Ella se dio cuenta de que el movimiento se había detenido; había alertado a quien fuera que estuviera abajo.

Cruzó la habitación hacia la puerta; oía solo el palpitar de su corazón. Abrió la puerta de repente y solo puedo divisar una silueta mientras sus ojos se adaptaban a la oscuridad.

—¿Jae? —preguntó.

La figura al pie de la escalera se paralizó. En las sombras, pudo distinguir el contorno desdibujado de un hombre.

—¿Jae? —volvió a preguntar.

En sus prisas por seguirlo, resbaló en varios escalones y se cayó torpemente sobre su tobillo. Aferrándose a la pared, bajó a los saltos un par de escalones antes de atreverse a apoyarlo. Ráfagas de dolor le recorrieron la pierna hasta la pantorrilla.

Cuando llegó abajo y salió a la acera, vio que la figura salía de la cabina telefónica de la calle principal. Cojeando hacia él, se dio cuenta de que era más corpulento que Jae. Cuando pasó bajo una farola, reconoció el perfil: el señor Bae. Aun a la distancia, Sae notó que había perdido peso desde la última vez que lo había visto, le colgaban las mejillas y el cabello se veía tieso y débil.

A medida que ella se acercaba, él levantó el brazo para detener un taxi. Sae le gritó y corrió a pesar del dolor lacerante en el tobillo. Antes de que pudiera alcanzarlo, el señor Bae había desaparecido dentro del taxi, que ya se acercaba al semáforo que estaba a unos metros de allí. Era casi medianoche, y pasaban muy pocos coches por esa zona residencial, pero afortunadamente apareció otro taxi unos minutos después, y Sae le pidió al conductor que siguiera al único coche que tenían adelante.

El taxi del señor Bae se detuvo en un angosto callejón de las ajetreadas calles de Gangnam. Tras extenderle unos billetes al conductor, Sae bajó del coche y se sumergió en la agitación de luces y sonidos de la ciudad que no duerme. Oficinistas de traje caminaban por el medio de la calle. Se oía música de bares en sótanos y karaokes. El señor Bae entró en un edificio poco iluminado. Un pequeño cartel resplandecía en rojo con la palabra "Myongwolgwan". Un salón de karaoke para hombres. Un lugar al que le costaría entrar sin que se fijasen en ella. ¿Qué hacía allí? Era extraño que fuera a un lugar así solo. A este tipo de locales, los hombres iban en grupo. De pie en medio de la calle, dio un paso atrás para evaluar sus opciones antes de acercarse al edificio. Una luz brillaba al final del callejón. La entrada del fondo del club permitía a los hombres salir con una mujer sin arriesgarse a que alguien los viera. La calle y la puerta estaban protegidas por las sombras. El asfixiante hedor a urinario le hizo contener la respiración hasta que encontró unos escalones que la condujeron a un angosto corredor vacío.

Una guía de pequeñas luces iluminaba el suelo. Los espacios más amplios marcaban las puertas. Oyó que una se abría y se cerraba a cierta distancia. No sabía mucho de este tipo de lugares, pero

parecía un establecimiento de calidad. Sae se acercó hasta el sonido amortiguado de una conversación, con cuidado de no apoyarse demasiado en el tobillo. ¿Qué hacía allí el señor Bae? La idea de que un hombre buscado por negligencia criminal estuviera en una fiesta le parecía descabellada. ¿Habría llamado desde la cabina a la señora Bae para avisarle que llegaría tarde? No, eso tampoco encajaba. Caminó por el pasillo y pegó la oreja contra la puerta. Oyó un murmullo apagado y una conversación sombría. Cuanto más escuchaba, más segura estaba de que era la voz del señor Bae. Hubo otra irrupción de sonido desde una habitación colindante y, por un momento, todo lo que pudo oír fue el repiqueteo de panderetas sobre una conversación relajada. Sae puso la mano sobre el picaporte de la puerta, dispuesta a entrar, cuando oyó una nueva voz hablando con el señor Bae. La familiaridad de la voz la dejó paralizada.

VEINTITRÉS DÍAS DESPUÉS DEL DERRUMBE

MYONG-HEE CERRÓ CON LLAVE Y apoyó la espalda contra la puerta, inhalando una profunda bocanada de aire. Durante toda la noche, había estado intentado volver a su oficina y, una y otra vez, había tenido que enfrentarse a clientes desagradables. Uno de ellos había sido expulsado del club por el alboroto que había provocado y por sus exigencias perturbadoras y procaces.

Desde su encuentro con el señor Byun, había estado pensando en lo que tenía en un pequeño armario al fondo de la oficina. El equipo de grabación había sido un vestigio de la dictadura cuando el servicio de inteligencia estatal insistió en grabar en las habitaciones para monitorear las conversaciones de naturaleza procomunista u opositoras al Gobierno. Después de que los agentes de inteligencia se retiraron unos años atrás, el equipo había quedado arrinconado juntando polvo. Hacía ocho meses, Myong-hee había probado grabar en algunas habitaciones ella misma. Creía que podía usar alguna información para su provecho. Al principio, estaba esperanzada en utilizar el material para cubrir sus deudas. De todas maneras, rápidamente, se dio cuenta de que incluso con la ayuda de Song-mi nunca les alcanzaba el tiempo para revisar las horas de grabación generadas al final de la noche y, además, mantenerse al día con todo lo que requería la gestión del negocio. En los últimos tiempos, se había dedicado a grabar en las habitaciones cuando había reuniones de personajes importantes que ella conocía de antemano.

La oferta del señor Byun y la promesa de compensarla la habían hecho reconsiderar la situación. Era fácil imaginar por qué los inversores querrían conocer el futuro de Grupo Taehan: las acciones de la compañía habían caído en picada, y había rumores de que demandarían a la compañía por cargos civiles y penales.

Corrió la estantería y abrió una puerta escondida detrás. El espacio sin ventanas tenía capacidad para una sola persona sentada frente a un angosto escritorio. Dos de las paredes estaban cubiertas de estanterías para las cintas que los agentes de inteligencia habían vaciado cuando se fueron. La tercera pared contenía sus

grabaciones, las que ella había etiquetado con las fechas correspondientes.

Myong-hee limpió los botones del equipo de grabación con un paño y estaba a punto de hacer una prueba con el audio cuando oyó que llamaban a la puerta.

—¿Qué pasa? —preguntó Myong-hee.

—Es Song-mi —respondió la voz apagada de Min-hye desde el otro lado de la puerta—. Ha bebido demasiado.

Myong-hee la siguió por el pasillo y encontró a Song-mi en una de las habitaciones vacías reservada para las grandes fiestas. Estaba acostada con un brazo cubriéndose los ojos, inmóvil sobre el sofá.

—Sabes que no puedes dormir aquí —dijo Myong-hee sentándose a su lado—. Deberías estar en la sala de espera.

Song-mi se incorporó lentamente, como si el acto de sentarse fuera una hazaña que requiriera un gran esfuerzo. Tenía el pelo aplastado y opaco, los ojos hinchados como si hubiera estado llorando.

—Lo haría —dijo—, pero no puedo soportar el olor que hay allí.

—¿Cuánto has bebido? —preguntó Myong-hee.

—No he estado bebiendo. —Song-mi pareció sorprenderse por el tono de voz de Myong-hee. Todas sabían que serían despedidas si perdían el control con la bebida—. Lo normal. Es solo que estoy cansada.

Song-mi se veía pálida y frágil, como un gorrión con las alas rotas. ¿Era impresión de Myong-hee o Song-mi había adelgazado mucho? Le tocó la frente. Estaba fresca. Quería darle algo caliente y nutritivo de comer. En lugar de eso, le dijo:

—Vete a casa y descansa. No sirves para nada en este estado.

—Dame solo un minuto —pidió Song-mi incorporándose sobre los codos.

Myong-hee podía ver las profundas ojeras bajo sus ojos.

—Vas a tener que retocarte el maquillaje si realmente quieres volver a trabajar.

—No lo sé, creo que a algunos hombres les gusto así —dijo con una súbita sonrisa—. Les seduce este personaje de estudiante frágil, cansada y recatada. Creo que les gusta fantasear con que necesito

tener sexo como un descanso del estudio para mis exámenes. ¡Olvídense del sueño, señores, necesito sentirlos dentro de mí!

Myong-hee se rio, pero el placer de ver que el sentido del humor de Song-mi había vuelto quedó empañado por la preocupación de que fuera algo forzado.

Sonó el timbre que alertaba sobre la llegada de nuevos clientes. En la recepción, recibieron a un hombre de cabello grasiento y una nariz notablemente aplastada. Había urgencia y pánico en su comportamiento, y se sacudía nervioso cuando dijo que venía a reunirse con Kim Yung.

—Song-mi lo llevará hasta el salón —le dijo.

Yung no le había dicho a Myong-hee que ese hombre iría. Ella había notado que, en las últimas semanas, él había adoptado el club como oficina para sus reuniones.

Song-mi enlazó el brazo del hombre y le lanzó a su jefa una mirada. Myong-hee le hizo un gesto señalando su oreja. Song-mi respondió con un guiño mientras lo conducía a un salón.

Myong-hee se dirigió a la cocina a preparar una fuente de aperitivos; se tomó su tiempo, confiada en que Song-mi sería sus ojos y oídos en esa sala. Cuando entró a la sala, fue para verificar que Yung había llegado. A la luz de la lámpara, el hombre nervioso le pareció extrañamente familiar. Después de depositar la bandeja para los señores, Myong-hee salió de la sala con su gracia natural. Al abrir la puerta, una mujer dio un respingo junto a ella y retrocedió hacia el pasillo.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó Myong-hee.

—Estoy buscando a alguien —respondió la mujer.

Myong-hee sintió una palpitación en el pecho. En la oscuridad, solo alcanzó a ver la melena corta de la mujer, la silueta de la simple camiseta y los vaqueros. Myong-hee deseaba llevarla hacia un lugar más iluminado para ver si encontraba algún parecido, pero ¿cómo cambia un rostro cuando han pasado treinta años? Ese era otro castigo por la adopción, que una madre estuviera junto a su propio hijo unas décadas más tarde sin poder reconocerlo.

—Debo ver con quién se ha reunido —explicó la mujer colocando la mano sobre el picaporte.

Le llevó unos momentos a Myong-hee darse cuenta de que la mujer no estaba buscándola a ella. Myong-hee la cogió por la muñeca, con más fuerza de la que quería, molesta al comprobar cuán a flor de piel estaba su esperanza.

—No puedo permitirle que entre allí —sentenció Myong-hee—. ¿Qué está haciendo aquí?

—Estoy buscando a mi marido.

—Guarde sus disputas domésticas para cuando él vuelva a casa —dijo ella, sintiendo que su desilusión ahora se transformaba en un enorme cansancio.

—Él no es… —comenzó a decir ella con la mirada en alerta. Su atención se dirigió al sonido de voces que provenían del otro lado de la puerta—. El hombre que está ahí dentro es el socio de mi marido…

—Lo mismo le digo para las disputas comerciales —continuó Myong-hee con su mano firme sobre el hombro de la mujer, y llevándola por el pasillo—. Usted no puede andar deambulando por aquí. Es perjudicial para el negocio.

—No se trata de dinero —replicó Sae. Se detuvo y le suplicó a Myong-hee—. Mi marido está desaparecido desde que se derrumbó la Torre.

—Es ingeniero. —La mujer hizo una pausa, volviendo el rostro hacia el salón—. Necesito saber dónde está.

Myong-hee sintió que se ablandaba.

—Está con el presidente del Grupo Taehan, Kim Yung.

—Podría haber jurado…, su voz… ¿Seguro que solo están los dos? —preguntó la mujer, con el rostro demudado—. ¿El presidente del Grupo Taehan?

—Es más de lo que debería haberle dicho —respondió Myong-hee instándola a seguir caminando.

—L&S se reúne con Grupo Taehan —murmuró para sí, mientras con aire ausente tocaba con la punta de los dedos una burbuja de aire en el empapelado de la pared.

—¿L&S? —Myong-hee trató de pensar por qué el nombre le resultaba familiar.

Le llevó unos instantes recordar que era el nombre de la compañía señalada como culpable del derrumbe de la Torre. La fatiga de Myong-hee se transformó en un creciente interés por la mujer. Tenía un aspecto educado y profesional, y también un inusual coraje. Parecía que le importaba encontrar respuestas mucho más que las consecuencias que podría ocasionarle estar en un lugar al que las mujeres no podían entrar. Más allá de la curiosidad, Myong-hee tenía que sacarla del pasillo antes de que alguien la viera.

—Vamos a hablar a otro lugar.

La mujer la siguió, todavía pensando en algo que la perturbaba internamente. En la dura luz de su oficina, Myong-hee estudió su rostro en busca de los rasgos de su hija. Parecía ser de su misma edad, cerca de treinta años. Sus facciones eran delicadas, nariz y ojos pequeños y un rostro sin maquillaje. Myong-hee le miró el cuello en busca de una marca de nacimiento que una vez había visto en la base de la oreja de su hija. ¿Qué aspecto tendría ahora esa marca? Estaba tan sumergida en ese pensamiento que no se dio cuenta de su error hasta que fue muy tarde. La mujer se había acercado a la estantería y a la puerta entreabierta que estaba detrás.

Miró al equipo y luego a Myong-hee, examinó todo con mucho interés.

—¿Está grabando en las habitaciones?

—Eso no es asunto…

La mujer cogió una de las cintas y tocó con sus manos el equipo de grabación, fascinada con lo que veía.

—Este equipo es muy costoso, como los que tiene en su poder el Gobierno.

El hecho de que la mujer supiera esto la alarmó.

—¿Es usted de la policía?

—Me llamo Sae. No soy policía. Como le dije, estoy buscando a mi marido —presionó el botón de grabar y lo volvió a apagar—. El hombre que está reunido con Kim Yung, ¿lo había visto antes?

Se hizo un silencio mientras Myong-hee consideraba las implicaciones de responderle.

—¿Su marido trabajaba con él?

Sae asintió.

Había tanta determinación en ella que Myong-hee presintió que esa mujer no se rendía ante nada ni seguía las reglas. Le pareció que Sae era justo el tipo de persona que ella necesitaba.

—¿Podría revisar estas? —preguntó la mujer, mirando las cintas fechadas en el estante—. No le preguntaré por qué está grabando a estos hombres.

Sae se mordisqueaba una uña, sosteniendo el auricular del teléfono entre su oreja y el hombro, mirando a los coches en la autopista.

—A ver si te entiendo. ¿El responsable del derrumbe de la Torre va a reunirse con el presidente del Grupo Taehan en un salón después de haberte visto? —dijo Tae-kyu—. ¿El mismo que está en estos momentos demandando judicialmente a L&S Arquitectos?

—Supongo que es porque creen que un establecimiento de este tipo pasará desapercibido —explicó mordiéndose un jirón de uña con los dientes del frente.

—Me parece que no has oído las noticias.

—¿Qué ha pasado?

—El señor Bae se entregó a la policía esta mañana.

Sae se mordió con fuerza y sintió el sabor amargo y salado de su sangre en la lengua. Parpadeó ante la luz de la mañana, perpleja ante la noticia.

—Aquí, hay algo seguro, pero voy justo de tiempo —concluyó él—. Suh me está acosando con las historias de interés humano. Mi contacto, el ingeniero, dijo que nos puede recibir mañana para analizar los planos. No está en la ciudad.

La calma de Tae-kyu impacientó a Sae.

—He pensado que hay otras personas a las que podemos entrevistar, obreros que haya contratado L&S para hacer la construcción y que nos puedan dar más información —continuó ella.

Hubo una pausa del otro lado de la línea.

—Suponiendo que estuvieran con vida. Muchos de ellos son jornaleros que van y vienen de las construcciones sin contrato formal. Puede ser difícil dar con ellos.

Ella no tenía ni idea.

—Conozco a alguien que nos podría ayudar. Un amigo que solía hacer documentales; él filmó obreros durante el…

—Sae —dijo Tae-kyu—. Ten cuidado. Si Grupo Taehan ha decidido encubrir esto, movilizarán todos sus recursos para silenciarte.

—Nos vemos mañana —dijo ella antes de colgar el teléfono. No era propio de Tae-kyu actuar guiado por el miedo.

Unos minutos después, descolgó el auricular y marcó el número de Il-hyung.

—Hola, soy yo —dijo cuando contestó. Sintió placer al oír su voz, como si estuviera volviendo a su hogar. Pero luego se hizo una pausa, una incertidumbre del otro lado de la línea, y ella recordó que ya no tenían la confianza de antes—. Soy Sae. Debo pedirte un favor. Es importante. ¿Cuándo puedo verte?

Sae llegó a la puerta de entrada de su apartamento pasado el mediodía. Il-hyung había aceptado reunirse con ella la tarde del día siguiente. Se sentía agotada y sabía que no volvería a la oficina de Buam-dong. No tenía nada que hacer más que dormir.

Al pasar frente a la ventana, vio que la luz estaba encendida. Dudando en el corredor, se mantuvo alerta y bien despierta, con el corazón latiéndole en el pecho, expectante. ¿Si el señor Bae y Kim Yung se hubieran enterado de la investigación que estaba realizando, tal vez Jae también lo sabía? ¿Podría ser que Jae estuviera esperándola dentro?

Entonces, oyó la risita de un niño y sintió que la tensión se aflojaba lentamente, cansada de imaginar a Jae en todas partes.

Abrió la puerta.

—¿Seung-min? ¿Hoon-min?

—¿Dónde estabas? Es muy temprano —dijo su madre—. Tu vecina nos dejó entrar.

Hoon-min la abrazo y apretó con fuerza sus muslos. Sae lo besó en la cabeza, y el aroma de la arena y el sudor la llenaron de nostalgia. Seung-min aferrado al respaldo del sofá, saltando, la miró con recelo hasta hundir el rostro en la suavidad de su vientre.

—Deberías haber llamado para avisarme que ibais a venir —reprochó Sae.

—Lo hice, pero no estabas en casa —dijo su madre mientras sacaba unos enormes táperes de unas bolsas de plástico negras y los colocaba en la nevera—. ¿Qué has comido? No has tocado nada de aquí.

Los niños se tiraron al suelo, redescubriendo sus coches de juguete, y Sae sintió que su ánimo mejoraba, había pesado mucho echarlos de menos. Pero a medida que avanzaba la tarde, una nueva preocupación comenzó a inquietarla. Algo que Tae-kyu le había dicho aquella mañana la molestaba, pero no podía determinar qué era. El gesto de su madre —ir a apoyarla hasta la casa que Sae había compartido con un hombre a quien ella se había negado a aceptar— la conmovió. Pero incluso en ese gesto de ternura, algo la preocupaba. Solo más tarde, mientras despegaba la sudorosa mejilla de Hoon-min, que dormía la siesta sobre su brazo, y al ver a su madre dormitando en el sofá, se dio cuenta de por qué no estaba contenta de que estuvieran allí. En casa de su madre, el refugio de Mallipo, los niños estaban seguros, nadie podía tocarlos allí. En este apartamento, estaban demasiado cerca, al alcance de la mano. Indefensos.

VEINTICUATRO DÍAS DESPUÉS DEL DERRUMBE

IL-HYUNG ESTABA ESPERÁNDOLA EN LA esquina de Jongno 4 ga, con el mismo par de gafas enormes, con la montura metálica, que usaba desde los tiempos de la universidad. Había engordado a lo largo de los años, pero los kilos le sentaban bien. Verlo le trajo a Sae la sensación de estar volviendo a su casa de la infancia. No podía recordar por qué se habían separado tanto.

—Cuánto tiempo sin verte —dijo él. La miró por encima del hombro, un hábito propio de su timidez, que Sae había olvidado.

—Demasiado tiempo —asintió ella con una cálida sonrisa.

—Mejor nos vamos —urgió él con voz grave.

Mientras caminaban, Il-hyung le contó que seguía en contacto con los obreros a los que había entrevistado para su documental. Se reunían una vez por mes como miembros de un gremio en el sótano de la catedral de Myeong-dong. Alguno de ellos, pensaba él, podría compartir información sobre la construcción de la piscina en la Torre, o incluso mejor, podrían conocer a alguien que hubiera trabajado recientemente allí. Caminaron a lo largo de la avenida flanqueada de puestos callejeros envueltos en un coro de sonidos: los vendedores ambulantes con sus pregones, los misioneros pidiendo arrepentimiento, serenatas para los amores perdidos y enterrados. Se abrieron paso entre turistas y estudiantes uniformados que se dirigían a clases de refuerzo al salir de la escuela.

Llegaron en medio de un apasionado discurso tras el cual los hombres formaron fila para recibir comida de las grandes bandejas de arroz y bulgogi en recipientes desechables. Il-hyung era una suerte de celebridad entre ellos, alguien que se había preocupado por documentar sus historias. Sae se dio cuenta de que confiaban en él. Il-hyung preguntó a los miembros más antiguos si conocían a alguien que hubiera trabajado en Torre Aspiración. Se hizo un silencio en la sala, y los que antes habían hablado jovialmente,

ahora se mostraron visiblemente incómodos. Algunos se levantaron de sus asientos y se dirigieron hacia la comida.

Finalmente, un hombre sin afeitar con el cabello entrecano se acercó a Il-hyung y le susurró.

—La mayoría de los hombres aquí no van a decir nada. Sabes que intentamos hablar del tema hace años, pero nadie nos escuchó. Pero llama al tipo este; está lisiado, y todo lo que hace es hablar. Si le dan la oportunidad se le soltará la lengua —dijo colocando un trozo de papel en la mano de Sae.

Soplaba un viento caliente cuando salieron del sótano de la iglesia. Il-hyung caminó unos pasos delante de Sae con las manos en los bolsillos antes de volverse, como si solo entonces recordara que ella estaba allí.

—Suena bien esto del señor Han —comentó Il-hyung. Parecía pedir disculpas por el poco éxito de la reunión—. ¿Quieres tomar algo? —preguntó inseguro—. Tal vez, ya tengas que volver a casa.

—¿Qué te parece aquí? —preguntó Sae señalando los carritos naranja de la calle, los restaurantes abiertos hasta la última hora para los más tristes o los que no querían volver a su casa.

Mientras compartían una botella de vino de arroz, Sae le contó lo que había averiguado en los días que siguieron al derrumbe de la Torre. Durante la reunión con los obreros, había permanecido en estado de alerta tratando de percibir algún movimiento en el entorno. Ahora, la tensión comenzaba a aflojarse, y Sae no estaba segura si era por el efecto del vino o por la compañía del viejo amigo.

Él parecía estar escuchándola a medias. En esos años, Il-hyung se había sentido cada vez más seguro hablando frente a las multitudes y más incómodo en los intercambios personales. Para quienes no lo conocían bien, daba la impresión de ser distante e indiferente, pero no para Sae. Era difícil recordar qué los había separado. Comenzó a molestarle no poder recordar la última vez que habían hablado.

Ella quiso alcanzar la botella, y él la detuvo.

—¿No crees que deberías parar un poco?

—Aguanto el alcohol mejor que cuando estudiaba..

—Cualquiera puede aguantar el alcohol mejor que tú cuando estabas en la universidad —masculló mientras cogía la botella—. ¿Realmente crees que Jae puede estar escondido en alguna parte?

—Es lo que espero —dijo ella pensando en la anterior desaparición de Jae—. Es posible que tenga miedo, tal vez, está protegiéndonos.

Il-hyung miró su vaso como si fuera a decirle algo.

Una sensación incómoda se apoderó de ella, un recuerdo surgido desde las profundidades más turbias.

—¿Estás bien? —preguntó él.

—Enseguida vuelvo —dijo ella enderezándose mientras le pedía al vendedor la llave del baño en el edificio más cercano.

Se inclinó frente al lavabo, aferrándose a los bordes. El olor desagradable del baño le llegó hasta la garganta. Apoyó la frente contra el frío del espejo, esperando que pasaran las náuseas.

Era invierno, seis meses antes del anuncio de las elecciones democráticas. Habían terminado de imprimir los periódicos y los folletos, y los iban a colgar por todo el campus. Era una tarea que Sae había disfrutado hacer con Il-hyung cuando se unió al movimiento, ya que implicaba dar largas caminatas de un extremo al otro del campus, una ocasión de conversar con él. Era el único momento que habían tenido para estar a solas. Pero esa tarde, Il-hyung estaba de mal humor.

—¿Dónde estuviste anoche? —preguntó después de colgar uno de los folletos en el tablón de la Facultad de Derecho.

—Había barricadas en la calle. La policía estuvo parando y revisando a todo el mundo. Yo tenía todo nuestro material en la bolsa. Me tuve que volver.

Il-hyung no dijo nada mientras caminaban cerca del edificio, con la intención de hacerla sentir culpable. Después de pegar el cartel en el tablón, se detuvo mirando hacia el pasillo, como si esperara a alguien. Sae había comenzado a molestarse. ¿Qué esperaba que ella hiciera? ¿Dar vuelta a toda la ciudad para llegar a la reunión?

—Fui a tu casa después de la reunión. Estaba preocupado por ti. Me dijeron que no estabas en casa.

Sae se ruborizó. Ella y Jae habían ido a pasear por la nieve, encantados de ver cómo crujía a su paso, y disfrutando del silencio que cubría a la ciudad.

—Salí a pasear —dijo ella.

Il-hyung la miró directamente a los ojos por primera vez desde que habían comenzado a recorrer el campus.

—Alguien ha estado escribiendo informes sobre nosotros para la policía —dijo él—. ¿Crees que pueda ser alguien de nuestro grupo?

Él bajó la mirada y ella sintió una furia repentina.

—No tengo que informarte a ti dónde estoy por la noche —le recriminó—. Resulta que solo porque no aparecí en una reunión crees que estoy denunciando a todos a la policía.

Sabía que él no creía en realidad que ella fuera la soplona. Era una provocación para que admitiera que había estado con Jae.

La cogió del brazo para impedir que se alejara.

—No te estoy acusando de nada. Sé que no serías capaz de hacerlo.

Sae no esperaba que él cediera tan rápido.

—Entonces, ¿qué…?

—Dijiste que Jae tenía una beca, pero no explicaste de qué tipo.

—Nunca se lo he preguntado —respondió ella encogiendo los hombros—. ¿Crees que la policía le está pagando?

Él arqueó las cejas.

—Yo lo recluté; él no sabía nada sobre nosotros hasta que yo me acerqué.

—Claro —admitió él—. Pero ¿no te parece extraño el modo en que se le ocurrió cómo falsificar los números de los empleados? A Yu-jun le llevó meses lograr infiltrarse en las fábricas.

Hasta ese momento, ella no se había dado cuenta de los celos de Il-hyung, pero ahora lo vio con claridad.

—Eso no quiere decir que esté trabajando para la policía. —Le plantó con fuerza la pila de folletos contra el pecho—. No puedes soportar que él se haya convertido en un héroe, ¿no? Que él haya encontrado la forma de hacer progresos en las fábricas. Él creció en una de ellas, ¿de acuerdo? Por eso es que sabe tanto.

—Creo que tus sentimientos por él te están nublando tu percepción de quién es realmente.

Sintió deseos de abofetearlo. Estaba asqueada de su intelectualización y de su soberbia, de su pretensión de que todo lo que él hacía era racional.

—¿Sabes qué?, al menos yo admito que tengo sentimientos. No me escondo detrás de una ideología todo el tiempo. Tú nunca te haces cargo de lo que sientes; eres como una máquina o un robot. Es agotador.

Il-hyung se subió las gafas sobre el puente de la nariz, un tic nervioso que ella había notado cuando él no sabía qué decir. Parecía impactado de que ella se hubiera puesto en su contra.

—Sae —dijo después de una larga pausa.

Ella no quería escucharlo. Él había sobrepasado los límites de la amistad que tenían. Ella no se iba a dejar controlar. Se quitó la cazadora vaquera y envolvió su puño con ella para romper el cristal en la pared y llegar a la alarma de incendio. Era hora de convocar a los estudiantes para la protesta, y ellos necesitarían ayuda para salir de las clases.

—Lo vi hablando con…

Ella tiró de la palanca y sus palabras se ahogaron en el grito agudo de la alarma.

Sae se sintió un poco más serena cuando volvió al carrito naranja.

—Ibas a decirme algo —dijo ella aclarando su garganta—. Hace ya muchos años, sobre Jae.

Él abrió la boca, pero no dijo nada por unos momentos y golpeteó la mesa, como si no supiera por dónde empezar.

—Es algo que quise decirte antes —comentó él—. Cuando me estabas contando lo que sucedió en la Torre.

Sae esperó a que él siguiera.

—Lo vi subirse a un sedán de los que usan los ejecutivos después de una de nuestras reuniones hace muchos años. Estaba con un hombre que llevaba un traje de aspecto caro. Parecían conocerse bien. El tipo del traje estaba regañando a Jae.

—¿Un sedán? ¿Qué estás diciendo? —Lo que sugería era impensable—. ¿Que era un informante de la policía?

—Eso era lo que me preocupaba entonces —agregó él—. Hice algunas averiguaciones. Sabía que era un estudiante becado, y circulaban rumores de que la policía pagaba los gastos de los estudiantes a cambio de información.

Sae se paralizó, aterrada por lo que él iba a decir.

—Nunca encontré ninguna prueba de que él fuera un informante.

Ella soltó una risa exasperada.

—No sé qué hubiera hecho si…

—Nunca llegué al fondo del asunto hasta hace poco —le confesó él.

—¿Hace poco? —Sae irguió la cabeza mirando a Il-hyung a los ojos.

—Después del desastre de la Torre, lo vi en las noticias. El hombre con el que se había encontrado Jae fuera del sedán. —Tomó su vaso y bebió un trago antes de continuar—. Era Kim Yung, el presidente del Grupo Taehan.

2.30 p. m., 5 de noviembre de 2016
Residencia del director, distrito Gugi, Seúl

¿Sacrifiqué mi vida familiar con So-nyuh por servir a la familia que había dejado atrás en el norte? Es cierto que después de la guerra estuve mucho tiempo viajando y solo esporádicamente en mi hogar. Pero mi vida familiar ha sido armoniosa porque he sido un modelo fuerte para mis hijos: ellos sabían que mi ausencia estaba al servicio de algo grande para nuestro país.

Después de la guerra, comenzamos a reconstruir lo que quedó de nuestra nación. Dicen que más de cinco millones de personas perdieron la vida en el conflicto. Yo sobreviví siguiendo a los americanos, ofreciéndoles ayuda para establecer sus bases. Después, cuando las contrataciones de trabajo de los militares americanos comenzaron a mermar, vendí lo que iba reciclando de los residuos que nos dejaban. Los uniformes americanos desechados, por ejemplo, podían ser teñidos y cosidos de nuevo para hacer trajes. Mi primer coche lo hice con el chasis de un jeep americano cuyo motor reparé usando los restos de metal que pudiera encontrar. El tiempo que trabajé con los americanos me cundió —aprendí mucho de ellos—, y Grupo Taehan lideró la reconstrucción de edificios, caminos y puentes que habían sido destruidos durante la guerra.

Mi éxito en esos proyectos atrajo la atención del nuevo presidente, Park Chung-hee. Era un visionario. Un hombre de mi generación. Muy apuesto. Llevaba el cabello muy corto, tenía la nariz pequeña y una risotada que podía soltar en cualquier momento antes de pegarle a sus subordinados en el rostro. Me cayó bien enseguida. Nos entendíamos. Era exactamente lo que necesitaba nuestro país, un líder que motivaría a la fuerza de trabajo con una visión clara para el país.

Lo veo a usted erizarse con mi descripción del presidente. Tal vez, usted haya pensado que era un dictador. Lo que su generación no comprende es que la prosperidad material es imposible sin una fuerza central organizadora. Confucio dijo que lo primero es ocuparse del cuidado material de las personas antes de prosperar espiritualmente.

Me convocaron a la Casa Azul, un edificio de Gobierno construido en los jardines reales. El puente de piedra que conduce a la recepción, los enormes vestíbulos llenos de arañas de cristal y las alfombras rojas, todo eso parecía presagiar un futuro de prosperidad. En su despacho, el presidente Park estaba de pie junto al ventanal, y me contó cuál era su visión.

—Durante generaciones se les ha dicho a nuestros compatriotas qué es lo que deben hacer. Primero, fue la élite reinante de la dinastía Yi; luego, los japoneses. ¿Cómo podemos esperar que la gente de nuestro país se organice? Nunca han tenido que pensar por sí mismos.

Me ofreció un vaso del whisky americano más fino.

—Importado, por supuesto —dijo, cerrando los ojos, con las cejas fruncidas por la concentración, como si fuera la única forma de apreciar el sabor—. Aquí lo ve en este ejemplo; este es el problema. Dependemos de la importación. Si vamos a salir de la pobreza por nuestros propios medios, necesitamos la moneda extranjera. Necesitamos…

—Exportar —dije yo, terminando la oración. Estaba un paso adelantado a su pensamiento. El presidente asintió.

—Los americanos están preocupados por los movimientos comunistas en Tailandia. Quieren ayudar a los Gobiernos locales a construir rutas allí para mantener el orden en el norte. Creo que deberíamos apostar por colaborar con ellos. Yo puedo ofrecerle a usted un préstamo para el equipo que necesite.

Yo no tenía ni idea de lo traicioneros que eran esos climas extranjeros, y la posibilidad de que Grupo Taehan recibiera un flujo de dólares americanos era imposible de rechazar. Un éxito en Tailandia sería la rampa de lanzamiento internacional del grupo: Vietnam y luego Oriente Medio y más allá.

Esa noche, después de la reunión con el presidente Park, volví a casa a mirar a mis hijos dormidos. Mi participación en la reconstrucción del país los inspiraría, la forma en que me aliaba a figuras tan poderosas como el presidente. ¿Pero cómo hacer que se mantuvieran hambrientos para trabajar duro en la búsqueda de sus propias ambiciones?

Recuerdo un episodio con mi padre cuando era pequeño, una vez que me pescó espiándolo mientras cortaba la leña en el patio. Me llamó y puso unas castañas en mi mano; guiñando un ojo, me dijo que no dijera nada a mis hermanos sobre este gesto tan especial conmigo.

Yo estaba tan orgulloso y feliz con esta atención secreta que volví a mi tarea de separar la cascarilla del grano con renovada energía. Así fue hasta que del bolsillo de mi hermana cayeron unas castañas, lo que reveló que ella también había recibido un tratamiento especial. La miré sin poder creerlo, muy desilusionado. La palabra de mi padre era la ley. Lo respetábamos y deseábamos más que nada su aprobación. Pero había algo más. Yo quería que me viera, que me considerara indispensable por encima de mis seis hermanos, valioso.

Y de ese modo, aprendí que siempre es beneficiosa una saludable cuota de competencia entre los hijos. Algunos dirán que es muy duro: So-nyuh siempre quería interceder, pero yo nunca dejé que mis hijos supieran lo orgulloso estaba de ellos. Quería que sintieran esa hambre, esa necesidad, para que lucharan por ser mejores. No quería que fueran complacientes por el hecho de pertenecer a una familia rica.

Soy consciente de que tal vez avivé peligrosamente el fuego de esa competencia entre Yung y Geun-ye. Pensé que estimularía su ambición. Entre viaje y viaje al extranjero, reunía a la familia para cenar y exponía mis ideas: estaba pasado de moda que los roles familiares se heredaran por orden de nacimiento; les decía que, en mi opinión, se debía favorecer el mérito. Sé que no es normal elegir al hijo menor como sucesor, pero durante largo tiempo, Geun-ye había demostrado merecer la dirección de la empresa.

Verá. Geun-ye era inquisitivo. Nunca quedaba satisfecho con la respuesta que daba la autoridad. Incluso de niño, no le era suficiente que le advirtieran que el fuego le quemaría; tenía que tocar las llamas para saber qué significaba quemarse. En una sociedad jerárquica como la nuestra, algunos podrían considerar eso como insubordinación, pero yo veía en él determinación, obstinación en que las cosas se hicieran a su manera. Eso, por supuesto, es lo que diferencia a un líder.

Pero creo que más tarde fue mal influenciado por los trabajadores de la fábrica de cemento. De hecho, lo que yo no había previsto es que él era demasiado emocional. Dar demasiado peso a los sentimientos es muy peligroso para un líder, es casi como tener un arma entre las manos que terminará siendo usada en tu contra.

VEINTISÉIS DÍAS DESPUÉS DEL DERRUMBE

—Pensé que estabas dormido —dijo Sae, levantándose del asiento del inodoro—. ¿Te molesta la luz encendida?

Seung-min negó con la cabeza.

Tiró la cadena y lo llevó de nuevo a la cama. Desde que habían regresado, los niños dormían irregularmente; sus piernas y sus manos la buscaban en la oscuridad sin descanso. Su madre le dijo que el haber llegado tan tarde del encuentro con Il-hyung los había inquietado y que la habían estado esperando ansiosos junto a la ventana.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó Sae tocándole la frente. No tenía fiebre—. Es tarde. Vuelve a dormirte.

Ella se echó a su lado.

—Me pareció oír a papi que llegaba a casa —contestó él.

—Es la abuela que está en la otra habitación —continuó ella, cuando pudo hablar sin que se notara la incertidumbre en su voz, todavía estaba digiriendo lo que Il-hyung le había dicho.

Había supuesto que L&S Arquitectos había ganado el contrato de Torre Aspiración a través de los contactos del señor Bae, pero Il-hyung había abierto la posibilidad de que Jae hubiera sido quien obtuviera el contrato para la empresa. ¿Pero cuál era la naturaleza de la relación de Jae con Kim Yung hace tantos años?

Seung-min se cubrió con la manta hasta los hombros a pesar del calor.

—¿Cuánto tiempo se va a quedar la abuela? —preguntó.

—No lo sé —contestó ella—. Un tiempo.

—¿Hasta que vuelva papi?

Sae se quedó en silencio.

—Tuve miedo de que no volvieras a buscarnos. Que no volvieras más, como papi.

Allí estaba. Un golpe a la puerta que ella mantenía cerrada a los niños. Jae hubiera sabido qué decir exactamente de haber sido ella la ausente. Pero ella no sabía cómo minimizar su ausencia, o

aliviarla, hacerla menos dolorosa. Era mejor no hablar de modo hipotético.

—Yo voy a volver siempre a buscaros.

—¿Papi va a volver?

—Debes dormir ahora —dijo ella sin saber qué responder—, si no, mañana estarás cansado. —Estiró el brazo y él se acurrucó en su hombro.

Se quedó allí acostada mucho tiempo, oyendo la suave y regular respiración de su sueño. Il-hyung le había dicho que él había sospechaba de Jae desde el principio. ¿Qué era lo que había visto él, y ella no? ¿Qué había enterrado ella en su interior sobre Jae, del mismo modo que había enterrado en su memoria el último encuentro con Il-hyung?

Las preguntas de Seung-min flotaron en la habitación. Ella no sabía si él volvería. Estaba empezando a pensar que no sabía quién era papi.

TREINTA Y TRES DÍAS DESPUÉS DEL DERRUMBE

BAJO LAS FRÍAS LUCES FLUORESCENTES, el club se veía menos lujoso, los suelos rayados y los muebles de madera parecían gastados y sin brillo. Sin embargo, en esta luz tan dura, el orgullo profesional de la madama se hacía evidente en los toques tan cuidadosos, las flores frescas en la entrada y las organizadas hileras de botellas en el bar.

La madama se quitó las gafas y dejó el periódico sobre el escritorio cuando Sae entró a la oficina.

—¿Tan pronto de vuelta? ¿Te han dicho que eres muy trabajadora?

—Hay mucho material para filtrar aquí —comentó Sae quitándose la chaqueta.

A lo largo de varios días, Sae se había sentado durante horas a revisar las grabaciones en busca de un rostro que pudiera reconocer. La madama dijo que ella recordaba vagamente haber visto al señor Bae antes del derrumbe de la Torre, unos meses atrás, aunque no recordaba la fecha exacta. Sae esperaba encontrar una grabación de él conversando con Kim Yung que pudiera evidenciar lo que había ocurrido en la Torre. Las revelaciones de Il-hyung pesaban sobre su ánimo, y también estaba esperanzada en poder averiguar algo sobre la naturaleza de la relación de Yung con Jae.

Sintió la mirada de la madama sobre ella, estudiándola mientras se sentaba en la pequeña habitación de grabación y encendía el monitor.

—Podrías ser realmente bella, ¿sabes? —le dijo la madama, dejando sus gafas sobre el escritorio—. Con un poco de maquillaje. Una ropa bonita. Pero a ti eso no te importa, ¿verdad?

—No, realmente, no —replicó Sae.

—A ti no te importa lo que los demás piensan de ti —le dijo sonriendo—. Tal vez, seas más libre que la mayoría de nosotras.

Sae colocó la cinta en el reproductor sin saber qué responder. Las escenas parecían todas iguales, una interminable repetición. Los

hombres que entraban. Les servían bebida. Se desvestían. Bailaban. Cantaban. Salían de la sala del brazo de una de las chicas.

Sae no sabía cuánto tiempo llevaba sentada allí cuando una mano se apoyó sobre su hombro y una taza de té fue colocada a su lado con suavidad. Sae miró a la madama; este pequeño acto de consideración la emocionó hasta las lágrimas.

—¿Has encontrado algo? —preguntó la madama.

—Nada —dijo Sae presionándose los ojos con las palmas de las manos.

—Deberías hacer una pausa —le aconsejó.

Sae giró la silla y quedó frente a la madama mientras daba un sorbo al té. Con su blusa de seda y vaqueros, la madama tenía una elegancia atemporal. Una presencia serena y poderosa. Sae percibió que ella tenía el poder de conocer íntimamente a cualquiera que entrara allí. Parecía saber lo que Sae estaba pensando.

—Una se acostumbra después de un tiempo —comentó la madama— a la forma en que se comportan los hombres.

—Y pensar que las esposas no saben nada —apuntó Sae.

—Algunas lo saben. Hacen como que lo ignoran. Creo que otras suponen que sus maridos son los que se sienten incómodos y toleran lo que sucede a su alrededor en los salones. Nunca como participantes voluntarios. Nunca son los que suben a las habitaciones con una chica.

Sae observó el monitor. ¿Habría estado Jae alguna vez en un lugar como este? Los hechos que acababa de descubrir —la relación de Jae con el presidente del Grupo Taehan y la mudanza de la oficina— le daban la pauta de que podía haber muchas más cosas que ella no sabía sobre él. Tal vez, eran secretos sin consecuencias. Aun así, el hecho de que los omitiera la preocupaba. ¿Las mentiras y las omisiones eran necesarias para que todos los matrimonios sobrevivieran? ¿Es que las relaciones sobrevivían debido a estos acuerdos tácitos de no abrir esas puertas secretas que habían estado cerradas para el otro?

—¿Alguna vez ha estado casada? —preguntó Sae con curiosidad.

—¿Te casarías si trabajaras en un lugar como este?

—No supongo nada sobre las mujeres que trabajan aquí.

—Debes de ser la única persona.

—Es que siento curiosidad por saber cómo llegó usted aquí.

La madama se quedó callada unos instantes.

—Ser madre soltera era, y todavía lo es, una muerte social. La gente piensa que me merecía lo que me sucedió. Nadie quería ayudarme. Hice lo que pude. Solía llevar el cabello largo hasta la cintura; me lo corté y lo vendí. Vendí todo lo que pudiera tener algún valor. Era difícil ganarse la vida. Había trabajo en las fábricas, pero no duré mucho: no me dejaban tomar descansos para amamantar al bebé y, al finalizar el mes, no había ganado lo suficiente. Se me acabó el dinero. Nos íbamos a morir de hambre.

La madama se inclinó hacia delante con los codos sobre sus rodillas.

—Llevé a la bebé a la casa de su padre y le rogué que se quedara con ella. Me tiró un fajo de billetes y me dijo que desapareciera. No le interesaba una hija. Solo quería hijos. —La madama se detuvo antes de continuar—. La llevé al orfanato como sugirió su padre. Me dije a mí misma que iba a ser por unas semanas. Conseguí un trabajo en unos grandes almacenes con un sueldo que me permitiría mantenernos. Al menos, por un tiempo. Pero cuando volví a buscarla, no pude encontrarla. Ya había sido adoptada.

Lo dijo todo sin dramatismo, una versión suavizada del pasado. Sae no supo qué decir, era demasiado descarnado, tan a flor de piel, aunque pareciera despojado de dolor.

—Comencé en los barracones militares de los americanos. Pensé que era la mejor manera de ganar dinero con rapidez y, además, en dólares. Aunque no puedas creerlo, el Gobierno alentaba a mujeres como yo a hacer ese tipo de trabajo, lo que fuera que permitiera el ingreso de dólares americanos. Éramos un país demasiado pobre entonces. Aprendí un poco de inglés. Pensé que eso me ayudaría más tarde, cuando tuviera lo suficiente para ir a América. Por entonces, estaba decidida a encontrarla. Pero después de un tiempo, me di cuenta de que no ganaría lo necesario de ese modo. Cada hora que no estaba con ella me resultaba interminable. No podía resignarme a cuánto me llevaría ganar dinero con ese trabajo. Quería abrir un bar; pensé que tener mi propio negocio me ayudaría

a obtener dinero más rápido. ¿Pero quién me lo prestaría? ¿El banco? Solo los prestamistas casados con la mafia. Cuando el primer bar que abrí fracasó, los prestamistas me sugirieron un tipo diferente de negocio que me ayudaría a pagar las deudas. Detesté la idea al principio, pero luego pensé: "¿qué alternativa tengo?". Mejor que fuera yo quien lo dirigiera y no un sádico.

El silenció se rompió con el sonido del taconeo y las risas de las chicas que llegaban para la noche. Sae esperaba que la madama se levantara para recibirlas, pero ella permaneció en el sofá.

—¿Tienes hijos? —preguntó finalmente la madama.

—Tuve a mis hijos muy joven —respondió Sae vacilante—. Siempre ha sido para mí una batalla entre el trabajo y los hijos. Quería saber cómo sería para mi paz mental no estar tan ocupada. Así que dejé mi trabajo para poder estar con ellos. Eché mucho de menos el trabajo, pero con todo lo que ha sucedido ya no sé cómo estar con ellos en la misma habitación.

Sae había dicho más de lo que se proponía. Se preguntó si este era un talento especial de la madama: sacar a la luz los pensamientos más íntimos de las personas. Cuando volvió a mirarla, vio en su rostro el impacto que habían tenido sus palabras, como si la distancia entre Sae y sus hijos le resultara dolorosa. La madama señaló a la pantalla con la escena detenida.

—¿Ves a este hombre joven aquí? Todavía, se ve la juventud en sus mejillas. Me apuesto lo que quieras que no hace mucho que salió de los barracones. Debe de estar acostumbrado a este tipo de entrenamiento en equipo de los tiempos del Ejército, pero te das cuenta de que no se siente cómodo. Casi da un brinco cuando Song-mi fue a sentarse junto a él. Seguramente, creció entre hermanas, tal vez el único hijo varón de la familia. Todavía, la ve como un ser humano.

Ella se acercó y, pasando por encima de Sae, presionó el botón de Play.

—Espera a ver lo que sucede después de unas copas. Comenzará a abrirse, despotricará contra sus superiores, dirá todo lo que tenía ganas de decir. Es el lubricante que mantiene aceitado el funcionamiento de esta economía. Hay que darles a los jóvenes un

espacio donde ventilar sus penas, calmarse con unas copas para poder retomar el trabajo y esforzarse la mañana siguiente.

La madama se puso de pie para salir de la habitación, pero se detuvo en la puerta.

—Debes hacer lo que tengas que hacer para encontrar el camino de vuelta a tus hijos.

—Gracias… —respondió Sae. Abrió la boca para decir algo más y la madama se quedó de pie en la puerta—. No sé cómo llamarla.

—Puedes llamarme *onni* —dijo la madama.

A Sae le gustó la idea, la proximidad de tener a una mujer como la madama como hermana mayor. Pero rápidamente ella pareció retractarse del ofrecimiento de tanta intimidad.

—O me puedes llamar Myong-hee, al estilo americano —añadió guiñando un ojo.

Pareció que habían transcurrido varias horas, cuando Sae oyó una voz a su espalda.

—Disculpa, no sabía que había alguien aquí.

Sae se volvió para ver a una joven con la cabeza apoyada sobre la estantería. Era Song-mi, la mujer que reconoció de las grabaciones.

—No hay problema, puedes pasar —dijo Sae girando en su silla.

—Este es el único lugar que no apesta a humo de cigarrillo. Es extraño; no puedo soportar más ese olor.

Sae asintió, le señaló la silla y la invitó a sentarse. Hacía más de cinco minutos que estaba observando la pantalla detenida, luchando con sus pensamientos. Frustrada por no haber hecho muchos progresos en la revisión del material más antiguo, Sae había probado con cintas más recientes. Su corazón estuvo a punto de detenerse cuando encontró la grabación de Kim Yung regañando al señor Bae. La calidad del audio era mala, y Sae solo pudo entender algunos fragmentos. Sí pudo entender que el señor Bae no había logrado encontrar a una persona llamada Geun-ye. Sae estaba desilusionada. No había ninguna referencia a Jae.

Song-mi se echó en el sofá de cuero con una pierna sobre el brazo del sofá. Había algo adolescente en su aspecto.

—Has estado en esta habitación durante mucho tiempo —comenzó a decir Sae—. ¿Alguna vez has oído hablar sobre esta persona, Geun-ye?

Song-mi se acercó a la pantalla y observó la grabación, acariciando con suavidad su vientre. Se puso la mano sobre la boca, se detuvo, eructó y pareció relajarse.

—¿Yung estaba hablándole al señor Bae de Geun-ye?

—¿Por qué? ¿Quién es?

—No lo sé con exactitud —dijo Song-mi—. Oí a la jefa y a Yung hablar de él. Si no los conociera mejor, creería que es su hijo secreto.

—¿La jefa? ¿Te refieres a Myong-hee *onni*? —preguntó Sae—. ¿Cómo sabes que Geun-ye no es hijo secreto de ambos?

Song-mi sonrió y se acercó a ella con aire conspirativo.

—Digamos que a Yung no le interesan las mujeres. Se dice que le pagó a un empleado para que dejara embarazada a su esposa, ya sabes, como los reyes impotentes.

Sae se irguió fascinada.

—¿Crees que Geun podría ser un amante?

Song-mi se encogió de hombros, encantada con la pregunta.

—Tal vez.

—¿Pero nunca lo has visto por aquí?

Song-mi negó con la cabeza.

—¿Por qué lo preguntas?

—Lo están buscando. Desapareció cuando cayó la Torre.

Song-mi se encogió de hombros y se acercó repentinamente a Sae.

—Hueles a melocotón. Qué bien huele —dijo volviendo a sentarse en el sofá—. Ahora, voy a empezar a tener antojo de melocotón hasta que termine mi turno.

Sae se olió la mano intrigada. El aroma era muy suave, casi imperceptible. Tardó unos instantes en recordar que había cortado un melocotón para Hoon-min antes de salir.

Entonces, se dio cuenta.

—¿De cuántos meses estás?

—¿Qué dices? —Song-mi se asustó, juntó las piernas para ponerse de pie. Se alisó el vestido contra el estómago—. ¿No se nota todavía, no es cierto?

—No —dijo Sae—. ¿Sabes quién es el padre?

—¿Importa? —Song-mi se encogió de hombros—. Yo hubiera sido lo suficientemente feliz con un solo progenitor.

Justo entonces se abrió la puerta, y entró Myong-hee.

—¿Has encontrado algo? —le preguntó, y cuando notó la presencia de Song-mi—: ¿Qué estás haciendo aquí?

La preocupación que embargó el rostro de Myong-hee no era la de una patrona, sino la mirada inquieta de una madre que no puede alimentar a su hija. Sae presintió el deseo de Myong-hee de tocar a Song-mi y su imposibilidad de hacerlo.

—Solo me estoy tomando un descanso —dijo Song-mi con una mueca en el rostro como si sintiera una molestia o tal vez náuseas.

—Podrías probar de comer papilla de arroz cada dos horas —le aconsejó Sae a Song-mi, dándole una palmada en el hombro—. El hambre empeora la situación. Lo sé por experiencia propia; tuve unas náuseas matinales terribles con el segundo embarazo.

—¿Es cierto? —preguntó Myong-hee más tarde cuando Sae se había ido. Myong-hee tenía la sensación de que Song-mi la había estado evitando toda la noche—. ¿Eso es lo que te produce las náuseas?

Song-mi dejó su bolso sobre la mesa y se quedó inmóvil ante ella, como una niña a la que regaña su maestra. Myong-hee se sumergió en su sofá. ¿Cómo es que no había advertido los síntomas?

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Myong-hee.

—Quiero tenerlo —contestó ella con un gesto de preocupación en los labios.

—Ahórrate tanto dolor —le dijo implacable.

Hubo desilusión en el rostro de la joven.

—Sería la única familia que tendría en el mundo. Quiero tener esa oportunidad. —Song-mi bajó la mirada como si sintiera vergüenza de lo que iba a decir—. Quiero saber cómo es tener una familia.

A Myong-hee se le partió el corazón. ¿Así se sentiría su hija? La agencia le había asegurado que había ido a una familia amorosa que

la cuidaría. Le habían descrito escenas que Myong-hee descubrió con el tiempo que estaban sacadas de las películas de Hollywood: mujeres con cabello rubio de melena rizada, con vestidos fruncidos en la cintura, que horneaban pasteles y se los servían a sus niños.

Pero ¿por qué cuando pensaba en su hija se la imaginaba siempre sola? La integrante de la familia que quedaba atrás cuando el coche se alejaba, a la que siempre le servían la comida última en la mesa familiar. No era tanto por su hija, lo sabía, sino más bien por su hijo.

—Por favor, no me eches —rogó Song-mi—. No tengo a dónde ir.

Myong-hee miró el rostro suplicante de Song-mi y recordó sus propios ruegos.

—¿Has pensado de qué modo vas a manejar esto? ¿Cómo vas a mantenerte? No puedes trabajar aquí una vez que el bebé nazca. —Myong-hee quería saber si Song-mi tenía algún plan. Myong-hee había sido muy ingenua al confiar que alguien la cuidaría.

Song-mi tenía la mirada perdida. Por ahora, lo único que parecía tener era la intención de hacer lo que fuera por conservar al niño.

—Vámonos —dijo Myong-hee, tomando suavemente a Song-mi de la manga.

—No, por favor —suplicó Song-mi—. Al menos, déjame quedarme hasta que se note.

—Recoge tus cosas —le ordenó Myong-hee. Si hubiera alguna posibilidad de lograrlo, Song-mi necesitaría su ayuda—. Te vienes conmigo a casa —le dijo.

Myong-hee recordaba con frecuencia las clases de educación sexual que se impartían en el centro de maternidad, en un pequeño edificio que le traía a la memoria las habitaciones de los obreros cercanos a la fábrica por la que ella pasaba cada día cerca de su casa donde había vivido con su padre antes de mudarse a la ciudad. Había una ducha comunitaria y una gran cafetería. La mayoría de las chicas tenían alrededor de veinte años o poco más. Todas ansiosas de ser reeducadas y rehabilitadas para convertirse en ciudadanas responsables. Se les pagaba la estancia con el compromiso de que dieran a sus bebés en adopción. Para tener una vida mejor, en América.

El primer día, Myong-hee se sintió horrorizada cuando la chica sentada junto a ella le susurró que era la segunda vez que ingresaba en el hogar.

A ella le pareció espantoso que fuera tan irresponsable.

—Me juzgas ahora, pero ya lo verás, al menos, de este modo, sé que tengo un techo sobre mi cabeza y tres comidas diarias.

Les ofrecían clases de educación sexual que les daban consejos de este tipo:

Mantén las piernas juntas.

No andes por ahí tarde por la noche.

No te vistas de forma provocativa.

Nunca bebas alcohol; mantente sobria.

Habla con los hombres lo mínimo indispensable; no digas nada que pueda ser interpretado como flirteo.

Si te sientes tentada de acostarte con un hombre, piensa en tus padres.

Si te sientes tentada de dormir con un hombre, piensa si te gustaría una carrera como prostituta.

Durante ese tiempo, Myong-hee no se abrió con nadie. Su situación era diferente a la de las otras chicas, se decía a sí misma, porque ella sabía que le entregaría el bebé al director. Era un consuelo, se decía, porque al menos sabría que el niño crecería en buenas manos.

Nadie le dijo, ni ella imaginó remotamente, la posibilidad de que fueran mellizos.

Song-mi entró en el apartamento de Myong-hee y recorrió con la mirada hasta el último rincón. Myong-hee también miró con ojos críticos su propio dormitorio; el tocador de madreperla le pareció pasado de moda, las paredes demasiado blancas y asépticas, las orquídeas que tanto le gustaban por su generosa floración, de repente, se veían demasiado chillonas. Nunca recibía visitas. Dejar que alguien entrara en su apartamento era más íntimo que desnudarse delante de un extraño.

—Puedes instalarte en aquella habitación —dijo señalando la habitación frente a la cocina americana.

—¿Solo para mí? —preguntó Song-mi con sorpresa, protegiéndose el vientre con el brazo.

—No habrás pensado que íbamos a compartir la habitación, ¿verdad? Voy a necesitar dormir cuando nazca el bebé. Deshaz la maleta —le pidió—. No tienes que hacer nada.

—¿Después de que llegue el bebé?

—Claro. —Myong-hee se rio ante el asombro de Song-mi—. ¿Es que no sabes que eso es lo que sucede al final de esto?

Pero Song-mi no se reía. Cuando Myong-hee levantó la mirada la vio de espaldas, con la mano tapándose la boca, llorando.

—¿Quieres decir que me puedo quedar?

—Lo mucho o poco que desees —dijo en un tono desenfadado.

No sabía cómo consolarla y se puso a buscar en los armarios algo que pudieran comer. Optó por un curry en lugar de los fideos instantáneos, picó una cebolla, una zanahoria, una patata y las puso a hervir. Mañana, pensó que iría al supermercado, mejor que a la pequeña tienda de la esquina, y llenaría la nevera.

Unos momentos después, Song-mi, aún luchando por contener las lágrimas, se sentó a comer.

—¿Estás segura de esto?

—Sí —contestó Myong-hee algo impaciente—. Vamos, que no va a estar bueno si se enfría.

Song-mi asintió, pero no tocó la cuchara.

—Cuando tenía cinco o seis años, me llevaron a una enorme casa con un gran jardín, rodeada de montañas. En un barrio elegante. La mujer que me quería adoptar era muy bella. Tenía el cutis perfecto. Yo me estaba portando lo mejor que podía porque realmente quería agradarlos. Estaba emocionada de convertirme en su hija. Estaba muy segura, cuando me llevaron de vuelta, de que los vería de nuevo. Pero entonces al día siguiente, la pareja volvió a "probar" a otra chica, y la eligieron a ella en vez de a mí. Solo quiero asegurarme de que es real. Nadie ha hecho nada como esto por mí jamás. Quiero decir —buscó en el rostro de Myong-hee la respuesta —, ¿por qué haces esto por mí?

Ella pensó en el día después de dar a luz a los mellizos, la forma en que el secretario Gong le había entregado un sobre lleno de dinero. Cuando ella preguntó qué debía hacer con la niña, él le respondió de inmediato, como si fuera algo a lo que ya se hubiera enfrentado en el pasado: "Hay una organización llamada Holt Internacional".

—Te estoy ofreciendo —comenzó a decir Myong-hee, dejando la cuchara en el plato, ya sin hambre— algo que yo no tuve nunca.

TREINTA Y SEIS DÍAS DESPUÉS DEL DERRUMBE

SAE SALIÓ DE MYONGWOLGWAN SINTIÉNDOSE vacía y exhausta. Después de horas de revisar las grabaciones, aún no había encontrado lo que buscaba. El señor Han, de quien le habían dado los datos a Il-hyung y a ella, le había dejado un mensaje que la esperaba cuando le viniera bien y que estaría encantado de hablar con ella. Miró la hora, sabiendo que debía volver a su casa para que los niños no se inquietaran, pero en lugar de eso, cogió un autobús para cruzar la ciudad, en dirección al campus de la universidad. Por el momento, lo que más la preocupaba era la relación ente Yung y Jae. Yung tenía al menos quince años más que Jae, y era graduado en Ingeniería de la misma universidad.

¿Habría sido un mentor?

El campus de la universidad estaba tal como lo recordaba, con su larga y majestuosa entrada y el portal triangular tan característico, los arbustos cuidadosamente podados y los espacios arbolados entre los edificios. Los pocos estudiantes del campus se movían con comodidad en la calma de las vacaciones de verano. La atmósfera era bien diferente a cuando Sae era estudiante, y todos estaban en estado de alerta, listos para desaparecer al primer signo de protesta.

En la biblioteca, Sae se desplazó por los pasillos vacíos entre las estanterías. Fue en estos silenciosos espacios donde ella y Jae habían encontrado un lugar para estar juntos. En esa época, había pocos sitios para la intimidad, que se veía interrumpida con frecuencia por la aparición de alguien. Había rincones escondidos del campus solo para ellos: el laboratorio de química abandonado, las bambalinas en el escenario del salón de conciertos. Al final, Sae se volvió más audaz y lo hizo entrar en la habitación de la residencia femenina. Allí, se sentaban en el suelo, pero en silencio debido a que las paredes eran muy finas. Sae encendía una vela, ponía el extractor y subía el volumen de la radio para que pudieran hablar en susurros. Cogía un boli y escribía: "Debes estar en silencio. Si te oyen, voy a tener que buscar otro lugar donde vivir".

Él sonreía, cogiéndole el boli. "De acuerdo, podemos sentarnos en silencio y solo mirarnos a los ojos".

Ella le daba una palmada suave en el brazo, y se tapaba la boca con la mano para no reírse muy fuerte. Él se encogía de hombros y ponía cara de confusión, haciéndola reír todavía más fuerte. "Basta. Tienes que colaborar, no puedo parar de reírme".

Ella presionó con una almohada su rostro. Él le cogió la mano y la atrajo hacia sí. Luego, la besó y, del interior de Sae, surgió el deseo.

Siempre era donde ella vivía, nunca en donde vivía él. Cada vez que ella se quejaba de los pocos lugares donde podían estar juntos, él encontraba otro sitio abandonado dentro del campus. Nunca proponía el lugar donde él vivía.

—Estoy cansada de escondernos y escabullirnos todo el tiempo —declaró ella una noche—. Quiero que podamos estar juntos a la vista de todos.

Al día siguiente, Jae llegó a la habitación temprano y llamó a la puerta; se comportó con formalidad, como una visita.

—¿Qué pasa? —preguntó ella.

—Te vienes conmigo —dijo él sonriendo—. Vamos a salir de la ciudad. ¿Confías en mí?

—No sabía que se trataba de una demostración de confianza, me dijiste que sería divertido —se quejó ella mientras daba otro paso por el sendero de la montaña—. Me duelen las piernas. ¿Falta mucho?

—Casi hemos llegado —dijo él—. Pensé que para ti sería fácil escalar. Te he visto correr a toda velocidad durante las manifestaciones.

—Lo mío es más bien la velocidad —aclaró recuperando el aliento —, odio las escaleras.

—No te gustan nada las sorpresas, ¿cierto? Detestas no saber. Ya casi hemos llegado. ¿Ves ese pabellón? Allí es a donde vamos.

Ella le sonrió.

—¿Una carrera hasta allí?

Él respondió con una sonrisa amplia y echó a correr. Ella se rio, y casi sin aliento, lo alcanzó, atrapó su mochila y lo hizo tropezar hasta

que ambos rodaron por el suelo riendo a carcajadas. No podía recordar la última vez que se habían reído tanto.

En la cima de la montaña, la vista del valle a sus pies, con sus vastas extensiones de tierra cultivada, la dejó absorta.

—Vengo aquí cuando necesito aclarar mis pensamientos.

Se sentaron alejados del sendero, observando los sembrados de arroz allí abajo. No había nada de viento, y los rodeaba un perfecto silencio. Se habían habituado a vivir en el ruido desde que despertaban con el sonido de los cristales rotos barridos después de las manifestaciones. Allí, se sentían como si estuvieran en otro país. Un país en paz. Sae apoyó la cabeza sobre el hombro de Jae, y él la rodeó con el brazo. En este sitio, mirando las hojas doradas de los arces, se sintieron felices. Cuando estaban en la residencia femenina o escabulléndose de las reuniones, ella estaba protegida, pero con la culpa carcomiéndole el placer. ¿Podía permitirse esta felicidad cuando había chicas incluso más jóvenes que ella que trabajaban sin descanso y ganaban menos de lo necesario para subsistir? ¿Qué derecho tenía ella a ser feliz cuando los estudiantes eran arrestados por hablar en contra del Gobierno y eran violados en las celdas de interrogatorio, o cuando el Gobierno no quería que los pobres fueran visibles, y se los cogía por la fuerza para llevarlos a otra ciudad? Cuanto más feliz se sentía con Jae en esos momentos, más se prometía a sí misma redoblar sus esfuerzos y trabajar sin descanso por los que sufrían.

—¿Por qué estás tan seria? — preguntó él.

—Estoy feliz —dijo ella—. ¿Puedo permitírmelo? ¿No sientes a veces como si, de alguna manera, no fuera lícito?

—Bueno —dijo él rodeándola con los brazos—. Eso me convierte en un maldito forajido.

Faltaban muchas fotografías en los anuarios de la Facultad de Ingeniería. Era la época en que muchos deseaban permanecer invisibles para la policía. Ella acarició con sus dedos los nombres sin foto. Uno de ellos la hizo vacilar; esas palabras se habían quedado retenidas en su mente: Kim Geun-ye. ¿Dónde había oído ese nombre?

Volviendo las páginas, tocó las filas de los rostros. Con rapidez, pasó a otra sección del anuario, y sintió que la ganaba la ansiedad. Lo dejó y cogió el de otro año, pasando las hojas a toda velocidad como si allí estuviera la respuesta que buscaba.

El año era 1986, y no había ningún graduado en el Departamento de Ingeniería con el nombre Kim Jae-geun, ninguna fotografía que se le pareciera. Cogió otro anuario, volvió las páginas en busca de su nombre, de su rostro familiar, pero no lo encontró. Se puso de pie apoyándose en la estantería. Cada paso que la apartaba de esa ausencia sonaba distante, como si ella estuviera perdiendo el oído. Mientras caminaba hacia la oficina de la administración, sintió que el pasillo se iba cerrando sobre ella. Incluso antes de que la empleada volviera de la sala del archivo, ella ya sabía cuál sería su respuesta.

Kim Jae-geun nunca había estado registrado como alumno en la universidad.

Hacia 1986, quedó claro para todos que las protestas no eran suficientes para derrocar al Gobierno.

—No lograremos la democracia por medio de manifestaciones —anunció Il-hyung una noche—. Para conseguir un cambio radical, tenemos que convertirnos en obreros.

Fue durante una reunión en un retiro de montaña donde varios estudiantes avanzados se presentaron ante los jóvenes más comprometidos.

El ambiente de la habitación se volvió denso. Alguien volcó una botella, y el ruido del cristal al golpear contra el suelo dejó en evidencia el repentino silencio que se había instalado. Sae miró a los demás, preguntándose quiénes se quedarían y quiénes se retirarían. Abandonar los estudios para trabajar en una fábrica era un compromiso con el movimiento que dividiría las aguas. Una cosa era participar en una protesta, otra poner en riesgo el futuro personal.

—Solo conociendo a los trabajadores, sabremos cómo ayudarlos. Necesitamos infiltrarnos en las fábricas y aliarnos con los obreros. Así es como se producirá la revolución —dijo un miembro del movimiento de más antigüedad, un hombre de pómulos prominentes que parecía demasiado mayor para ser un estudiante.

Se hizo un pesado silencio. Nadie parecía tener deseos de hablar. Los estudiantes de los últimos cursos se miraron antes de proponer un descanso.

—¿Qué tal si tomamos algo? —dijo uno de ellos agitando una botella de soju.

Algunas de las chicas salieron de la cocina con aperitivos. Cambió la atmósfera, y todos comenzaron a relajarse. Sae notó que Jae bebió de su vaso. Cuando se puso de pie para salir de la habitación, ella lo siguió. En la oscuridad, el bosque resonaba con los cantos eléctricos de los grillos y el susurro de los juncos en el viento. La temperatura había descendido y estaba muy agradable.

—No era mi intención asustarte —dijo ella cuando él se volvió abruptamente.

—Tuve miedo de que fuera otra persona —dijo él con una sonrisa de alivio—. ¿Damos un paseo?

Pasearon por una angosta avenida de abedules cuyos troncos plateados parecían desnudos bajo la luz de la luna.

—¿Te preocupa lo que han dicho los alumnos de los cursos superiores? —comenzó ella para llenar el silencio—. No creo que hayan querido decir que teníamos que dejar por completo los estudios en la universidad. Siempre están las vacaciones de verano y…

—No es eso —dijo él—. Yo sé cómo eludir el proceso de identificación. En las fábricas, quiero decir. Es muy fácil falsificar los números de identidad para que no sepan que somos estudiantes.

Ella se detuvo y lo observó moverse en la oscuridad. A lo largo de las semanas, Sae había notado que la inquebrantable convicción de los estudiantes de cursos superiores había calado hondo en Jae. La sorprendía la intensidad de su compromiso y, también, se daba cuenta de que, al mismo tiempo, la desilusionaba. Sentía que sus mejillas ardían al pensar cuánto deseaba que él la mirara, al menos una vez, con esa misma intensidad.

—Conseguir el trabajo es la parte más sencilla —continuó él volviéndose hacia la luz, sin darse cuenta de que ella se había detenido—. ¿Pero cómo ganar la confianza de los obreros? ¿Cómo convencerlos de nuestra buena intención? Puede ser que nos

rechacen. ¿Cómo llegar en una conversación al tema de la revolución que queremos comenzar?

Se volvió finalmente hacia ella y la vio sonreír.

—¿Cómo es que sabes tanto sobre las fábricas? —le dijo.

—Pasé mi infancia en una de ellas —contestó él.

Tenía la mirada clavada en el suelo y restregaba la suela en la hierba, como si tratara de limpiarse ese pasado. Parecía extraño que se sintiera avergonzado de ese pasado después de los debates compartidos. Ella quería que él la mirara para ver qué era lo que sentía. Y de repente, comenzó a caminar de nuevo y saltó una gran roca al final del sendero. La ayudó a subirla. Abajo el río brillaba bajo la luz de la luna.

—Nunca hablas sobre el lugar donde creciste o sobre la escuela a la que asististe —dijo ella, abrazándose las rodillas.

Él se inclinó sobre el borde de la roca, como si estuviera considerando saltar al agua.

—Cuanto menos sepamos el uno del otro, mejor, ¿no es cierto?

—Buena salida —admitió ella sonriendo—. No te voy a dejar escapar con tanta facilidad. Parece que nada te intimida. Cuando el estudiante del último curso habló sin tapujos sobre la posibilidad de ser arrestados por todo esto, no pareció asustarte.

Él arrancó una hoja de una rama baja.

—Te he visto en las manifestaciones —siguió ella.

Había observado su serenidad, la forma en que estaba dispuesto a hacer de escudo entre los estudiantes y la policía antidisturbios, como si su vida no valiera nada. Ella sentía por momentos terror a las torturas, sospechaba que no duraría mucho antes de rendirse. Se sentía un fraude. Una cosa era arrojar cócteles molotov, decir que creía en el cambio, y otra muy distinta era confiar en sí misma. Pensaba que traicionaría a los otros estudiantes incluso antes de que los interrogadores la tocaran.

—No pareces temerle a nada —dijo ella.

—Estoy asustado todo el tiempo —la contradijo él.

—Pero no de la policía. No parece que el futuro te atemorice.

—Eso es cierto. No me da miedo —asintió Jae.

—Entonces, ¿a qué le temes? —preguntó ella.

—A que me descubran, supongo —aventuró, después de una larga pausa, mirándola a los ojos.

Esa mirada la inquietó. Él parecía intuir su propia sospecha, de que ella era cobarde. Justo cuando iba a preguntarle algo más sobre esto, oyeron pasos en la hierba detrás de ellos. Il-hyung apareció con el estudiante de último curso.

—Bueno, bueno… — dijo riendo el estudiante, dándole una palmada a Jae en la espalda—. Siempre son los más calladitos los que se quedan con las chicas, ¿no es cierto? ¿Quién viene a nadar?

Al volver a la oficina de *Diario Seúl*, Sae se sentó en el archivo de microfilms para buscar lo que hubiera sobre Grupo Taehan y su presidente Kim Yung alrededor de la fecha en que Il-hyung podría haberle visto con Jae. Fue al buscar estos artículos que se topó con uno breve sobre la muerte del hijo menor del director en un accidente de un coche. Kim Geun-ye. Entonces, supo por qué el nombre le había llamado la atención cuando lo vio en el anuario. Recordó haber oído el anuncio de esa noticia cuando esperaba ansiosa novedades sobre el paradero de Jae al poco tiempo de ser arrestado.

Si Geun-ye había sido un estudiante de la Facultad de Ingeniería, entonces, ¿era posible que Jae lo hubiera conocido? ¿Era Geun-ye el nexo entre Jae y Kim Yung? Sae se levantó del escritorio y miró la ciudad brillando bajo la lluvia. Abrió la ventana, juntó agua de lluvia en las palmas de las manos y se humedeció el rostro, tratando de serenar el torbellino frenético de sus pensamientos, la fiebre enrojeciéndole las mejillas.

8.30 a. m., 15 de noviembre de 2016
Residencia del director, distrito Gugi, Seúl

Un día, mientras tomaba el desayuno, vi a mi hijo menor, Geun-ye, mirando por la ventana del comedor sin haber tocado su sopa de arroz. Qué malcriados y desagradecidos se han vuelto mis hijos. Hace décadas, mis hermanos y yo hubiéramos aguado la sopa con lágrimas de agradecimiento, convencidos de que estábamos en el festejo de un rey al ver la cantidad de platos a nuestra disposición para acompañar al arroz. Yo ya estaba de muy mal humor. El gerente del astillero había llamado para informar que había caído la producción. Los obreros habían comenzado a ralentizar el trabajo: todos fichaban su salida antes de tiempo a la vez para que la producción de la fábrica se detuviera en ese instante. Corrían rumores de que querían formar un sindicato. Sabía con certeza que si entraba en conversaciones sobre los sueldos solo animaría más reclamaciones. Me negué a negociar con ellos. Lo siguiente sería que los obreros quisieran opinar sobre cómo llevo mi compañía. ¡Y lo próximo, opinar sobre cómo se distribuyen las ganancias o de qué modo se debe contratar a los trabajadores!

Noté, por la expresión abatida de Geun-ye, que algo lo preocupaba. Había estado taciturno durante el desayuno, desganado cuando le llegó el turno de hablar. Esperé que salieran todos para conversar con él.

—Si lo que te preocupa son los exámenes, deberías esforzarte el doble en lugar de preocuparte. No pierdas el tiempo en emociones cuando podrías estar memorizando otro teorema —le dije.

—Padre —comenzó—, ¿seré capaz de hacer las cosas que tú has hecho?

La pregunta me tomó por sorpresa. No me había dado cuenta de que mis ambiciones con respecto a él eran tan evidentes. Por supuesto, sé que todos tenemos nuestros momentos de duda de vez en cuando, pero no me gustó nada su falta de confianza.

—¿Por qué no ibas a serlo? Eres mi hijo.

Esto pareció darle una nueva perspectiva. Su expresión cambió, parecía más resuelto.

—Me gustaría aprender más sobre el negocio —dijo—. Quiero pasar un tiempo en la fábrica para saber cómo funciona todo. Me gustaría dejar la universidad un tiempo.

Por un momento, me quedé asombrado, sin saber qué decir. De niño, había llevado muchas veces a Geun-ye a la fábrica para que pudiera entender sus responsabilidades futuras. Pero esto parecía haber tenido un efecto contrario en él.

Lo convirtió en el hijo menos interesado en el negocio. Así que este cambio me levantó el ánimo de inmediato. Se estaba volviendo difícil motivar a los obreros, y se me ocurrió que Geun-ye podría informarme de todo lo que veía. También, había comenzado a sospechar que un grupo de comunistas estaban radicalizando a mis obreros, metiéndoles en la cabeza ideas de sindicalizarse. "Si Geun-ye estuviera trabajando en la fábrica", pensé, "él podría ayudar a identificarlos y eliminarlos del negocio".

Me mostré encantado con su sugerencia. Un tiempo alejado de sus estudios al servicio de otro tipo de educación no era una mala idea. No le di más vueltas al asunto porque no debía llegar tarde a la reunión con el presidente Chun. Después de demostrarle que Grupo Taehan era un recurso valioso para la nación con mis proyectos en el extranjero, el presidente Park Chung-hee me había concedido préstamos estatales a tasas muy convenientes y obras en empresas del Estado que necesitaban mantenimiento: astilleros, acerías, plantas de maquinaria pesada. Visité estas plantas, identifiqué los problemas y las hice productivas nuevamente. Hacia finales de los años setenta, había dejado de estar solo en el negocio de la construcción para convertirme en director de un conglomerado económico. En 1979, el presidente Park Chung-hee fue asesinado por el hombre en quien más confiaba, su mano derecha, y reemplazado por un militar en quien yo no confiaba del todo. El presidente Chun Doo-hwan tenía una calva reluciente, mejillas hundidas y una mandíbula fuerte. Cuando sonreía, uno se daba cuenta de lo grande que era su boca. Era tan grande que parecía de otro mundo, como la de un demonio. Oí rumores sobre él. Cosas desagradables, sádicas. Me manejé con cautela.

Cuando entré en su oficina, estaba rodeado de otros asesores. Ya se habían acabado una botella de whisky, y todavía no era el mediodía. Estaban discutiendo las próximas Olimpíadas, que se celebrarían el año siguiente. Con el tiempo, resultaba evidente que la apuesta a las Olimpíadas había sido ambiciosa, una ilusión, un intento desesperado de una nación por ser reconocida entre los miembros del mundo industrializado. Se lamentaban en ese momento de que el alcalde fuera un político sin agallas que intentaba eludir sus compromisos en la preparación de las Olimpíadas.

—Como si fuera poco, ahora esto. —El presidente Chun tiró una revista sobre la mesa—. Esto es lo que tengo que aguantar.

Yo levanté la revista y vi la foto de un estudiante durante una protesta con un cóctel molotov en la mano.

—Es como un virus, los estudiantes están infectando a todos. Los granjeros arrendatarios están pidiendo aumentos. Los conductores de taxis están en huelga.

¡Hasta los malditos oficinistas se están manifestando en las calles, haciéndose llamar "la brigada de los corbateros"! El embajador de Estados Unidos está preguntándome qué vamos a hacer para controlar la situación, y el alcalde, ese miedoso cabrón, sale a decir que hace falta un nuevo comité para organizar la situación. Y mientras tanto, la prensa extranjera anda publicando notas como estas en portada.

Asentí. Era verdad que esas imágenes daban una pésima imagen de nuestro país. Era muy negativo para los negocios. Comencé a sentirme desconcertado, inseguro de por qué había sido convocado a esta reunión.

—Tenemos que limpiar la ciudad, hacerla brillar. ¿Qué obras tiene en curso? —me preguntó.

—Un edificio residencial en Gangnam. Estamos reparando un puente en el lado oeste de la ciudad y también…

—No hay nada de impresionante en un edificio residencial —dijo—. Quiero algo resplandeciente. Necesitamos algo grandioso, brillante, majestuoso. Algo que impacte a los turistas olímpicos para que se den cuenta de que no están en el tercer mundo. Algo endemoniadamente moderno. Necesitamos nuestra propia versión del edificio Empire State.

Se produjo en la sala un silencio embarazoso. Como yo no respondí de inmediato, el presidente lanzó su vaso contra la pared.

—¿Hace falta que lo deletree para que lo entienda? Le estoy diciendo a usted que levante ese edificio. ¿Me entiende? Algo enorme, ¡el edificio más alto de Asia! Eso es lo que quiero que aparezca en la portada de los periódicos, ¿queda claro?

El edificio más alto de Asia en menos de un año, a terminar antes de que nuestra querida ciudad fuera anfitriona de los Juegos Olímpicos, era un desafío intimidante, incluso para mí. Pero, como le dije antes, no está en mi naturaleza decir que algo es imposible. Resolví que Grupo Taehan batiría un nuevo récord mundial. Este pensamiento apaciguaría cualquier temor que yo pudiera tener. Y hete aquí que cumplí mi promesa al presidente. Torre Aspiración quedó terminada dos días antes de la ceremonia de apertura.

TREINTA Y OCHO DÍAS DESPUÉS DEL DERRUMBE

SAE ESPERABA A TAE-KYU EN la plaza frente a las oficinas de *Diario Seúl*, una suerte de purgatorio donde los oficinistas mataban el tiempo en su jornada laboral, fumando y posponiendo el inevitable regreso a sus escritorios. Anteriormente, Sae se había reunido con el señor Han, el obrero cuyo contacto le había dado el líder sindical. Le habían indicado que buscara un muro de bloques de cemento cubierto de hiedra. La casa del señor Han estaba en lo alto de una colina en un barrio humilde, vecino a una zona de extrema pobreza. Ella se desplazó entre los sonidos de este despiadado lugar: una voz que regañaba a un montón de estudiantes por un altavoz, el solemne sermón proveniente de una iglesia enmohecida. En la cima, desde unos toscos escalones de cemento, la majestuosa vista de los rascacielos del centro de la ciudad quitaba el aliento: la visión de una ciudad que parecía pertenecer a un país diferente. Un hombre delgado, fumando sentado, se puso de pie cuando ella se acercó.

—¿Usted debe ser la señorita Kim? —dijo sonriendo—. Soy Han Sun-kyu; pase, por favor. Mi hermano Sun-jin y yo la estábamos esperando. ¿Puedo servirle algo? ¿Un poco de café? Está dulce, pero es reconfortante.

—Un café está muy bien —aceptó ella sonriendo también.

La condujo a través de la cocina hacia una pequeña habitación. Sun-jin tendría poco más de cuarenta años, aunque su barba lo hacía parecer mayor. Estaba sentado contra la pared. Levantó la mirada de la televisión, apartó un gran cenicero lleno de colillas y se colocó la manta de estampado atigrado sobre las piernas para dejar un sitio donde ella pudiera sentarse. Su hermano le había contado por teléfono que Sun-jin había sufrido un accidente en una obra en construcción unos años atrás, pero sin darle más detalles. El inválido la pilló mirando fijamente sus tobillos escuálidos, y ella desvió la mirada a un calendario colgado en un clavo oxidado sobre la pared. Estaba marcado agosto 1989. Una mujer posaba en biquini, con el cabello negro suelto como la melena de un león.

Sun-jin alisó la manta sobre sus piernas.

—Esto es lo que sucede cuando uno se cae de un tercer piso —dijo, consciente de la incomodidad de Sae—. Los doctores dicen que tuve mucha suerte de sobrevivir. Podría haberme roto el cuello y hubiera terminado sin poder mover de la cabeza hacia abajo.

—Eso nos hubiera ahorrado mucho dinero en las facturas de teléfono —bromeó el señor Han, volviendo con una bandeja y tres vasos desechables con humeante café—. Le encanta hablar por teléfono. Todo el día. No sé ni siquiera con quién habla. Es eso o la tele.

Sae forzó una sonrisa, cogiendo el vaso caliente, temerosa de que se notara la lástima que le provocaba la situación. En todos los años de protestas, los sufrimientos de los trabajadores habían sido algo abstracto. Ahora, los veía transformarse en cadena perpetua para muchos.

—¿Así que es amiga de Il-hyung? ¿Está ayudándolo a hacer otro documental?

—No, soy periodista.

—Intentamos hablar con ustedes hace muchos años, cuando sufrió el accidente, pero no llegó a nada.

—¿Qué sucedió?

—Tercer piso. Junto al patio interior —dijo Sun-jin.

—Esos desgraciados solo mandaron algo de dinero al hospital, y así terminó el tema. Cuando volví para reclamar una indemnización, dijeron que no lo tenían registrado como obrero en la obra —aclaró el señor rojo de ira.

—¿De qué te sorprendes? Hemos trabajado en obras donde se producían accidentes, y los cuerpos se apartaban para que la gente volviera al trabajo. Los gerentes nunca nos consideraron personas, solo piezas de una máquina defectuosa —dijo Sun-jin, tomándose el resto de café y aplastando el vaso de papel con las manos—. De todas maneras, yo iba a contarles lo que estaba sucediendo en la Torre, pero los periódicos no estaban interesados. Había muchas otras noticias en los días previos a las Olimpíadas.

—¿Qué es lo que estaba sucediendo en la Torre? —preguntó Sae con súbita impaciencia.

—Un desastre tras otro —dijo él—. Cada dos meses, cambiaba el equipo que supervisaba la construcción. Nuevos equipos de contratistas. Al principio, los planos eran para un edificio de apartamentos de pocos pisos. Estaba casi terminado cuando el director cambió de idea diciendo que quería convertirlo en un centro comercial de gran altura. Los contratistas que alegaron que habría que rehacer los cimientos fueron despedidos. El director era un hombre que odiaba oír que lo que él pretendía era imposible. Él tenía una fecha límite y no toleraría ninguna demora. Continuó contratando y despidiendo al que no estuviera de acuerdo con él, hasta que encontró un equipo que realizaría el trabajo.

Sae recordó los planos que había encontrado en el estudio en Buam-dong y deseó haberlos llevado con ella.

—¿Entonces, está diciendo que los cimientos de la Torre no eran suficientes para el cambio de altura del edificio?

Sun-jin asintió.

—Como los planos del edificio continuaban cambiando, tuvieron que cortar algunas de las columnas de soporte. Y si encima agregas una piscina, era obvio que todo iba a colapsar.

Ella dejó el vaso. Quería asegurarse de que estaba entendiendo bien lo que escuchaba.

—¿Así que afirma que Grupo Taehan no actuó correctamente desde el principio?

—El ingeniero dijo que las marcas en los planos destacaban las vigas que cargaban el peso —comentó Tae-kyu, unos pasos por delante de ella. Sae le había pedido que se encontrara con el ingeniero sin ella —. Y que los cálculos en los márgenes mostraban que eran conscientes de los problemas en la estructura.

Sae se mordió el labio. El día era pesado y húmedo, y habían comenzado a caer las hojas de los árboles. Sintió que las gotas de sudor le corrían por el cuello.

—¿Y eso a dónde nos lleva?

Tae-kyu se detuvo y se volvió para quedar frente a Sae.

—Dijo también que ningún ingeniero en su sano juicio se arriesgaría a aumentar la carga sin reforzar los cimientos. —Hizo una

pausa para pensar, acariciándose la barba incipiente con la mano—. ¿Cuánto tiempo crees que hacía que estaban trabajando en esto?

Sae recordó los documentos que había visto. Jae había vuelto a casa con las noticias del proyecto en invierno.

—Seis meses —respondió, recordando algo que le había llamado la atención en la oficina—. ¿Y jamás habían planeado construir una piscina? —continuó—. No había indicios de baldosas ni planos de la piscina.

—Pero si no estaban construyendo una piscina, ¿qué estaban haciendo allí? Eso sería la clave de todo. Podríamos ir al ayuntamiento y ver qué planos presentaron para los permisos, tal vez eso nos ayude.

Sae tiró su vaso de café en la rebosante papelera.

—Puedo llamar para averiguarlo esta misma tarde.

—Debo irme —dijo Tae-kyu—. ¿Estás bien?

—Perfectamente —contestó Sae secándose las palmas de las manos en los vaqueros. Entonces lo recordó—. El nombre Kim Geun-ye, ¿te suena?

—¿Te refieres al hijo menor del director de Grupo Taehan? Dijeron que fue un accidente de coche, ¿no? Que no hubo nadie más involucrado. Naturalmente, todo el mundo supuso que su muerte había sido un suicidio. ¿Por qué lo preguntas?

Tae-kyu sacó un paquete de cigarrillos del bolsillo delantero, y Sae alargó la mano para que le diera uno.

—Una coincidencia curiosa. Vi su nombre hace poco, solo eso.

Tae-kyu se llevó el cigarrillo a los labios y le ofreció fuego.

—Recuerdo que Kang, el periodista, y yo bromeábamos con el momento en el que ocurrió, como si hubiera estado planeado para desviar la atención del conflicto laboral en la cementera del director. Ese hombre es capaz de muchas cosas, pero a nadie se le ocurre que podría tirar a su propio hijo de un acantilado solo para tapar una mala noticia.

CUARENTA DÍAS DESPUÉS DEL DERRUMBE

A FINALES DE OCTUBRE, EL clima otoñal fue suavizándose, y el paso hacia el invierno fue languideciéndose. La presencia de Song-mi en el apartamento de Myong-hee trajo consigo, al parecer, un resplandor nuevo. A Myong-hee le encantaba oír los sonidos de otro ser humano llevando a cabo sus rutinas diarias en la habitación contigua. La felicidad se presentaba como la visita inesperada de un amigo perdido hace tiempo.

Myong-hee le había sugerido a Song-mi que descansara y que no trabajara en los salones llenos de humo. En compensación, cuando Myong-hee se despertaba, encontraba a Song-mi preparándole algo para comer: huevos al vapor, cerdo especiado y guiso kimchi, arroz frito o carne marinada.

—No sabía que cocinabas tan bien —comentó Myong-hee, llevándose con deleite una cuchara de guiso a la boca.

—Solo hago lo que veo hacer en la tele.

La sopa estaba deliciosa. Cuando Myong-hee vivía sola, había días en los que tenía que forzarse a comer una segunda comida. Apoyó la cuchara para intentar comer más despacio.

—¿Aprendiste a cocinar sola mirando la televisión?

Song-mi se encogió de hombros, apartó la vista de Myong-hee y miró por la ventana, en un intento inútil de contener la sonrisa que la delataba.

—Estaba aburrida y tenía antojo de comer kimchi jjigae —dijo, aunque Myong-hee notó que ella casi no había tocado su plato.

—¿Estás segura de que no quieres que vaya y trabaje algunas horas? —preguntó Song-mi.

—¿Realmente lo deseas? —preguntó Myong-hee.

—Solo quiero ayudar —dijo ella—. Tal vez puedo asistir a Sae con las grabaciones.

La mención de Myongwolgwan y la oferta del señor Byun de pagar por la información sobre lo que había sucedido en Torre Aspiración ensombreció el ánimo de Myong-hee. Vino de repente a su mente la imagen de un niño pequeño correteando por la sala, jugando al

escondite y luego desapareciendo en uno de los salones de karaoke del Myongwolgwan. No, ese no era lugar para un niño. La imagen de ese niño del futuro tuvo en ella un fuerte impacto; hasta hace poco, solo la habían acechado los fantasmas del pasado.

Desde que Song-mi se había mudado a su casa, Myong-hee había comenzado a notar cómo reía la gente que conversaba mientras caminaba tranquilamente por el barrio, el esplendor de las calles sembradas de las hojas amarillas de los ginkgos. El mundo parecía más colorido, más vivaz. Por primera vez, veía los pequeños gestos de amor a su alrededor: un joven que le cedía su asiento a un pasajero anciano, la generosidad de unos extraños que corrían a ayudar a un niño vacilante en las escaleras del metro. La luz parecía danzar de un modo diferente sobre el río cuando Myong-hee la miraba de camino al club. Hasta su deuda le parecía menos pesada, aunque estuviera encadenada a ella el resto de su vida. La oferta del señor Byun parecía abrir nuevas posibilidades para el futuro. Tenía que existir una salida, pensó.

Hasta ese momento, Myong-hee no había hecho más que mirar fugazmente la revisión de los vídeos por parte de Sae. Ahora, estaba decidida a ayudarla: existía la posibilidad de que, después de todo, algo en esas grabaciones pudiera ser lo que el señor Byun estaba buscando. Cuando Myong-hee llegó a Myongwolgwan esa noche, Sae ya estaba esperándola en la entrada. A medida que el sol se ocultaba detrás de los edificios del callejón, el aire se iba impregnando de un frío húmedo. El abrigo de Sae se veía raído, y Myong-hee quiso apartar de sí el sentimiento de compasión que comenzaba a asomarse. Al entrar al club, la embargó un nuevo optimismo: tal vez, encontrarían algo en las grabaciones que las liberaría a todas.

CUARENTA Y DOS DÍAS DESPUÉS DEL DERRUMBE

HOON-MIN SALTÓ DE ALEGRÍA CUANDO Sae abrió la puerta y se lanzó hacia ella con los brazos abiertos. Al ver la brillante figura azul del superhéroe Sentai en sus manos, ella le preguntó de dónde lo había sacado.

—El tío me lo regaló.

—¿Quién? —preguntó ella.

Después de descalzarse, entró en la sala, y vio a Il-hyung sentado en el suelo con su madre. Sobre la mesa de café entre ellos, había un despliegue de coloridos platos de guarniciones alrededor de un bol de sopa de tofu bien caliente.

—¿Cuándo has preparado todo esto? —preguntó Sae quitándose la bufanda.

—Il-hyung llamó y le dije que viniera. Estaba esperándote en la parada del autobús. ¿Por qué no lo invitaste a venir aquí, Sae? ¿Es que pensabas dejarlo esperando fuera?

—No pensé que llegaría tan tarde.

—¿No se te ocurrió que me gustaría verlo? ¿Cuánto hacía que no nos veíamos? ¿Diez años?

—Más —replicó él, sonrojado.

—Il-hyung me ha estado contando que su madre detesta vivir en un apartamento. ¿Te lo puedes creer? Vivir en un edificio alto era todo lo que ella deseaba cuando estábamos en Mallipo.

Su madre estaba parlanchina, siempre le había hecho feliz estar rodeada de gente. Por un momento, sintió que era su madre de la infancia la que había vuelto.

—¿Cómo es que todavía no has cenado? —preguntó Sae inquieta por que Il-hyung estuviera allí, sin saber por qué.

—No me gusta comer solo —dijo él mientras su madre le servía varias porciones de carne con arroz, como si fuera un hijo querido—. La mayoría de las noches no como nada a menos que mi equipo de trabajo salga a comer afuera.

—Qué bien que se ve nuestro Il-hyung —dijo su madre, dirigiendo una mirada intencionada a Sae—. Ya es hora de que te cases, ¿no te parece? ¿Es cosa de los jóvenes en estos días o es culpa de la ciudad? ¿Por qué esperan tanto para casarse? No lo puedo entender.

—Déjalo en paz —dijo Sae, esquivando la mirada de su madre—. Seguramente, tiene sus razones.

El cabello de Il-hyung le caía sobre los ojos; necesitaba un corte de pelo. Estaba muy comprometido, era trabajador y todo el mundo lo quería. Había elegido la soltería. No era el tipo de persona que se casaría porque hubiera llegado a una edad en la que el matrimonio era parte del contrato social, como muchos amigos lo habían hecho. Él nunca aceptaría que sus padres lo presionasen. Sae cogió los palillos. En realidad, no tenía hambre, pero no podía resistirse a la comida hecha por su madre.

Seung-min se sentó a la mesa, más quieto que de costumbre, y pendiente de cada palabra que decía Il-hyung, mientras Hoon-min corría alrededor de ellos con su superhéroe en las manos.

—El kimchi de rábano está delicioso —dijo Il-hyung.

—Deja que te sirva un poco más —se ofreció su madre cogiendo el plato y apoyándose en la rodilla para poder poner de pie sin tanto esfuerzo.

—No te levantes —dijo Sae, preocupada por la rodilla dolorida de su madre—. Yo lo haré.

Sae no había visto a su madre tan animada en años, atenta a cada bocado que comía Il-hyung y acercándole los platos de guarnición. Después de servirle otra vez y de cortar los rábanos, se detuvo junto al fregadero a observar la feliz escena doméstica. Si alguien hubiera estado mirándolos por la ventana, hubieran parecido una familia normal. Desde las profundidades, iba emergiendo una criatura desconocida hacia la luz, una nostalgia de la que ella no había sido consciente. El dolor de una ausencia, allí en su interior desde antes de la desaparición de Jae. Nunca había compartido una comida así con Jae y su familia.

Después de levantar la mesa, Il-hyung se puso a observar cómo Seung-min limpiaba el arroz que se le había quedado a Hoon-min en el pantalón.

—Qué buenos que son los muchachos —comentó él.

Su madre asintió, deteniéndose un momento mientras pelaba una pera china.

—Tú también eras buena de pequeña —dijo la madre a Sae, sonriendo con tristeza—. Tal vez demasiado buena. No tolerabas ver a nadie sufrir. No podías dejar pasar nada. Por eso, te involucraste en todas esas protestas.

La idea de que su madre todavía viera algo bueno en ella la emocionó. Nunca hubiera imaginado que su madre había comprendido por qué no había podido quedarse al margen. Durante años, había cargado con la culpa, con el peso de la mano de su madre aferrada a sus vaqueros cuando descubrió que había participado en una manifestación. Cuando obtuvo la beca para la universidad, el pueblo hizo un cartel para anunciar la noticia, igual que lo habían hecho para Il-hyung el año anterior. Ella era la hija perfecta. La prueba viviente de que se podía vencer a la pobreza. De que después del saqueo de la historia —la ocupación, la guerra, la dictadura—, al menos, la siguiente generación lograría la estabilidad, tendría éxito. A los ojos de la gente del pueblo, ella encarnaba todas las promesas de un futuro mejor. Unirse al movimiento estudiantil ponía en riesgo ese futuro, encaminarse hacia un destino nefasto, peor que vivir en la pobreza. Recordaba a su madre rogándole que no se involucrara.

—Ese muchacho te ha llevado por mal camino.

—Mamá, por favor —decía Sae. Le dolía que hablara de ese modo de Jae—. No digas eso.

Sae sentía la mirada de Il-hyung sobre ella, pero no quiso mirarlo, fingió preocupación por un arañazo en el brazo que le había hecho Hoon-min.

Más tarde, cuando Il-hyung se levantó para irse, Hoon-min lo cogió de la mano, tratando de retenerlo.

—¡Quiero que te quedes!

—Volveré otra noche —dijo Il-hyung.

—Te acompaño —dijo Sae. Su madre desapareció en la cocina y volvió con una bolsa llena de comida. La puso en las manos de Il-

hyung.

—No dejes de comer. Puedes venir por más cuando se te acabe.

Il-hyung intentó rechazar la comida, pero se sintió complacido de que alguien lo cuidara. Bajaron la escalera en silencio. Solo cuando llegaron al nivel de la calle, Il-hyung se detuvo para mirarla.

—¿Tu madre nunca supo que yo fui quien te llevó a la primera reunión, no es así?

Ella negó con la cabeza.

—¿Dejaste que creyera que Jae te había inducido a unirte al movimiento? ¿Por qué?

—Has visto cómo se comporta contigo. Eres como un hijo. Jae era huérfano. No había nada que yo pudiera decir para redimirlo. —Sae vio en sus ojos otra pregunta que se avecinaba y siguió hablando sin parar—. Dijiste que habías encontrado algo.

Encontraron sitio en un pequeño restaurante que servía pollo y cerveza. Sentada del otro lado de la mesa frente a Il-hyung, se dio cuenta de que él había estado toda la noche tratando de disimular su preocupación.

—¿Qué es lo que no quisiste contarme por teléfono? —Lo vio dudar, mirando su cerveza antes de decidirse a tomar un trago—. ¿Es cierto? ¿Jae era un informante?

Se humedeció el labio inferior y rozó con el dedo el borde del vaso.

—Fui a ver a ese tipo. Está jubilado ahora y vive en Ansan. Nunca se metió en política y tampoco le gustaba demasiado pertenecer a la policía. Para él, era solo trabajo. Nos ayudaba cuando había estudiantes presos. Les hacía llegar pequeños lujos, entregaba las cartas del mundo exterior, cosas de ese estilo.

Tomó de nuevo el vaso, y le dio un trago antes de continuar.

—El tipo estaba trabajando en la oficina principal, en admisiones, la noche de los arrestos en la fábrica. Dice que recuerda la llegada de Jae porque hubo cierta confusión. Al guardia no le agradó algo de los papeles. El tipo dijo que él tenía otras cosas que hacer y no se preocupó demasiado del tema. Pero más tarde, esa misma noche, un sedán se detuvo afuera, y un hombre bajó cargando un cajón de manzanas.

—¿Manzanas?

—Un regalo para el guardia.

Sae se encogió de hombros.

—¿Qué cosa rara?

Il-hyung se rio suavemente.

—Eso mismo pensé yo. Lo que demuestra que somos muy ingenuos —dijo él—. Resulta que el cajón estaba forrado de billetes. Más tarde, cuando fue de ronda a verificar cómo estaban los detenidos por las protestas, Jae había desaparecido.

—¿Podría haber sido una maniobra de otra división de la policía? ¿Del comité anticomunista? —Mientras hacía estas preguntas, se daba cuenta de que, si ese hubiera sido el caso, el dinero no habría cambiado de manos—. ¿Crees que pudo haber sido Kim Yung?

—No lo sé. Ojalá pudiera decírtelo.

Después de que Jae regresó del templo, Sae pensó en él como quien vuelve del frente de batalla, destrozado por dentro.

Una noche se despertó sobresaltada, el bebé le pateaba las costillas. Seung-min se había deslizado fuera del futón y estaba durmiendo con la cabeza apoyada en el suelo. Jae no estaba junto a ella. Estaba caminando por la sala como un paciente agónico esperando que se le alivie el dolor.

Ya lo había visto así antes, fue hacia él y acercó su rostro al suyo para que sus frentes se encontraran.

—Todo va a salir bien —lo alentó—, ya no estás allí. Nadie puede hacerte daño.

—No lo comprendes —dijo él—. No fue nada.

Se quedó en silencio, como tratando de elegir las palabras para describir lo que había pasado.

—No me ocurrió nada allí. Y cuando pienso en lo que les pasó a otros, yo… yo —tartamudeó sin poder terminar la frase.

—No lo hagas, no debes comparar.

—Sae —comenzó él—. Odio todo esto. Odio ser como soy. Deberías dejarme.

—No empieces.

Era como si Jae necesitara comprobar cuánta presión podía ejercer sobre Sae, hasta el punto en que ella lo abandonara. En su

mundo, todos lo abandonaban o intentaban derribarlo. No hablaba con frecuencia de su infancia, pero cuando compartía algún recuerdo, ella se daba cuenta de que, para él, lo que se suponía que debía ser amor era, en realidad, dolor. Experimentar la tortura lo había desmoronado aún más.

Ella lo tomó de las manos. Trató de consolarlo.

—No me voy a ninguna parte.

Él golpeó la pared. Ella no se apartó temerosa, y eso lo molestó.

La confianza que Sae sentía en él y en que era incapaz de lastimarla lo asustaba.

—Tu madre tenía razón. No sirvo para nada.

—No me iré a ninguna parte.

Él se calmó. Sae mantuvo apoyado su enorme vientre contra él, y el bebé los pateó a los dos.

—Mira, hasta el Bichito aquí dentro está tratando de decirte que todo está bien. Te queremos, somos tu familia.

Sae recordó esta escena con gran desasosiego. Había supuesto que la tortura era lo que lo perturbaba, pero si lo que Il-hyung había descubierto era verdad, ella ya no tenía ni idea de qué era lo que provocaba esa ira en su interior.

***

Cuando se estaba poniendo la chaqueta para salir, vio que había comenzado a llover mansamente. Il-hyung sacó un paraguas y lo abrió.

—Tómalo —dijo—, no tengo que ir muy lejos. Te llamo mañana.

Ella sintió cómo le temblaba la mano cuando le extendió el paraguas. Lo miró a la cara y, sorprendida, vio que él se había ruborizado.

—Debería haber hablado hace muchos años. Me escribiste todas esas cartas y, sin embargo…, nunca tuve el coraje.

Ella quería agradecerle lo que había hecho, o disculparse por haberse distanciado como amiga. Pero en vez de eso, le dijo:

—Nunca quise hacerte daño.

Él sonrió y asintió, sin atreverse a mirarla.

—Espero que puedas llegar al fondo de todo esto y que lo encuentres. Lo digo de corazón, aunque no creo que él te merezca.

Se puso la chaqueta sobre la cabeza y salió a la calle bajo la lluvia; desapareció bajo la tormenta.

CUARENTA Y CINCO DÍAS DESPUÉS DEL DERRUMBE

SAE LOGRÓ PRECISAR LAS FECHAS de las visitas de Yung revisando las facturas guardadas por Myong-hee. Por suerte, existía un sistema para descartar el material grabado no relevante, pero después de horas de examinar conversaciones intrascendentes, comenzó a sentirse desalentada. Sentada con el mentón apoyado en la mano, sintió los párpados pesados. Los sobrecitos de café instantáneo eran más un aporte de azúcar que de cafeína. Después de un rato, las imágenes le parecían todas iguales. Así que, para el momento en que vio al señor Bae coger la copa que le ofrecía Kim Yung, ya llevaban conversando un tiempo. Presionó la tecla de Pausa y rebobinó la cinta para volver al principio de la conversación, miró la fecha: seis meses antes del derrumbe de la Torre.

El señor Bae estaba sentado muy rígido frente a Yung con la postura de quien está a merced del otro. Este no era el hombre soberbio que Sae había conocido. Al principio, costaba un poco oír lo que decían —uno de ellos se había sentado sobre uno de los micrófonos— los gestos del señor Bae que iban de una cortesía forzada al pánico y el terror.

Se oyó un ruido metálico en el micrófono y, luego, los sonidos de la conversación comenzaron a oírse con más claridad.

El señor Bae acercó la silla y se inclinó hacia Yung.

—Entiendo su situación, pero incluso si se detiene todo unos días, se podría…

—Padre no lo permitirá. Las operaciones deben continuar funcionando, las ventas deben continuar.

—Pero el riesgo de derrumbe es…

—Arréglelo. Con el mínimo alboroto.

Al señor Bae se lo veía sufriendo.

—Denos al menos una semana para asegurar las vigas. Nos está pidiendo que lo hagamos a escondidas, que trabajemos esquivando a los ocupantes del edificio. No podemos hacerlo tan rápido.

—Es como dice padre: "Lo imposible no existe". Geun-ye me lo debe. ¿No le estoy pagando una fortuna para que hagan este trabajo de la forma en que acordamos?

—¿Y si pudiéramos cerrar el edificio una vez por semana? —dijo el señor Bae con cautela.

—¿Sabe usted cuál es el volumen de ventas diario del edificio? ¿Comprende lo que nos costaría?

Sae detuvo el vídeo. Ahora, todo estaba claro. La explicación era bien simple. L&S Arquitectos estaba allí tratando de arreglar un trabajo desastroso, de rectificar la inestabilidad fundamental en la estructura del edificio.

Pulsó la tecla de Eject y oyó el clic de la cinta que salía del reproductor cuando Myong-hee apareció en la puerta.

—¿Qué pasa? ¿Lo has encontrado?

Sae miró la cinta que tenía en las manos.

—Nunca existió la piscina.

Myong-hee se acercó y volvió a colocar la cinta para verla nuevamente. La detuvo al finalizar la conversación del señor Bae y Yung, y la rebobinó. Iba a ponerla nuevamente cuando se abrió la puerta y apareció Song-mi.

—Creo que te dije que te quedaras en casa.

—Estoy aburrida. ¡Eh! Conozco a ese tipo —dijo señalando la imagen del señor Bae en la pantalla—. ¿Qué le ha pasado?

—Es el señor Bae —respondió Sae mirando a Song-mi—, se entregó a la policía.

—¡Claro! —exclamó Song-mi nerviosa—. Estuvo conmigo justo antes de hacerlo; estaba muy enfadado, dijo que había hecho todo lo que le había ordenado el jefe, pero que ahora le estaban pidiendo también que asumiera la responsabilidad por la caída de la Torre.

—¿Todo lo que le habían ordenado…?

—Sí, hablaban de un cadáver que estaban buscando en la morgue.

Myong-hee y Sae intercambiaron miradas.

—¿Un cuerpo?

—¿No mencionó quién era?

Song-mi negó con la cabeza. Se sentó balanceando las piernas bajo la mesa.

—No, pero sí me mostró su chequera. ¡Y cómo le pagaron!

Sae se levantó de un brinco.

—Debo llevar esto al periódico.

—No puedes salir de aquí con esto —dijo Myong-hee calmada pero firme—. Quería ayudarte a encontrar a tu marido, no a que te convirtieras en una denunciante.

—Estas son las pruebas —dijo Sae—. Tengo que limpiar su nombre. Están tratando de implicar a L&S Arquitectos por algo que no hicieron, falsificando…

—Esto no es una prueba; se trata de propiedad privada —dijo Myong-hee. Su rostro se había endurecido y se había vuelto como de piedra—. Tengo que proteger mi negocio.

La calidez que Sae había percibido en las horas que había estado con Myong-hee se disiparon, y le dolió constatar que no era su amiga.

—Puedo protegerte como fuente —dijo Sae, tratando de controlar la angustia de pensar que no podría salir de ese lugar con la prueba —. El periódico solo tiene que decir que tiene pruebas. No voy a exponerte.

—Debes marcharte.

El pánico se convirtió en angustia. Lo peor de todo era que este miedo significaba que no podría encontrar a Jae.

—Tal vez, esta sea la única manera de encontrarlo.

—Si hay al menos una cosa que he aprendido es que si alguien se está escondiendo lo más probable es que no quiera que lo encuentren. Él te ha dejado creer que puede estar muerto. ¿No crees que ese mensaje es más que significativo?

***

Se hizo un denso silencio en la sala de redacción.

—No podemos publicar esto —sentenció Suh, el editor, después de mucho rato—. No tenemos ninguna prueba.

—Entonces busquémosla —replicó Sae mirando a Tae-kyu, en un intento de captar su mirada—. Claro que podemos publicar la

historia. Debemos hacerlo. Es la razón de ser de este periódico.

Sae cogió a Tae-kyu por la manga.

—Han hecho todo lo posible para ocultar lo que hicieron. Esto, sin duda, es asesinato. Podrían haber cerrado el edificio. El director se negó alegando que no quería perder ventas.

Tae-kyu no la miraba. Parecía que ya estaba resignado a que nada se podía hacer.

—No lo entiendo. Dirigir un periódico, decirles a los ciudadanos la verdad, de eso se trata nuestro trabajo.

—Tienes razón —dijo Suh—. Eso era lo que representaba *Diario Seúl* en sus orígenes. Pero hemos luchado durante años. Han disminuido nuestros suscriptores. La percepción general es que la situación ha mejorado. La dictadura ha terminado.

—Por eso, esta es la historia que salvará al periódico —dijo ella apretando los dientes. Tenía la boca seca. Se puso las manos en las mejillas para aliviar la tensión de la mandíbula.

Suh y Tae-kyu intercambiaron miradas.

—La empresa ha sido comprada —comentó el editor, aclarándose la garganta—. Por otro grupo de noticias. Nos hicieron una oferta que no pudimos rechazar.

Varios ceniceros estaban apilados sobre el escritorio del editor, y el teclado junto al gran monitor del ordenador estaba sepultado debajo de un montón de papeles. La idea de que otro grupo de noticias quisiera invertir en el periódico la hizo reír.

—¿Otro grupo de noticias? —preguntó ella sarcástica—. ¿Por qué no dice las cosas con claridad y admite que Grupo Taehan está comprando el periódico? ¿Comprando su silencio?

—Nos han prometido cierta independencia —respondió el editor—. Era eso o el cierre total.

—Usted es cómplice, ¿se da cuenta? Cómplice de asesinato.

Tae-kyu la siguió hasta la calle, pero Sae lo alejó con un gesto. Temblaba, y la rabia le nublaba la vista.

—Sospeché de Suh por un tiempo, pero no tenía idea de que era Grupo Taehan, te lo juro.

—Yo te respetaba —dijo ella—. ¿Has estado tratando de ayudarme o, en realidad, estuviste informando a tu nuevo dueño sobre nuestra línea de investigación? ¿De qué lado estás?

Cuando Tae-kyu le respondió fue con un tono paternal que la enfureció aún más.

—Es un momento difícil, tienes razón. Pero si esperamos un poco…

—Van a comprar el periódico ahora solo porque temen que las pruebas salgan a la luz si van a juicio. No te necesito. Puedo hacerlo sola —aseguró ella—. Tal vez, puedes informar eso a tus superiores.

Sae bajó del taxi y corrió escaleras arriba hasta la casa de Sun-jin. En la oscuridad, las calles mal iluminadas parecían peligrosas. Sae se obligó a ir más despacio. El trabajo que tendría que hacer de aquí en adelante era fundamental. ¿Cuánto tiempo le llevaría? ¿Meses? Si consiguiera una declaración de Sun-jin, si consiguiera las declaraciones de todos los obreros que habían trabajado en Torre Aspiración, entonces, tendría las pruebas que estaba buscando. También, necesitaría la ayuda de Il-hyung y, tal vez, Sun-jin podría ayudarla a contactarse con otras personas que hubieran trabajado allí. El periódico no era imprescindible, tampoco la promesa vacía de Tae-kyu de ayudarla, o la prueba del vídeo de Myongwolgwan.

En la cima de la colina, encontró grandes bolsas de basura junto a la puerta de entrada. También, había muebles sobre la basura. Habían vaciado la casa casi por completo. Ya no había ningún teléfono o calendario colgado en la pared. Había desaparecido la alfombra que cubría el suelo dejando al descubierto un gran círculo desgastado de linóleo.

Al dar vuelta a la esquina, vio al hermano de Sun-ji, el señor Han, subiendo de nuevo la colina. Al verla, trastabilló inseguro.

—Ah, usted de nuevo —dijo con una alegría sobreactuada—. No sabía que vendría.

—¿Dónde está Sun-ji? —preguntó ella—. ¿Está bien?

El señor Han bajó la vista.

—Está muy bien. Pensé que era mejor que se fuese él primero; no iba a ser de mucha utilidad sin poder moverse.

—No mencionó que fueran a mudarse —señaló ella.

Él clavó la mirada en un trozo de cable que salía del hormigón del patio.

—Encontramos un lugar muy agradable en la ciudad. Un lugar donde Sun-ji puede recibir atención. Ha sido una lucha todos estos años, sabe, tratar de llegar a fin de mes y cuidarlo al mismo tiempo. Demasiadas preocupaciones. Estaría muy bien poder liberarse de todo eso.

Sae lo comprendió de inmediato.

—Taehan se contactó con ustedes, ¿no es cierto? ¿Les hizo firmar algo? ¿Algún tipo de acuerdo de confidencialidad?

Han se encontró fugazmente con los ojos de Sae antes de desviar la mirada. Todo lo que pudo hacer fue asentir.

—Aprecio lo que usted estaba tratando de hacer. Cuando ocurrió el accidente, estábamos desesperados por que alguien escuchara lo que teníamos que decir. Pero nos han hecho una oferta que no pudimos rechazar. Lo que sucedió ha sido terrible. —Suspiró profundamente—. Hablamos mucho sobre esto. Sun-ji no quería aceptar el dinero, pero yo lo convencí de que lo hiciera. Verá, la cosa es que, después de un tiempo, me di cuenta de que tal vez la verdad y la justicia son un lujo que no todos podemos darnos.

Sae sintió que el busca vibraba en su bolsillo. Probablemente, era Tae-kyu que quería disculparse de alguna manera. El señor Han siguió de largo con la cabeza gacha, y ella dejó que se fuera.

—¡Seguro alguien más querrá hablar conmigo sobre lo que pasó! —dijo ella, gritándole, pero él no se volvió.

Todo se volvía en su contra. El periódico no publicaría la historia, Grupo Taehan convencería a los testigos para que se desdijeran de sus palabras y de sus recuerdos con la promesa de una vida más confortable. Myong-hee tenía en su poder la única maldita prueba contra de ellos. Ya no era 1987. No había ningún movimiento dándole apoyo. Estaba sola.

***

En cuanto llegó a casa, Sae abrió la nevera y sacó una cerveza. Sintió la mirada de su madre desde el otro lado de la habitación.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó Sae.

Su madre le entregó un mensaje del casero que le advertía que llevaba retraso en el pago del alquiler.

—No sería mala idea… —su madre hizo una pausa mientras observaba su rostro— mudarnos, digo yo.

Sae dobló la nota y la dejó sobre la mesa. Incluso en ese momento, tenía la esperanza de que Jae entrara en la casa. Mudarse era como aceptar su ausencia.

—El otro día encontré a Seung-min en la escalera y, cuando le pregunté adónde iba, dijo que iba a buscar a su papá. Entiendo que no quieres hablar sobre esto con ellos, pero quizá un cambio de escenario podría ser bueno para todos.

—Voy a conseguir el dinero.

Encontró a los niños dormidos en la habitación, con sus cabecitas juntas en una pacífica comunión. Pensó en cómo había protegido a Jae, qué carga tan pesada había sido cuidarlo, su rehabilitación, cuando todavía pensaba que había sido culpa de ella que lo arrestaran y que la vida hubiera tomado ese curso. Su madre había tenido razón en no confiar en él. Y tal vez Il-hyung había estado en lo cierto con respecto al romance. Jae había sido nada más que una idea, una ficción que ella había inventado a partir de las páginas con sus notas. Se acostó en el suelo junto a los niños. Al cubrir con la manta a Seung-min, vio que estaba aferrado a una de las camisas de Jae, como si estuviera trayendo de vuelta a su padre desde el interior de sus sueños.

Sintió un zumbido en su bolsillo y recordó que tenía un mensaje en el busca. Provenía de un número desconocido. Sin mucha voluntad, se levantó y marcó el número para recibir sus mensajes.

—Hola, soy Oh Jung-hoon, de la morgue. Probablemente, no quiera saber nada de mí. No son buenas noticias. Pensé que querría pasar por aquí en la mañana. Puede ser que haya encontrado la huella de conejo.

CUARENTA Y SEIS DÍAS DESPUÉS DEL DERRUMBE (A. M.)

INCLUSO ANTES DE QUE EL empleado de la morgue retirara la sábana descubriendo su frente, Sae lo supo. Incluso en la muerte, él estaba tal como lo había amado. Reconoció la altura de sus pómulos, sus cejas espesas, la hendidura de su clavícula. Quería ver cómo se le elevaba el pecho, ver el fantasma de su respiración, pero solo había quietud. Los labios se le habían oscurecido, y tenía moratones en el pecho. No había ninguna otra pista, ninguna marca visible. Por una vez en la vida, no sintió deseos de investigar más o de saber cómo había sucedido.

—Lo que no entiendo es por qué el cuerpo se mantuvo aquí, con los otros no identificados. Y es muy raro que los nombres no coincidan. Me topé con esto por casualidad, cuando buscaba a otra persona. Recordaba lo de la huella de conejo. Por eso, pensé que debía verificarlo con usted —dijo el empleado de la morgue, sin prestar mucha atención a que ella sabía quién era.

Sae no respondió. En su lugar, se inclinó sobre Jae y murmuró su nombre, como si tratara de despertarlo con dulzura de un sueño profundo. Creía que podía traerlo de vuelta hacia ella, como antes, con una lata de cerveza helada en un día caluroso. Estaba dispuesta a renunciar a su rabia, lo perdonaría todo, pensó, si tan solo él abriera los ojos y le permitiera, una vez más, ver su mirada intensa. Quería tocarlo, consolarlo, pero no había nada, él no estaba allí. Era ella sola la que lloraba por los dos.

¿Cuándo lo había visto por última vez? La mañana del día en que la Torre se derrumbó. Jae trataba de decirle algo, pero Sae no lo estaba mirando. Estaba hablando por teléfono, buscando un bolígrafo, su día sin él acababa de comenzar.

—Tengo que irme —susurró cuando se encontraron sus miradas en la habitación. Ella le sonrió, le hizo un gesto como diciendo "ok" y, unos instantes después, colgó.

—Mi amor —comenzó a decir él. Parecía que había algo que quería decirle.

—Papi, te has portado mal, bang, bang —dijo Seung-min, apuntándole con un palito.

Una mirada de dolor apareció en su rostro antes de que Jae asumiera el papel que debía representar. Jae se tocó el pecho, haciendo como que caía hacia atrás.

—¡Mi propio hijo me ataca!

—Deja de apuntarle con cosas a tu papi —dijo Sae suavemente, tomando el auricular nuevamente, distraída en otro tema—. Nos vemos esta noche.

Volvió a revivir la escena. ¿Qué es lo que iba a decir? "Míralo", quería decirse a sí misma. "Memoriza esas cejas espesas y salvajes, la mirada tímida de adolescente en sus cálidos ojos". Con el tiempo, su amor se había vuelto sereno, cosas sin decir que vivían en miradas robadas. Como si el hechizo fuera a romperse si se hacía explícito. Hubo algo que él quiso decirle esa mañana. Si solo lo hubiera mirado, si no hubiera estado tan apurada. Algo sin decir quedó flotando entre ellos.

"Míralo", quería decirse a sí misma, "y dile que no se vaya".

***

No supo cuánto tiempo estuvo sentada junto al cuerpo, sus pensamientos vagando en su interior sin propósito. Tanto en la vida como en la muerte, él había evadido su voraz curiosidad por conocerlo. Pero ¿no era también esto lo que la hacía amarlo? Ese halo de misterio que lo rodeaba era lo que la había atraído hacia él en ese primer encuentro en la biblioteca.

No era tanto la dificultad por comprenderlo lo que no podía perdonar, sino su abandono. ¿No se había imaginado ella llegar a la ancianidad juntos?

—Eres un traidor —dijo ella—. ¿Por qué dejaste de hablarme? Se suponía que éramos el refugio, uno del otro. ¿Cómo pudiste dejarme así? Traidor. —Y entonces, lo abrazó sollozando—. No sé quién eres, pero no sé cómo seguir sin ti.

Después de lo que parecieron horas, se incorporó. Lo que más deseaba era abrazar a Seung-min y a Hoon-min. Apoyar la cabeza en la nuca de ellos y olerlos, y sentir que sus corazones latían junto al de ella. Necesitaba esto más que nada en el mundo. Su calidez, su seguridad era más importante que cualquier verdad ambigua.

—Le pido disculpas por la confusión —dijo el empleado de la morgue.

—Usted dijo que los nombres no coincidían —respondió ella agotada.

—Oh, sí, así es—se disculpó él—. No sé qué sucedió aquí.

La mirada de Sae se dirigió al cartel.

—¿Cuál era el nombre que tenía el cuerpo?

El hombre miró sus notas.

—Kim Geun-ye.

2.00 p. m., 27 de noviembre de 2016
Residencia del director, distrito Gugi, Seúl

Debo admitir que las exigencias del presidente me agotaban. Cuando los obreros de la Torre no podían cumplir un plazo, yo tenía que dormir en los contenedores de la obra para asegurarme de que nadie se atrasara y de que estuviera todo terminado antes de la Olimpíadas.

Ahora, le pido que no grabe lo que sigue. Voy a hablar con total franqueza. *Off the record*. Un hombre moribundo tiene derecho a ventilar una confesión, después de todo. Es cierto que yo no estaba tan pendiente como debía haber estado respecto de lo que sucedía en mi casa. No era consciente de las malas influencias en la educación de Geun-ye. Cuando comprendí lo que estaba pasando, ya era tarde. Él se había radicalizado.

Las protestas de los estudiantes no me preocupaban. Nunca fueron una amenaza. Solo era un montón de ruido para nada: querían que se fueran los militares americanos, decían que necesitábamos liberarnos del Gobierno colonial de los Estados Unidos. ¡Qué tontería! ¡Qué generación más desagradecida! Sin los militares americanos, seríamos una nación de mendigos comunistas. ¿Con qué hubiéramos sobrevivido? ¿Con las migajas de ayuda que nos arrojaba el resto del mundo?

Corrían rumores de que los estudiantes estaban tratando de infiltrarse en las fábricas para incitar a los obreros. Una mañana, después del desayuno, Yung me siguió hasta mi escritorio.

—Padre —dijo—. Es sobre Geun-ye. Se ha unido a los grupos radicales y está tratando de movilizar a los obreros en la fábrica de cemento.

Era verdad que las huelgas estaban comenzando a intensificarse. Las ciudades de todo el país estaban siendo tomadas como rehenes por las demandas de ciudadanos hostiles que no tenían el más mínimo sentido de gratitud por lo que habíamos logrado como nación. La productividad se detuvo en mis fábricas. Lo que es peor, durante las huelgas los trabajadores habían comenzado a causar daños en mis propiedades. A pesar de esos hechos, no podía creer que mi hijo favorito pudiera tener alguna intervención en esto. Yo tenía fe en su intención de ser una fuerza de persuasión, el líder que Grupo Taehan necesitaba para inspirar a los obreros a mirar más allá de sus pequeñas objeciones y a trabajar duro por su futuro.

Solo veía allí los celos de Yung, sus esfuerzos por ponerme en contra de Geun-ye. Lo enfrenté directamente.

—¿Tú piensas que he perdido el contacto con lo que sucede en mis fábricas, con mi propia sangre, que voy a creer tus acusaciones descabelladas? Geun-ye tiene el doble de potencial como líder que tú nunca tendrás. Él es una fuerza estabilizadora. ¿Es que no te das cuenta?

Lo eché y seguí con mis negocios, tratando de olvidar el veneno de sus celos. Para quedarme tranquilo de que no había nada de qué preocuparse, fui a visitar la fábrica de cemento en cuestión para ver a Geun-ye. Estaba más apagado que de costumbre, pero todo parecía estar en orden.

Sucedió poco después de eso. El señor Gong llegó sudado e incómodo en su traje. Contó que se había producido un incendio en la fábrica de cemento. Habían llamado a la policía antidisturbios. Cuando llegué a la escena, cada uno de mis empleados bajó la mirada. Había algo que no me estaban diciendo.

La policía me informó que había retirado los restos carbonizados de un empleado al que todavía tenían que identificar. Maldije con rabia contenida. Lo último que necesitaba era más prensa negativa. No podía soportar que los periódicos extranjeros publicaran fotos de la escena. ¡En una de mis fábricas! Me retiré a una de las oficinas en los contenedores para llamar a mi secretaria cuando apareció Yung.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

—Padre —dijo. Su voz se quebró por un momento—. Es Geun-ye.

—¿Qué pasa con Geun-ye?

Me dijo que el incendio había comenzado cuando Geun-ye se había prendido fuego a sí mismo. Dijeron que Geun-ye había corrido por toda la fábrica, envuelto en llamas. Me negué a creerlo. Exigí verlo inmediatamente, entré como un loco en el depósito donde habían puesto el cuerpo. Levanté la manta que lo cubría. Estaba irreconocible para mí. El cuerpo me pareció más pequeño de lo que recordaba. El rostro de mi hijo demasiado deformado para mirarlo.

Tengo que admitir que me endurecí. Tiré la manta sobre los restos. Dejé el lugar y me encerré en la oficina. Estaba que explotaba de rabia. Qué chico tan estúpido, le habían lavado el cerebro los comunistas. Me dije a mí mismo que no valía la pena hacer ningún duelo, no era una gran pérdida si había sido tan idiota. Anulé todo sentimiento de amor antes de que la debilidad se apoderara de mí. Este no era mi hijo. Había temas prácticos a los que enfrentarse: tendría que manejar esta crisis. No iba a permitir que este incidente sirviera de ejemplo para los demás.

En las crisis, uno debe pensar deprisa. Inmediatamente, se presentó una oportunidad. Desviaríamos la atención de este incidente convirtiendo nuestra tragedia familiar en algo público. Esta es la única vez que alteré la verdad.

—Diles que fue un accidente de coche —le dije a Yung.

CUARENTA Y SEIS DÍAS DESPUÉS DEL DERRUMBE (P. M.)

SAE NO CREÍA EN LOS secretos. Exponer la verdad había sido la causa de su lucha desde que era estudiante y también en su vida profesional. Pero ahora, quería convencer a la mujer que unas horas antes había salido de la morgue, implorarle que volviera a su casa con sus hijos, que viviera con más plenitud al tener recuerdos menos ambiguos. Ahora, ya no quedaría ningún recuerdo sin comprender. La ignorancia de él sobre las intenciones de los estudiantes cuando se encontraron en la biblioteca. Su familiaridad con los procesos de la fábrica. Su negativa a hablar sobre su familia. Aun cuando ella había sospechado que Yung había salvado a Jae de la cárcel, no se había permitido ver la realidad. Él se había escondido en el templo no de la policía, sino de ella.

Había muchas cosas que ella no sabía. ¿Cuánto pesaba ese secreto sobre él? ¿Estaba tan profundamente sepultado que no era consciente de la mentira permanente, o era un peso que lo agobiaba todo el tiempo?

Pensó en las noches en las que él caminaba de arriba abajo por la sala, sin poder dormir. Él había sido su propio torturador. Y ella, al no querer ver esos vacíos en su historia, al no hacerle preguntas, también había sido cómplice. Como lo había expresado Il-hyung: Cuando se trataba de Jae, ella dejaba de lado su curiosidad.

Salió tambaleándose del vestíbulo del hospital, abarrotado de gente, que la miraba extrañada cuando ella, en su aturdimiento, chocaba contra ellos. Una vez fuera, el sol le hacía daño en los ojos, y se quedó allí, en medio del calor del fin de la tarde, convencida de adónde debía ir, pero sin saber cómo llegar.

Eran muchas las cosas que no entendía, pero ya no confiaba en sí misma para descifrarlas, para interpretar las acciones de Jae. Para comprender, tenía que buscar a quienes lo habían conocido en esa vida que había pasado sin ella.

Una hora después, Sae llegó a la casa central de Grupo Taehan, donde un pequeño grupo de periodistas hacía guardia, aburridos como niños de escuela. No se dieron cuenta de que ella entró deprisa en el vestíbulo. Solo cuando se acercaba a los ascensores, un empleado de seguridad la interceptó.

—Necesito ver a Kim Yung —dijo ella sin aliento.

El guardia sonrió levemente como si la solicitud le causara gracia.

—¿Y usted quién es?

—Dígale a su secretaria que vengo a verlo por Geun-ye —respondió ella, sintiendo la mirada de rechazo del guardia a sus zapatos viejos y a sus vaqueros gastados.

El guardia fue hasta el teléfono sin prisa y murmuró algo a la persona del otro lado de la línea que ella no alcanzó a oír. La conmoción le había hecho perder la noción del tiempo, y le pareció que la llamada se estaba prolongando horas. Las brillantes luces del vestíbulo vacío parecían acecharla. Después de un rato, el guardia colgó el auricular y la condujo hasta el ascensor.

Una joven secretaria de traje azul la esperaba cuando se abrieron las puertas, y le indicó que la siguiera. Al final del largo pasillo, un ventanal panorámico hacía de marco a la vista majestuosa de las montañas, guardianas de los antiguos palacios reales. Una vista reservada solo para unos pocos privilegiados. La secretaria abrió la puerta del salón de reuniones. Kim Yung estaba sentado en la cabecera de la larga mesa, con las manos entrecruzadas en un gesto de paciencia. Los medios lo presentaban como un hombre de voz suave y de carácter indefinido. Existía la preocupación de que él no tuviera las mismas agallas de hombre de acción del director y que no fuera el sucesor apropiado para el puesto. Pero en persona, era una presencia impactante. Tenía una gravedad intimidante que, en otro contexto, Sae se dio cuenta, podía ser tomada por carisma. Le echó una mirada furtiva a su rostro, buscando un parecido con Jae antes de forzarse a desviar la mirada.

—Creo que sabe quién soy —dijo ella con suavidad.

—Claro, su reputación en el periódico la precede… —respondió él, casi con amabilidad—. Una dedicada periodista que trabaja incluso fuera de horario.

El parecido no estaba en ningún rasgo, pero sí en su voz. Era la voz de Yung la que había oído la primera noche que había estado en Myongwolgwan. Estar en la misma habitación con el fantasma de la voz de Jae la impactó con más fuerza que estar sentada junto a su cuerpo.

—Acabo de venir de la morgue —dijo ella con calma.

—Ah —acotó él. El sonido se apagó en el fondo de su garganta. No dijo más.

Cuando ella sintió que podía seguir hablando:

—Espero que pueda decirme por qué el cuerpo de mi marido, Jae, está etiquetado con el nombre de su hermano muerto.

Yung se hundió en su silla, sus ojos no se apartaron de los de Sae. Parecía debatirse entre seguir la conversación o echarla de la sala en ese instante. Repasó la mesa frente a él y se inclinó hacia delante con las manos entrelazadas.

—¿Y usted por qué cree? A veces, la respuesta es la más simple. Era mi hermano. La espina clavada en mi costado. Lleno de sorpresas. Hasta su llegada al mundo fue una sorpresa. Era mi medio hermano, un polluelo recogido de la puerta de calle, abandonado por una amante descuidada. ¿Sabe?, era el favorito de mi padre. Hasta que él llegó, todos creíamos que padre era incapaz de amar. A quienes nos importaba realmente el negocio familiar, nos enfermaba verlo. Yo soy el hijo mayor. El heredero natural del negocio. Pero padre solo tenía ojos para Geun-ye.

—Usted se sentía amenazado por él —sentenció ella.

Se hizo una pausa. Kim Yung miró al otro lado de la mesa como si hubiera alguien sentado allí.

—¿Celoso? Tal vez. Amenazado, no. Geun-ye nunca mostró el más mínimo interés en el negocio familiar. Era un chico tranquilo que garabateaba en sus cuadernos de dibujo. Eso sí, le gustaba hacer preguntas. Creo que a padre le encantaba que él lo desafiara.

La imagen de Jae inclinado sobre sus dibujos, con el cabello cayéndole sobre los ojos, la punta de la lengua en la comisura de los labios llenó de lágrimas los ojos de Sae. Ante la ausencia de la familia, era como si Jae le hubiera pertenecido solo a ella. Escuchar esta descripción tan íntima de parte de un extraño era estremecedor.

—De repente, noté un cambio en él que comenzó a preocuparme. Comenzó a interrogar a padre sobre cuestiones en las fábricas. Geun-ye le dijo que quería aprender más sobre las operaciones de Grupo Taehan. Padre tenía problemas con los operarios en ese entonces. Hablaban de sindicalizarse. Geun-ye se ofreció a ayudar, diciendo que trataría de entender qué pretendían los trabajadores para asesorar a nuestro padre sobre cómo conducirlos. A todos nos tomó por sorpresa. Más que a nadie a padre. Debería haber visto su rostro. Parecía que estaba a punto de entregar a Geun-ye toda la compañía en ese instante. El temor más grande de padre siempre había sido que no supiéramos lidiar la adversidad, que nos convirtiéramos en unos niños consentidos. Nadie lo hubiera creído por la forma en que estábamos vestidos. Así era padre en esa época. Austero. Quería que conociéramos la pobreza. Así que imagina lo encantado que estaba cuando Geun-ye se ofreció a trabajar en las líneas de producción, diciendo que quería conocer el negocio desde abajo, usando otro nombre para que nadie sospechara quién era. Padre estaba encantado con la idea y reveló que, de hecho, él ya tenía un espía entre los obreros rebeldes.

Sae recordó la incomodidad de Jae cuando la vio en la fábrica el día que el director los visitó, y cómo la había abandonado después de eso. Otros recuerdos aparecieron rápidamente, Jae sonriendo en la estación después de una semana de separación, la luz en sus ojos después de un día de trabajo monótono. Sae quería creer que el amor había sido real, aunque nada más lo hubiera sido. Su hambre de verdad luchaba con su deseo de partir. La verdad era una llama ardiente a la que no se quería acercar.

—¿Le creyó? —preguntó ella.

—Fue tan repentino… sospeché de inmediato. Quería saber cuáles eran las intenciones de Geun-ye. Planté varios contactos en la universidad para descubrir en qué andaba. No fue difícil. Hay muchos estudiantes pobres deseosos de denunciar a sus compañeros de clase. Imagine mi alivio cuando descubrí que Geun-ye se había unido al movimiento estudiantil. Era más de lo que podría haber deseado. Quería contárselo a padre inmediatamente,

exponer a su hijo que trataba de crear el caos y la revolución en su propia fábrica. Pero padre nunca lo iba a creer viniendo de mí.

—Quería que lo arrestaran para que el director se enterara de sus actividades de ese modo —sugirió ella.

—Algo así —dijo él sonriendo levemente—. Me imaginé que sería una cuestión de tiempo. Pero no tenía ningún plan. Ciertamente, no esperaba que ningún idiota se prendiera fuego en señal de protesta en la fábrica. La noche del incendio, padre estaba en otra ciudad, supervisando un proyecto de construcción a lo largo del país. Me llamaron para manejar la situación. Me llevaron a ver el cuerpo del obrero. Había cierta confusión porque no se sabía de quién se trataba. Mientras miraba el cuerpo carbonizado, se me ocurrió una idea. Geun-ye había sido arrestado junto a un grupo de obreros que habían participado en una protesta. Visité la prisión donde estaba. Lo tenían aislado. Nadie lo había tocado. Nadie sospechaba quién era. Estaba lloriqueando. No tenía ni idea de que yo había estado pendiente de las protestas de los estudiantes. Creía que yo solo había encubierto su identidad y sus actividades. Era patético verlo. Me suplicó. Lo que más temía era que lo descubrieran. Nadie dentro del movimiento sabía quién era él. Estaba avergonzado del imperio que pertenecía a padre. O de quién era él. ¡Si padre lo hubiera escuchado! Su hijo favorito, su heredero, queriendo renunciar a todo cuando todo lo que yo quería en la vida era una fracción del tiempo que padre le había dedicado a él. Sentí deseos de dejarlo que se pudriera en la cárcel. Que desapareciera. Así que le propuse un trato. Yo organizaría su liberación a cambio de su desaparición. Podría vivir como quisiera, como alguien que se había separado de su familia. Y yo le diría a padre que quien había muerto en el fuego era Geun-ye.

Sae se quedó impresionada por este acto de audacia.

—Pero las noticias anunciaron que Geun-ye había muerto en un accidente de tráfico.

—Eso se decidió más tarde para apaciguar a la prensa. Después de todo, ¿cómo saber el impacto que produciría semejante noticia en la prensa? Imaginemos los titulares: ¡Hijo del director se autoinmola en protesta por las condiciones laborales! Una vergüenza. No, padre

no lo hubiera aceptado. Así que inventamos un accidente. Nadie investigó los hechos en demasiado detalle. Y en forma privada, la familia se reunió en duelo ante el cuerpo de un obrero desconocido. Había separado de raíz a Geun-ye y yo me había afianzado mi puesto. Padre no lo sabría nunca, y yo me había asegurado de que él me viera a partir de entonces en mi posición de heredero.

Sae sintió deseos de levantarse y volver junto a ese cuerpo frío de la morgue, para sacudirlo. ¿Por qué había ocultado quién era? Ella hubiera respetado su coraje de desafiar no solo al sistema, sino también a los valores de su propia familia. ¿De qué desconfiaba? ¿De él o de ella?

—Usted sabía que existíamos —aseveró ella.

—Cuando me enteré —dijo él encogiéndose de hombros—, supe que él nunca se convertiría en una amenaza para nuestra familia o para el negocio de mi padre. Era otro hombre más que había perdido la cabeza y sus principios por sus pantalones.

Esta afirmación sobre el compromiso de Jae con el movimiento le resultó tan repulsiva como la forma en que lo expresó.

—¿Entonces, por qué involucrarlo con la Torre? —dijo ella después de un instante.

Él se rio, socarrón.

—Me mira como si yo fuera un monstruo, pero fue él quien vino a mí. Pasé años sin saber nada de él. Mantuvo su parte del trato, vivió una vida tranquila. Entonces, un día reapareció pidiendo trabajo. Estaba desesperado, dijo, y tenía una familia que mantener. Le ofrecí dinero, pero era demasiado orgulloso para aceptarlo. Así que le presenté al señor Bae, un ambicioso empleado mío que estaba clamando por un ascenso. Creó la compañía que aceptaba los trabajos menores de construcción sin valor para Grupo Taehan. Así, era más fácil mantenerlo cerca y tener a alguien que lo vigilara.

Los grandes ventanales de la sala de reuniones no se abrían, y faltaba el aire. Daba claustrofobia pensar qué pequeño había sido el mundo de Jae. Qué controlado. Se dio cuenta de que ella también se estaba adentrando en una zona peligrosa.

—Y entonces, cuando descubrieron los problemas estructurales de la Torre, los contrataron para arreglar el edificio bajo el pretexto de

construir una piscina —dijo ella.

Se produjo un silencio denso, y Kim Yung se reclinó en su silla mirándola con cansancio.

—Usted lo amenazó —lo acusó ella dándose cuenta de todo—. Jae no hubiera hecho esto. Él no hubiera puesto en riesgo todas esas vidas.

Yung se echó a reír.

—Lo dice como alguien que lo conoció muy bien.

Parecía disfrutar de ver la consternación en el rostro de Sae, y se puso a tamborilear sobre la mesa como para enfatizar este punto.

—¿Sabía lo cobarde que era? Estaba aterrado. No fue nada difícil hacerle entender por qué tenía que participar en esta pequeña reforma. Después de todo lo que había hecho por él: ¡lo había salvado de la prisión, os permití a ambos gozar de vuestra pequeña vida de pobreza que tanto deseabais! Si hubiera sido yo, hubiera cogido el dinero.

Esta descripción de su vida juntos como algo controlado y permitido de antemano era tan humillante que, por un instante, pareció como si él le hubiera apretado la garganta hasta ahogarla. Miró hacia otro lado. Esto era casi una diversión para él. Cuando sintió que podía controlar la voz, musitó:

—Usted heredó la Torre. Su padre supervisó la construcción. Los fallos de la integridad de la estructura son su responsabilidad. ¿Por qué hacer todo esto?

Pero antes de que él pudiera responder, se dio cuenta.

—Usted quería demostrarle al director cuánto valía.

—Qué astuta —se burló Yung—. ¿Y, sin embargo, no sabía quién era Geun-ye? O tal vez sí lo sabía y esperaba el momento correcto para aprovecharse de las conexiones familiares.

—Qué ser más despreciable —deslizó ella poniéndose de pie—. Mil personas han muerto, ¿cuántas más quedan bajo los escombros? La gente se va a enterar de esto.

—Parece olvidar que soy un hombre de recursos.

—Sé de su oferta por el periódico. Pero no puede comprar todos los periódicos del país o sobornar a todos los testigos.

—¿No puedo? Creo que es muy fácil persuadir a la gente con dinero —dijo sonriendo.

—Se equivoca con Jae. Él creía en nuestra lucha. —Sae había cruzado la sala hacia la puerta cuando Yung volvió a hablar.

—Seung-min y Hoon-min —comenzó—. Mis propios sobrinos, y no los conozco. Me encantaría hacerlo. Sé que disfrutan mucho en la guardería cerca de su apartamento, aunque probablemente les guste más la casa de su madre en Mallipo. Esos espacios abiertos son buenos para los niños. La ciudad es tan sucia…

Cada fibra de su cuerpo se estremeció al saber que él los había estado observando.

Yung sonrió con una mueca. Era un hombre acostumbrado a obtener lo que deseaba, y Sae percibió su satisfacción al verla acorralada.

—Creo que la ciudad es un lugar inseguro para vivir. ¿No le parece? Tanto tráfico en esas calles angostas. Mire, justo hace unos días leí una historia terrible sobre un conductor que atropelló a una madre frente a la guardería y huyó. El mundo es un lugar aterrador, ¿no cree?

CUARENTA Y SIETE DÍAS DESPUÉS DEL DERRUMBE

MYONG-HEE DEJÓ LA CINTA DE la grabación sobre la mesa.

—Quiero hablar contigo sobre lo que aparece en esta cinta.

Tirado sobre el sofá, distendido, Yung ni se inmutó al verla.

—No me interesa lo que las otras compañías están haciendo en este momento. Solo estoy tratando de mantener la casa en orden. Ya te lo dije —respondió irritado.

—Esto es sobre tu casa.

—Continúa —dijo presionando el mentón contra el pecho mientras encendía un cigarrillo.

—Nunca existió la piscina, ¿verdad? Fue una emboscada para L&S Arquitectos.

—Este aire detectivesco… —Yung sonrió burlón, como si le divirtiera la conversación— te queda muy bien.

—Tú sabías que el edificio era inestable. Le pediste al señor Bae que lo arreglara, pero sabías que existía la posibilidad de que se derrumbara. Está todo aquí, en esta grabación.

Él se incorporó, inclinándose para tirar las cenizas del cigarrillo, y falló por mucho. Sentado con los codos apoyados en las rodillas, se pasó la mano por el rostro.

—¿Y qué?

—Todos estos años te he pasado información. Te he visto sabotear a las compañías más pequeñas, entorpecer sus transacciones, bajar deslealmente los precios de los productos. Grupo Taehan es hoy más poderoso que nunca, y yo sigo en la misma situación. —Myong-hee vio la tensión en su mandíbula y se dio cuenta de que estaba captando su interés. Yung asintió con rapidez como si se pusiera de acuerdo con algún pensamiento interior.

—Quieres dinero, ¿de eso se trata?

—Esta grabación involucra al director. Aquí, estáis diciendo que él sabía que la Torre era inestable. Esta cinta podría ser el final de Grupo Taehan.

Yung se echó a reír.

—¿Me estás extorsionando?

—Si yo no hubiera hecho lo que hice por ti estos años, Grupo Taehan no estaría donde está hoy en día. Quiero que me paguen lo que merezco.

La sonrisa desapareció del rostro de Yung.

—¿Cuánto es lo que quieres, exactamente?

***

Sae caminó a través de la multitud de manifestantes hacia el santuario en honor de las vidas perdidas en la Torre. Desde que salió de la oficina de Kim Yung, no había podido ni comer ni dormir, cuestionándose sus principios. En todos esos años, había perseguido con pasión la verdad, nunca había pensado en qué hacer con ella. Nunca había pensado en la carga que representaba la verdad. En el poder que ella tenía de destruir la vida de las personas. O su esperanza. O su fe en Dios. En la justicia. En la bondad de los demás.

Quienes todavía tenían esperanza de recuperar los restos de sus seres queridos habían montado tiendas de campaña en el terreno en el que antes se había levantado la Torre, cocinaban en hornillos y usaban baños portátiles. Mientras pasaba por las tiendas, vio las pancartas que contaban las historias de esas vidas cercenadas: el vendedor de cigarrillos que había entrado solo un momento a usar los sanitarios de la Torre, el jubilado que había entrado a comprar un regalo para un cumpleaños, los miles de trabajadores que trabajaban en los pisos superiores.

Y ahora, Sae sería cómplice de ocultar la verdad.

Los autobuses que transportaban a la policía antidisturbios comenzaron a aparcar en el perímetro del sitio. Este bloqueo, la presencia policial en el lugar del derrumbe, le evocaba recuerdos de tiempos pasados. Durante semanas, ella había vivido en estado de *shock*, alejada del dolor. Con cada cuerpo que había visto y que no era el de Jae, había sentido que todo comenzaba de nuevo, que el tic tac del reloj se acallaba y quedaba sepultado bajo tierra, aguardando la hora implacable de volver a sonar. Todas las barreras que había alzado para suprimir los sentimientos en esas semanas se

habían resquebrajado y caído estrepitosamente. Y ahora, sentía un ardor que le recorría el cuerpo, y ese calor transformaba el dolor lacerante en una ira abrasadora. Una mujer le acercó un escrito para firmar, y Sae negó con la cabeza. Ninguna firma de una petición sería suficiente. Nada bastaría, solo la justicia. Uno de los voluntarios estaba de pie junto a una de las tiendas, secándose el sudor de la frente. Sae le vio el megáfono en la mano, se dirigió hacia él y se lo arrebató antes de que pudiera protestar. Una muchedumbre se había reunido alrededor de uno de los autobuses, y Sae se valió de las rejas metálicas de las ventanas para trepar hasta el techo. Algunos de los manifestantes la miraron con sorpresa. Desde allí, pensó, llamaría la atención de la multitud. Ellos serían sus testigos. Si algo le pasara, esa gente lo sabría.

—L&S Arquitectos no es responsable de lo que sucedió —comenzó Sae, hablando por el megáfono—. Exigimos una investigación a fondo de Grupo Taehan.

***

Unas horas después, cuando Sae llamó a su madre desde la estación de policía para decirle que la dejaban salir sin presentar cargos, se enteró de la noticia.

Seung-min había desaparecido.

***

El cuerpo de Hoon-min estaba rígido en los brazos de Sae mientras sollozaba.

—¿Dónde está? —preguntó— ¿Se fue con papi?

Sae no podía oír las preguntas de los oficiales de policía por el llanto de Hoon-min. Trató de bajarlo, pero él se volvía a trepar, se abrazaba a sus piernas y se negaba a soltarla. Finalmente, Sae lo llevó hasta el sofá y lo sentó en su regazo. Su madre estaba pálida, y le empezó a temblar el labio inferior cuando intentó hablar. Sae no quería que la policía se involucrara en este asunto. Era entre Kim Yung y ella. Por eso, debía quedarse a solas, para poder suplicar su perdón. Ella había imaginado que sería castigada, había coqueteado con la misma muerte. Pero esto era peor.

—Repasemos los hechos —un oficial con el rostro marcado por la viruela le dijo a la madre de Sae.

—No, no lo haremos —interrumpió Sae.

Ya le habían dedicado demasiado tiempo. ¿Qué estaría haciendo Seung-min? ¿Estaba con algún extraño o solo en una habitación en alguna parte? ¿Cuál habría sido la explicación de por qué estaba allí?

Los oficiales fruncieron el ceño, y uno de ellos tomó nota de algo a las apuradas.

—¿Por qué la interrogan a ella? No es culpa suya. Deberían estar buscándolo —los increpó Sae.

Los oficiales comprendieron su impaciencia.

—Debemos asegurarnos de no haber omitido nada antes de comenzar la búsqueda.

—Yo solo quería comprar algunas cosas antes de la cena —respondió su madre. Su rostro estaba tenso por el esfuerzo de contener el llanto—. Tenía a Hoon-min de la mano; él nunca se aleja de mi lado. Estaba pensando en qué corte de carne comprar y, cuando levanté la vista, Seung-min había desaparecido.

—¿Desapareció o se escapó?

Su madre se sorprendió con la pregunta.

—¿A dónde se escaparía?

—Probablemente, esté perdido sin poder encontrar el camino a casa. Ese es el escenario más razonable —sugirió el oficial, después de garabatear algo en su libreta.

—Él conoce el barrio, sabe cómo volver a casa. Ya debería haber vuelto —dijo su madre—. Es imposible que alguien se lo haya llevado, ¿verdad?

El oficial golpeó la libreta con la punta de su bolígrafo, impaciente.

—¿Hay algo que debamos saber?

Sae negó con la cabeza, deseando que la policía se fuera, pero su madre le dirigió a Sae una mirada indescifrable.

—Estaba triste —dijo su madre—. Por la desaparición de su padre.

Sae la miró con sorpresa. Seung-min estaba inquieto, pero ¿estaba sufriendo? ¿Dónde había estado ella todas estas semanas? En todas partes, menos con él. Él y Hoon-min eran las personas que más amaba, y era con quienes más le costaba estar en una

habitación. Todas estas semanas, había permanecido en un estado de negación. Lo había empujado a los brazos de una abuela que no conocía, abandonándolo.

Los oficiales intercambiaron miradas.

—Entonces, existe la posibilidad de que su padre se lo haya llevado…

—No, está muerto —replicó ella interrumpiéndolo. Quería que se fueran. Poder ponerse en acción, pensar menos, no imaginar a Seung-min solo en una habitación, o a Seung-min en las últimas semanas, sufriendo por no verla. Solo el movimiento le permitiría alejarse de estas imágenes—. Murió en Torre Aspiración.

Hoon-min se tensó en su regazo y apretó la cabeza contra su pecho, dando un grito ahogado.

—¿Seung-min también se ha muerto? —preguntó.

—No, no —intentó tranquilizarlo Sae, meneando la cabeza, mirando hacia las intensas luces del techo con los ojos llenos de lágrimas.

Necesitaba moverse con rapidez, que los policías se marcharan de inmediato, tenía que quitarse el peso de Hoon-min de encima, súbitamente insoportable.

CUARENTA Y OCHO DÍAS DESPUÉS DEL DERRUMBE

DURANTE TODA LA NOCHE, MYONG-HEE se movió de una habitación a otra haciendo un inventario del equipamiento —pantallas de televisión, máquinas de karaoke, las pesadas mesas bajas de mármol— que podía vender en las siguientes semanas. Vender los artículos de forma individual le representaría una ganancia menor que si vendía el negocio completo con el trabajo de las chicas incluido, pero esperaba que, al liberar el espacio, los próximos dueños pudieran imaginar nuevos usos. Eso también le llevaría más tiempo y le exigiría más dedicación, pero no tenía ninguna prisa; la venta de los artículos cubriría la mayor parte de su deuda, y el dinero que Yung había aceptado pagarle le alcanzaría para vivir holgadamente.

Esa mañana, Myong-hee había retirado gran parte de sus ahorros para distribuirlos entre las chicas, con la esperanza de que ese dinero les diera el coraje necesario para emprender un nuevo camino. Ella y Song-mi buscarían una casa —el niño necesitaría un jardín y espacio para correr— fuera de la ciudad, en algún lugar de Gyeonggi-do, cerca de los lagos.

La perspectiva de este nuevo comienzo la entusiasmaba. Incluso, la posibilidad de no recibir nunca una carta de su hija no lo sentía tanto como un castigo. Iba a dedicar todo su amor al hijo de Song-mi, ofreciéndole las comodidades que no había podido darles a sus propios hijos.

Myong-hee entró a la última habitación y cogió el micrófono de la mesa, sintió su peso, se lo acercó a la boca y comenzó a cantar. No podía recordar la última vez que había cantado para sí misma o para alguien más.

Sae estaba en la cabina telefónica. Los gritos de Hoon-min todavía resonaban en su cabeza cuando tomó el auricular.

—Soy Sae —dijo cuando Kim Yung respondió.

—Me preguntaba cuándo llamaría —contestó secamente.

—Si es por lo de esta tarde… —continuó ella con el corazón latiéndole locamente en el pecho—. Solo necesito saber que Seung-min está bien. Si solo pudiera…

—Me he enterado de la escenita que montó. No creerá que alguien la tomaría en serio, ¿no? Por eso, me tuve que llevar al niño.

Sae se tapó el otro oído para poder oír mejor en medio del ruido de la lluvia.

—No lo entiendo —comenzó ella entrecerrando los ojos. Lo que fuera que hubiera hecho, estaba dispuesta a pedir disculpas—. Solo necesito oír su voz, saber que está bien.

—No le ha dicho lo de su padre. Me lo puso muy fácil. El niño me siguió sin ningún problema cuando le dije que iríamos a ver a su papá.

Sae ignoró este golpe bajo.

—Si no es por lo de esta tarde, ¿de qué se trata? —preguntó.

—Se ha hecho muy amiga de la madama de un club. Ella tiene unas grabaciones que me interesan.

Le llevó un momento asimilar las impresiones de las últimas semanas, la facilidad con la que Myong-hee le había permitido acceder a las grabaciones, las referencias de Song-mi a las conversaciones de Myong-hee con Kim Yung. La había estado usando de un modo que ella no podía entender.

—No hay manera de que ella me permita…

—Creo que las madres tienen muchos recursos cuando se trata de sus niños —concluyó cortante.

Un autobús pasó atronando a su lado, y todo lo que oyó del otro lado fue un clic, y la línea enmudeció.

***

Myong-hee oyó que llamaban a la puerta de atrás del club y miró su reloj. Era antes de la hora acordada con Kim Yung: esperaba que llegara con el dinero en efectivo en unas dos horas. Tanteó la pared para encender la luz, y se quedó rígida al ver a Sae de pie en la entrada, con el cabello empapado que se le pegaba a ambos lados del rostro. Tenía un aspecto terrible.

En los días transcurridos desde aquel encuentro con Sae, a Myong-hee se le venían a la cabeza una y otra vez las palabras de la última conversación. ¿Era la ingenuidad o el coraje lo que había convencido a Sae de que podría llevar a Grupo Taehan a la justicia?

—Necesito la grabación —dijo Sae. La hostilidad en su voz era dura y sorprendente.

—La grabación no lo hará volver.

—Está muerto —dijo con voz inexpresiva—. Necesito la grabación. —Sae la empujó, y su mirada barrió frenéticamente todas las superficies de la sala—. ¿Dónde está?

—No puedo dártela.

—Se ha llevado a Seung-min.

Myong-hee vio la mirada de Sae posarse sobre las tijeras de su escritorio y comprendió el peligro, la furia del dolor de Sae. En ese momento, era capaz de cualquier cosa. Myong-hee se quedó paralizada, sin poder moverse o hablar mientras Sae abría un cajón tras otro. Cuando Myong-hee se le acercó, Sae cogió las tijeras y le apuntó con mano temblorosa.

—Puedo soportar las mentiras y los años de deshonestidad. No entiendo por qué él tuvo que humillarme, por qué no quiso contarme la verdad. Pero no voy a dejarles que me quiten a Seung-min. Tú, más que nadie en el mundo, deberías entenderlo.

—Deja las tijeras —le pidió Myong-hee con calma, entendiendo finalmente—. Te ha enviado Yung, ¿verdad? No dejes que te manipule y te convierta en lo que no eres. Si me haces daño, no volverás a ver a Seung-min tampoco.

Los ojos de Sae se abrieron en asombro y comenzó a llorar, su rostro lleno de horror. Retrocedió hacia la pared, y las tijeras cayeron con estrépito al suelo.

—Entonces te lo pido. Te lo suplico. Lo necesito —dijo poniéndose de rodillas—. Pueden apoderarse de Jae, o Geun-ye, o quien fuera que haya sido al final. Pero no de Seung-min.

—¿Qué has dicho? —Myong-hee levantó la cabeza con sorpresa.

De nariz diminuta y ojos delicados, él había sido el más pequeño de los mellizos, el niño que ella había entregado con resignación al

secretario Gong. No lo supo hasta muchos meses después, cuando lo leyó en el periódico. Lo habían llamado Geun-ye.

Ese era el niño que ella, confiada, había enviado al mundo. Había imaginado para él una vida llena de tutores, zapatos nuevos en cada estación del año, avena cocida con piñones molidos a cucharadas en la boca cuando no se sintiera bien. Solo a través de las historias que le contaba Yung, ella pudo armar las piezas de una vida totalmente diferente. La indiferencia cruel de la esposa del director. La austeridad militar del director. Las palizas y los duros castigos. Sus exigencias inhumanas. Escuchar el relato de Yung de la vida doméstica de la familia se había convertido en su propia forma de tortura. Les dio la espalda a estas historias, esperando encontrar consuelo y esperanza en la vida de su hija.

Geun-ye era como una herida abierta sepultada bajo una montaña de sal. Una vez, creyó que ella no hubiera podido ofrecerle nada mejor que una caricia o la certeza de pertenecer a alguna parte. Pero cuando escuchó la dudosa historia de su muerte en un accidente de tráfico o de su supuesto suicidio, se le ocurrió que tal vez estaba equivocada. Quizá, el amor y la seguridad lo hubieran ayudado a enfrentar una vida de pobreza junto a ella.

Myong-hee miró a Sae atónita, no podía creerse que Geun-ye hubiera estado vivo todo este tiempo, en medio del desesperado deseo de que fuera verdad. Sae todavía estaba arrodillada frente a ella, sollozando estremecida. Myong-hee se arrodilló junto a ella y le tocó el rostro.

Myong-hee había sido una ilusa. Yung la había utilizado. Que él fuera capaz de raptar a un niño y enfrentar a otra mujer con ella antes que pagarle una mínima fracción de la ayuda recibida de su parte la debería haber sorprendido, pero no fue así. Actuaba igual que su padre. Tendría que haberlo imaginado. Todo el futuro se disolvía: la casa junto al lago, las horas disfrutando del jardín con el bebé, el alivio de terminar con el pago de la deuda. Buscó la cinta grabada en un compartimento escondido del escritorio.

—Vamos —dijo cogiendo a Sae por el hombro y ayudándola a ponerse de pie—. Yo te llevo.

Sae la miró, confundida.

—Geun-ye —dijo Myong-hee, el nombre se estranguló en su garganta—, era mi hijo.

Myong-hee condujo a través de las calles iluminadas del arbolado barrio residencial. Yung había heredado la antigua casa del director, y ella conocía de memoria el camino, aunque hacía años que había estado allí. Las dos estaban sentadas en absoluto silencio, Myong-hee no se atrevía a mirar a Sae, pero sabía que estaba temblando. Durante semanas, Myong-hee había admirado la determinación de Sae y su seguridad, su energía vital. La enfurecía que Yung intentara despojarla de ese espíritu arrebatándole a su hijo.

Aparcaron el coche frente a la finca rodeada de un alto muro gris. Cuando una simple verja de hierro se deslizó para abrirse, Myong-hee pudo ver la casa en toda su monstruosidad. Una estructura cuadrada y gris, fría y moderna que parecía una prisión de alta seguridad.

Los escalones de piedra conducían a un modesto jardín donde nada parecía crecer, solo unos pocos arbustos que habían sido disciplinados en rígidas formas inorgánicas. Una mujer de uniforme las recibió en la puerta y las condujo silenciosa hasta la sala. Dos hombres de traje, seguramente empleados de seguridad, estaban de pie en los rincones.

La sala estaba pintada de azul oscuro y el olor a pintura fresca le dio dolor de cabeza a Myong-hee. Estaba repleto de muebles estilo danés de mitad de siglo, una rebelión contra las pesadas piezas de caoba que tanto gustaban a la generación anterior, una mezcla de clásicos occidentales con costosas antigüedades coreanas. Yung estaba de pie junto a la ventana, con el botón superior de la camisa desabrochado. Las saludó como si fueran parientes que hacía un tiempo que no veía.

—Pero, bueno, no esperaba que vinierais juntas. Qué bonito ver que las señoras se han reconciliado nuevamente.

Sae emitió un leve sonido, y fue entonces cuando Myong-hee vio al niño echado en el borde del sofá.

Yung impidió a Sae que se acercase a él.

—Tienes algo para mí.

—¿Por qué no se mueve? —preguntó ella.

—El chico se puso revoltoso, y le di algo para calmarlo.

A Myong-hee se le nubló la vista. Las facciones de Yung se disolvieron en esa nebulosa. Había deseado tanto tener algún tipo de contacto con Geun-ye que no se había dado cuenta de cómo era realmente Yung. ¿Cómo había podido Myong-hee confiar en que él sería una fuente fiable de lo que sucedía en la casa del director, si Yung había idolatrado a su padre? Para él, Seung-min no era un ser humano, era tan solo un peón en este juego.

Yung le hizo señas a Myong-hee para que se acercara.

—¿La tienes? —preguntó impaciente.

Myong-hee sacó la cinta de su bolso y se la entregó.

—Confío en que sea la única copia.

—¿Y si no lo fuera?

Él soltó un suspiro exasperado.

—La gente debería saber cuál es su lugar en el mundo. ¿Realmente, crees que podrías haber llegado tan lejos sin mi ayuda? Yo valoro la lealtad, ¿entiendes?

—No me hables de lealtad —sentenció Myong-hee.

Yung retiró la mano del hombro de Sae, y ella se lanzó hacia el niño y le acarició el rostro. El niño estaba inconsciente y, cuando lo alzó, le costó cargarlo.

—Espero que esto os enseñe a vivir calmadas. Con humildad. Consideradlo una advertencia.

***

Eran casi las cuatro de la madrugada cuando Myong-hee llegó a su apartamento. Mientras caminaba en la oscuridad, vio que Song-mi se había quedado dormida en el sofá, con el mando de la tele en la mano. Myong-hee cruzó la habitación, se arremangó la chaqueta y abrió el grifo. Se lavó las manos, se enjuagó los ojos cansados, se humedeció la nuca. Sin saber por qué, ver el moho del marco de la ventana la hizo llorar. Durante años, había tratado de mantener su casa meticulosamente limpia, este espacio que ella había cuidado con la esperanza de recibir algún día a una invitada que no era una

invitada, sino que era familia. Al día siguiente, tendría que dejar su apartamento para saldar sus deudas.

Se presionó el rostro con las palmas de las manos, se restregó las lágrimas y se secó las manos en la falda. Haría su equipaje esta noche, no dejaría de moverse, habría mucho tiempo después para la rabia. Con calma, juntó algunas cosas —un abrigo de invierno, los documentos que ella había presentado años atrás en el orfanato, algunos anillos de oro que podría vender cuando saliera de la ciudad. Dudó cuando vio la tarjeta del señor Byun, quien la había ilusionado con el uso que podía darles a las cintas grabadas, y la arrojó con fastidio al cubo de basura.

Entró a la habitación de Song-mi para buscar un pequeño sobre con dinero en efectivo escondido detrás de una estantería de libros. La habitación estaba desordenada. Varias prendas se apilaban sobre una silla, desechadas, según parecía, debido al ensanchamiento de su cintura. Había un toque adolescente en las fotografías que había pegado sobre el espejo; también, estaba la tarjeta con la siguiente cita de su médico. Myong-hee colocó el sobre con el dinero sobre el montón de ropa.

Al día siguiente, deberían dejar el apartamento y seguir cada una su camino. Myong-hee no tenía nada que ofrecer a Song-mi: ni trabajo ni la certeza de un lugar adonde ir; lo peor de todo es que a ella ya no le quedaba ninguna esperanza para compartir. ¿Ahora, qué más podría ofrecerle que un poco de descanso, unas pocas horas más de sueño en paz y ajena a todo?

VEINTIDOS AÑOS DESPUÉS DEL DERRUMBE

2014

AL FONDO DEL PATIO Y sobre el muro de piedra, hay un paisaje imponente del implacable mar. Con la marea alta, Ansando parece una isla que flota independiente de la península. Solo cuando la marea baja, emergen varias playas, y deja a la vista un sendero angosto de arena que conecta a tierra firme. Cada atardecer, Sae camina a la cima de la colina por un camino cubierto de helechos para ver la subida de la marea, cuando el mar corta el vínculo con la tierra. Allí, se queda de pie dominando la vista del agua, observando el acto natural de esa separación, y piensa en su madre, en Seung-min y en Jae. Ha vivido allí durante más de dos décadas, regenteando una hostería de cinco habitaciones donde los viejos libros acumulan polvo en las tapas que nunca se abren. Vive en un estado permanente de pequeñas emergencias. Hay muchas cosas que arreglar, nunca nada está completamente reparado. Faltan varias tejas del tejado, la presión del agua ha quedado reducida a un hilo. Poco se ha hecho para actualizar la cocina: los estantes están atestados de condimentos medio vacíos, la nevera llena de viejas conservas y kimchi, de gochujang frito. Solo usa un pequeño hornillo, donde cocina arroz para los huéspedes en una antigua cacerola de metal. Sus manos están enrojecidas y ásperas de limpiar la olla de metal, pero no hace nada por simplificar su rutina, nada por acelerar los tiempos.

***

—Ahora, funciona —dice Hoon-min, secándose las manos en sus vaqueros.

Tiene el cabello largo, y sus gafas de gruesa montura le dan un aire estudiantil. Ella todavía puede distinguir las facciones dulces que marcaron su rostro cuando era un bebé. A diferencia de Seung-min, que es la imagen viva de Jae, Hoon-min se parece a ella: tienen la nariz ancha y el mentón redondeado. Sin embargo, esta inusual

visita desde Francia le ha mostrado a alguien que ha madurado más allá de su edad, y casi no reconoce a este joven de largas piernas y figura esbelta que tiene frente a ella.

—Ven a ver —dice él.

Sae se seca las manos en el delantal y entra a la hostería para ver cómo se encienden varias luces de la pequeña caja.

—Mira —dice Hoon-min, alcanzándole el ordenador—. Así es como te conectas a la wifi.

Le señala un icono en el extremo derecho de la pantalla y hace clic.

—¿Por qué simplemente no te llamo y listo? —dice ella sentándose junto a él—. No necesito un correo electrónico. Me gusta oír tu voz.

Hoon-min sonríe con paciencia.

—Como te dije, de este modo, también vamos a poder vernos en vídeo. Y puedes localizarme cuando esté navegando. Puedes sintonizar esa frecuencia usando este sitio web.

—Eso sería muy agradable —admite ella, mirándolo de reojo.

Es verdad que ella querría hablar con él cuantas veces lo deseara. Al haber sido criado cerca del mar, Hoon-mi ha cultivado el amor por la vida marina, y ese amor lo ha alejado de ella. Pasa meses embarcado en el Atlántico, excavando el fondo del mar. A él le gusta decir que solo se conoce el veinte por ciento del océano, que el resto sigue siendo un misterio. Ella se pregunta si es culpa suya. Si acaso ha sido ella quien ha alimentado esa curiosidad al haberles ocultado tanto a él y a Seung-min.

—También, está esto —dice él, inclinándose para teclear algunas palabras en un recuadro blanco donde titila un cursor—. Mira, aquí puedes seguir las noticias en tiempo real.

Sae asiente, pero baja la mirada, y fija su atención en la grieta del suelo. Ella ha dejado de seguir las noticias hace ya muchos años. Desde que le devolvieron a Seung-min, ha aprendido que debe andar con cuidado, porque muchas cosas pueden hundirla de nuevo y llevarla a ese lugar oscuro donde ya ha estado, durmiendo todo el día y toda la noche, sin comer hasta sentir temblores tan fuertes que no le permiten mantener la cuchara firme para poder llevársela a la boca. Siendo estudiante, Sae había experimentado el miedo como

una sensación física, casi animal —el pulso que se acelera, una conciencia aumentada de lo que nos rodea, una pulsación en las venas—, un sentimiento que se retiraba en el instante en que el peligro desparecía. Solo cuando Seung-min volvió a ella, comprendió de qué modo el miedo puede quebrar el espíritu. El instrumento central de tortura no es el dolor; el mecanismo central de los interrogatorios es destruir el espíritu. Así era como desarmaban a los disidentes: el miedo despojaba al cuerpo de todo sentimiento, hasta que ellos quedaban reducidos a una mera cáscara, vacíos, y dejaban de ser una amenaza.

Sae vive en un mundo reducido que tiene bajo control. Les ha dado la espalda a las noticias, a todos sus vínculos más allá de Ansando. No hay necesidad de contactarse con el pasado, no hay nada por lo que deba involucrarse, mientras ella ignore lo que está sucediendo en el mundo.

—También, podrías promocionar la hostería por internet, tener más huéspedes —insiste Hoon-min, pero su voz vacila cuando mira los fragmentos de tejas caídos en el patio.

—Si te parece que es lo mejor… —dice ella sin convicción.

No reconoce este nuevo mundo digital, aunque en teoría comprende el poder que tiene. Pensando en la rapidez con la que se propaga la información, cree que lo sucedido en Gwangju no hubiera sido posible hoy. Sin embargo, también oye a muchos de sus huéspedes hablar sobre la sensación de esclavitud a esas máquinas y sospecha que esa constante conexión puede ser un arma de control. A pesar de que echa de menos el contacto con Seung-min, le preocupa que, hacerlo *online*, los ponga en peligro.

—Deja que te enseñe cómo hacer una llamada —le ofrece Hoon-min.

Clicando un icono azul en la pantalla, teclea el número de Seung-min. Hace más de tres años que Seung-min no la visita, primero por unos problemas con la visa, luego alegando que no puede tomarse vacaciones en el trabajo. Es temprano por la mañana para ella, muy tarde para él. Viven con ritmos opuestos, separados por algo más que las latitudes. Que ella no quiera salir de Ansando es motivo de

conflicto. Él detesta su apego al lugar donde se ha desdibujado como persona, no tolera que ella no quiera dejar la isla por él. Así que no va a visitarla, y con cada año que pasa, él se aleja más y más.

La pantalla del portátil muestra que la llamada está en curso. Ella desea ver su rostro, aunque ver a Seung-min la desborda de sentimientos. Ver a su hijo es difícil; es como forzarse a mirar una luz demasiado brillante.

—Ya te ha engañado Hoon-min —dice Seung-min en cuanto responde.

Él siente la ambivalencia de su madre hacia él, el hombre al que ha llegado a parecerse, pero ella nunca le ha dicho qué es en él lo que ella no puede aceptar. Su rostro se vuelve a ensombrecer. La retirada es sutil, pero Sae se da cuenta.

—Estoy en medio de un día de mucho trabajo. Te llamo más tarde.

Antes de que pueda decir nada, él se ha ido. No le va a devolver la llamada. Los muchachos son conscientes de que hay algo latente en su historia, parecido a una bomba enterrada a punto de estallar. Se manejan con cautela en sus conversaciones, como insectos que caminan sobre el agua. Pero Sae sabe que Seung-min no ha perdonado sus ausencias, la forma en que ella ha minimizado el recuerdo de su padre.

Hoon-min la mira preocupado. Ella se permite darle un apretón en el hombro como señal de que está todo bien. Sin mucho entusiasmo, se concede estos gestos maternales. Puede que les haya fallado, pero aún es su madre.

Al poco tiempo de devolverle a Seung-min tantos años atrás, la madre de Sae murió atropellada por un motociclista que se dio a la fuga. Era la última hora de la tarde, había poco tráfico. Los testigos dijeron que se la llevó por delante mientras caminaba hacia su casa en una calle bien ancha. Sae no pudo alejar la sospecha de que no había sido un accidente, sino otra advertencia de Yung.

Sae se volvió cada vez más asustadiza, fluctuaba entre movimientos frenéticos —haciendo el equipaje, comprobando por quinta vez que la puerta estaba cerrada con llave— y una

inmovilidad catatónica. Cuando encontró a Seung-min drogado sobre el sofá de Yung, comprendió la magnitud de su error. Había considerado la búsqueda de la verdad por encima de la seguridad de su hijo. No había comprendido la vulnerabilidad de su hijo, tan independiente y decidido. Ella, que no había sabido ni siquiera cuidarlo. Le pareció que todas las verdades que había valorado tanto —que tenía un marido en quien confiaba, que era una buena madre, que uno debía luchar para traer la verdad a la luz sin importar el coste— podían volverse en su contra. Una vida de certidumbre y seguridad ya no le era posible. Lo mejor era alejarse de cualquier vestigio de su vida anterior.

Con unos pocos ahorros y un pequeño pago del seguro de vida de su madre, se mudaron a las afueras de la ciudad. Sae sentía que allí estarían más seguros, pero, aun así, se siguieron mudando con frecuencia, cada lugar más remoto que el anterior. La idea era alejarse lo más posible de Seúl. Finalmente, llegaron a una aldea con menos de cien habitantes. Incluso entonces, no estaba segura de si eso bastaría. ¿Cómo podría saber qué era lo mejor para ellos? Ya no podía confiar en su propio juicio.

Al final, su indecisión se convirtió en una decisión. La crisis de incertidumbre la llevó a una parálisis. Una tarde, se acostó y se quedó inmóvil. Al principio, los niños se le subieron encima: ella seguía sin moverse, con la mirada fija en el techo, y ellos trataron de incluirla en su juego. Intentaron portarse mal para atraer su atención. Cuando se dieron cuenta de que no podían sacarla de esa inmovilidad, sintieron miedo. Trataron de revivirla acostándose junto a ella, contándole historias igual que Jae había hecho con ellos. Pero al final, se dieron por vencidos. Tendrían que defenderse solos.

Pasaron dos años. Los niños ya tenían cinco y siete. Se las arreglaron para ir a la escuela y crecieron gracias a la ayuda de los vecinos: les donaban de comida, carbón para calentar la casa en invierno, chaquetas usadas que les dejaban en la entrada de la casa. A pesar del silencio de su madre y de su negativa a revelar qué había sucedido, ellos presentían que estaban escapando de alguna clase de amenaza. Que el mundo era hostil y peligroso.

Desconfiaban de los extraños fuera de su pequeña comunidad. Por eso, cuando una mujer mayor, vestida con elegancia y con el cabello recogido, se presentó en el patio de su casa, se pusieron a la defensiva.

—¿Está vuestra madre en casa? —preguntó ella.

Los muchachos intercambiaron miradas. Seung-min negó con la cabeza levemente para que Hoon-min entendiera que no debía responder.

—Soy amiga de vuestra madre —dijo ella.

Esto los desconcertó. Por lo que sabían, su madre no tenía amigos. Seung-min pateó la pelota hacia Hoon-min para seguir jugando. El silencio, lo habían aprendido, era la forma más fácil de protección. La mujer se daría cuenta de su error y se marcharía. Hoon-min le dio una patada a la pelota, que rodó hasta un charco y salpicó de barro los zapatos de aspecto caro de la mujer. Los niños se asustaron, pero ella no pareció notarlo. Estaba estudiando sus rostros con las ansias de quien espera que el ser amado aparezca entre la multitud. Cuando ella se dio cuenta de que los niños miraban sus zapatos, se adelantó y pateó la pelota hacia Hoon-min. Él dudó. Por el rabillo del ojo, veía a Seung-min negando con la cabeza, pero Hoon-min le devolvió la pelota. Ella corrió al encuentro de la pelota riendo mientras trataba de no perder el equilibrio con sus tacones. Seung-min intentó interceptarla para detener el juego, pero ella hizo rodar la bola con rapidez y se la pasó a Hoon-min, y dejó a Seung-min con la boca abierta por la sorpresa.

Jugaron juntos un largo rato, hasta que la mujer sacó un pañuelo para secarse el sudor de la frente y el del labio superior.

Hoon-min se acercó a ella con la pelota bajo el brazo.

—Ella está adentro. Mi mamá. Duerme todo el tiempo.

Seung-min le lanzó una mirada, pero luego volvió a fijar sus ojos en ella, expectante.

—Bueno —dijo ella alisándose la falda como si no supiera bien cómo seguir—. Mejor no la despertamos. —Miró hacia la cocina y luego hacia ellos, observó sus camisetas agujereadas y sus piernas flacuchas—. ¿Cuándo fue la última vez que comisteis algo?

La mujer pidió para ellos un banquete —cerdo frito en salsa agridulce, bollos, fideos de judías negras— que los niños comieron con la voracidad de los perros de la calle. Después, los desvistió, los roció con la manguera y los frotó sin piedad con una esponja exfoliante hasta quitarles por completo la suciedad que tenían.

—Usted no ha venido a llevarnos, ¿verdad? —preguntó Seung-min nervioso, mientras ella le rascaba el cuero cabelludo con sus largas uñas.

—No —dijo ella, enjuagándole el pelo antes de secárselo con una toalla, igual que lo hacía Sae.

—¿Quién es usted? —preguntó Hoon-min.

—Me llamo Myong-hee —dijo ella—, pero me podéis llamar Emo.

Emo se convirtió en una presencia constante desde su niñez hasta su juventud. Cada semana, esperaban con ansia su llegada los sábados por la mañana, cuando ella los ayudaba con las tareas de la escuela y les preparaba banchan y una gran cantidad de sopas nutritivas —rabo de buey para fortalecer los huesos, algas para aportar hierro a la sangre, y caldo de pescado para reestablecer la energía de su madre— que les dejaba listas para consumir durante la semana.

Los domingos los llevaba al mercado si necesitaban zapatos nuevos o un corte de pelo. En algunas ocasiones, iban a los recreativos en la ciudad más cercana y también a restaurantes. Más adelante, cuando se hicieron mayores, les daba dinero en un sobre para que lo gastaran en clases particulares. Los alentó a esforzarse y les prometió ayudarlos si querían continuar sus estudios en el extranjero. Les aseguró que podían forjarse el futuro que quisieran. Ellos la adoraban porque ella sabía lo que necesitaban antes de que ellos se lo pidieran, pero lo que más les gustó fue lo que Emo hizo por su madre: levantarla de la cama, vestirla y obligarla a comer con bromas y retos para rescatarla de su abatimiento y devolverla a la vida.

Años más tarde, cuando Sae se recuperó de su depresión, se dio cuenta de que ya no sabía cómo dirigirse a los chicos. Les hablaba como si tuvieran tres y cinco años, cuando ya tenían nueve y once.

Ellos se alegraron de que hubiera vuelto a la vida, aunque el hecho de saber que el amor de su madre era inestable los había cambiado. Eran como los supervivientes de un terremoto, siempre listos para una emergencia, para que la tierra se abriera bajo sus pies, para que ella los amara y también se alejara.

Incluso después de la recuperación de Sae, Seung-min sentía que su madre era una actriz que tenía una vida en otra parte, con pensamientos y vínculos que escapaban a su actuación. Esa otra madre era la que él echaba de menos, una parte de ella que recordaba de su infancia, una parte que parecía estar fuera de su alcance. Ella lo cuidaba si se despertaba con fiebre, le preparaba el almuerzo o le hacía algo de comer si estaba estudiando tarde a la noche, lo abrazaba si él le abría los brazos, pero nunca lo miraba a los ojos.

Él sentía curiosidad por la forma de su propio rostro, las cejas pobladas y salvajes, los ojos en forma de anacardos cuando sonreía. Solo cuando encontró una foto de sus padres entre las páginas de un libro de poesía, se le ocurrió que la razón por la que su madre no lo miraba estaba relacionada con su padre. En los escasos y dispersos recuerdos que tenía de él, su padre era cálido y amoroso. Seung-min recordaba la risa de su madre, la confianza que irradiaba su visible felicidad. No comprendía qué había sucedido para que ese amor se convirtiera en algo secreto que debía ser sepultado en la oscuridad, sin ceremonias.

Cada vez que Seung-min intentaba preguntarle sobre el pasado, Sae abandonaba la habitación, enmudecía o se metía en la cama. Escarbar en el pasado se convirtió en el riesgo de perderla. Buscar a su padre era abandonar a su madre.

Se consolaba dibujando, bosquejando retratos a partir de las fotografías familiares que había encontrado. Dejaba los dibujos para su madre sobre la mesa de la cocina, pero se quedaban allí intactos, como el plato de comida de un invitado que nunca llegaba.

Cuando se hizo mayor, lo atrajo el lado práctico del arte. Si no podía cavar, quería construir. Tenía la esperanza de que el aspecto más técnico de su trabajo cambiara la forma en que su madre veía

sus bocetos, pero su interés por la arquitectura parecía irritarla todavía más. Hasta que llegó a la conclusión, finalmente, de que había algo malo en él que no lo hacía digno de su amor.

Emo fue quien lo alentó en su trabajo. Lo miraba siempre como quien cree en las segundas oportunidades. Fue Emo quien le dijo que lo ayudaría si deseaba seguir Arquitectura. La noche en que anunció que había sido aceptado en la Facultad de Arquitectura de Berkeley, en California, pensó que su madre se ofrecería a acompañarlo. Pero no fue así.

Hoon-min debe volver al mar, a su trabajo. Una visita de una semana pasa en un santiamén. Su presencia reavivó los sentidos de Sae. La hostería parece más sombría sin él; ella siente el viento colándose por las rendijas de las puertas de papel. El lugar está demasiado tranquilo, más envejecido. Sae se pone las gafas y abre el portátil que Hoon-min le ha dado.

Hace clic en varias notas periodísticas. Se entera de que se han usado armas químicas en la guerra de Siria, que los terroristas han secuestrado a doscientas niñas de una escuela en Nigeria. En busca de noticias menos dramáticas, clica en lo que parece una ballena flotando en el agua. Se abre una nueva ventana, y se da cuenta de que la ballena es de hecho un ferry accidentado. Cuentan la historia del heroico rescate de trescientos cincuenta escolares que estaban a bordo esa mañana. Cierra el ordenador antes de terminar de leer y se pone de pie. Sale sin abrigo y comienza a caminar por la ladera de la colina. Mira atentamente el océano, como si quisiera ver el ferry en el agua, a pesar de que Jindo-gun está a cientos de kilómetros de distancia. Entrecierra los ojos e imagina a los padres que se vuelven a encontrar con sus hijos. El alivio se palpa en el muelle. Piensa en Seung-min. Su respiración se acelera cuando recuerda su delicado cuerpito apretado contra su pecho. Camina hacia el océano y se queda sin aliento al sentir el agua helada en los tobillos. La ayuda a tranquilizar el ritmo de su respiración, a alejar el miedo. El mundo ha evolucionado, después de todo; se han aprendido las lecciones de Torre Aspiración. Los estudiantes han sido salvados. La salvación, piensa ella, llega para algunos.

***

En la cocina de la oficina, Myong-hee coloca una cucharadita de jarabe de jengibre en la taza mientras espera que hierva el agua en la tetera. El día está encapotado, no se ve el sol. Los agentes de bolsa miran sus pantallas con atención; hay un murmullo de voces en la sala de *trading*. Ella oye el clic de la pava y sirve el agua hirviendo en las tazas; duda si le prepara una taza al señor Byun, que llega con retraso. Myong-hee sigue dedicándose al negocio de la información, y se asegura de que el señor Byun tenga lo que necesita para asesorar a sus clientes en inversiones provechosas. Es un trabajo que ella misma inventó cuando Song-mi se negó a dejarla.

La mañana en que Myong-hee le dijo a Song-mi que debían abandonar el apartamento, Song-mi parpadeó un instante como si no entendiera por qué Myong-hee le decía aquello. Luego, estiró un brazo y se acarició el vientre con la mano del otro.

—Cuando me enteré de que estaba embarazada, volví al orfanato donde pasé mi infancia. Esperaba encontrar a los niños con los que crecí. Todos se habían dispersado, cada uno por su lado. Ya no era lo mismo. Cuando tú me invitaste a quedarme contigo, me sentí elegida. Finalmente, sentí que tenía un hogar. Pensé mucho en qué significa la palabra "hogar". ¿Es un lugar? ¿O son las personas?

Song-mi le sonrió a Myong-hee.

—No habrás pensado en mudarte sin mí, ¿no es cierto? ¿A dónde iremos nosotras?

Este "nosotras" lo cambió todo. Los primeros meses fueron difíciles y, de no haber sido por Song-mi, Myong-hee habría sentido que volvía al pasado, a los tiempos en que había sido una madre soltera y desamparada. Lo más atemorizante era la incertidumbre de cómo iban a mantenerse. Myong-hee trató de encontrar empleo en oficinas y en tiendas, pero los empleadores parecían intuir algo de su historia, y la rechazaban. El escaso dinero de Myong-hee se había reducido a la nada cuando Song-mi le dio la tarjeta arrugada del señor Byun.

—¿Dónde has encontrado esto? —preguntó Myong-hee incrédula.

—Lo saqué del cubo de basura antes de irnos —dijo ella—. Pensé que nos podría ser útil algún día.

El trato que Myong-hee había hecho con el señor Byun era simple. Ella le pasaría la información corporativa que captara en las salas, lo pondría al corriente de las relaciones nuevas que pudieran surgir, él estaría un paso adelante en los mercados, y obtendría una ventaja en las inversiones. A cambio, él le ayudaría a abrir un nuevo club y le daría una participación en las ganancias de sus inversiones. Myong-hee no se hacía ilusiones: no se trataba de un nuevo acuerdo, sino de sellar otra vez el viejo pacto con un demonio distinto, pero lo aceptaba porque su supervivencia dependía de ello.

Al tener experiencia en el manejo del negocio, a Myong-hee le resultó fácil abrir rápidamente el nuevo club, el Mirage. Los clientes acudieron en tropel al establecimiento cuando el Myongwolgwan pasó a manos de una nueva dirección y la calidad del servicio decayó. Myong-hee contrató a un administrador efectivo y astuto para supervisar las operaciones del día a día de modo que nadie que anduviera indagando sospechara que ella estaba involucrada.

En menos de un año, Myong-hee había logrado algo parecido a la estabilidad. Song-mi dio a luz una niña muy sana, y esta pequeña nueva familia le dio a Myong-hee paz mental; ahora, podía imaginar que algún extraño le había dado a su hija el mismo amor que Myong-hee sentía por su familia adoptiva.

El nuevo fantasma que la acechaba era Sae. Pensar que ella había sido alguien importante para Geun-ye, en una vida fuera del alcance del director, le había dado una sensación de paz y tranquilidad. Myong-hee pensó en ir a darle las gracias y volvió al apartamento a buscarla, pero lo encontró ocupado por nuevos inquilinos. Ninguno de los vecinos pudo decirle a dónde se habían ido. Simplemente, habían desaparecido.

Estar perdido en la vastedad de un país extranjero era una cosa, pero estarlo en el propio hogar, era algo distinto.

Con el primer cheque que recibió por la información trasmitida al señor Byun, contrató un investigador privado. En unos meses, llegó a una remota aldea en una isla.

Termina el último sorbo de té y está a punto de dejar la taza en el fregadero, cuando la sorprende un repentino ajetreo: varios agentes se arremolinan en torno a una pantalla. Ella se dirige hacia la sala de *trading*. Transmiten una noticia que muestra alternativamente el océano y lo que parece ser una embarcación dada vuelta. Ella se levanta, con el corazón en la boca, pensando inmediatamente en Hoon-min, que ha vuelto al mar. Pero tan pronto como la invade el miedo, explotan los aplausos y las exclamaciones de alivio por el rescate. Ella continúa mirando, escuchando la tremenda historia de los niños cuyo ferry se da vuelta durante un viaje escolar. A pesar de que las noticias informan del final feliz, la historia la inquieta. Se siente angustiada e impaciente.

Una notificación aparece en su teléfono. Es un mensaje de texto del señor Byun que le avisa de que no irá a la oficina. Myong-hee se siente aliviada. No puede manejar la ansiedad; de repente, no está de ánimo para reunirse con él. Camina entre los agentes que han vuelto a sus escritorios, encuentra una oficina vacía y cierra la puerta detrás de ella. Se conecta a la web que Hoon-min le indicó para encontrar la frecuencia de la radio de a bordo. Desea con ansia oír su voz, aunque sea un instante, o, aunque fuera, oír la voz de Hoon-min hablando con alguien más. Oye con dificultad voces airadas. Hay una discusión. Tarda varios segundos en darse cuenta de que se ha conectado con la radio de pescadores coreanos que están en la costa, cerca del ferry:

—¿Por qué les están diciendo que no se muevan si no viene nadie?

—Los botes civiles están listos para salir, ¿por qué les dicen que no se acerquen?

—Gran operativo de rescate, una mierda. No hay nadie allí.

Myong-hee continúa escuchando, presiona los auriculares contra sus oídos, el pánico va subiendo en su interior, como la fiebre. Es una sensación similar a la que tuvo cuando llegó al orfanato y no pudo localizar a su hija en la multitud de rostros infantiles. Se pone de pie. Tiene que hacer algo. Todo es una mentira: los estudiantes no han sido rescatados. Sus pensamientos vuelan hacia Sae.

En cuanto puede, Myong-hee coge un taxi en la estación de Seúl. Desde Pyeongtaek, a una hora de viaje, coge el tren a Mallipo. Tres horas después, llega tarde, ha perdido el último ferry a Ansando. Camina por el muelle, sin saber qué hacer. Una pareja pasea por la playa. Los pescadores están recogiendo sus redes, sin prisa. El mar está calmo en la puesta del sol.

Myong-hee va hasta el muelle y se acerca a un pescador.

—¿Me podría llevar a Ansando? —pregunta. Él le mira el gran anillo y el abrigo de aspecto caro y se niega.

—El ferry sale en la mañana —dice después de un instante.

Coge la cuerda y comienza a liarla alrededor del codo.

Myong-hee le alcanza un sobre y él lo mira incrédulo. En media hora, están en camino.

Cuando llega a la isla, ve a Sae caminando por la playa con las manos dentro de la chaqueta y unos auriculares en la cabeza. Myong-hee se da cuenta, por el rostro de Sae, de que la verdad sobre el rescate ya se ha hecho pública. Se detiene un momento para escuchar las noticias en una tele dentro de un local. El ferry se ha hundido aún más. El capitán ha desaparecido. Solo 50 de los 476 pasajeros han sido rescatados hasta ahora. Los niños mandan mensajes a sus padres, les dicen que les han indicado que se queden en sus lugares en el ferry que se hunde mientras el nivel del agua sube lentamente, que las baterías de sus teléfonos se están acabando, que les mandan ese mensaje para decirles "Os quiero" por si acaso… por si acaso…

Sae ve a Myong-hee corriendo hacia ella, ambas se abrazan y lloran.

VEINTICUATRO AÑOS DESPUÉS DEL DERRUMBE

2016

SAE HACE UNA PAUSA MIENTRAS corta el calabacín en la tabla y se lleva una mano a la cabeza antes de secarse ambas en el delantal. Mirando por la ventana de la cocina, ve a Myong-hee en el patio. Sus gestos son pesados, como si una mala noticia la agobiara, pero cuando sus ojos se encuentran con los de Sae, su rostro se ilumina, sus preocupaciones quedan atrás. Myong-hee le lleva una bolsa llena de provisiones y la ayuda a cocinar. Trabajan juntas en silencio, cortando tofu y cebollas. Sae sumerge el pescado enharinado en el huevo batido y lo pone a freír en la sartén. Myong-hee hace sopa cocina al vapor manojos de espinaca y, una vez reducidos, los mezcla con aceite de sésamo y salsa de soja. Montan un altar con manzanas y nueces, pescado seco y tortas de arroz. Levantan copas de soju en honor a quienes ya no están. Un banquete para los espíritus en este aniversario del derrumbe.

Se alejan del altar para dejar que los espíritus tengan tiempo de alimentarse.

Fuera ha comenzado a lloviznar, un alivio muy bienvenido al sofocante calor.

—¿Has visto las noticias? —pregunta Myong-hee mientras enciende un cigarrillo.

—Sabes que no lo hago —responde Sae.

—Están tratando de destituir a la presidenta Park Geun-hye —continúa Myong-hee, estudiando el rostro de Sae—. Nadie sabe dónde se encontraba cuando los niños estaban en el ferry. Todo ese tiempo en el que podría haberse hecho algo…

El viento aumenta, y ha comenzado a soplar en otra dirección trayendo la lluvia hacia ellas, pero Myong-hee no hace ningún movimiento para volver a entrar. Sae mira al cielo encapotado. Preferiría cambiar de tema.

—Los periodistas están indagando por allí, interrogando a los más allegados a la presidenta. Empiezas a tirar de ese hilo, y te lleva a lugares impredecibles.

Sae se da cuenta de que Myong-hee no solo está tratando de mantener la conversación, sino que está intentando decirle algo importante. Viene a su mente la imagen de sus hijos e imagina dónde se encuentran; la distancia la consuela. Están seguros, piensa, cuando no están con ella.

—Ha venido un funcionario del Gobierno al Mirage. Estuvo hablando sobre los pagos que el Gobierno ha recibido de los grandes conglomerados empresariales.

—Parece que algunas cosas nunca cambian.

—Apareció el nombre de Yung. Un ministro ha dado a entender que Yung es una especie de financiero de la presidenta y que trabaja como gestor de los sobornos que exigen a las compañías más pequeñas que buscan una oportunidad de sobrevivir en el mercado. —Myong-hee hace una pausa para dar una calada a su cigarrillo.

Sae no entiende bien hacia dónde la está llevando Myong-hee y se apoya contra el marco de la puerta, un poco mareada.

—Si le hago llegar la grabación a las autoridades…

—¿Grabación? —pregunta abruptamente Sae. Gira sin querer escucharla más—. Voy adentro.

—Necesito que escuches esto —ruega Myong-hee cogiéndola por el brazo—. Sae, tenemos una oportunidad de terminar lo que empezamos.

Sae está confundida.

—¿Qué tiene que ver esa grabación con la Torre? —La lluvia se hace tan intensa que tiene que levantar la voz para hacerse oír por encima del golpeteo en el toldo de plástico.

—La gente quiere que se asuman responsabilidades. Podemos demostrar lo profundas que son las raíces de la corrupción.

—No, no podemos —dice Sae meneando la cabeza—. Yung tiene esa grabación. No tenemos ninguna prueba. Pueden denunciarte por difamarlos… —continúa Sae, captando la mirada de determinación en los ojos de Myong-hee. Se da cuenta de lo que propone hacer.

Las manos de Sae están heladas, y se envuelve en la chaqueta tratando de detener el escalofrío que la recorre.

—Yo no puedo hacerlo. Sabes que no puedo.

Pasada la medianoche, después de que Myong-hee se ha ido a dormir, Sae se sienta en el porche a mirar cómo se desplaza la tormenta hacia el mar. Su existencia ha quedado marcada por las ausencias. Ausencia de amor, de gente, de invitados, de sí misma, de quien ella podría haber sido. Seung-min y Hoon-min se criaron solos, y la pena y el miedo les robaron la niñez. Ella se decía que había hecho todo lo posible por mantenerlos a salvo, pero ellos se habían mantenido seguros por sí mismos sin ella, o más bien, a pesar de ella.

En esta noche de aniversario, se permite pensar no solo en Jae, sino en muchos otros que perdieron la vida en la Torre. Los fantasmas van pasando como una visión: la madre que dejó a su bebé para comprar en el supermercado del sótano, el estudiante de secundaria que entró al vestíbulo para usar el teléfono y decirle a su madre que había aprobado el examen de admisión de la universidad, la pareja recién comprometida que fue a elegir la lista de regalos de boda. Ellos le hacen señas, estos fantasmas, impacientes de contar sus historias.

EL DERRUMBE

1992

ES EN VERANO CUANDO SUCEDE todo. En un día fragante y pleno de promesas. El sol es como una mano amiga sobre los hombros de quienes caminan por las calles. Nadie espera lo peor. No en la envolvente humedad. O en la deslumbrante luz del día.

Un vendedor callejero cierra su puesto de cigarrillos en la estación del metro. La urgencia por orinar lo hace levantarse de su silla y aventurarse bajo el sol abrasador. Cruza la calle para usar los baños del rascacielos del otro lado de la acera. Mirar hacia arriba para ver la cima del edificio produce vértigo. Torre Aspiración es mitad centro comercial, mitad monumento, un museo de la grandeza y del poder del país. Los empleados bajan de sus oficinas en los pisos superiores para hacer compras durante la hora del almuerzo en las hermosas tiendas. Las esposas acaudaladas compran aperitivos ya preparados en el supermercado del sótano. Incluso, quienes no pueden darse el lujo de pagar esos precios, entran para pasear bajo las cálidas luces del vestíbulo central, para sentirse parte de esta celebración.

Autobuses repletos de niños entusiasmados llegan para hacer las excursiones escolares. Admiran la vista panorámica de su ciudad, densamente poblada, que se acurruca en el majestuoso arco de las montañas. Sus maestros otean el horizonte tratando de situar los barrios de su niñez y se dan cuenta de que han sido demolidos. Los escombros han sido reciclados para construir los cimientos de austeros bloques de apartamentos. En las sombras, fuera de la vista, están los barrios más humildes con sus fachadas manchadas por la humedad, surcadas por una maraña de líneas eléctricas. Seúl es una mujer con pasado que oculta sus cicatrices bajo un vestido estridente.

El vendedor callejero entra y observa en la elaborada escenografía de una vitrina una escena en la sabana africana. Dos maniquíes —un hombre y una mujer vestidos de color caqui de la cabeza a los pies— están parados junto a unas maletas, apiladas en forma de pirámide.

Él nunca irá al lugar al que se supone que irá esta gente. Es una realidad que no lo entristece. Hasta ahora. De repente, se siente fascinado. Un anhelo crece en su interior. Una vida extranjera fuera de su alcance. Por primera vez, lo invade un sentimiento de pérdida, una nostalgia que no entiende. Da un paso hacia atrás, tambaleándose, y se topa con una joven ama de casa que lleva dos grandes bolsas llenas de comida para una semana.

—¡Mire por donde va! —exclama ella molesta.

Él se queda con la mueca de disgusto de la joven mientras baja por la escalera mecánica hacia el sótano, en busca de los baños de hombres. Se demora más de lo habitual mirándose al espejo, viéndose con los ojos de la joven: su pobreza evidente en la camiseta vieja y barata, y en las sandalias de plástico. La imagen que le devuelve el espejo lo llena de una profunda vergüenza.

Lo que él no sabe es que esa joven ama de casa está irritada no por su torpeza, sino por el olor a cigarrillo que emana de su cuerpo y que le recuerda que ha olvidado comprar ambientador para disimular el olor del humo en su apartamento antes de la visita de su suegra por noche. Su tiempo no le pertenece; se lo debe a los demás: a su suegra, a su marido y a sus hijos a quienes les prepara tutoriales para que no se atrasen en la escuela.

Fumar es su gratificación más decadente y secreta. Cada bocanada es un momento que se concede solo a sí misma, que le recuerda que todavía existe. La vez que su suegra la pilló fumando, la maldijo como si la hubiera descubierto en pleno acto indecente. Se le ha hecho tarde —sus hijos la están esperando en la escuela—, pero se da la vuelta y se apresura por las escaleras mecánicas hacia el sótano a terminar las compras.

Un quejido intenso resuena desde las entrañas del edificio. Un niño pequeño se queda inmóvil en su silla de paseo, con los ojos muy abiertos, asustado, convencido de que se trata del rugido de un monstruo que su madre le ha asegurado que no existe. Es un dibujo animado, le había dicho. No es real. Ninguno de los otros compradores parece compartir el terror que él siente. Unos pocos se detienen e inspeccionan el alto techo de cristal del vestíbulo central.

La mayoría es consciente del extraño ruido, pero no le dan importancia.

Uno de ellos es un hombre que se acaba de jubilar. No lo ha detenido el gruñido del edificio, porque en este momento se da cuenta de qué hacer para salvar su matrimonio. Desde que ha comenzado a pasar más tiempo en casa, siente que su esposa está irritada con él. Quiere comprarle un regalo. Una disculpa atrasada por haber pasado tantas horas en la oficina durante tantos años. Al oír el rugido de las entrañas del edificio, mira hacia arriba, pero no espera que suceda lo peor. En su mente, los desastres les suceden a esas personas cuyas vidas están resumidas en los periódicos, definidas por el título profesional y por la cantidad de familiares que aún viven. No le pasan a un hombre como él, que ha trabajado durante años en una fábrica de neumáticos y que ha vivido en un barrio pobre, luego, en una casa con techo de chapa y, luego, en un apartamento en un edificio alto con vistas al río Han. Al igual que muchos otros, ha logrado combinar la madurez con la abundancia, la promesa de que, de ahora en adelante, las cosas solo pueden mejorar.

Así que lo que detiene sus pasos no es el sonido estrepitoso, sino un delicado reloj pulsera de oro. Es perfecto. ¿Qué podría ser más simbólico, piensa él, que un reloj para expresarle su deseo de querer recuperar el tiempo perdido?

Las paredes del edificio se estremecen. Una lluvia de polvo cae en medio del vestíbulo central. Los compradores miran hacia arriba. Ven que hay un edificio en construcción en la acera de enfrente y dejan de lado sus preocupaciones. Se dicen a sí mismos: "La gerencia de un edificio icónico debería cuidar un poco más a sus clientes".

Pero cuando el suelo bajo sus pies empieza a vibrar, una preocupación generalizada comienza a tomar forma, la culpa ya no pasa por la gerencia del edificio, sino por la evidencia de una causa mucho más seria. Un desastre más allá del edificio. Una invasión. Esto es, técnicamente, que el país aún está en guerra, aunque cuando cae el polvo del techo, se siente más bien como un terremoto. Los collares y los envases y los diamantes y las botellas de whisky comienzan a temblar y a sacudirse en los estantes. El

sonido del polvo que cae como un chorro es algo entre un silbido y un redoble, que al instante es ahogado por el ensordecedor rugido proveniente del techo sobre sus cabezas.

En el sótano, instantes antes de que se corte la luz, Jae apoya la mano sobre la pared, siente la vibración e inmediatamente comprende lo que va a ocurrir. Se les acabó el tiempo. El edificio va a derrumbarse bajo el peso de sus propias ambiciones. Quedarán muchas cosas sin resolver. Todo terminará antes de que él tenga la oportunidad de enmendar sus errores.

Esto no es completamente cierto. Ha tenido muchas oportunidades. Piensa en Sae, esperando su llegada en casa. El amor que ha sentido por ella, como un secreto que lo avergüenza. Las risas de los niños, la confianza que tienen en que regresará cada vez que sale por la mañana. Está a punto de convertirse en un nombre desconocido en los anales de la historia, un recuerdo, el destello de una luz que llega desde una estrella que se apaga. Con desesperación, busca la puerta. Tal vez, no es demasiado tarde. Puede haber tiempo para una última llamada. Busca a tientas en la oscuridad, igual que buscó la mejilla de Sae esa noche en la biblioteca. Fue la primera vez que sintió que su corazón estaba a punto de explotar. Cómo había anhelado creer en la clase de amor que ella le ofrecía. Pero nada en su vida le había demostrado que podía confiar en un amor que todo lo ve y todo lo perdona.

Cuando llega a la puerta, se desprende el primer bloque de cemento. Arriba, en el vestíbulo central, el bloque cae sobre varias mujeres jóvenes, empleadas de oficina. Una nube de polvo con forma de hongo se eleva en la caída. En la confusión, la gente se refugia contra las paredes antes de que se desate la carrera hacia la salida. Empiezan a caer los pesados aparatos del aire acondicionado a medida que va cediendo el techo. En menos de diez segundos, los sesenta y cinco pisos del edificio se derrumban en un socavón. Los bloques de cemento parten dientes y cráneos. Las cajas torácicas se aplanan como las cajas de cartón desarmadas. Huesos destrozados. Las esferas de los relojes se rompen, en las 5.30 p. m.

En menos de un segundo, todo deseo se contrae como la pupila frente a una luz que encandila. Él está solo ahora en la oscuridad,

los brazos atrapados bajo el peso de algo voluminoso y mortal. Incluso, cuando otros anhelos se repliegan, Jae se encuentra haciendo lo que ha hecho cada día: luchar por tener un día más. Por saborear el regalo inesperado de una vida prestada. Pequeñas maravillas que él nunca mereció.

Todo lo que pide es un día más.

Sentir que Sae apoya una cerveza helada sobre su mejilla en un día demasiado caluroso.

Ver la luz bailar en los ojos de su amor cuando él entra en la habitación. Sentir el abrazo de Hoon-min alrededor de su cadera, los brazos delgados de Seung-min rodeando su cintura. "Papi, no te vayas". Poder decirle a ella que lo lamenta.

Disfrutar del privilegio de saber que después de hoy siempre habrá un mañana. La promesa del perdón en los días por venir.

UNA SEMANA DESPUÉS

2016

YA HACE DOS DÍAS DESDE que partió Myong-hee, y Sae no puede comunicarse con ella por teléfono. Cada vez que trata de llamarla, salta su contestadora directamente. La mañana siguiente a los ritos del aniversario, Sae le dijo a Myong-hee que no iba a interferir en lo que ella deseaba hacer, pero que no quería tener vinculación alguna. No le interesaba en absoluto recomenzar nada. Myong-hee asintió con tristeza, pero dijo que la comprendía.

Al principio, cree que tal vez Myong-hee está evitando sus llamadas, pero sabe que ella no hace esas cosas. Al cuarto día, sigue sin poder comunicarse y comienza a preocuparse. Trata de llamar a Song-mi; tampoco, tiene suerte. Deambula por la hostería, tiene solo un huésped en quien ocuparse.

—¡Bueno, la economía se está yendo al garete! —dice el huésped durante la cena mientras mira su teléfono—. Cuando alguien de la realeza nacional es arrestado, uno confirma que el mundo se está yendo al garete. El director del Grupo Taehan. Un héroe nacional. ¿Por qué narices querrían las autoridades meterse con alguno de sus negocios?

—¿Qué ha sucedido? —Sae le coge el teléfono.

Allí está, la noticia de que Kim Yung, presidente del Grupo Taehan, ha sido detenido para ser interrogado por sospechas de corrupción.

Está segura de que Myong-hee está detrás de esto. Si Yung descubre que ellas están involucradas, no quiere imaginarse de lo que él pueda ser capaz de hacer. Piensa en los fantasmas que la visitan, en esas historias sepultadas bajo los escombros. Piensa en Myong-hee, que ha tratado, tantas veces, de arrancarla de ese purgatorio del inframundo.

Se quita el delantal y lo lanza a la encimera. Se obliga a moverse, pero sus pies parecen anclados al suelo. Su cuerpo se resiste con fiereza como un buey empujado al matadero. Lo único que tiene que hacer es cruzar la habitación, pero no puede hacerlo. Su mirada se

fija en la cacerola de hierro fundido en la que cocina el arroz, que ha restregado cada noche hasta que sus manos ardieron. Lo que ella antes había considerado un gesto estoico ahora se le revela como un acto de cobardía. Los chicos ya son mayores. No está segura de qué está tratando de proteger. No hay nada de heroico en esconderse en esta existencia aislada. ¿No valía más la pena dejar de lado su vida por alguien, ser vulnerable por un ser amado?

Da un paso y luego otro. Pronto, llega a la puerta de la cocina. Mete algunas cosas en un bolso y sale de la hostería. Le pide a un vecino que atienda al huésped, que se marchará un poco más tarde ese mismo día.

Sube al ferry y llega a la estación de tren. En esos veinte años, desde que ella estuvo en Seúl por última vez, la ciudad se le ha vuelto desconocida. Hay un nuevo sistema de autobuses. Las calles tienen nuevos nombres, los barrios tienen nuevos códigos postales. Esto basta para hacerle perder la confianza de que puede lograrlo. Un par de veces, se siente tentada de tomar un taxi y volver a la estación.

Encuentra un autobús que va a Jong-ro, donde Song-mi tiene una tienda, y se sube, pero se queda atrapada en medio del tráfico. Las calles que llevan al ayuntamiento están cerradas debido a las protestas. La gente se va juntando a paso lento, algunos llevan pancartas con los nombres de los niños que murieron en el naufragio del ferry *Sewol*. Otros exigen el juicio político de la presidenta corrupta. Sae pide que la dejen bajar del autobús y se une a la multitud, siente la energía de la resistencia a su alrededor. Myong-hee tiene razón, Sae se da cuenta; ha llegado la hora. Si alguna vez hubo un momento en el que podían denunciar lo que sucedió en la Torre es este.

En ese instante, le vibra el móvil en el bolsillo. Es un mensaje de texto de Myong-hee.

"Perdona si has estado tratando de llamarme —dice—. No puedo hablar ahora. Te llamo más tarde".

"Estoy en Seúl —le escribe Sae—. He oído las noticias".

Antes de que Myong-hee pueda responder, Sae escribe:

"Estoy aquí para decirte que cuentes conmigo".

Reflexionando, Sae llama a Tae-kyu, con la esperanza de que él pueda ayudarla a retomar la antigua investigación.

Tae-kyu la espera en una cafetería y se pone de pie para recibirla cuando entra.

—¿Cuántos años han pasado? —dice él. Su mano tiembla cuando se la estrecha. Su rostro muestra el paso del tiempo; las raíces blancas de su cabello traicionan el negro de su cabellera y, cuando habla, se nota la dicción afectada por la dentadura postiza—. ¿Casi veinte años?

—Tienes muy buen aspecto —miente ella—. He oído que te niegas a jubilarte como editor.

Tae-kyu le resta importancia con un gesto.

—No es como editar un periódico. Es una revista mensual, solo algo para pasar el tiempo.

—Qué increíble, ¿no es cierto? Todas estas protestas. Es casi como si estuviéramos en los ochenta de nuevo.

—Es un mundo diferente el de hoy. El hundimiento del ferry *Sewol* lo ha cambiado todo. No se puede ocultar la información como lo hacíamos antes. Ya no, cuando todos tienen los medios técnicos para capturar pruebas y hacerlas circular. No es como en nuestra época. Ha cambiado la marea —continúa Tae-kyu—. Hay quienes han querido deshacerse de la presidenta desde el principio porque es la hija de un dictador, creo que la gente tolera menos este tipo de privilegios. La opinión pública también se está volviendo en contra de los líderes de los conglomerados económicos. —Golpeó la revista que estaba sobre la mesa con la palma de su mano—. ¿Has oído la noticia? Ni siquiera el director del Grupo Taehan parece poder retener a sus empleados en estos días. Quien escribía su biografía acaba de renunciar.

Tae-kyu continúa hablando, pero ella ya no lo escucha, su mirada se fija en el artículo corto que está sobre la mesa, la fotografía del director en su juventud. Su corazón se acelera, presintiendo una oportunidad, atraído por un yo más joven y más valiente. Sobre la mesa, una pequeña vela se extingue, parpadea y lucha por permanecer encendida. Cada vez que Sae piensa que se apagará, se resiste y la llama se aviva.

TRES MESES MÁS TARDE

27 de noviembre de 2016

EL DIRECTOR SE CALLA, SU mirada se extiende más allá de las grises ramas de la higuera del otro lado de la ventana, como si observara un recuerdo que se quiebra y se desvanece en el horizonte. La luz del final de la tarde pone en evidencia los pliegues de los párpados caídos, los suaves pelos de la barba, la variedad de expresiones marcadas por las arrugas de la frente. Es más viejo de lo que aparece en las fotos de la prensa, más severo y adusto. La piel de sus manos, manchada, fina y transparente por la edad, y floja sobre sus venas hinchadas.

Las paredes de la habitación están cubiertas de recipientes con sangre de serpiente, calostro, colmillos de elefante molidos. El director es un hombre profundamente supersticioso. Cada hora, entra una enfermera a aplicarle una inyección o a traerle una bandeja con una bebida o unos comprimidos. Después de tantas horas de estar con él, Sae no puede separar los hechos de los rumores, no puede confirmar o negar las historias de sus famosas rabietas: que escupió a un empleado que derramó unas gotas de café en el borde de un plano, que mandó raptar a un miembro de un sindicato, lo desnudó y lo dejó en medio de la calle en una ciudad del sur, o que ganó muchas negociaciones cortándoles la lengua a sus adversarios con un cuchillo de cocina. En estas horas que han pasado juntos, se comporta con ella encantador y magnánimo. Ella sospecha, sin embargo, que todo es una actuación para las entrevistas; hay algo muy estudiado en sus monólogos. Ella tiene que mantenerse muy atenta. Él es un maestro en el arte del engaño, sus relatos son como la seducción de un amante que la lleva a lugares a los que no pensaba llegar. Se emociona y se vuelve poético al hablar sobre su pérdida, su Geun-ye, pero no habla sobre Yung.

Convertirse en la biógrafa del director fue más fácil de lo esperado. Su anterior biógrafo era un compañero de la facultad de Tae-kyu; encantado le facilitó los detalles que ella necesitaba para

conseguir el trabajo y reveló que preferían un candidato externo, ya que el equipo de comunicación de la empresa estaba abocado a contener los avatares del arresto de Kim Yung. Ella sospecha que esta biografía es una forma de desviar la atención pública del escándalo que se avecina.

Que el director admitiera que el anuncio de la muerte de Geun-ye en un accidente de tráfico era falso fue una sorpresa. Esto le recordó a Sae algo que había leído acerca de la propaganda: su efectividad reside en diluir las mentiras con una gota de verdad. Se le presentaba el momento que tanto había estado esperando; era la oportunidad para la que se había estado preparando durante meses. Se acomodó en su asiento, se inclinó hacia delante y se puso las manos sobre el regazo.

—Usted ha expresado su arrepentimiento con respecto a Geun-ye, señor. —Hace como si revisara sus notas, sabiendo que él está totalmente atento—. Pero no ha dicho nada sobre el arresto de Yung.

El director se pone rígido, su mirada se agudiza en la pálida luz invernal.

—Nos vamos a detener aquí por hoy —dice forzando una sonrisa temblorosa—. Necesito descansar.

Los dedos de Sae se deslizan, sobre el icono de Grabar, pero no lo presiona todavía. El móvil que está en su bolsillo captará lo que pase.

Poniéndose de pie, coge su libreta y su bolígrafo, y el aparato digital de grabación. Al llegar a la puerta, se detiene y, en lugar de salir, cierra la puerta con llave.

—¿Sería apropiado decir, señor, que a veces construimos una versión de nuestra vida que nos permite escapar del remordimiento o, tal vez, evadir nuestras responsabilidades? —pregunta ella cruzando la habitación para volver a sentarse.

Él levanta la mirada implacable, confundido por que ella esté aún allí cuando ya la ha despedido. Se aferra a los apoyabrazos de su silla como si quisiera levantarse, aunque no puede hacerlo sin ayuda.

—Creo haberle dicho que la entrevista ha terminado —dice con voz grave.

—¿Está de acuerdo conmigo en que a veces torcemos la verdad para ofrecer la mejor versión del pasado a los demás? Un hombre en su posición de autoridad tiene el poder de escribir la historia. Pero ¿no cree usted que el público tiene derecho a un relato del pasado libre de distorsiones?

—¿Distorsiones? —se sorprende él. Esta calificación de su discurso tan bien ensayado lo perturba.

—Usted no ha hecho ningún comentario sobre lo que sus expectativas provocaron en sus dos hijos, por ejemplo. Cómo Yung fue hasta el límite para encubrir sus errores, llegando incluso a implementar un plan dudoso para corregir lo que usted había empezado y, luego, recurriendo a medidas criminales para ocultar lo sucedido.

—A ver…, un momento. —El director lucha con el cojín en su espalda para incorporarse. Controla su ira; decide que le interesa escuchar lo que ella tiene que decir—. No sé qué está queriendo insinuar.

Ella inspira profundamente.

—Torre Aspiración nunca debió ser un rascacielos. Los cimientos estaban preparados para un edificio más bajo cuando usted decidió que quería construir un edificio comercial en lugar de uno residencial. La estructura resultó insegura desde el principio. Fue todo por las apariencias, para las Olimpíadas. Los problemas estuvieron allí desde siempre. Desde el inicio, hace años. Usted y Yung fueron siempre conscientes de la posibilidad del derrumbe. Y no hicieron nada por evitarlo.

La última parte le resulta tan difícil de decir que se detiene, traga con fuerza para poder continuar.

—L&S Arquitectos fue contratada para resolver los problemas estructurales bajo la apariencia de la construcción de una piscina —continuó Sae—. Eso le permitió a usted llevar a cabo las obras de construcción dentro del edificio sin generar temores sobre la seguridad. Y, además, la posibilidad de absolverlo de la

responsabilidad posterior. L&S Arquitectos…, no, el señor Bae, asumió la culpa.

Él toca el teléfono que tiene a su lado y lo pulsa.

—Dile al señor Gong que venga aquí —dice y cuelga de un golpe.

Sae continúa.

—Usted habla como si el Gobierno lo hubiera obligado a acelerar los proyectos, pero la culpa es compartida, ¿no es cierto? ¿Grupo Taehan no se ha metido siempre en la cama con el Gobierno? ¿La presidencia de este país no ha financiado siempre al Grupo Taehan, o ha sido al revés?

—¡Fuera! —explota él, sacudiendo los apoyabrazos de los lados, imposibilitado de levantarse de su asiento sin querer pedirle ayuda a ella.

Este es el momento crucial. Hay, sin duda, muy poco tiempo. En los preparativos para este momento, Tae-kyu, Myong-hee y Sae han discutido de qué modo podrían incitarlo a una confesión: tendría que haber un elemento de sorpresa para romper con la actuación.

—Solo una pregunta más, señor —dice ella—. ¿Fue Yung quien le dijo que Geun-ye murió en el incendio de la fábrica?

El director se queda inmóvil. Este cambio en la línea del interrogatorio lo ha desconcertado, y se aferra a los apoyabrazos con tanta fuerza que sus manos empalidecen.

Después de un momento de silencio, parece resignarse, sabe que no puede moverse y no hay nada que pueda hacer hasta que llegue el señor Gong.

—¿No se lo he dicho ya?

—¿No cree usted que Yung lo pudo haber engañado?

—¿Usted cree —dice socarrón— que no soy capaz de darme cuenta cuando un hijo me está mintiendo? Conozco a mi hijo como la palma de mi mano. Es un pésimo mentiroso.

—¿Nunca se le ocurrió que Yung se beneficiaría con la muerte de Geun-ye? ¿No cree que pudiera haberle mentido sobre la identidad del cuerpo?

El disgusto inicial ante la insinuación se va convirtiendo en creciente incertidumbre.

—¿Qué está diciendo, que Geun-ye…? ¿Qué él está…?

—Usted mismo lo dijo. El cuerpo calcinado parecía mucho más pequeño de lo que recordaba del cuerpo de Geun-ye —lo increpa ella.

—¡Mentirosa! —ruge, finalmente.

—Yung pensó que le estaba haciendo un favor a Geun-ye. Permitiéndole que tuviera la vida que él deseaba. —Ella hizo una pausa—. Junto a mí.

Sae sacó una fotografía de su bolsillo. Es la foto de ellos dos con su pequeña familia en la cima del monte Namsan. Torre Aspiración —terminada un mes después del incendio en la fábrica— se ve en el horizonte. El director la mira, sin poder creerlo. Mira la fotografía y luego a ella de nuevo. Parece comprender, ahora, de qué manera están conectados. Después de una larga pausa, traga y le pregunta.

—¿Quiere decir que Geun-ye sigue vivo?

—Yung contrató a Geun-ye para trabajar en la Torre.

Le lleva un tiempo procesar esta información. Sus ojos saltones se mueven de un lado al otro, furiosos.

—Yung es un incapaz. Es un incompetente. Ni siquiera fue idea suya. Fue un cobarde llorón. Venía a verme, a decirme que teníamos que detener la construcción porque había un problema. ¿Sabe cuánto hubiéramos perdido si suspendíamos las operaciones en el edificio? ¡Nunca supo arreglar nada! Tuve que enviar al señor Bae con instrucciones. Le dije que le rogara a Yung que le diera trabajo. Yung no es tan astuto como para imaginar un ardid como ese por sí mismo. No cuenta con la autoridad suficiente, y menos con el conocimiento de lo que implica la construcción. Ya se lo dije, Yung nunca iba a ser el líder que yo necesitaba. No era un visionario. No hay forma de que él haya podido engañarme. ¡No tiene la capacidad de hacerlo!

El director tiembla de rabia; no admite haber perdido. La momentánea sensación de triunfo de Sae se desvanece en tristeza, imaginando lo que debe de haber sido para Yung y Geun-ye crecer limitados por la visión que tenía su padre respecto de las supuestas limitaciones de sus hijos.

De repente, Sae se da cuenta de que hay otra razón por la que ella está allí. Tenía que ver al director como lo había visto Jae. Para

poder medir la autenticidad de su rebeldía. Y entonces, la ve. Un hombre capaz de decir y hacer lo que sea para conseguir lo que quiere. Imagina a Jae en su infancia, a la sombra de su padre, mirándolo hacia arriba contra la luz del sol. Ella solo ha visto un fragmento del hombre que fue Jae, tal vez del hombre que él quería ser. Ella comprende que las evasivas de Jae no eran las de la historia escrita, que narra una versión de la verdad para consolidar el poder. Las omisiones de Jae se originaban en su vergüenza.

—Entonces, el engaño de la piscina fue idea suya —repite ella. Espera que Tae-kyu esté escuchando esto.

—¿No se lo acabo de decir? Yung no sabe cómo arreglar nada. ¿Imagina cuánto dinero hubiéramos perdido si no se me hubiera ocurrido un plan como ese? ¿Cree que alguien se preocupará por investigar lo que sucedió hace tantos años?

Es tal como Tae-kyu y Myong-hee anticiparon. El director no puede resistirse a la oportunidad de maravillarse de su propia genialidad.

—¿Y que hay con todas esas vidas perdidas? —pregunta ella—. ¿La vida de su propio hijo?

—¿Qué hubiera pasado si Grupo Taehan hubiera ido a la quiebra? —dice sin dudar un instante—. ¡La economía del país hubiera colapsado! Por eso, Grupo Taehan es intocable. —Sonríe, mostrando sus dientes manchados—. ¿Creyó usted que sus pequeñas tretas serían una amenaza para mí? ¿Cree que alguien tendrá en cuenta su palabra sobre la mía?

—Me gustaría averiguarlo —lo desafió poniéndose de pie finalmente.

—¿O es que tal vez creyó que le daría dinero? ¿Creyó que le daría una participación en la compañía si trataba de reclamar un vínculo familiar? No sería la primera. ¿Cree que llegué hasta donde estoy hoy siendo un tonto que le da dinero a cada mujer que asegura tener un hijo mío?

Ella está cerca de la puerta. El director lucha por ponerse de pie y cae al suelo con un golpe sordo. Sae sale deprisa en el momento en que entra el equipo que corre a atenderlo, mientras lo oye gritarle hasta que ella llega al jardín.

Escapa de la casa del director justo cuando un sedán se detiene al frente. No se da la vuelta hasta que llega a la calle principal. Los manifestantes se están juntando en la calle sin coches, marchando hacia la Casa Azul, pidiendo la dimisión de la presidenta. Sae es consciente de lo que han puesto en movimiento. El testimonio grabado impulsará una investigación, el director será arrestado, los documentos que Tae-kyu ha estado juntando en los últimos meses serán cruciales para construir un caso sólido contra Grupo Taehan. ¿Será el final de la carrera del director o incluso del Grupo Taehan? No lo sabe, pero nunca existió un momento como este. Aun así, solo cuando comienza a notar el roce de otros cuerpos contra el suyo empieza a sentir que su corazón se desacelera, a salvo en el anonimato de la multitud.

Hay algo festivo en este encuentro en las calles; estas no son las protestas de su juventud. Las familias han traído a sus hijos, algunos tan pequeños que van en los hombros de sus padres. Tae-kyu y Myong-hee la esperan en el edificio que alberga al periódico nacional, a poco más de un kilómetro de distancia. Sae debería sentirse triunfante; después de meses de planificación, ensayos y desesperanza, han tenido éxito. A pesar de todas las dificultades, han trabajado juntos para obtener el testimonio que servirá como una prueba contundente. Por eso, no entiende el sentimiento que la ronda como un perro vagabundo que interrumpe su paso.

Cuando gira hacia Gwanghwamun, ve a un niño pequeño parado solo en la acera. A juzgar por su expresión desolada, ha perdido a sus padres. Se le estruja el corazón. Se cuela entre un grupo de estudiantes para alcanzarlo. Un manifestante pasa delante de ella. Cuando vuelve a verlo, el niño ya se ha reunido con una mujer que puede ser que sea su madre. El niño se funde con ella en un abrazo. La escena produce en Sae una sensación de reconocimiento. Algo como esto es el consuelo que Seung-min ha esperado de ella todos estos años. La ha estado buscando para que le haga un honesto relato de su pasado.

Saber algo de su padre y las partes ocultas de su madre. Conocer la historia de su familia y, por ende, la suya propia. Su primer

impulso como madre había sido ahorrarle la amargura de todo lo sucedido, del mismo modo en que cortaba los trozos magullados de la fruta para darles a los niños solo lo más dulce de la pulpa. En su tendencia a borrarlo todo, se da cuenta de que ella no ha sido tan diferente a Jae. Al sentir que está a punto de perdonarlo, sabe al fin que algo ha quedado inconcluso; ella no está donde debería estar. Se separa de la multitud. En una calle lateral más tranquila, saca el teléfono y marca el número de Seung-min.

—Hola —dice él con voz de sueño.

—Seung-min… —la voz de Sae se entrecorta.

—¿Va todo bien? ¿Dónde estás? —pregunta él. Su voz es más fuerte ahora, teñida por la preocupación de lo que implica una llamada fuera de hora.

—Hay tantas cosas que necesito decirte… —dice ella. Es inútil, piensa, hacerlo aquí. Son demasiadas las cosas que ella no ha podido darle, pero hay algo que él siempre ha querido y que ella ahora tiene el coraje de hacer. Vuelve a mirar hacia la calle principal, a las familias que se mueven juntas en un mar de velas encendidas.

—Seung-min, voy a verte.

SI TE HA GUSTADO ESTA NOVELA...

Te recomendamos *Un verano perdido*, de Victor Pavic Lundberg, la nueva voz arrolladora del thriller nórdico. Al igual que Hannah Michell, Lundberg construye una historia que combina periodismo de investigación, secretos familiares, traiciones personales y una verdad que duele más de lo esperado.

En *Un verano perdido*, el periodista Loa Bergman se ve obligado a cancelar sus vacaciones cuando una joven desaparece en su ciudad natal. Mientras cubre el caso, empieza a descubrir un entramado oculto que conecta esa desaparición con otra ocurrida treinta años atrás. Junto a su colega Danijela Mirković —hospitalizada tras un accidente, pero decidida a seguir investigando— se adentran en una red de encubrimientos policiales y silencios sociales. Como Sae en Oculto en los escombros, los protagonistas de esta novela se enfrentan a una pregunta dolorosa: ¿cuánto daño puede hacer la verdad, y hasta dónde se está dispuesto a llegar para encontrarla?

Si te gustan las historias donde el suspense se combina con dilemas morales, heridas del pasado y protagonistas marcados por su entorno, *Un verano perdido* lo tiene todo.

El equipo editorial



Escanear el código QR para ver información de *Un verano perdido*



Foto de la autora: Amanda Thomsen

Hannah Mitchell creció en Seúl. Estudió antropología y filosofía en la Universidad de Cambridge y ahora vive en California con su esposo e hijos. Imparte clases en el Programa de Estudios Asiático-Americanos y de la Diáspora Asiática de la Universidad de California, Berkeley. *Oculto en los escombros* es su primera novela.

MOTUS

Nos gusta la adrenalina y la tensión que vivimos al leer un thriller. Ese hilito de sangre, ese tictac que hará detonar lo imposible, no saber quién es el culpable y también intentar deducir el final.

Nos intriga saber que la muerte pudo ser solo una coartada, la vuelta de tuerca, el reto que nos ponen al contarnos cada historia.

En el cine, la ansiedad nos lleva al borde de la butaca, y con los libros nos hundimos en el sofá, sudamos en la cama, devoramos cada párrafo a la velocidad de nuestras emociones.

Sentir que falta el aliento cuando la trama nos recuerda que la vida es un suspiro le da sentido a varios de nuestros días.

Nuestro compromiso es poner ante tus ojos solo autores que te provoquen todo eso que los buenos thrillers y novelas negras tienen.

Queremos que te sumes a esta comunidad a la que guía una gran sed de buen entretenimiento. Porque lo tendrás en cada uno de nuestros libros.

¡Te damos la bienvenida!

Únete al grupo escaneando el código QR:





MotusThriller

www.motus-thriller.com